NURIA LLOP





EL REGALO MÁS DULCE



EL REGALO MÁS DULCE

NURIA LLOP

Derechos de autor © 2016 NURIA LLOP PIZÁ

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, grabación, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios o comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: El regalo más dulce

Primera edición: abril, 2017 (Libros de Seda)
Esta edición: diciembre, 2025 (Publicación independiente)

Diseño de portada de esta edición: ©ADYMA Design

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
LEE EL COMIENZO DE…
Libros de este autor
CURIOSIDADES
Acerca del autor

CAPÍTULO 1

El noveno día de 1640 comenzó como un lunes cualquiera para Elisa Villanueva: ilusionada con la nueva obra que representaría durante el fin de semana en el corral de comedias que era propiedad de su tío Álvaro y de su padre, Diego. Sito en la calle de la Cruz de Madrid, Villa y Corte, era uno de los más frecuentados desde que abriera sus puertas hacía ya veinte años, cuando ella acababa de cumplir los cinco.

A media mañana, mientras iba de tienda en tienda con su madre —costurera de la compañía teatral de la familia— para escoger telas, cintas, botones y demás elementos necesarios para el vestuario de la obra, el lunes seguía siendo hermoso, alegre y apacible. Elisa agradecía aquella rutina del primer día de la semana, pues el resto solía ser caótico, lleno de imprevistos y dominado por los nervios que generaba siempre un estreno teatral.

Sin embargo, al llegar a casa y ver el recibimiento entusiasta de su padre y de su tío, así como la forma en que la miraban, tuvo el pálpito de que algo iba a alterar su habitual plan de la tarde, que consistía en leer el manuscrito y comenzar a memorizar su papel de primera dama.

—¿Qué ocurre? —inquirió Elisa con una sonrisa comedida.

Las de ellos, gemelos idénticos que ahora podían distinguirse por las canas que abundaban en el cabello de Diego y solo salpicaban el de Álvaro, eran espléndidas y brillaban en sus ojos; pero en los del padre bailaba además una cierta inquietud que la hizo recelar.

La madre, Ana Robles, también captó ese detalle.

—Uy, ¿qué estáis tramando los dos? Miedo me da cuando sonreís con tanta exageración como si estuvierais en el escenario.

—Tenemos una gran noticia para Elisa —anunció Álvaro Villanueva, cuya fama como galán de comedias persistía en la memoria de los madrileños—. Esta mañana hemos estado en el mentidero de representantes y…

—Cómo no —lo interrumpió Ana, en tono de simpatía burlona—. Vais todos los días para estar al tanto de lo que se cuece en el mundillo del teatro.

—Es imprescindible para cualquier cómico, mi querida cuñada, aunque esté retirado como tu esposo y solo se dedique a tareas de organización.

—Si te encargaras tú, ya estaríamos arruinados —arguyó Diego.

—Es posible, hermano. De todos modos…

—Papá, tío Álvaro… La noticia —les recordó Elisa. Sabía que si empezaban a debatir por asuntos de la compañía les darían las tantas.

—Sí, hija, perdona. Pues, como decía tu tío, esta mañana en el mentidero, cierto director andaba desesperado buscando una actriz —contó Diego, imprimiendo misterio a la nueva que traían— y hemos pensado que tú serías perfecta para el papel.

—Nuestra hija es soltera, cielo. Sabes que no puede actuar en un teatro que no sea el de la familia.

—Ya, pero esta es una oportunidad de oro, la mejor que tendrá en toda su vida. No podíamos desperdiciarla.

—¿Podíamos? —Ana parpadeó y, entre atónita y divertida, miró a los gemelos—. La oportunidad sería para ella, no para vosotros dos.

Álvaro justificó el uso del plural.

—Lo sería para toda la familia. Imagínate lo que diría la gente: «Elisa Villanueva, una gran dama del teatro —enfatizaba las palabras con gestos ampulosos del brazo— que ha heredado el talento de su tío, el excelso Álvaro Villanueva…».

—Y el de su padre —reivindicó Ana, a sabiendas de que la humildad de su esposo le impediría hacerlo él mismo.

—Cierto, y el de su padre. Perdona, hermano. —Se dirigió de nuevo a su cuñada—. La cuestión es que nos beneficiaría a todos, ya que aumentaría el prestigio de nuestra compañía teatral y el del corral de comedias. Diego opina igual que yo, ¿no es así?

—Estoy de acuerdo con él, Ana. Si nuestra hija se casara…

Elisa dejó de prestar atención, como hacía siempre que los gemelos construían castillos en el aire a partir de un hipotético matrimonio de ella con alguno de los solteros que se le habían acercado para conquistarla. Con los que ellos aprobaban, claro, porque descartaban a muchos: que si es un mujeriego, que si un vividor, que si le falta galanura o le sobran años, que si tiene los pies muy grandes… Por suerte, ninguno de aquellos hombres le había hecho sentirse maravillosa, única, especial y capaz de cometer locuras por estar con él, tal y como le había dicho su madre que sucedía cuando el corazón se enamoraba de verdad. Y lo mismo opinaban su tía Luisa y Catalina de Velasco, una gran amiga de la familia que residía en una pequeña localidad de Logroño y les visitaba un par de veces al año.

No, ningún hombre la había conquistado aún. Ni siquiera el de los pies muy grandes. ¡Menos mal! Porque no habría admitido ese argumento para rechazar a aquel joven, en caso de que hubiera llamado su atención, y así se lo dijo a las tres mujeres una tarde de las pasadas navidades. La reconfortó ver que ellas apoyaban su determinación, aunque se quedó perpleja cuando le insinuaron que tal vez se equivocara. A parecer, el tamaño del pie de un hombre guardaba relación con el de otra parte de la anatomía masculina, comentó el bien avenido trío de féminas. Desde entonces, Elisa no podía evitar fijarse en los pies de todos los que conocía y, a veces, incluso en los de aquellos con los que simplemente se cruzaba por la calle. Se decía que era absurdo, si no iba a comprobar la veracidad de aquella curiosa creencia popular, pero le resultaba divertido.

En cambio, no le resultó divertido en absoluto lo que sus oídos captaron de repente, expresado por su padre:

—… así que tendrá que casarse antes del 31 de enero.

—¿Yo?

—No veo más solteras en esta sala —sonrió Diego—. Pero no te preocupes, solicitaremos la anulación del matrimonio cuanto tú quieras. Solo es necesario mantenerlo hasta después de la inauguración del Coliseo del Buen Retiro.

Dicho acontecimiento tendría lugar el 4 de febrero, de sobra lo sabía Elisa. Había fantaseado a menudo con ser una de las actrices que, ese día, pisara el escenario de aquel nuevo teatro que el rey Felipe IV había mandado construir con las últimas innovaciones en materia de escenografía. Pero solo era eso: una fantasía, un sueño imposible. El elenco que iba a estrenar allí una obra de Francisco de Rojas Zorrilla titulada *Los bandos de Verona* y que, según decían, emulaba la reconocida *Romeo y Julieta* del ya fallecido poeta y actor inglés William Shakespeare, estaba elegido desde el mes anterior y, aunque ella corriera ahora hasta la iglesia más cercana para casarse con el primer hombre decente que atrapara por la calle, no tendría acceso a ningún papel en aquella comedia.

—Perdonad, pero no entiendo nada —confesó Elisa. Había desconectado tan solo unos minutos de la conversación y estaba totalmente perdida. Recuperó en su memoria la llegada a casa y preguntó—: El director que buscaba una actriz en el mentidero, ¿era el de *Los bandos de Verona*?

—El mismo —respondió Álvaro—. Resulta que la que iba a interpretar a Julia Capelete, la protagonista de la obra, se ha visto obligada a renunciar por una cuestión de salud.

—Vaya. ¿Y no se va a recuperar a tiempo? ¿Tan mal está?

La compasión luchaba con el anhelo de sustituir a la enferma.

Aunque tuviera que casarse.

Pero ¿con quién?

¡Ay, Dios!

—Al contrario, se encuentra bien y está muy contenta —afirmó Diego y aclaró—: Está encinta. Lo ocultó para obtener el papel, pero sufrió un vahído en un ensayo y el médico que la atendió le aconsejó reposo total y absoluto si quería que el embarazo llegara a buen fin. Ella ha decidido que prefiere al bebé y ahora necesitan una Julia Capelete con urgencia.

Su tío tomó el relevo en la explicación.

—Tu padre y yo no lo hemos dudado ni un segundo cuando nos hemos enterado. Conocemos bastante a ese director y él te ha visto actuar un par de veces, así que, al hablarle de ti, se ha entusiasmado. Le hemos asegurado que te casarás antes de finales

de mes, que ya estabas comprometida y que lo único que debíamos hacer era adelantar la boda que teníamos prevista para la primavera. Una pequeña mentira que te abre el camino a un gran futuro.

Ana Robles discrepó.

—Una mentira como una catedral. ¿Cómo se os ocurre…?

—Mamá —la cortó ella—, no importa. La verdad es que tienen razón, y creo que debería pensarlo con calma. Si me dais unos días…

—Solo unas horas —limitó su padre—. Hemos quedado en confirmárselo esta misma tarde.

—Diego, ¿esperas que nuestra hija escoja un marido en una o dos semanas?

—Uno que se avenga a solicitar la anulación cuando ella quiera, cariño, ya lo hemos dicho.

—¡Oh, como si fuera tan fácil! Un momento. —Ana entrecerró los ojos, suspicaz, y tanteó—. Vosotros ya tenéis a alguien en mente, ¿no es así?

—Todavía no —respondieron los hermanos al unísono.

Álvaro, sonriente, añadió:

—Por lo que aceptamos propuestas. ¿Ana? ¿Elisa?

—No-no sé… —vaciló la joven. Un escalofrío le recorrió la espalda y le advirtió de un pequeño problema—. No sé si la anulación… ¿Qué vamos a alegar para obtenerla?

Diego Villanueva alzó las cejas, como si le sorprendiera la pregunta que, para él y su gemelo, tenía una respuesta más que obvia:

—Pues que no se ha consumado el matrimonio, por supuesto. Una partera lo comprobará y te la concederán sin más requerimientos. Escucha, hija, no te pedimos que te conviertas en una esposa de verdad, solo es menester un contrato que demuestre que estás casada.

Ella se quedó blanca y su madre se echó a reír.

—No me lo puedo creer. ¿Pretendes repetir la experiencia de tu hermano con Luisa? ¿Un matrimonio de conveniencia? La mayoría no funcionan, cariño. El de Álvaro fue una excepción.

—No esperamos que funcione, solo que dure unas semanas. Y castamente —recalcó su esposo—. A menos que Elisa decida lo contrario, por supuesto.

Atrapada. Antes de que enero llegara a su fin, se vería encadenada de por vida a un hombre al que tendría que elegir de forma precipitada. ¿Merecía la pena? ¿Solo por poder actuar en la inauguración del Coliseo? ¿En el mejor teatro que tendría el reino? ¿Con el papel más importante de la obra? ¿Junto a los comediantes más prestigiosos del momento? Elisa no solía ambicionar grandes logros, pero aquel era uno de sus sueños y en su mano estaba que dejara de serlo. También había soñado con tener un matrimonio feliz y lleno de amor, como los dos que veía a diario —el de sus padres y el de sus tíos—, como el de Catalina y Julián…

Catalina.

¡Claro! Tal vez, aquella dama encontrara la manera de que el astuto plan de los gemelos saliera a pedir de boca. Todos en la familia decían que tenía muy buen ojo para emparejar a la gente, que había hecho de celestina más de una vez y con notable éxito. Y Elisa necesitaba una. Si Catalina de Velasco daba con el marido adecuado, ella no tendría que confesar a sus padres que la anulación del matrimonio era inviable.

Maldición. Ojalá hubiera sabido antes lo del tamaño de los pies, porque tampoco había disfrutado tanto como esperaba ninguna de las contadas ocasiones en que… En fin, eso ya no tenía remedio, así que, con renovada esperanza, volvió a centrarse en la conversación de la que se había aislado por segunda vez.

—Tío Álvaro, si no recuerdo mal, vuestra amiga Catalina va a venir a Madrid para la inauguración del Coliseo, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? ¡Ah! —En su rostro brillaron la picardía y el triunfo—. Ella puede encontrarte un esposo ideal, uno que nos ahorre los desagradables y farragosos trámites de la anulación.

—Eso mismo estaba pensando —sonrió Elisa y, con la expresión de inocencia con que solía conseguir lo que quería, agregó—: Me hace mucha ilusión actuar en el Coliseo y me encantaría pasar por el altar. Ya tengo una edad que…

La mano de su madre, que se apoyó en su antebrazo, la silenció.

—¿Estás segura, cielo? Sabes que siempre he respetado tu decisión de esperar al hombre adecuado. Es más, soy yo quien te lo ha aconsejado.

—Sí, mamá, pero ya es hora de que me despegue de tus faldas, ¿no crees?

—¡Bravo! —aplaudió Álvaro—. Me siento muy orgulloso de ti, Elisa.

Para ella, que admiraba a su tío más que a cualquier otro hombre, aquel reconocimiento acabó de convencerla de que había tomado la decisión acertada.

—Gracias. Espero no decepcionarte. A ninguno de vosotros —se corrigió, abarcando a sus padres con la mirada—. Bueno, ¿qué os parece si escribimos a Catalina y le pedimos que adelante su viaje?

* * *

El viernes de esa misma semana, cuando Elisa y sus progenitores salían de casa para dirigirse al corral de Villanueva, un coche de caballos se detenía a pocos pasos del portal, en la esquina de la calle del Lobo con Huertas. La portezuela del carruaje se abrió de golpe y Catalina de Velasco se apeó con el brío de una mujer veinte años más joven de los cuarenta y cinco que había cumplido ya.

—¡Diego! ¡Ana! —los llamó, autoritaria, mientras iba a su encuentro. Tras los saludos y abrazos correspondientes, fue directa al grano—: ¿Qué es esta insensatez? Cuando recibí la carta urgente de Álvaro pensé que habíais perdido el juicio. He viajado toda la noche para llegar lo antes posible y haceros entrar en razón. ¿Un marido para Elisa? ¿En menos de tres semanas?

—Por eso necesitamos tu ayuda —respondió la costurera—. Por favor, acompáñanos al corral de comedias y lo hablaremos mientras preparamos el espectáculo de esta tarde. Comienza a las dos y han tocado ya las doce.

—Lo hablaré primero con tu hija. A solas —exigió la dama—. Necesito saber qué opina ella de esto. Y os lo advierto: me negaré a

colaborar si no la veo completamente convencida de que quiere un esposo con tanta premura.

—Oh, estoy convencida —aseguró Elisa.

—Delante de tus padres no dudo que lo estés, pero temo que tu tío os haya manipulado a todos para su propio beneficio, así que sube a mi coche y cuéntame tu versión.

Obediente, la joven se acomodó en el carruaje y Catalina ordenó al cochero que paseara por la calle de Atocha con el fin de dar un rodeo. El trayecto hasta el corral de Villanueva duraría solo unos cinco minutos y la dama intuía que precisaría muchos más para aclarar aquel asunto del apremiante casamiento inesperado.

Después de que Elisa le relatara la conversación del lunes y el plan de los gemelos de anular el matrimonio tras la inauguración del Coliseo, Catalina opinó:

—Me parece un buen plan. ¿Por qué no lo aceptas en lugar de arriesgarte a buscar con tanta prisa un marido para el resto de tu vida?

Elisa se inclinó hacia la dama frente a ella y respondió en tono confidencial:

—Porque no me fío de los hombres. —Volvió a apoyarse en el respaldo y suspiró con dramatismo—. ¡Si supieras cuántos me asedian al terminar cada espectáculo…! Todos creen que, como soy actriz, cederé fácilmente a sus lisonjas y les daré sin coste aquello por lo que pagan en las mancebías. Las infidelidades y la lujuria de algunas mujeres de este oficio los llevan a suponer que todas somos igual de impúdicas —se quejó con desánimo.

—Es cierto que tenéis mala fama en general, pero eso no tiene por qué ser un obstáculo para la anulación de un matrimonio, si el requisito fundamental para dicha anulación se acuerda de antemano y por escrito.

—En un papel que mi futuro esposo puede quemar o romper en pedazos cuando se le antoje —rebatió Elisa—. Y es muy posible que se le antoje la misma noche de bodas. ¿Cómo puedo asegurarme de que va a firmar el acuerdo con total honestidad? Si intenta forzarme y no consigo evitar que… —Agitó los hombros como si la hubiera sacudido un escalofrío y bajó la vista a su regazo.

—Te enseñaré a manejar un cuchillo para defenderte —resolvió Catalina, experta en ese arte. Y ten por seguro que tu padre retaría a duelo a cualquiera que te deshonrara.

—Lo sé, pero nunca ha sido hábil con espadas de verdad, solo con las de atrezo. Y su rapidez de reflejos, con cincuenta y cuatro años, tampoco es muy bueno. Moriría al primer lance de mi horrible marido y yo no… —Sorbió por la nariz de modo que pareciera que estaba a punto de llorar.

—Elisa, mírame —exigió la dama.

Ella alzó la vista y parpadeó a fin de provocarse alguna lágrima, otro de los recursos que utilizaba para conseguir lo que quería. Los rayos de sol que se colaban por la ventanilla del coche y que incidían en sus grandes ojos del color del chocolate los dotaron de un brillo acuoso.

Catalina estudió la expresión compungida de la joven y vaciló ante aquella pena. Sabía que Elisa era tan buena actriz como su tío y, además, mujer. Esos dos factores, unidos, podían engañar al mismísimo diablo. La dama le concedió el beneficio de la duda y continuó poniéndola a prueba.

—Si ese… horrible marido fuese un anciano que no pudiera…

—¡No! No, no, no. Nadie creería que he decidido casarme con alguien mayor que mi padre.

—¿Y con un hombre que viviera lejos de Madrid? En la zona donde resido, por ejemplo, hay solteros con los que podría llegar a un acuerdo. Os casaríais allí por poderes, yo te representaría —se ofreció Catalina—. Enviaríamos el certificado de matrimonio a palacio y, después de la inauguración, ese hombre se instalaría en casa de tus padres unos días para demostrar que ha habido convivencia, pero no cohabitación. Diego y Ana, incluso la criada que tenéis, se encargarían de vigilar que él no se acercara a menos de diez pulgadas de ti.

—Bueno, es… una opción, sí, aunque un tanto arriesgada. Si en algún momento me quedo a solas con él… ¡Oh, ya sé! —exclamó, súbitamente risueña—. Se me acaba de ocurrir quién sería perfecto para esta argucia: tu hijo.

—¿Isidro?

—Claro. El otro aún no ha cumplido los dieciocho.

—Elisa, Isidro tiene diecinueve, es muy joven para ti. Y, a cualquiera que te conozca, le resultaría tan poco creíble como que te casaras con un anciano.

—Pero de él sí me fío. Un matrimonio con Isidro podría anularse sin problemas.

—No hasta dentro de varios meses, porque partió la semana pasada hacia Inglaterra con una selección de mis mejores vinos —informó con orgullo—. A los ingleses les gusta el rioja y queremos comenzar a exportar el que elaboramos en nuestras bodegas. Puede que Isidro no regrese hasta el verano. Es mucho tiempo para estar atada a un hombre que nunca llegará a ser tu esposo.

—Tienes razón, pero… —Suspiró, resignada—. Si no hay más remedio…

La sospecha de Catalina acerca de que la actitud de Elisa era puro teatro iba en aumento. Si esa pantomima la estuviera representando la hija de Álvaro y Luisa, a la que habían bautizado con el mismo nombre de la madre, ya le habría puesto freno, pero con la de Diego y Ana era distinto. Aunque mantenía con ambos una buena relación amistosa, no llegaba al grado de profundidad que la unía a la joyera y al que fue un reconocido galán de comedias. De hecho, ella había propiciado su matrimonio y organizado su boda. Además, Elisa había alcanzado ya una edad en la que debía decidir por sí misma y la joven tenía la cabeza bien amueblada. Si se mostraba tan reticente a la anulación matrimonial, seguro que había un motivo, pensó Catalina, y ella no tenía derecho a obligarla a revelarlo ni a ponerlo en tela de juicio. La dama, cuya alocada juventud no serviría de ejemplo a ninguna otra, creyó adivinar de qué motivo se trataba, pero optó por no mencionarlo y se limitó a descartar definitivamente a Isidro como esposo de la chica.

Ella, con una dulce sonrisa, concluyó:

—Entonces, solo nos queda confiar en tus dotes de celestina, ¿no te parece?

—Deja que piense un poco más.

Escudriñó el rostro de Elisa, de una belleza indiscutible. Había heredado los ojos grandes y expresivos de su madre y las facciones

proporcionadas de los gemelos Villanueva, así como el castaño oscuro de su cabello; los labios carnosos, que ahora se curvaban en una tímida sonrisa pero que atraían todas las miradas cuando se expandían con su risa alegre, debían de ser una mezcla de los de ambos progenitores o un regalo del cielo. Su carácter calmo, prudente, leal, generoso y un tanto introvertido se asemejaba al de Diego excepto por aquella recién descubierta ambición por actuar en palacio. Tal pretensión era, sin duda alguna, herencia de su tío Álvaro. Catalina no censuraba que Elisa tuviera una meta tan elevada, al contrario, y pensó que sería una lástima que tanta hermosura, interna y externa, cayera en manos de un hombre que no la mereciera. Así pues, y a pesar de las dudas que la asediaban respecto al éxito de la misión que los Villanueva le habían encomendado, accedió.

—De acuerdo. Tengo la impresión de que me ocultas algo, pero no voy a presionarte. Es tu vida, Elisa, tú decides, así que haré todo lo posible por encontrarte a alguien que te haga feliz.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias! —Se inclinó de nuevo y tomó las manos de la dama entre las suyas—. No te imaginas cuánto te lo agradezco. Me he enamorado y desenamorado tantas veces que temo equivocarme con la elección definitiva.

—En eso te pareces a tu madre —observó Catalina.

—Ya, también ella lo dice.

—Bien, pues antes de empezar con la búsqueda probaré otra alternativa: hablar con la reina Isabel, por si se aviene a hacer una excepción a la regla y te concede permiso para actuar aunque seas soltera.

—¡Eso sería maravilloso! —se entusiasmó Elisa.

—Cruza los dedos para que acceda, porque llevo muchos años fuera de la capital y apenas conozco caballeros a los que pueda valorar como posibles maridos para ti. Eso va a ser un gran obstáculo si la reina no cede, y necesitaré tu ayuda.

—Lo comprendo.

—Y quizá la de tus hermanos. Tal vez, si alguno de sus amigos te resulta…

—Uy, no. Olvida los de Marcos, no me atrae ninguno. Casi todos son actores como él, futuros galanes de comedia que se casarían conmigo solamente para que papá y el tío Álvaro los contrataran en la compañía —señaló con desencanto.

—Lo que no van a hacer mientras Marcos sea uno de los galanes —completó la dama—. ¿Y el pequeño?

—Está en Salamanca, en la universidad.

—Ah, sí, no me acordaba. No importa, ya me las arreglaré. Tú no te preocupes. Disfruta de las representaciones de este fin de semana mientras yo indago entre la descendencia de mis viejos conocidos en la Villa y Corte. —Indicó al cochero que se dirigiera ya hacia la calle de la Cruz y luego, le pidió a Elisa una breve lista de sus preferencias.

—Ah, no tengo ninguna en especial. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Mientras sea un buen hombre y de edad similar a la mía…

—¿Solo eso?

—Bueno, y que no huela mal. ¡Ah! Y que tenga todos los dientes.

—¡Por descontado!

—Ya ves que te lo pongo fácil. Elige tú, Catalina, confío plenamente en ti.

En la sonrisa y la mirada de la joven se reflejaba esa afirmación y, aunque Catalina de Velasco discrepaba en cuanto a la facilidad de aquel reto, no se lo dijo. ¿Para qué desanimarla? Que fuera a ser una misión difícil no significaba que resultara imposible. Entonces, se fijó en que las pupilas de Elisa se desviaban hacia la derecha y la sonrisa desaparecía. ¿Qué le rondaba por la cabeza a la sobrina de sus mejores amigos?, se preguntó. Probablemente se trataba de algo relacionado con lo que ocultaba, así que la increpó.

—Vamos, Elisa, has dicho que me ayudarías y no lo estás haciendo. Define un poco más a tu hombre ideal. Dime, por lo menos, algún rasgo físico que te gustaría que tuviera o confiesa lo que estás pensando.

—Ah, pues… Verás, no sé si… —Inspiró y soltó el aire con rapidez. Aquella duda persistente no se atrevía a consultarla con su madre ni con la tía Luisa, así que…—. De acuerdo, te lo diré. A lo mejor es

una tontería, pero… A ver, ¿tú que me aconsejarías? ¿Que tuviera los pies grandes o pequeños?

Y Catalina se echó a reír y no pudo parar hasta que el carruaje se detuvo frente al corral de Villanueva.

CAPÍTULO 2

En el palacio del Buen Retiro, Claudia Maldonado se unió al séquito de damas de Isabel de Borbón que cada mañana paseaban por el Jardín de la Reina. Era un domingo frío, pero el sol templaba la temperatura y apenas corría el aire, pues el edificio que circundaba aquel espacio cuadrangular y que albergaba los aposentos de la soberana ejercía de sólida barrera a su paso. La profusión de colorido de los elegantes vestidos de las mujeres rompía la monotonía del ladrillo de los muros y de los parterres que conformaban aquel jardín a la francesa donde no había más diversión que el chismorreo.

Poco dada a cotillear, Claudia deambuló un rato por la cuadrícula de caminos, simulando escuchar a las damas que, junto a ella, comentaban, criticaban y juzgaban comportamientos que esas mismas damas repetirían a la semana siguiente bajo cualquier justificación, siendo entonces censuradas por otras que, a su vez, las imitarían. La rueda de la hipocresía nunca dejaba de girar en la corte de Felipe IV.

Rodeó la fuente circular y aprovechó para abandonar el grupo y pasear sola, sumiéndose en su hábito de inventar historias para quien fuera que llamase su atención. Comenzaba a inventar una cuando se cruzó con Isabel de Borbón, flanqueada por dos de sus damas más chismosas y con las que intercambió saludos silenciosos y educadas sonrisas. Ella continuó caminando, despacio y en solitario, pero, a los pocos pasos, la reina apareció a su lado. Claudia guardó aquella historia en su carpeta imaginaria de historias empezadas y procedió a ser cortés.

—Majestad, tenéis muy buen aspecto esta mañana.

Y, de hecho, era cierto. Su tez resplandecía y sus ojos oscuros parecían haber adquirido algo de vida después de tantos meses de apatía y achaques continuos, bastante alarmantes en una mujer que no había alcanzado aún los cuarenta años.

—Algunos alicientes mejoran mi ánimo —sonrió la reina—. Y hoy, espero con ilusión una visita. Debe de estar al llegar.

—Bendigo, pues, a esa persona que os devuelve la alegría y espero que os visite a menudo.

—Tal vez hasta que se inaugure el Coliseo —comentó, instando a Claudia a reanudar el paseo—. Luego regresará a sus tierras en Logroño. La dama pertenece a la familia del Condestable y de la Camarera Mayor. Se trata de Catalina de Velasco. ¿Has oído hablar de ella?

—Sí, majestad, aunque no la conozco personalmente.

—Te la presentaré en cuanto llegue. Mientras tanto, quería hablarte de un asunto que me preocupa.

—Naturalmente. Vos diréis.

—No me andaré con rodeos: ¿ambicionas el lecho de mi esposo?

—¡No! —se escandalizó Claudia—. ¿Qué os hace pensar que…?

La pregunta de la reina le causó tal impresión que no pudo terminar la suya.

Isabel de Borbón la observó con detenimiento unos segundos y respondió:

—Mi esposo te mira con mucho interés últimamente. Y corre el rumor de que está buscando una nueva amante.

—Yo jamás consentiría en aceptar ese puesto, os lo juro. Mi dignidad me lo impediría y mi lealtad a vos es absoluta.

—Doy fe de que lo ha sido hasta ahora, pero no serías la primera de mis damas que se rinde a los encantos del rey.

Ambas alzaron la vista hacia la estatua ecuestre de Felipe IV que parecía vigilar el jardín desde lo alto de un pedestal.

—Os aseguro que mis ojos no han hallado ninguno en la figura de vuestro esposo. Admiro su dedicación a las artes y su afición de poeta, pero nada de eso me llevaría a ocupar un lugar que no me corresponde.

—Espero que así sea. Bastantes enemigos tengo ya en la corte como para que también mis damas más preciadas me traicionen —repuso con dureza revestida de suavidad.

—No temáis que yo lo haga, majestad.

El volumen de las voces femeninas que transportaba el aire descendió de súbito, las risas remilgadas cesaron y el frufrú de las faldas al rozar unas con otras disminuyó. La mayoría de las mujeres habían hecho un alto en el paseo para observar a la que acababa de entrar en el jardín y que no pertenecía al séquito de Isabel de Borbón. Claudia reconoció en aquella dama a la visita anunciada por la reina, que aguardó a que se acercara y se inclinara ante ella como dictaba el protocolo.

—Catalina, cuánto me alegro de verte —expresó al tiempo que extendía los brazos para tomar, en un gesto amistoso, las manos de la recién llegada—. Fue una gran sorpresa saber que estarías en Madrid varias semanas antes de la inauguración del Coliseo.

—Un asunto un tanto delicado me ha obligado a adelantar mi viaje, majestad.

—Espero que no se trate de problemas de salud —deseó doña Isabel, sensibilizada por los suyos.

—No, me encuentro la mar de bien, Y mi familia también, afortunadamente. ¿Y vos? Tenéis mejor aspecto que la última vez que os vi el pasado agosto.

—Fue un mes terrible. Ya sabes cuánto me afectó que el valido del rey expulsara de la corte a mis allegados franceses, incluso a los criados. ¡Como si todos fueran espías de Richelieu!

—Esta guerra contra Francia más parece una lucha de poder entre el conde-duque de Olivares y el cardenal —comentó Catalina con desdén—. Pero no hablemos de política. Me deprime.

Claudia ahogó una risa y la reina, que parecía haberse olvidado de ella, le presentó a la dama Velasco, que, sin más preámbulos, abordó el motivo principal de su visita. Dado que ninguna de las dos mujeres había insinuado que quisieran conversar a solas, Claudia permaneció junto a ellas —no osaba retirarse sin el permiso de Su Majestad— y se interesó por aquel asunto delicado que preocupaba a doña Catalina. Isabel de Borbón lamentó no poder ayudarla.

—Con gusto intercedería por la sobrina de Álvaro Villanueva, pero mi poder en la corte, en este momento, es casi nulo. Olivares se ha encargado de que así sea —lo acusó con inquina—. Su gente me vigila a todas horas, me mantiene apartada de todo lo que sucede, tanto aquí como en el resto del reino. El conde-duque manipula a mi esposo en la toma de decisiones y lo acapara hasta el punto de proporcionarle amantes, una tras otra. —Miró a Claudia de soslayo —. De ese modo, lo tiene entretenido y él puede gobernar a su antojo. Cualquier petición que yo hiciera caería en saco roto, aunque se tratara de una nimiedad como la de que una actriz pueda representar una comedia sin estar casada.

—Me duele profundamente saber de vuestra situación. Es muy injusta. Una mujer inteligente como vos…

—Por desgracia, Catalina, la inteligencia en las mujeres no se considera una cualidad sino un terrible defecto.

—¡Qué me vais a contar! —exclamó la dama—. Tuve suerte al encontrar un hombre que sí la valora. Y, puesto que no podéis ayudarme, espero dar con algún joven que también valore la de Elisa. Si no podéis interceder por ella, no me queda otra opción que buscarle un esposo apropiado.

Claudia, que llevaba cinco años viviendo en palacio y tratando de hallar uno para sí misma, decidió intervenir.

—No quisiera desanimaros, doña Catalina, pero aquí en la corte va a ser difícil. —Recordó de súbito que la esposa del actor era propietaria de una joyería en la que compraban muchas damas de la reina y sugirió—: Tal vez en el Gremio de Joyeros y Plateros…

—Es una idea —aceptó la dama Velasco, y su mirada se fijó en la joya espectacular y única que lucía Isabel de Borbón a la altura del pecho, prendida en el jubón—. Veo que seguís llevando la Perla Peregrina, majestad.

—Por supuesto —sonrió la reina, pero solo un instante—. No me separo de ella desde que Felipe me la quitó un día para llevársela a una mancebía y enseñarla a esas… meretrices que tanto frecuenta.

—Seguro que les enseñaría algo más que la perla —repuso la dama Velasco con sarcasmo. Acto seguido, frunció el ceño, pensativa —. ¿No decía algo parecido la maldición de la Peregrina?

—Bah, una leyenda como cualquier otra, Catalina. Los indígenas de las Américas tienen muchas. Los augurios de un brujo de Panamá no harán que me separe de esta maravillosa joya —declaró mientras la acariciaba con los dedos enguantados.

Claudia había oído hablar de la maldición que recaía sobre aquella perla con forma de lágrima, pero siempre había pensado que si su reina se atrevía a llevarla sin miedo no debía de ser cierta. Lo que no sabía era que el monarca la hubiera sacado de palacio para llevarla a uno de aquellos lugares cuyo nombre prefería no pronunciar. ¡Qué desvergüenza! Y qué ofensa para Isabel de Borbón, pues la Perla Peregrina era su joya preferida. No le extrañaría que hubiera sido idea del valido del rey, de aquel despreciable conde-duque que lo incitaba a la infidelidad humillando así a la regia esposa. Claro que, el monarca tampoco necesitaba que lo incitaran demasiado, admitió. Y ahora, al parecer, se había fijado en ella. ¡Ay, Señor! Rogó al Todopoderoso por que aquellos rumores no fuesen ciertos, pues tendría graves problemas si su padre se enteraba.

A Claudia no le atraía en absoluto Felipe IV, ni como hombre ni por el título que ostentaba. Además, ella adoraba a la reina Isabel, admiraba su belleza, su temple, su fortaleza… Y, a la vez, le daba lástima. No le deseaba a nadie un matrimonio como el que aquella mujer se veía obligada a soportar. Por todas esas razones, jamás se convertiría en otra de las amantes del rey.

Sumida en sus pensamientos mientras continuaba paseando junto a la soberana y la dama Velasco, oyó su nombre en la voz de la primera.

—Disculpad, majestad, ¿decíais…?

—Tu primo Enrique debería sentar la cabeza y casarse, Claudia. Tal vez así dejaría de pulular por el Buen Retiro persiguiendo a las criadas y a mis damas. Elisa Villanueva podría ser una buena influencia para él.

—Es posible —concedió ella, aunque lo dudaba. Lo más probable era que, entonces, se dedicara a perseguir a las actrices—. Si deseáis que se lo presente a doña Catalina lo haré con mucho gusto, majestad.

Fue la dama quien respondió:

—¡Estupendo! Pero convendría que también se lo presentáramos a Elisa, ¿no crees? Y cuanto antes, mejor. Organizaré una cena para esta misma noche en casa de sus padres. Para estos casos, prefiero un lugar pequeño e íntimo que el comedor de un palacete como el de los Velasco —arguyó.

—Acepto la invitación en nombre de mi primo. Estoy segura de que asistirá encantado. —Y así sería, si la finalidad de aquella cena no fuese concertar un matrimonio, pensó, pero la educación y su lealtad a la reina impidieron que lo mencionara—. Estaremos allí a la hora que vos digáis.

* * *

—¿Qué sabes del tal Enrique, Catalina? —curioseó Elisa mientras cepillaba su largo y ondulado cabello castaño.

—Solo lo que os he dicho a todos en el corral de comedias al terminar el espectáculo de hoy: que necesita sentar la cabeza y que es sobrino de un barón.

El parentesco se había ganado la aprobación de los hermanos Villanueva y sus esposas, restando importancia a la sospecha de que pudiera ser un tarambana. Se entusiasmaron cuando la dama les informó de la cena que había organizado para conocer al posible futuro esposo de la actriz y habían regresado a toda prisa a sus hogares respectivos para ataviarse con las galas que correspondían al recibimiento de tan ilustres visitas.

A Elisa le había sorprendido que un hombre de familia noble considerara apropiado casarse con una mujer de la farándula. Las aceptaban como amantes, sobre todo después de la relación que, durante dos años, mantuvo el rey Felipe con una actriz a la que apodaban la Calderona, pero nunca las llevaban al altar. Algún defecto debía de tener el misterioso Enrique, aparte de necesitar sentar la cabeza, dedujo. Ese detalle ya resultaba inquietante por sí solo, pues significaba que el caballero era un vividor, lo que no encajaba demasiado en el concepto de «buen hombre». Y así se lo dijo a la dama.

—Mira, Elisa, seré franca contigo. Exceptuando las horas que he estado en palacio esta mañana, he pasado el fin de semana visitando a mis conocidos y amigos de la familia, algunos de los cuales llevaba mucho tiempo sin ver —apostilló—, y aún no he encontrado ningún soltero de edad similar a la tuya al que haya podido imaginar en tu cama.

—¡Catalina! —fingió escandalizarse Elisa.

—No seas mojigata. Sabes muy bien que un matrimonio feliz no se basa solo en el entendimiento mutuo, la amistad, la confianza, el respeto, el cariño y todas esas cosas que, con un toque de magia, conforman lo que llamamos amor. También necesita fuego. Un fuego que no se apague después de haberlo encendido, ¿me comprendes?

—Creo que sí —respondió tras dejar el cepillo en el tocador.

Elisa prefirió no afirmarlo con rotundidad a fin de no levantar sospechas, pero lo cierto era que lo había comprendido a la perfección. Sus enamoramientos efímeros no podían explicarse de un modo más preciso: una chispa, un anhelo, una entrega total y… todo el ardor desaparecía como por ensalmo. En su lugar quedaba solo un frío decepcionante.

Iba a recogerse el cabello cuando su prima Luisa irrumpió en la habitación.

—¡Date prisa, están al llegar! Si son puntuales, claro. —Se acercó a ella y le quitó de la mano las horquillas destinadas a sujetar un moño—. Déjate el pelo suelto, tienes una melena preciosa. Si quieres deslumbrar al tal Enrique…

—Primero, quiero ver cómo es.

Y el tamaño de sus pies, añadió mentalmente.

—Si no te gusta, iré yo a por él —declaró Luisa sin manías.

Catalina rebufó.

—Veo sigues empeñada en casarte antes de cumplir los veintidós.

—Es la única forma de que me contraten en una compañía teatral —arguyó la joven—. Papá sigue sin darme ningún papel en las comedias, solo me permite cantar y bailar al final del espectáculo, y ya estoy harta.

Elisa, que llevaba casi un año oyendo esa queja, trató de animar a su prima.

—A lo mejor, te da pronto una oportunidad. A partir de la próxima semana tendré que ensayar para *Los bandos de Verona*, y tu padre quiere que me dedique por completo a esa obra. Así que no actuaré en el corral.

—Lo sé, ya está buscando una sustituta. Y tengo claro que no seré yo.

—Quién sabe, Luisa —dejó caer la dama Velasco—. Tal vez, si te esmeraras en aprender en lugar de en buscar marido, Álvaro te tomaría más en serio.

—Lo dudo mucho. ¡Oh! Podrías ayudarme tú, Catalina, igual que vas a ayudar a Elisa —sugirió entusiasmada.

—¿Dos a la vez? ¡Ni hablar!

—Por favor…

La súplica de la joven se vio interrumpida por unos golpes en la puerta y por la voz de la sirvienta anunciando la llegada de los invitados. Elisa se puso nerviosa. Se aplicó unas gotas de agua de jazmín y dejó que Luisa y Catalina la precedieran al bajar por la escalera. En el descenso, rogó por que el tal Enrique fuese de su agrado. Así no tendría que volver a pasar por el trance de que le presentaran más posibles maridos, ya que le resultaba bastante incómodo.

También pidió a Dios que el nombre de pila no influyera en el carácter de quien lo llevaba, pues tiempo atrás había conocido a un Enrique que prendió una chispa en su interior y fue una de aquellas que se apagaron pronto. Unos grandes ojos azules de mirada viva, una sonrisa fácil y una labia lisonjera la habían atraído igual que el néctar de una flor atrae a las abejas, pero no tardó en descubrir que el hombre tenía mucho néctar y un enjambre deseando libarlo, y eso no le gustó. También se percató de que, además de ser un mujeriego, Enrique Díaz bebía en exceso y sus ingresos dependían de los naipes, y todo el conjunto había transformado el ardor inicial en puro hielo. Después de una noche, más o menos agradable, Elisa se despidió de él deseándole toda la felicidad del mundo y no había

vuelto a verlo desde entonces. Tal vez hubiera encontrado ya una abeja reina que desplazara a las obreras, pensó.

Al entrar en la sala vio que allí no había más hombres que los gemelos Villanueva. La invitada, una joven rubia de grandes ojos celestes, estatura media y curvas generosas, se acercó de inmediato a Catalina.

—Oh, no sabéis cuánto lamento que mi primo no haya podido venir. Tenía un compromiso ineludible esta noche. Pido disculpas en su nombre y prometo concertar otra cita con vos y con Elisa. —La miró a ella y sonrió—. Señorita Villanueva, es un placer conocerla en persona. La he visto actuar en un par de ocasiones y he disfrutado muchísimo. Sin duda merece el papel que le han dado en la comedia de Rojas y ardo en deseos de verla en la inauguración del Coliseo. Ah, y no se apure por su situación. Me atrevo a asegurarle que mi primo estará dispuesto a remediarla en cuanto la vea a usted. ¡Oh! Perdone, aún no me he presentado, aunque supongo que doña Catalina ya le ha hablado de mí: soy Claudia Maldonado y me siento honrada de compartir cena con usted y su familia. Precisamente se lo estaba diciendo ahora a sus padres y a sus tíos, y… —tomó una bocanada de aire, lo que a Elisa le pareció imprescindible—. Disculpe, creo que estoy hablando demasiado. Es por la emoción. Y porque estoy un poco nerviosa y, cuando estoy nerviosa…

—Gracias por venir —la interrumpió ella, maravillada con aquella joven que había soltado toda aquella perorata sin apenas respirar—. Y gracias también por ofreceros a ayudarme.

—Oh, lo hago con sumo gusto, créame.

Durante la cena, Elisa observó que Claudia seguía inquieta y que, cada vez que alguien le preguntaba por el primo Enrique, respondía con brevedad y sin dar datos concretos, cambiaba de tema enseguida y se mostraba interesada en exceso por cualquier cosa que contaran los gemelos, Catalina o las dos Luisas. Aquel comportamiento era muy extraño.

También se fijó en que la dama Velasco parecía recelar de tan curioso proceder, al igual que ella, y constató que no se equivocaba cuando la hija del barón de Arraz, al terminar la cena, anunció que debía marcharse y Catalina insistió en acompañarla hasta el

carruaje. Era fácil deducir que la dama quería hablar en privado con la invitada.

Elisa, cuyo recelo se multiplicaba debido a la similitud que guardaban los ojos de Claudia Maldonado con los de aquel Enrique de las abejas, no quiso quedarse con la duda de si se trataba del mismo hombre, por lo que siguió a las dos mujeres hasta el coche de caballos estacionado en la esquina.

La doncella de Claudia y un guardia de palacio esperaban allí a la joven dama para escoltarla hasta el Buen Retiro y Catalina, con un gesto de la mano, les indicó que se alejaran y se mantuvieran a distancia. A continuación, exigió saber la verdad sobre el primo casadero.

—Lo cierto es que no sé si tenía un compromiso ineludible, pero eso es lo que ponía en la nota que me ha hecho llegar en respuesta a la que le he enviado yo para comunicarle vuestra invitación a cenar —refirió Claudia, compungida—. Por prudencia, no he mencionado a Elisa, solo que la hija de unos amigos de una amiga de la reina necesitaba con urgencia un esposo y que Su Majestad había pensado en él. Tal vez haya sido culpa mía, porque si le hubiera informado de que se trataba de usted —se dirigió a la actriz— creo que habría aceptado, como mínimo, la invitación. Casarse… —suspiró— francamente, eso ya no lo sé. Pero mañana mismo hablaré con él y le expondré la situación. Mi primo es asiduo a los corrales de comedias y estoy segura de que sabrá de quién le hablo.

A Elisa se le erizó el vello al oír ese dato referente a la costumbre del misterioso Enrique y, ya junto al carruaje, mientras el cochero abría la portezuela, decidió no esperar más a salir de dudas.

—Claudia, ¿vuestro primo se apellida como vos?

—No, es hijo de un hermano de mi madre. Sus apellidos son Díaz de la Cueva. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, por nada.

La sospecha de Elisa se confirmaba. Con una mezcla de espanto y advertencia, miró a Catalina, que pareció comprender que el tal Enrique no era un desconocido para ella y mucho menos, el hombre que elegiría como esposo, ya que la dama reveló a Claudia el plan

inicial de los Villanueva y lo propuso como opción en caso de que el señor Díaz fuese reacio al matrimonio.

—¿Anularlo después de la inauguración? —quiso constatar la hija del barón—. Oh, se lo diré. Tal vez eso lo convenza de colaborar. Sería como un matrimonio falso, ¿no? Bueno, falso del todo no, pero casi.

Catalina asintió con la cabeza al tiempo que una sonrisa sesgada se dibujaba en su rostro. Sin más, se despidieron de la invitada que, tras acomodarse en el carruaje, se asomó sonriente por la ventanilla y dijo:

—Mañana, en cuanto haya hablado con mi primo, les enviaré una nota. Todo saldrá bien, Elisa, ya lo verá.

Ella, lo único que veía era que anular un matrimonio con Enrique Díaz o con cualquier otro hombre iba a ser imposible.

En cuanto el coche arrancó, le reveló a Catalina que el primo de Claudia Maldonado era un mujeriego y se mostró inflexible al descartarlo como posible marido.

—Siento no haber mencionado esto cuando me preguntaste por mis preferencias, pero no quiero un esposo que, con toda probabilidad, me será infiel.

—Algunos canallas se reforman, Elisa. Tu tío Álvaro es un buen ejemplo.

—Es una excepción, diría yo. Y no tengo ningún interés en reformar a Enrique Díaz, así que no perdamos el tiempo con él, por favor. Busquemos a otro. Mira, mañana tengo el día libre. Podríamos ir al Prado de San Jerónimo y echar un vistazo a los paseantes. Quizá nos crucemos con algún conocido que…

—Tengo otra idea mejor —la atajó Catalina con esa sonrisa que, según los gemelos Villanueva, era indicativa de que tramaba algo—. Ir a la Puerta del Sol o a la plaza de la Cebada.

—¿Y qué hay allí, aparte de pícaros?

—Que es justo lo que necesitas, Elisa.

¿Un pícaro por esposo? Ella no supo si ofenderse o simular un desmayo. Que su madre las llamara desde el portal le evitó tener que decidirse por una de las dos reacciones.

—¡Catalina! ¡Elisa! ¿Por qué estáis charlando en la calle? Hace mucho frío ahí fuera.

—¡Ya vamos, mamá! —Y se dirigió a la dama—. Seguro que están todos en el zaguán, ansiosos por saber de qué hemos hablado con Claudia.

—Sí, y por eso caminaremos despacio. La idea que esa joven me ha dado sin querer no sé si será del agrado de tus padres y prefiero contártela antes de entrar en la casa.

—Si te refieres a que me case con un pícaro, no les va a gustar, desde luego. Ni a mí —declaró con firmeza mientras avanzaba con pasos cortos y lentos—. Y no veo qué relación hay entre esos delincuentes y la señorita Maldonado.

—El matrimonio falso —concretó Catalina, y bajó la voz—. No voy a buscarte un esposo entre los pícaros, Elisa, sino a un falsificador de documentos. Uno que sepa reproducir un contrato matrimonial de modo que parezca auténtico.

—¡Ay, Dios! ¿Y si en palacio descubren que…?

—Chissst… Ya lo hablamos mañana —la emplazó, pues estaban casi en la puerta de la vivienda—. De momento, les haremos creer a todos que Enrique Díaz es el primer candidato a marido, ¿de acuerdo?

A Elisa no le convencía cometer una ilegalidad, pero lo cierto era que un matrimonio falso le permitiría ser Julia Capelete durante unas horas sin el riesgo de que una elección precipitada pudiera derivar en un tremendo e irremediable error, así que decidió continuar confiando en Catalina y aceptó la propuesta.

CAPÍTULO 3

Mierda. Ya volvía el Daciano a hacer de las suyas, se enfureció Juan al entrar desde la trastienda en la taberna donde trabajaba.

En los dos años que Juan Morales llevaba en Madrid había conseguido limpiar la zona que él controlaba —sita al sureste de la plaza de la Cebada— de aquellos pícaros a los que llamaban dacianos y que se dedicaban a robar niños de tres y cuatro primaveras con el fin de venderlos a los expertos en fingir mutilaciones, ceguera, llagas gangrenosas o cualquier otra dolencia irremediable que despertara la compasión de los transeúntes y así, ganar algunas monedas. Pero con aquel no había podido. Las amenazas de romperle las piernas, los brazos e incluso de mandarlo al otro mundo no habían servido de nada. Un par de veces al mes lo pillaba arrastrando a una criatura inocente hasta aquella taberna de la calle del Oso, donde le daba un buen plato de sopa, que el niño comía con inmenso apetito —el Daciano sabía reconocer un estómago vacío—, y unos melindres de azúcar que convencían al pequeño de que aquel hombre que se lo había llevado lejos de sus padres debía de ser una especie de santo y que, pasar unas horas con él, no sería tan terrible.

Sin embargo, el crío no tenía ni idea de lo que le esperaba al terminar el banquete: el pícaro le clavaría el puño en la cara para romperle la nariz, le retorcería un brazo hasta quebrarle los huesos y lo encerraría en el cuarto que el malnacido habitaba hasta que dejara de llorar de dolor y de llamar a sus padres. Luego, lo vendería. Juan había sido testigo de ese procedimiento incontables veces y aunque estaba acostumbrado a toda clase de delincuencias, aquella siempre le revolvía el estómago.

En Sevilla, donde había pasado casi diecisiete años inmerso en el hampa, no pudo hacer nada para frenar esa barbarie y se había jurado a sí mismo que, en Madrid, en las calles que estuvieran bajo su dominio, ningún pícaro se ganaría la vida a costa de infligir daño a una criatura.

Juan aguardó a que la pequeña y esmirriada víctima terminara de comer y se acercó a la mesa que ocupaba con su captor en un rincón de la taberna. Plantó las palmas en la desgastada superficie de madera y, conteniendo la furia que lo embargaba, hizo la pregunta que el Daciano ya debía de esperar:

—¿Cuánto quieres por él?

—Sabía que vendrías —sonrió el cuarentón, lo que dejó a la vista una amarillenta y mellada dentadura.

—Lo haces aposta, ¿verdad? Los traes aquí porque sabes que pagaré por ellos mucho más de lo que te daría cualquiera de esos falsos tullidos.

—Nadie te obliga, muchacho.

—¿Cuánto? —repitió con apremio.

Acordaron el precio. Las monedas cambiaron de mano ante la ingenua mirada del niño, ajeno a que él era el objeto de aquella transacción. Cuando el Daciano se levantó, Juan lo amenazó una vez más y le advirtió de que sería la última.

—Si vuelvo a verte en mi zona con una criatura, juro que acabaré contigo antes del siguiente sol.

No lo haría personalmente, claro. Nunca había matado a nadie y esperaba no tener que hacerlo jamás; había ya suficientes rufianes en Madrid que se dedicaban a eso, además de a otras faenas que implicaban violencia física. Cobrar por dar una paliza a alguien o por quitarlo de en medio definitivamente era otra forma de ganarse la vida en una ciudad donde la pobreza convivía con el fasto de la corte y en la que una palabra ofensiva podía dar lugar a un duelo a muerte. Dado que algunos ofensores no eran tan valientes como su boca proclamaba, más de un agravio se resolvía pagando: a tanto el puñetazo o el golpe de vara, a tanto la cuchillada… Los rufianes solían trabajar a diario y Juan conocía a los que merodeaban por sus dominios.

Se llevó de la taberna a aquella criatura, que se enfurruñó al verse apartada del hombre que le había proporcionado tan opípara comida, y le preguntó dónde vivía. Afortunadamente, el pequeño supo decírselo con claridad. A menudo rescataba a niños que no lo recordaban o no hablaban con fluidez y, en esos casos, Juan tenía que recorrer el barrio en busca de alguien que reconociera al chiquillo en cuestión.

Lo acompañó hasta Lavapiés y localizó a la madre en la plaza de la fuente, desesperada por encontrar a su hijo. Fue tal el alivio de la mujer al verlo sano y salvo que quiso recompensar a Juan con unas manzanas que cargaba en un cesto. Él se fijó en las ropas ajadas de aquella madre y en que, en el interior del viejo canasto, no había mucho más. Era obvio que esas piezas de fruta iban a ser las únicas que la familia se llevaría a la boca en varios días, quizá con una hogaza de pan y unas cucharadas del puchero en el que ella iría echando los trozos de verdura y de tocino que pudiera comprar durante la semana. Juan rechazó amablemente la recompensa y se marchó.

Se alegró de que la mujer no le hubiera ofrecido su cuerpo, como hacían otras, porque la señora estaba de muy buen ver y se habría sentido tentado a aceptar, lo que tenía por norma no hacer jamás. Cuando quería solaz, Juan acudía a las chicas de la taberna, a las que protegía de clientes violentos y de los listillos que intentaban escaquearse de pagar, o a alguna de las muchachas que le llevaban fruslerías sisadas de las casas en las que servían y que solían estar dispuestas a calentar su cama durante unas horas. Él no pedía más. Había visto a hombres perder la cabeza por una mujer y no le gustaba el calvario por el que pasaban ni las sandeces que hacían hasta conseguir desposarla o simplemente mantenerla como amante. Por mucho que Lope de Vega clamara en sus comedias que el amor estimulaba la inteligencia, Juan opinaba que la adormecía. Y ningún pícaro podía permitirse ese lujo. Un pequeño descuido conllevaba siempre una pérdida de dinero, el riesgo de ser atrapado por un guardia no corrupto o el de ser degradado en la jerarquía del hampa.

Quizá por eso él había llegado tan alto, se decía, porque nunca se había enamorado ni echaba en falta una esposa. Vivía muy bien solo, a su aire, libre de exigencias de fidelidad, de gastos caprichosos, de hijos a los que alimentar y de los que sentirse responsable. Hacía lo que quería y cuando quería y, aunque había intentado en un par de ocasiones abandonar los trapicheos y actividades ilegales y buscar un empleo honrado, se desviaba pronto de ese camino. Le bastaba con ver el mísero salario que se llevaba al bolsillo cada semana por un montón de horas de trabajo para preferir retomar la delincuencia.

Además, ¿qué motivo tenía para ser honrado?

Allí, en la trastienda de aquel local de la calle del Oso y en connivencia con el tabernero, había montado su negocio clandestino de compra-venta de objetos robados y le funcionaba mejor que en Sevilla.

Solo le había costado un par de meses introducirse en el hampa madrileña como polidor —así llamaban en la capital a los que comerciaban con material procedente de los hurtos—, ya que su experiencia en la ciudad del Guadalquivir y haber ido a la escuela hasta los catorce años lo situaban en un nivel muy superior a la mayoría de los ganapanes de la Villa y Corte. Saber leer y escribir y ser ágil con las operaciones matemáticas básicas le otorgaba ventaja sobre los demás polidores de la zona, que poco a poco se habían ido mudando de barrio. Desde el invierno anterior, en los alrededores de la plaza de la Cebada, solo quedaba él. Todo lo que se birlaba en las calles de Lavapiés pasaba por sus manos.

Había incluso algunos muchachos que lo consideraban su cherinol, el jefe, en la jerga utilizada por los pícaros de Madrid. A Juan no le gustaba que lo llamaran así, pues él no lideraba ninguna banda, solo llevaba un negocio, pero ya se había hartado de repetirlo y aceptaba ese cargo con estoicismo.

Ya de nuevo en la taberna, el dueño le pidió que estuviera al tanto de unos suministros que debían entregarle a mediodía y que los descargara del carro en cuanto llegaran. Aunque esa tarea no estaba incluida en su contrato laboral, a Juan no le importaba hacerla; el tabernero rondaba la cincuentena, padecía dolores de

espalda y tenía exceso de peso, por lo que añadir el de unos cuantos sacos lo dejaba encorvado durante horas, mientras que a él no le costaba nada, al contrario. El trabajo físico le gustaba y, en ese momento, después de haber pillado al Daciano en una de sus crueldades, hasta lo necesitaba para calmar la furia que todavía le roía las entrañas.

Volvió a la trastienda, cruzó el almacén contiguo y salió a la calleja a esperar la mercancía. La legal, por supuesto. La ilegal también solía llegarle a través de esa puerta, pero los lunes no comenzaba a recibirla hasta última hora de la tarde, por lo que solo tendría que estar pendiente del carro de suministros.

Se apostó en la esquina, apoyado en el muro de piedra del edificio, y dejó que el frío de enero penetrara en su airado interior. La habitual calma de los lunes se había alterado y necesitaba recuperarla.

A Juan le gustaban los lunes. La tranquilidad en las calles se imponía tras la agitación del domingo, día en que se cometían tantos robos, estafas y altercados como los que tenían lugar a diario al ocultarse el sol. Y en invierno oscurecía pronto, por lo que había más horas para la delincuencia. Los lunes de invierno eran un respiro que Juan agradecía antes de que empezara el incesante movimiento del resto de la semana, y le ponía de muy mal humor que le fastidiaran uno. Esperaba que aquel no le deparara más sorpresas.

* * *

El coche de caballos de Catalina de Velasco circulaba por la calle de Toledo en dirección sur. Elisa, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla, visualizaba lo que estaría haciendo en ese momento si fuese un lunes normal y corriente: la tienda de telas, la de encajes y cintas, el sombrerero… Se estaba perdiendo aquella agradable rutina por ir en busca de un falsificador de documentos y se sentía inquieta. También por el atuendo que lucía, demasiado elegante para adentrarse en los barrios bajos de la ciudad, pero la dama se había empecinado en que vistiera con distinción y ella había cedido.

Comprendía que el motivo era engañar a la familia, pues habían dicho que iban de visita a un palacete y tenía que estar a la altura de los nobles dueños. Sin embargo, aquella capa de terciopelo azul ultramar con ribetes dorados que Catalina le había obligado a ponerse le parecía llamativa en exceso. ¿De verdad hacía falta?

—Elisa, ¿qué te ocurre? —le preguntó, interrumpiendo sus cavilaciones—. No tendrás miedo, ¿verdad?

—No, no. Estoy acostumbrada a tratar con gente de todas clases. Mamá me ha enseñado que las personas más humildes son, a veces, las más fiables. Solo pensaba en qué estarán comprando para la comedia de esta semana.

—Estoy segura de que tu prima Luisa te lo contará con todo detalle en cuanto regresemos. Ya viste lo contenta que se puso ayer cuando tu madre le pidió que la acompañara en tu lugar.

—Es cierto. Y su alegría evitó que los demás comenzaran a preguntar sobre nuestra visita de hoy. Si supieran que…

—No sospechan nada —la interrumpió Catalina—. Decirles que Claudia tenía dudas sobre Enrique Díaz y que necesitábamos una alternativa por si él fallaba les pareció lógico y muy acertado. Y, en cierto modo, no mentí —afirmó con su sonrisa maquinadora—, ya que vamos en busca de una alternativa. Solo que no al lugar que ellos creen ni a visitar a unos amigos.

—Ya imagino que no tienes amistades entre los pícaros de Madrid —rio ella.

El coche se detuvo cerca del hospital de la Latina, donde se apearon para continuar a pie hasta la plaza de la Cebada. La dama arguyó que así no llamarían tanto la atención, ya que el tiro del carruaje lo formaban cuatro hermosos caballos y no un par de mulas, como en los vehículos que transitaban por esa zona.

—Pues las ropas que vestimos no es que pasen desapercibidas —comentó Elisa al percatarse de cómo las miraba la gente con la que se cruzaban.

—Lo sé, pero es lo más adecuado para atraer el interés de algún ladronzuelo.

—Ah, claro —comprendió ella, por fin. Al llegar a la plaza, inquirió —: Y ahora, ¿qué hacemos?

—Pasear. Vayamos hacia la fuente. Ellos se acercarán a nosotras y entonces, preguntaremos.

—Si se acercan a nosotras será para robarnos, y ni nos vamos a enterar. Son muy hábiles con los dedos.

—Y yo soy muy rápida con el cuchillo —rebatió Catalina mientras observaba a su alrededor.

La plaza de la Cebada estaba bastante concurrida: mujeres que iban y venían, otras que se habían parado a charlar, un par de corrillos de hombres, un niño que se entretenía pateando piedrecillas, otro sentado junto a la fuente, un carro que transportaba sacos, otro sin carga… Unificaba el panorama el color de la vestimenta de toda aquella gente, que parecía mimetizarse con el de la tierra que pisaban o con el adobe o la piedra de los edificios que delimitaban aquel espacio: cuero marrón para los jubones, lana marrón para los calzones y las faldas, mantos grises, capas negras, sombreros viejos descoloridos y botas y zapatos polvorientos. Entre aquella monotonía, ellas dos debían de parecer estrafalarias muñecas que hubieran escapado de un teatrillo de títeres. Muñecas que pedían a gritos que les robaran.

El niño de las piedrecillas se les acercó y les hizo una reverencia casi cómica.

—Señoras… Son muy hermosas.

—Gracias, caballero —sonrió Elisa.

—Caramba, señora, nunca había visto una capa tan bonita como la suya. ¿Puedo tocarla, por favor?

—Claro.

Unos dedos sucios rozaron con reverencia el terciopelo azul con que Elisa se abrigaba, palparon el ribete de hilo dorado y ascendieron hasta el cordón de seda, también azul, que cerraba la capa al cuello con un lazo. Ella no se movía, el rostro extasiado del niño le daba lástima, pero presentía que tanto interés por la prenda escondía otra intención: birlarle la bolsita de dinero que llevaba atada a la cintura, oculta bajo el terciopelo. Dado que, en teoría, habían ido allí para encontrar un pícaro que les resultara útil, fingió ignorar el propósito del chiquillo y hasta se lo puso fácil al preguntarle a Catalina:

—¿Qué te parece si le doy una moneda a esta pobre criatura?

—Excelente, hazlo.

El niño sonrió con toda la amplitud que su boca le permitía y Elisa desanudó la bolsita. En cuanto la soltó de su sujeción, le voló de las manos y el ladronzuelo echó a correr hacia la fuente. Al instante, vio a Catalina lanzarse tras él. Ella se quedó quieta, sin saber si chillar «¡al ladrón!» o ayudar a la dama a atraparlo, pero de pronto notó que su preciada capa se esfumaba de su cuerpo y no pudo contenerse.

—¡Eh! ¡Vuelve aquí! Maldita sea —masculló al tiempo que iniciaba su persecución particular.

Y malditas fueran aquellas voluminosas faldas que le dificultaban la carrera, renegó en silencio mientras veía cómo aquel otro pícaro, mayor que el de las piedrecillas, se alejaba con tanta rapidez que darle caza le iba a resultar imposible.

—¡Elisa! —la reclamó la dama—. ¡Deja a ese ratero y ven aquí!

Catalina había prendido al niño y lo arrastraba de la oreja. Ni los quejidos del ganapán ni las voces que acababan de dar ellas alteraron al grupo de hombres junto a la fuente, que se limitaban a mirarlas; unos con pena, otros mofándose del pequeño por haberse dejado pillar y algunos —los que podían ver el filo del cuchillo que Catalina empuñaba— con perplejidad. Elisa se apresuró a volver junto a la dama, que obligó al pícaro a devolverle la bolsita.

—También me han robado la capa.

—Ya lo veo, pero la recuperaremos. —Y, con un tirón de oreja al ladronzuelo, buscó confirmación—: ¿Verdad que sí, mequetrefe?

—¡Ay! Yo no tengo la culpa, señora, lo juro.

—Por supuesto que la tienes. He visto cómo te las apañabas para deshacer el lazo que la sujetaba y facilitarle el trabajo a tu amigo. Estáis compinchados, no me engañes.

—Soltadme, por favor —gimoteó el crío que no debía de alcanzar los diez años.

—Ni lo sueñes. Vas a llevarnos hasta donde sea que se haya escondido tu amigo y nos devolveréis la capa.

—No puedo, señora, hay muchos sitios donde esconderse y no sé en cuál está. ¿Podéis guardar ese cuchillo, por favor? Me da miedo.

—Mentiroso —le acusó Catalina, muy seria—. Tú llevabas otro.

—Pero solo lo uso para comer, no hago daño a nadie —aseguró y, con cierta admiración, preguntó—: ¿Cómo me lo habéis quitado tan rápido, señora? ¿Y qué habéis hecho con él?

—Lo he tirado por ahí. Ya lo recogerás cuando recuperemos la capa —insistió la dama con otro tirón de oreja.

—¡Au! Ya le he dicho que yo no puedo hacer nada.

En vista de que ninguno de los dos iba a ceder, Elisa decidió intervenir.

—Quizá será mejor que te llevemos ante el alguacil. Él será quien resuelva…

—¡No, no, no! El alguacil no, os lo suplico —lloriqueó y la miró con una mezcla de temor y arrepentimiento—. Está bien, os diré cómo podéis recuperarla, pero no podrá ser hasta mañana o pasado, cuando mi amigo se la lleve al cherinol.

—¿A quién? —se extrañó ella, que nunca había oído esa palabra.

—A nuestro jefe, señora. Si van mañana a…

—Mañana no —lo cortó Catalina—. Ahora. Así nos aseguramos de que no nos vas a volver a engañar. Nos llevarás ante tu jefe ahora mismo.

—Pero aún no tendrá la capa. ¡Ay! —Otro tirón—. ¡Me vais a arrancar la oreja!

—Te la cortaré con el cuchillo si no empiezas a caminar hacia donde esté ese… cherinol —amenazó la dama.

El ladronzuelo asintió con la cabeza y señaló con un índice una de las calles que partía de la plaza en dirección este. Catalina le soltó la oreja y lo agarró de la raída chaqueta para que no escapara mientras las conducía hacia el lugar.

En la calle Embajadores, la dama sonrió a Elisa y le dijo en voz baja:

—Con suerte, el jefe conocerá a un buen falsificador.

—Y espero recuperar la capa, porque me la regaló el tío Álvaro. ¿Cómo voy a justificar en casa que no la llevo?

—Dejaré la mía en el coche y diremos que las hemos olvidado en el palacete de mis amigos. Aunque haga frío, el sol calienta bastante. Nos creerán.

El chiquillo anunció que faltaba poco para llegar.

—Está en una taberna de la calle del Oso, pero iremos por la calleja que hay detrás, así no tienen que entrar en ese sitio. Las únicas mujeres que hay allí son rameras.

—Un detalle por tu parte —agradeció Elisa.

Doblaron una esquina y el pequeño se detuvo.

—Señoras, ¿puedo pedirles un favor?

—Depende —respondió Catalina—. ¿Qué favor?

—No le digan al cherinol lo que ha pasado de verdad. Soy nuevo en esto y estoy aprendiendo. Si se entera de que una dama me ha pillado pensará que no valgo para afanar y no me querrá entre su gente, y yo no tengo otra manera de llenarme el buche. Le diré que se han enfadado mucho por lo de la capa y que por eso las he traído aquí. No le va a gustar, pero… —Se encogió de hombros con expresión lastimera.

—Si me prometes que la voy a recuperar, guardaremos silencio —le aseguró Elisa.

—Muchas gracias —sonrió, contento.

Reemprendió la marcha y volvió a detenerse al llegar a la entrada de una calle estrecha por la que no pasaría un carruaje. Un carro estacionado al fondo bloqueaba el paso hacia el otro extremo. Junto al vehículo, un hombre bajito y rechoncho descargaba un pesado saco. Se lo pasó a otro, alto y bien formado, que se lo echó al hombro y se metió en el edificio.

—Ah, ahí está —indicó el pícaro novato—. Esperen aquí hasta que yo las avise.

—Ni se te ocurra escapar —le advirtió Catalina—, porque sé lanzar el cuchillo y no dudaré en hacerlo si lo intentas.

—Tranquila, señora, solo tardo un minuto.

El hombre gallardo salió a la calleja y cargó otro saco, pero se quedó junto al carro, observando al crío que se le aproximaba. No se cubría la cabeza con sombrero y su cabello, negro y más corto de lo que dictaba la moda, brillaba como el ébano. Sus ropas parecían bien cuidadas y su aspecto era más pulcro que el de algunos caballeros; bajo el jubón desabotonado, una camisa blanca y holgada caía sobre un pantalón negro sin holgura que abrigaba unas

piernas largas y musculosas. Elisa se dijo que, si aquel hombre era el jefe de los pícaros de la zona, con gusto se uniría a su banda. Además, no llevaba barba ni bigote, como era costumbre entre los hombres que conocía, y eso lo volvía aún más atractivo a sus ojos.

Los de él se alzaron y enfocaron directamente hacia ellas al tiempo que el ladronzuelo les indicaba, agitando una mano, que se acercaran.

—Vamos, Elisa —ordenó Catalina tras enlazarle un brazo—. Ah, y déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

—Claro. —A ella le bastaba con mirar.

Ojos castaños, distinguió mientras avanzaban hacia el supuesto cherinol, el cual entró de nuevo en el edificio con otro saco. El tipo rechoncho las saludó a distancia y el pícaro novato las esperó para despedirse.

Aguardaron en silencio junto al carro a que el jefe saliera. Tardó solo un par de minutos en volver a cruzar el umbral hacia el callejón, aunque esta vez exhibía una sonrisa de oreja a oreja que parecía ensayada frente a un espejo.

—Buenos días, señoras, es un pla…

La voz grave y melosa se acalló de súbito, la sonrisa se desvaneció y la mirada astuta se tornó incrédula. Elisa se percató de que aquel cambio no se debía al impacto que su belleza o sus elegantes ropas pudieran haberle causado, pues las pupilas del hombre se habían clavado en el rostro de su acompañante.

—¿Doña Catalina? —pronunció el jefe, un tanto perplejo—.

¿Sois Catalina de Velasco?

* * *

Juan no dudó ni un instante de que una de las mujeres que tenía frente a él era la sobrina del condestable de Castilla. Si se lo había preguntado era porque le costaba creer que estuviera allí, en los barrios bajos de Madrid, y acompañada de una preciosidad a la que le habían robado la capa. La joven se abrazaba a sí misma en un intento por protegerse del frío y no tardaría en comenzar a tiritar,

pues su vestido, aunque parecía grueso, tenía un buen escote y el sol esquivaba siempre esa calleja.

Cuando el pícaro novato le había comunicado que unas señoras muy enfadadas querían hablar con él, solo se fijó en la joven desabrigada. Varias formas de hacerla entrar en calor habían ocupado su mente mientras dejaba un saco de harina en el almacén de la taberna. Luego, al ver de cerca a la mayor, una serie de recuerdos lejanos había desplazado los pensamientos obscenos y paralizado su cuerpo. Y ahora estaba allí, inmóvil como si fuera un idiota y con la esperanza de que Catalina de Velasco le reconociera.

Sin embargo, fue la bella acompañante —¿una hija de aquella dama, quizá?— la que habló primero, y no para dirigirse a él.

—Me has dicho que no tenías amistades entre los pícaros de Madrid, Catalina.

—Y no las tengo —corroboró la mujer con altivez al tiempo que sus pupilas lo estudiaban a él con detenimiento—. ¿Te conozco?

—Desde luego, aunque hace más de veinticinco años que no nos hemos visto.

—Pues debías de ser un crío.

—Exacto. Un crío que sacaba dinero de llevar mensajes, entre otras cosas. Los vuestros, dirigidos a cierto galán de comedias, eran muy rentables —sonrió con un aire de granuja.

La dama tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, su incredulidad anduvo pareja con la de Juan.

—¿Juanito? ¿El del corral de Valera?

—El mismo, doña Catalina. Para serviros en lo que preciséis —añadió con sinceridad. Esa mujer siempre le había caído bien y, gracias a ella, había ganado bastantes monedas durante un tiempo.

—Válgame Dios… —susurró la dama y, lentamente, una sonrisa generosa apareció en su rostro—. Por todos los diablos, ¡menuda sorpresa! Juanito. Mi mensajero. El pequeño bribón que me adulaba para sacarme los cuartos. Juanito…

—Juan —corrigió él—. Abandoné el diminutivo hace ya muchos años.

—No me extraña, no encaja en absoluto con tu estatura ni tu complexión —halagó ella, repasándolo con la mirada—. Pero, para

mí, siempre serás Juanito.

—No osaría contradeciros, doña Catalina —concedió, aunque le sonara ridículo que lo llamara así.

También le hacía sentirse aún más pequeño de lo que ya se sentía ante aquella mujer de alta alcurnia, incluso algo tímido, y optó por centrarse en la joven. Si era una Velasco, ya podía olvidarse de darle calor salvo con la capa robada. Sin embargo, se fijó en que los rasgos de ambas eran muy distintos y en que no había el más mínimo parecido físico entre ellas, así que probó suerte. Señaló a la chica con el mentón y preguntó a la dama:

—¿Es vuestra hija?

—No, es la hija de Diego y Ana.

—¿Elisa? —inquirió, atónito. Imposible. Elisa era una niña mocosa que…

—¿Te acuerdas de ella?

Diantre. El tiempo pasaba igual para todos, atinó Juan, y aquella niña a la que había acunado más de una vez y con la que había jugado de pequeño se había convertido en una mujer espectacular. Una mujer que, en ese momento, fruncía el ceño mientras su mirada iba de la dama Velasco a él y viceversa. Era evidente que ella no le recordaba.

Sonrió, retador, y respondió:

—¿Cómo iba a olvidarme de Elisa? Fastidió mi noveno cumpleaños y los dos siguientes.

—¿Yo? —parpadeó ella con inocencia y cierta confusión.

—Te dio por venir a este mundo el mismo día que a mí: un 26 de septiembre. Y a primera hora de la mañana, con lo que todos en la compañía de Valera se olvidaron de la tarta que habían prometido prepararme.

—Vaya, lo siento.

Y parecía sentirlo de verdad, observó Juan.

Doña Catalina intervino con aquella autoridad que la caracterizaba.

—Elisa, le debes una tarta a este hombre.

—Tres —concretó él. No era rencoroso, pero sí goloso—. La de los diez y la de los once también. Me obligaron a compartirla contigo.

—No recuerdo nada de eso —se excusó Elisa.

La dama le quitó importancia.

—Es normal, eras muy pequeña y no solemos conservar recuerdos anteriores a los tres años. —Se volvió hacia él y, con una sonrisa sesgada, curioseó—: ¿Y qué sucedió con la de los doce? ¿Reivindicaste tu derecho a una tarta exclusivamente para ti?

—No hizo falta, ya nos habíamos mudado a Sevilla.

—Menos mal —expresó la joven al tiempo que se frotaba los brazos con energía—, o me reclamarías veintidós más.

El gesto de Elisa indicaba que pronto se quedaría helada y Juan volvió a sentir la tentación de proporcionarle calor, lo que le impulsó a decir:

—Supongo que, a partir de cierta edad, habría reclamado otras cosas de una mujer como tú. Cosas tan dulces y apetitosas como una tarta, pero mucho más… jugosas y que se comen en privado.

—No sé a qué te refieres, pero dudo que te las concediera —repuso ella sin amilanarse.

—Vaya, la señorita nos ha salido elitista —la increpó él. Y entonces cayó en la cuenta de que, por la edad que tenía, debía de estar casada—. ¿O es señora?

La aclaración vino de Catalina de Velasco.

—Lo será dentro de poco. O, por lo menos, en apariencia.

—¿En apariencia? ¿Qué significa eso?

Antes de que alguna de las dos respondiera, el carretero, del que Juan se había olvidado por completo, le dijo que aquella conversación le parecía muy entretenida, pero que aún quedaban un par de sacos por descargar. Él se echó uno al hombro y abordó el problema que había llevado a las mujeres hasta allí.

—Te devolveré la capa en cuanto el Robacapas me la traiga, Elisa. ¿Sigues viviendo en la calle del Lobo?

—En la misma casa donde nací.

—Haré que te la lleven a mediados de semana. Doña Catalina —inclinó la cabeza, pues hacer una reverencia con la harina a cuestas resultaría grotesco—, ha sido un placer volver a verla.

No quiso alargar la despedida ni saber más de ninguna de las dos. Ni la dama Velasco ni Elisa Villanueva pertenecían a su mundo.

Comenzar a contarse la vida y establecer una relación amistosa, por mínima que fuera, sería absurdo e inconveniente para todos. Así pues, se demoró en dejar el saco en el almacén para darles tiempo a que se marcharan antes de ir a por el último.

Sin embargo, su pequeño ardid no sirvió de nada. Ambas continuaban junto al carro cuando volvió a salir a la calle.

Maldición.

—¿Aún no os habéis ido?

—Esperaremos a que termines —respondió Catalina, y adujo—: Estábamos en la plaza de la Cebada porque buscamos a alguien como tú, precisamente. Estoy convencida de que podrás ayudarnos.

—Ya no transmito mensajes entre amantes —informó él mientras cargaba el costal que quedaba—, pero el Pillo, el crío que os ha traído hasta aquí, lo hará encantado. Decidme dónde y cuándo lo necesitáis y os lo enviaré.

—No necesitamos un mensajero, Juanito. El asunto es bastante más delicado. Si dispones de una media hora y sabes de algún sitio donde podamos hablar en privado, te lo agradeceríamos.

—Y en el que no haga frío, por favor —añadió Elisa, que comenzaba a tiritar.

Catalina se percató entonces del estado de su acompañante y se quitó su capa para prestársela a la joven.

Juan las observaba preguntándose en qué delicado asunto podía ayudar él. Sentía cierta curiosidad, así como por aquella puntualización que la dama había hecho sobre Elisa y su futuro próximo. La señorita iba a casarse, o eso había dado a entender, pero… ¿solo «en apariencia»? La intriga lo alentaba a concederles parte de su tiempo, aunque tuvo más peso un rasgo de la personalidad de Catalina de Velasco que no había olvidado: siempre se salía con la suya. Si esa mujer seguía siendo tan insistente como antaño, pensó Juan, se plantaría en aquel callejón día tras día hasta que él accediera a escucharla.

—Está bien. Dadme cinco minutos y os llevaré a mi casa. Está muy cerca de aquí, en la calle del Oso.

Cuando dejó la última carga en el almacén, resopló. Y no por el peso del saco ni por cansancio.

«Imbécil. ¿Cómo se te ocurre llevarlas a tu casa?»

Desde que llegó a Madrid, Juan había pensado más de una vez en ir al corral de Villanueva a ver a los gemelos y a Ana robles. En su memoria permanecían jóvenes; en su imaginación, lo recibían con inmensa alegría y con el mismo cariño con que lo habían tratado de pequeño, cuando su padre trabajaba de tramoyista para el señor Valera y su compañía teatral. Sin embargo, ya no era aquel niño ni una persona honrada y, en su fuero interno, sabía que el reencuentro no acabaría bien. Sentirían lástima por él o lo despreciarían al ver en qué se había convertido, y le dolería en el alma. Aunque a Juan no le importara la opinión de los demás, porque se sentía satisfecho con su forma de vida —incluso orgulloso en ocasiones—, sí le importaba la de aquellas personas que habían sido su familia durante su infancia. Álvaro, Diego y la costurera no entraban en la categoría de «los demás», y no quería que su compasión o su desdén lo avergonzaran ni decepcionar a quienes llevaba tan dentro de sí, pues sería como decepcionarse a sí mismo. Por lo tanto, nunca había llegado a pisar el teatro de los Villanueva. Tampoco se había acercado a la calle del Lobo, por si acaso. Ignoraba si aún residían allí, pero prefería no correr el riesgo de cruzarse con alguno de ellos por casualidad.

Y ahora, precisamente por una puñetera casualidad, mandaba al garete toda su precaución. En pocos minutos, iba a abrir la puerta de su casa a dos mujeres que, sin duda, correrían a contarles a los gemelos dónde localizarlo.

En fin, ya no podía echarse atrás.

Desde luego, ese lunes estaba siendo un auténtico desastre.

CAPÍTULO 4

Elisa ya había entrado en calor cuando llegaron al lugar donde vivía aquel pícaro que le echaba en cara haberle fastidiado tres cumpleaños. Durante el corto camino hasta allí, recordó que sus padres y el tío Álvaro habían hablado alguna vez de un tal Juanito, pero ella apenas había prestado atención, pues no conservaba la imagen de un rostro con el que asociar ese nombre ni tenía el más mínimo interés en un niño que se mudó a otra ciudad y al que probablemente nunca conocería.

Tampoco ahora le interesaba la vida de ese hampón de Madrid, por muy apuesto que fuese. Lo único que quería de él era que recuperase su capa y les indicara dónde encontrar un falsificador de documentos, pero Catalina, que parecía sentir aprecio por ese hombre, sí quería saber más.

—¿Cómo has acabado así, Juanito?

—Es una larga historia y me llevaría mucho más de media hora contárosla, así que decidme vos en qué puedo ayudaros y olvidaos de mi vida. —Señaló unas sillas que rodeaban una mesa cuadrada junto al fuego de la cocina—. Sentaos, por favor. No tengo nada que ofreceros, solo vino, y no es de buena calidad.

—Te enviaré unas botellas del que elaboro en mis bodegas. Varias cajas, si me consigues lo que busco.

—¿Sois dueña de unas bodegas?

—Sí —sonrió con orgullo—. Y siéntate tú también o acabaré con el cuello dolorido por tener que mirar hacia arriba. Eres muy alto. —Él no se movió y Catalina, al percibir su reticencia, añadió—: Venga, no me tengas tanto respeto. Y tranquilo, que no vamos a entretenerte demasiado.

Elisa observaba la pequeña vivienda de Juan, bastante ordenada para ser de un hombre que no debía de tener servicio ni esposa. Constaba de una sala única y lo que supuso sería un dormitorio, ya que no había cama a la vista ni más puertas que aquella y la de entrada a la casa; el espacio entre ambas lo ocupaban un par de fraileros de piel marrón desgastada —¿todo era marrón en ese barrio?—, un brasero de cobre y un mueble con baldas en el que había algunos libros y poco más. Varios arcones de madera de nogal y una alacena se distribuían por las paredes restantes, desnudas e impolutas como si estuvieran recién pintadas.

—Necesitamos un falsificador de documentos —informó la dama —. Estoy segura de que conocerás alguno.

—¿Qué clase de documentos?

—Un contrato matrimonial.

Elisa, distraída en intentar leer los títulos de los libros desde la distancia, notó que la mirada de Juan se posaba en ella y, sin vergüenza alguna, le confirmó:

—Sí, es para mí.

—Así que eso es lo que significa que serás «señora en apariencia» —concluyó él, esbozando una sonrisa.

Catalina procedió a explicarle el motivo por el cual necesitaban un contrato falso, pero los ojos del pícaro no se apartaron de Elisa ni un segundo.

—Tus padres no saben nada de esto, ¿verdad? Y Álvaro tampoco, claro.

—Por supuesto que no —corroboró ella—. Les haremos creer que he encontrado al esposo perfecto y, unos días antes de la boda, ese hombre, que no existe —recalcó—, tendrá que marcharse de la capital por asuntos familiares y nos casaremos por poderes.

—Así, Elisa podrá actuar en el Coliseo —continuó Catalina, que comenzó a ponerle cierto dramatismo a la artimaña— y, al cabo de unas semanas, tendremos la mala fortuna de descubrir que ese hombre la engañó, que le dio un nombre falso ¡santo Cielo! y que, por lo tanto, el contrato no tiene validez. Ella volverá a ser una mujer soltera y, sobre todo, seguirá intacta.

—Va a ser complicado —auguró Juan. En su semblante se aunaban la duda y la preocupación—. Habrá que falsificar muchas firmas: la del cura que oficie la supuesta boda, las de los testigos, la del novio… Aparte de inventar nombres para todos ellos, claro está.

—Pero ¿es posible? —insistió la dama—. Entre los estafadores que debes de conocer, ¿hay alguno fiable que pueda hacerlo? El dinero no es problema.

—Lo imagino. Y sí, es posible. Yo mismo me gané el pan durante un tiempo con esa clase de estafas, pero…

—¿En serio? —lo atajó Catalina, entusiasmada—. ¡Eso es maravilloso! Qué suerte hemos tenido, ¿verdad, Elisa?

—Pero no voy a hacerlo —anunció él con determinación.

La joven lo intuyó antes de que Juan se negara a ayudarla. La miraba de un modo extraño, inquietante, como si quisiera penetrar dentro de ella, de su mente, de su alma, de… su cuerpo. ¡Dios! El de él era realmente atractivo. Si ese pícaro tuviera algunos años menos podría ser uno de aquellos galanes de comedia que arrancan suspiros entre el público femenino del teatro y vestidos en las alcobas.

—¿Por qué? —quiso saber la dama Velasco.

Elisa, enfrascada en sus pensamientos, respondió en silencio: «Porque es gallardo como el que más, porque en sus ojos brilla la picardía de su oficio y el fuego del seductor, porque su boca es…» ¡Uy, no!, se detuvo al caer en la cuenta de su confusión. Catalina preguntaba por qué Juan rehusaba ayudarlas, no por qué sería un magnifico galán.

Él contestó con franqueza y claridad.

—No me importa estafar a un desconocido o a un noble, ni siquiera al mismísimo rey, pero a los Villanueva y a Ana… Lo siento, pero no. Aunque no os lo parezca, doña Catalina, tengo principios.

—De acuerdo, pues búscame a alguien que no los tenga.

—Se me ocurre otra opción. Hay un casamentero llamado Celestino que…

—Un nombre muy apropiado —se mofó Elisa.

—No es su nombre verdadero, pero se hace llamar así precisamente por el personaje literario —puntualizó Juan, con

sarcasmo.

—Juanito, no necesitamos un casamentero.

—También es un estafador, doña Catalina, y puede servir a vuestros fines. Tiene una larga lista de vagos que ofrece a viudas y a solteras de edad avanzada con la condición de que dispongan de casa, comida en abundancia y dinero. Por un módico precio, más la manutención durante un mes, Elisa parecerá felizmente casada y podrá solicitar el divorcio cuando lo desee, alegando que su esposo no cumple con su deber de mantenerla con un trabajo digno. La anulación de un matrimonio es más complicada y exige más trámites.

A Elisa no le gustó la propuesta y objetó:

—Los jueces no conceden divorcios tan fácilmente.

—Celestino sabe cuáles se dejan sobornar —rebatió él.

—Y no me atrae en absoluto meter a un vago en casa —agregó—. Dudo que mis padres lo aprueben.

—Si finges estar enamorada aceptarán a cualquiera. Por lo que recuerdo, Ana y Diego te mimaban como si fueras un tesoro —arguyó Juan, con cierta burla—. Y el vago que elijas también lo hará. Tú no tendrás que mudarte de casa y, lo más importante, por lo que me ha parecido entender en las palabras de doña Catalina: podrás permanecer… intacta.

La joven seguía sin convencerse, pero la dama no veía tantos inconvenientes en aquella opción.

—No es mala idea. El tal Celestino podría presentarte a algunos de los hombres de su lista durante esta semana y escoges el que menos te desagrade. En caso de que todos sean espantosos, aún estaremos a tiempo de buscar un falsificador.

—Os aseguro que no será necesario —afirmó Juan—. Hay vagos de aspecto impecable. Pocos, pero los hay. Le pediré a Celestino que seleccione a los mejores y, ¿quién sabe? —se dirigió a Elisa con esa sonrisa de bribón que la incomodaba—. A lo mejor, te enamoras perdidamente de uno y lo conviertes en un hombre de provecho.

—En el callejón me has tachado de elitista —le recordó Elisa, que tenía la impresión de que ese pícaro trataba de engatusarlas como

haría con una posible víctima de un timo—, y ahora crees que podría enamorarme de un tipo inútil. Te contradices, ¿no te parece?

—El amor no sigue una lógica —justificó él y, como si todo estuviera acordado, palmeó la mesa y se puso en pie—. Bien, pues si no hay nada más… Tengo cosas que hacer antes de comer.

Pretendía engañarlas. Elisa lo tenía más claro a cada minuto que pasaba. Miró a Catalina, que parecía satisfecha con lo conseguido y ya se levantaba, dispuesta a marcharse. Ella la imitó ocultando su recelo tras una sonrisa falsa y advirtió:

—Todavía no hemos hablado del precio.

—Negociadlo con Celestino. Como he dicho, no quiero participar en un engaño de este calibre si Ana y los gemelos están de por medio, y mucho menos sacar dinero de ello. Me limitaré a poneros en contacto con el casamentero, nada más. Y no volváis por aquí —pidió, aunque sonó como una orden—. Ya habéis visto que no es un buen barrio. Si necesitáis algo de mí, enviad una nota a la taberna y acudiré a donde digáis.

Las acompañó hasta la calle de los Embajadores y se despidió con una rápida y discreta reverencia. Ellas continuaron hasta el hospital de la Latina, donde el carruaje de la dama seguía estacionado y, de regreso a casa, Elisa la hizo partícipe de sus sospechas.

Catalina, extrañada, replicó:

—¿Timarnos? ¿Cómo? ¿Y por qué?

—Pues la verdad es que no lo sé. Tal vez esté planeando vengarse por lo de las tartas de cumpleaños.

—Oh, vamos. Eso sería una actitud muy infantil, ¿no crees?

—Sí, pero los hombres, a veces, se comportan como niños. Y por el modo en que Juan me miraba…

—Se te comía con los ojos, ya me he dado cuenta —sonrió la mujer—. No era la mirada de un niño, puedes estar segura.

—Tampoco la de una persona honesta y honrada.

—Porque no lo es, Elisa. Escucha, no perdemos nada por probar con el casamentero. Solo tres o cuatro días, y nos lo podemos permitir. Creo que te conviene más divorciarte de un inútil que intentar anular un matrimonio con un mujeriego como Enrique Díaz. Eso, si finalmente se aviene a colaborar.

—Tienes razón —concedió ella y, depositando toda su confianza en Catalina, pasó a otra cuestión—. ¿Vamos a contarles a mis padres que nos hemos encontrado con Juan?

—Naturalmente. Pero habrá que cambiar un poco el relato. Veamos…

Dedicaron el resto del trayecto a inventar cómo habían coincidido con el que fuera el niño favorito de la compañía de Valera y, en cuanto pisaron el zaguán de la casa y Ana y Diego salieron a recibirlas, la dama Velasco anunció el inesperado reencuentro. La ilusión de ambos fue patente y quisieron saberlo todo de Juanito.

—Ha sido una de esas casualidades que te dejan boquiabierta —refirió Catalina, tras acomodarse en la sala—. Mi cochero ha estado a punto de atropellarlo y, cuando me he disculpado, él me ha reconocido. Yo he insistido en acompañarlo a su casa. Aunque no había sufrido ningún daño me ha parecido que era de recibo. Hemos charlado un rato, recordado viejos tiempos… ¡Y se acordaba de Elisa!

—No me extraña —rio Diego—. Nunca olvidaré lo mucho que se enfadó cuando le dijimos que las mujeres no habían podido prepararle la tarta de cumpleaños porque Dios nos había concedido un regalo muy especial. Y la cara que puso al ver al bebé…

Ana Robles no reía.

—Pobrecillo. Me contasteis que le pusisteis a Elisa en los brazos y que la niña se echó a llorar. Oh, Diego, ¿podemos ir a verle esta tarde, por favor? —suplicó.

—Cariño, es posible que él no quiera vernos a nosotros. No sé cuánto tiempo lleva en Madrid, pero podría haberse presentado en el corral de comedias cualquier día y no lo ha hecho.

—Puede que no haya tenido ocasión. O dinero de sobra para pagar la entrada al teatro. Si vive en la calle del Oso quizá no le vayan bien las cosas —aventuró Ana—. Mira, si no quieres acompañarme, iré yo sola —afirmó, a sabiendas de que así lo convencería.

—Está bien —resopló Diego—. Si te empeñas…

La criada asomó por la puerta de la sala e informó de que acababan de traer una nota desde el Buen Retiro dirigida a Elisa.

Todos dedujeron que debía de ser de Claudia Maldonado y apremiaron a la joven a que abriera la misiva.

Ella simuló un gran interés mientras la leía con inmenso alivio.

—Dice que su primo podría estar disponible este viernes para visitarnos. —Alzó la vista del breve escrito y se dispuso a rechazar la oferta—. Uy, el viernes es día de estreno y, aunque yo no vaya a actuar, todos estaremos muy ocupados. Será mejor que lo aplacemos.

—¡Ay! —exclamó la madre—. Tu padre aún no te lo ha comentado, cielo, no le ha dado tiempo, pero sí vas a actuar. Resulta que la sustituta que ha contratado Álvaro no estará libre hasta el próximo lunes, así que harás tú el papel de protagonista en la comedia de esta semana, como siempre.

Catalina sugirió que invitaran a Enrique a ver la obra, lo que a Diego y a Ana les pareció estupendo. Elisa dirigió una mirada inquisitiva a la dama y esta arguyó:

—Sigue siendo tu mejor candidato ¿no? Aunque surjan otros pretendientes a raíz de la visita de hoy —se abstuvo de mencionar al casamentero, tal y como habían acordado—, no podemos descartar al primo de Claudia. Y deberías invitarla también a ella. De ese modo, el encuentro será más distendido. Vamos, ¿a qué esperas para responder a esa nota?

Y, una vez más, Elisa confió en Catalina de Velasco.

* * *

En los aposentos de la reina, tras el ágape de mediodía en palacio, Claudia bordaba y fingía escuchar el parloteo de las damas mientras aguardaba, impaciente, la respuesta de Elisa Villanueva.

A media tarde, la camarera mayor entró en la estancia y, con el permiso de Su Majestad, le entregó la nota de la actriz. Isabel de Borbón, siempre atenta a lo que ocurría a su alrededor, le pidió a Claudia que se acercara y, en tono confidencial, le preguntó por la cena de la noche anterior en la calle del Lobo. Ella le contó que Enrique no había podido ir, razón por la cual intentaba concertar otra

cita. La confirmación o aplazamiento vendría en aquella misiva y solicitó leerla en privado. La reina dio su conformidad y más:

—Tómate el tiempo que necesites para ayudar a Catalina de Velasco. Y mantenme informada.

—Así lo haré, majestad.

Contenta por librarse durante unas horas de la compañía de aquellas damas chismosas, así como de bordar, Claudia se retiró a su habitación y desplegó la nota.

Se animó al ver que los invitaban a la representación del viernes, ya que su primo no rechazaría asistir al estreno de una comedia y ella podría presentarle a Elisa sin revelarle que era la hija de aquellos amigos de una amiga de la reina que buscaba esposo con urgencia. Si le contaba que la invitación era una especie de cita, Enrique buscaría un pretexto para eludirla.

Aún no había hablado con él. Proponer el viernes como día disponible había sido idea de Claudia, pues pensó que así tendría más tiempo para persuadirlo de que, como mínimo, aceptara un encuentro con la actriz. También había decidido no explicarle todavía el plan de anular el matrimonio después de la inauguración del Coliseo; tal vez a Enrique se le antojara divertido participar de aquel engaño al rey y lo aceptara, pero ¿y si no? En vista de la breve y clara respuesta a la invitación a cenar…

> *«¿Casarme? Uf, qué pereza. Además, tengo un compromiso ineludible esta noche. Lo siento.»*

…intuía que añadir complicaciones duplicaría esa pereza en lugar de eliminarla.

No, sería mejor conducirlo hasta el altar con disimulo que intentar convencerlo de que solo se trataba de hacerle un favor a una dama del teatro. Por otra parte, nunca se había anulado un matrimonio en su modélica familia, que ella supiera. ¿Y si el barón impedía que aquella unión se disolviera?

Y lo más importante: Claudia creía en el amor y ya había comenzado a escribir, con su pluma imaginaria, una historia para Enrique y Elisa. Como disponía del resto de la tarde se acomodó

frente al escritorio, entintó la pluma de ave y empezó a trasladar esa historia al papel.

> *Él se quedó prendado de ella el primer día que la vio sobre el escenario, pero no era el único enamorado en el patio de mosqueteros y…*

No. Su primo veía las comedias desde los aposentos reservados a los nobles, no de pie y con los soldados y el pueblo llano. Tenía que cambiar eso.

> *…pero no era el único enamorado en el corral de Villanueva y…*

El único enamorado de la actriz principal, claro. Habría que concretarlo, porque seguro que el público estaba lleno de gente enamorada de alguien. Bueno, ya corregiría esos pequeños detalles cuando revisara lo escrito, se dijo, y continuó:

> *…y debía hallar el modo de desbancar a sus rivales. Ni siquiera la pereza que siempre lo invadía cuando pensaba en contraer matrimonio lo detuvo ante la posibilidad de conquistar a la señorita Villanueva y lograr convertirla en su amada esposa. Mas la suerte no solía acompañar a Enrique y, día tras día, la veía sonreír a otros hombres y conversar con ellos, mientras que a él solamente le dedicaba furtivas miradas.*
>
> *Su inconmensurable desolación lo llevó a refugiarse en el alcohol, en el juego y en otras mujeres, algo a lo que ya se había acostumbrado años atrás a fin de no sentirse distinto a los caballeros que, al igual que él, frecuentaban el ambiente cortesano y medraban para alcanzar una posición influyente. Sin embargo, llegó una mañana de enero en que la diosa Fortuna tuvo a bien fijarse en él. Enrique recibió, por medio de su prima, una invitación personal procedente de la bella actriz para asistir al espectáculo de esa semana. ¡No cabía en sí de*

gozo! Por fin podría presentarse ante su adorada Elisa y hablar con ella. Un primer paso hacia la conquista del corazón de aquella dama del teatro y un respiro para el suyo, que se ahogaba en el llanto y la desdicha.

Y sucedió que aquel primer paso fue mucho más allá de lo que Enrique había imaginado, pues la mujer ya soñaba con él desde hacía un tiempo.

Eso no lo sabía con seguridad, era solo un presentimiento. Claudia se había fijado en la reacción de Elisa cuando supo que su primo se apellidaba Díaz de la Cueva —aquella mirada ansiosa hacia Catalina de Velasco, la escueta y evasiva respuesta— y tuvo la impresión de que ya lo conocía. ¿Hasta qué punto? Eso era una incógnita, pero pronto lo averiguaría. En cuanto le mostrara a Enrique la nota que acababa de recibir, le preguntaría por la actriz.

Voces y risas en el corredor la distrajeron y se percató de que era la hora de vestirse para la cena, por lo que decidió saltarse la parte central de la historia y escribir el final feliz que rondaba por su cabeza.

El amor que los unía era profundo y ardiente…

¡Ay, cuánto anhelaba ella un amor así!, suspiró Claudia en ese inciso, y retomó el relato:

...y solo había un inconveniente: él sentía que su esposa (ya se habían casado) no le merecía, pues no podía ofrecerle un futuro estable. Debía encauzar su vida, recuperar aquel camino que había abandonado en su juventud, al terminar los estudios en la universidad, y transformarse en un hombre de bien.

Así pues, Enrique desempolvó sus viejos libros de leyes y, mientras ella acudía a los ensayos de las comedias, él estudiaba sin descanso. Cuando ella se dormía después de haber compartido besos y caricias en el lecho de los desposados, él volvía a sumergirse en aquellos gruesos

volúmenes que iban a proporcionarle un empleo digno. Apenas dormía…»

¡Uy, pobrecillo!, se compadeció. Si su primo no dormía acabaría hecho una piltrafa.

Tachó las dos últimas palabras y continuó.

Y lo consiguió. Al cabo de unos meses, Enrique Díaz de la Cueva fue nombrado juez de la Corona y…

¿Un juez y una actriz? No encajaban demasiado esos dos oficios, se percató Claudia. Uno tan serio y cabal; el otro, tan alegre y alocado.

Por asociación de ideas recordó de pronto aquel entremés de Cervantes que había visto en el entreacto de un espectáculo teatral y que se titulaba *El juez de los divorcios*. Frunció el ceño. Mala señal si su memoria recuperaba aquella representación mientras escribía sobre un matrimonio feliz.

Tal vez debería buscarle otro oficio a Enrique.

O tal vez, después de todo, su primo y Elisa Villanueva no formaran una buena pareja, se planteó.

Con cierta tristeza, guardó esa ficción en la carpeta de historias pendientes de revisión y se dispuso a arreglarse para la cena. Cuando hablara al día siguiente con Enrique y supiera qué opinaba de la actriz, decidiría si la modificaba o la destruía. Hasta entonces, podía seguir inventando otras.

CAPÍTULO 5

El reencuentro con la dama Velasco y Elisa había abierto la puerta a toda una serie de recuerdos que Juan guardaba con mucho cariño y protegidos de los que había ido acumulando tras mudarse a Sevilla con sus padres, ya que algunos de estos no eran tan buenos y no quería que mancharan los primeros.

Su vida sufrió un cambio radical al marcharse de Madrid y le costó un tiempo adaptarse a una ciudad tan caótica como la capital o incluso más. La afluencia de barcos en el río Guadalquivir, la diversidad de gentes que poblaban las calles, la marea de extranjeros y de inmigrantes, la pobreza visible en cada esquina… Allí descubrió que existían los esclavos, allí vio a un hombre negro por primera vez y allí comprendió lo que era la soledad, lo que significaba perder a un ser querido.

A muchos, en su caso, pues consideraba a la compañía de Valera como su familia y lo habían separado de ella.

Durante meses odió a su padre, Martín Morales, por arrancarlo del lugar en el que había crecido, en el que tenía amigos y una vida feliz; pero aún odió más a Teresa, la actriz que él había deseado que se convirtiera en su madre, porque fue poco después de la boda cuando le comunicaron que se mudaban a Sevilla para trabajar en el corral de doña Elvira, el más importante de la ciudad.

No fue hasta varios años después, tras una fuerte discusión con ambos por censurarle con vehemencia que se hubiera metido en el hampa sevillana, cuando se enteró de que la decisión de trasladarse a la antigua capital del reino no había sido de Teresa sino de Martín, y se arrepintió de haber odiado sin motivo a la actriz. Por aquel entonces, Juan ya había trocado su odio por una fría indiferencia y, a partir de aquella disputa, se propuso esforzarse en aceptar el cariño

que la mujer le ofrecía, el de la madre que nunca tuvo porque la suya había muerto por darle la vida a él. La relación mejoró, pero Juan había ascendido ya un escalafón en la jerarquía del hampa y no tenía intención de abandonar su actividad delictiva, que continuó interponiéndose en dicha relación.

La noche del lunes, cuando se acostó en su pequeño pero acogedor dormitorio de la calle del Oso, sus ojos se negaban a cerrarse. En su interior bullían todas las emociones vividas durante el día: la ira contra el Daciano, la pena por aquella madre que no podía alimentar a su hijo, la sorpresa de volver a ver a doña Catalina después de tanto tiempo, la ilusión de que se acordara de él…

Pero el mayor impacto para sus sentidos y su memoria había sido Elisa.

Como si solo hubieran transcurrido días en lugar de años, Juan volvió a notar en sus brazos el peso liviano de aquel bebé que le pusieron en el regazo a las pocas horas de llegar a este mundo, diciéndole que Dios les había obsequiado a todos con un regalo muy especial.

—Pero no es un regalo para mí —había dicho él mientras rogaba a ese mismo Dios que le quitaran de encima a aquella criatura que se había puesto a berrear.

Diego, Álvaro, Teresa, el padre de Ana, un criado muy raro que tenían los Villanueva y su propio padre insistían en que era un regalo para todos, para la familia, y que pronto se encariñaría con la niña. También le dijeron que parecía una señal del cielo que hubiera nacido el día de su cumpleaños, porque lo celebrarían juntos y siempre estarían unidos.

El Juanito de nueve años sintió repelús al oír aquello.

El Juan de treinta y cuatro notó un súbito ardor al pensar en unirse físicamente a la mujer en que aquel bebé se había convertido.

¡Maldición! No podía desear a Elisa. No debía. Ella pertenecía a otro mundo, formaba parte de la gente honrada. Además, era la hija de Diego y Ana, la sobrina de Álvaro.

Y era una joven inocente que buscaba un marido que se abstuviera de tocarla.

¿Qué hombre resistiría estar casado con ella y no acariciarla, besarla, poseerla…?

Su erección aumentaba y se obligó a apartar a Elisa de su mente y a conservar solo la imagen de aquella pequeñaja que metió uno de sus dedos regordetes en una tarta de chocolate que tendría que haber sido únicamente para él. Aquel día juró que se vengaría de ella cuando fuera mayor, pero ya no hubo ocasión. Al verano siguiente partía hacia Sevilla.

Sonrió para sus adentros al pensar que quizá no fuese demasiado tarde para llevar a cabo una pequeña venganza, a modo de diversión y para satisfacción personal. Cuando hablara con Celestino le explicaría con exactitud qué clase de vagos tenía que presentarle a Elisa antes de ofrecerle uno aceptable.

Con la resolución tomada y el deseo aplacado, creyó que podría dormir, pero lo invadió entonces una cierta culpabilidad por haber eludido esa tarde a los padres de la joven.

Desde la taberna, a través de una ventana, había visto a Diego y a Ana pasar por la calle del Oso, y Juan supo sin lugar a dudas que se dirigían hacia su casa para hacerle una visita. Era de esperar, después de haber llevado allí a doña Catalina y a Elisa. Lo que no se esperaba era que aparecieran tan pronto. Dado que no se sentía con ánimos para más reencuentros, y temiendo que si no lo hallaban en la vivienda se presentaran en su lugar de trabajo, se había refugiado en la trastienda. Como precaución, le pidió al tabernero que si algún desconocido preguntaba por él, le dijera que había salido y que no volvería hasta la noche. Con suerte, el teatro los mantendría ocupados el resto de la semana y aplazarían la visita hasta el próximo lunes.

Mas no hubo suerte. La tarde del martes, cuando él regresaba a la taberna después de dejar en su casa la capa de Elisa que el Robacapas le había traído, la pareja enfilaba de nuevo la calle del Oso. Ana lo reconoció al instante y el encuentro fue inevitable.

* * *

Horas más tarde, en el hogar de los Villanueva, Elisa no pudo ocultar su estupefacción al oír a sus padres comentar que habían convencido a Juan de que fuera a ver un ensayo de la obra que estrenarían el viernes.

—¿Que habéis hecho qué? Pero… ¿Por qué?

Diego y Ana la miraron extrañados.

La madre respondió:

—Bueno, nos ha parecido lo más lógico. Y a mí me hace ilusión enseñarle nuestro corral de comedias. No entiendo por qué te pones así, cielo. ¿Qué problema hay?

—Que va a interrumpir el ensayo, mamá. Será una distracción para toda la compañía. Y precisamente esta semana que aún no me he aprendido el papel.

—Ni tú ni nadie —señaló Diego con una sonrisa agridulce—. Excepto Álvaro y tu hermano, que tiene tan buena memoria como el mío. No te preocupes por eso, hija. Juanito no vendrá a juzgar si interpretas bien o mal.

—Y lo más seguro —continuó Ana— es que se fije más en tu tío que en ti. Era su ídolo, ¿sabes? Siempre decía que, cuando fuera mayor, quería ser como él.

A Elisa le sorprendió aquella revelación y, dando por sentado que sus padres ya habrían descubierto a qué se dedicaba Juan, entonó con sarcasmo:

—Pues se ha desviado un poco del camino, diría yo.

—Por lo menos tiene un trabajo honrado —repuso la madre—, que ya es mucho en los tiempos que corren.

Ella se quedó atónita, pero disimuló todo lo que pudo. ¿Honrado? Era obvio que ese hombre les había engañado. Claro que, el arte del pícaro era el engaño y, si ella hubiera conocido a Juan en otras circunstancias, quizá también creería que no era más que un empleado de aquella taberna. Intrigada por cómo se las había ingeniado para ocultar a qué se dedicaba en realidad, trató de averiguarlo:

—¿Y cuál es su trabajo exactamente?

—Lleva las cuentas de la taberna y ayuda en lo que el dueño precise —contestó Diego.

—Y tu padre no te lo dirá, pero yo sí: también se encarga de velar por las muchachas que ejercen allí su oficio.

—Ana, ¿era necesario…?

—Sí, cariño. Tarde o temprano iba a enterarse. Y no he criado a nuestra hija con la idea de convertirla en una remilgada.

—Ni yo pretendo que lo sea, pero…

Elisa se aisló unos segundos de aquel diálogo conyugal y reflexionó sobre esa faceta de Juan que desconocía. Proteger a las prostitutas podía considerarse honrado, sí. O, por lo menos, estimable, aceptó. Y volvió a la conversación para continuar indagando.

—¿Y de qué más habéis hablado con Juan, aparte de vosotros y del corral?

—De Martín y de Teresa, sobre todo —respondió el padre.

—Él murió hace un par de años, pobrecillo —lamentó la costurera —. Por eso Juanito decidió volver a Madrid. Al parecer, había tenido algunas desavenencias con Teresa. Y lo que más le disgustó fue que ella estuviera dispuesta a volver a casarse en cuanto terminara el período de luto. Pero yo la comprendo. Una actriz viuda y a su edad… Ya trabajaba muy poco, y supongo que quería asegurarse una vejez sin penurias. Mañana mismo le escribiré a la dirección que me ha dado Juanito —resolvió, mirando a su esposo— y, si todavía no ha encontrado marido, le sugeriré que vuelva con nosotros. Algo podremos hacer por ella, ¿no crees?

—Desde luego. Y estaría bien que retomarais vuestra vieja amistad.

—¡Oh, sí, me encantaría! —se entusiasmó Ana, y lamentó—: Creo que fue culpa mía que dejáramos de escribirnos tan pronto.

—¿Por algún motivo en concreto, mamá?

—En realidad, no. Solo que yo estaba muy ocupada en aquella época y tardé meses en contestar a su última carta. Teresa no la respondió y yo no quise insistir. Juanito cree que ni siquiera la recibió, porque se cambiaron de casa y de barrio.

Diego se quedó pensativo unos segundos y apuntó:

—Tengo la sensación de que no nos ha contado toda la verdad de sus primeros años en Sevilla. Se ha centrado más en los que

siguieron, cuando murió el arrendador del corral de doña Elvira. Allí trabajaban los dos —le aclaró a Elisa y concretó—: Teresa como actriz, por supuesto, y Martín era el tramoyista, pero el nuevo arrendador lo despidió.

—¿Cuándo fue eso? —se interesó ella.

—Pues, si Juanito tenía entonces 22 años… —calculó Diego mentalmente—. En 1627, diez después de irse de aquí.

Elisa se preguntó si el pícaro era ya un delincuente en aquella etapa de su vida o si se inició en el robo y en la estafa por la necesidad de ganar dinero tras el despido de su padre. No sabía con certeza si había practicado lo primero, pero sí lo segundo. Él mismo había admitido que falsificó documentos. Tampoco sabía por qué sentía tanta curiosidad por el pasado de Juan, pero no se detuvo a pensar en ello e inquirió:

—¿Y a qué se dedicó Martín?

—Consiguió un empleo en el puerto —respondió el padre—. Reparando barcos. Allí lo encontró Juanito cuando regresó de Génova.

—¿Juan ha estado en Italia? —se asombró Elisa.

—Tenía sed de aventuras, según nos ha dicho.

La madre sonrió con cariñosa nostalgia.

—Siempre fue un niño inquieto, no me extraña que quisiera sumarse a esa costumbre de tantos jóvenes de irse de casa en busca de libertad.

—Estuvo un año en Valencia al servicio de un gentilhombre —continuó Diego— y allí se sintió atraído por lo que había más allá de la costa, así que no se lo pensó dos veces y se embarcó hacia Génova. En el galeón conoció a un embajador que, al enterarse de que Juanito sabía leer y escribir, lo contrató como secretario. Al cabo de un tiempo surgió un problema, no ha especificado cuál —apostilló—, y decidió volver a Sevilla.

—No, Diego —corrigió la esposa—. Juanito ha dicho que volvió con la intención de instalarse otra vez en Madrid, ¿recuerdas? —Y le explicó a Elisa—: Pero cuando el barco en el que viajaba atracó en el puerto de Sevilla y vio a su padre allí, trabajando en los astilleros, se quedó de piedra. Martín le contó lo que había ocurrido y Juanito no

quiso abandonarlo en esas circunstancias. Como traía una buena cantidad de dinero, se quedó con él y con Teresa, a la que también habían despedido, para ayudarlos económicamente. —Ana suspiró y expresó—: Ojalá hubiera mantenido la correspondencia con ella. Nos hubiéramos enterado a tiempo de ese revés y habríamos podido contratarlos en la compañía. ¿Lo habrías hecho, cariño?

—Por supuesto. Y si no le he ofrecido trabajo a Juanito esta tarde ha sido para que no pensara que menospreciamos el que ya tiene.

¡Si supieran la verdad de cuál era el que ya tenía!, exclamó Elisa en silencio. A la intriga que le generaban los inicios de la actividad delictiva de Juan se sumó otra: ¿qué problema lo había llevado a marcharse de Génova?

¿Y por qué le interesaba tanto saberlo?, se extrañó. Ese pícaro era solo un medio para alcanzar un fin, nada más.

Observó a sus padres con detenimiento. Se les veía tan afectados por el destino de aquellas personas a las que parecían apreciar mucho que deseó no haberse topado con el hijo del tramoyista. A veces, permanecer en la ignorancia evitaba sufrimientos.

El de Elisa durante la noche del martes se debió precisamente a que sabía algo que hubiera preferido ignorar: que Juan podía aparecer en el corral de comedias cualquiera de las mañanas de esa semana. ¡Dios! Iba a ser terriblemente incómodo. Para empezar, por el modo en que la había mirado el día anterior; para continuar, por el riesgo de que algún comentario casual revelara cómo habían dado con él y por qué motivo; y para terminar, porque no quería tener la tentación de fijarse en el tamaño de sus pies.

CAPÍTULO 6

Juan no había querido arriesgarse a revelar a Diego y a Ana de dónde provenía la mayor parte de su salario. Estaban tan entusiasmados con la idea de que podrían recuperar una relación perdida que prefirió no quitarles la ilusión. Además, recordar a aquellos que habían fallecido —su padre, el de Ana, el señor Valera y aquel criado tan peculiar de Álvaro— había intercalado un espacio de tristeza en ese entusiasmo, y él no quiso agrandarlo ni estropear la tarde con una confesión que no era urgente. En el fondo, a pesar de su reticencia a reencontrarse con las personas que formaron parte de su infancia en Madrid, las dos horas que duró la visita de la pareja le resultaron agradables.

Sin embargo, contarles algunas de sus desventuras, rememorar el pasado y percibir el cariño que aún le profesaban también le había dejado el sabor de la nostalgia.

Así pues, el miércoles a mediodía, cuando vio que en la taberna reinaba la calma, se sintió tentado a aceptar la invitación a ir al corral de Villanueva para ver un ensayo de la comedia, charlar un rato más y saludar a Álvaro. Tenía pensado rechazarla, ya que estaba decidido a que el contacto con los gemelos y sus familias fuese el mínimo imprescindible. De ese modo, podría seguir con su vida anónima y libre de lazos afectivos que causarían dolor y añoranza cuando se rompieran. Porque se romperían, eso seguro. Bien porque los Villanueva se llevarían una decepción con él, bien porque él se apartaría de ellos a fin de eludir su compasión. Algún día descubrirían la verdad de su vida y todo lo que hubieran iniciado en común terminaría, por lo tanto era mejor no iniciar nada.

Pero cayó en la cuenta de que, si no se presentaba en el corral de comedias, serían Ana y Diego los que se presentarían otra vez en su

casa para recordarle el ofrecimiento y lo atosigarían hasta que accediera a ir. Y quizá también Álvaro, pues se extrañaría de que aún no le hubiera hecho ninguna visita. Ante ese panorama, Juan concluyó que, cuanto antes acudiera a uno de los ensayos, mejor. Y eso significaba ir ese mismo miércoles.

A punto estuvo de echarse atrás al llegar allí y comprobar que la puerta del corral de Villanueva estaba cerrada con llave, pero las ganas de ver a Elisa habían ido aumentando durante el camino —que hizo a pie para intentar serenarse—, y accionó el picaporte. Quizá fuese la última vez que podría hablar con ella, ya que Celestino le había garantizado el éxito de su misión: se encargaría del novio, de la boda y del posterior divorcio sin que Juan tuviera que intervenir en nada.

Perfecto.

Incluso se encargaría de llevar a cabo aquella pequeña venganza y luego, le contaría al detalle la reacción de la joven.

Mejor que perfecto.

Ana en persona le abrió la puerta del teatro y lo recibió con un efusivo abrazo.

—¡Juanito, qué alegría! Cuando he oído llamar he supuesto que serías tú. Pasa, estamos en el descanso del ensayo.

En cuanto pisó el patio de mosqueteros, Álvaro Villanueva se acercó a él y lo saludó con tanto alborozo como lo había hecho la costurera, aunque de un modo más masculino, y le presentó a los miembros de la compañía. Entre ellos estaba su hija, una bonita muchacha llamada Luisa que lo agarró del brazo y, con un parpadeo coqueto, se ofreció a enseñarle todos los rincones del corral de comedias.

El afamado galán chasqueó la lengua y le advirtió a la chica:

—No pierdas el tiempo con Juanito, eres demasiado joven para él.

—Papá, solo pretendía ser una buena anfitriona —repuso ella con exagerada inocencia.

—Te veo venir, hija. —Y le explicó a Juan—: Luisa quiere casarse ya para que la contraten en otra compañía, y no hay manera de que entienda que es un error. Todavía no está preparada para actuar.

—Hazle caso a tu padre —le aconsejó a la joven—. No ha habido otro galán de comedias como él.

Álvaro sonrió ufano y le palmeó la espalda al tiempo que le agradecía su halagadora opinión. Acto seguido, añadió:

—Ya me adulabas de pequeño y veo que aún me admiras. Sin embargo, llevas dos años en Madrid y no te has dignado a pisar mi teatro.

—He estado muy ocupado —se excusó—. La taberna abre todos los días.

—Ah, claro. No había caído en eso.

Juan captó la mirada censora de Elisa, que permanecía apartada del corrillo que se había formado a su alrededor: los gemelos, Ana, Luisa y Marcos, cuyo parecido con la costurera era innegable.

Álvaro continuó:

—Pues la primera noche que tengas libre ven a mi casa a cenar. Me gustaría que conocieras a mi esposa y a mi otra hija. Tiene dieciséis años y quiere seguir los pasos de su madre, o sea, hacer joyas. ¿Qué te parece? ¡Con lo que le costó a mi mujer mantener abierta la joyería de su familia! De no ser por mí… —alardeó—. Supongo que ya te han contado el lío en que nos metió Catalina.

—Más o menos.

Solo sabía, por boca de Teresa, que la dama Velasco había propiciado un matrimonio de conveniencia entre Álvaro y una adinerada joyera viuda, no concretó cómo ni amplió detalles, pero Juan temió que si alentaba al galán, esa visita no terminaría hasta el anochecer.

La hija mayor del actor, que seguía enlazándole un brazo, no tuvo reparos en poner fin a la conversación de la manera más simple y directa: tiró de él y apremió a los demás a iniciar el recorrido por el edificio.

Al llegar a la parte alta, donde se ubicaban las tramoyas, los recuerdos se agolparon en la mente de Juan y se le hizo un nudo en la garganta. Ana señaló el hueco por el que, durante las representaciones, bajaban las cuerdas de las que pendían nubes de madera pintada, una luna llena y otros elementos útiles para la ambientación de las comedias y evocó:

—Desde aquí veías siempre el espectáculo. No te perdías ni uno.

—Hay mejor visibilidad que desde los aposentos —indicó él con una pizca de tristeza, pues no había olvidado que el nacimiento de Elisa cambió ese hábito del que tanto disfrutaba.

Diego debió de percibir aquella nota de lamento, ya que se disculpó por haber permitido ese cambio y se justificó:

—Cada semana le decía a Ana que no hacía falta que te quedaras en el aposento que nos reservó el señor Valera para poder tener allí a Elisa y a su cuidadora, pero ella se empecinaba en que tú sabías entretener a la pequeña para que no se echara a llorar durante la comedia y, en cambio, aquella muchacha no.

—Esa niñera era muy gruñona, la he borrado de mi memoria —afirmó Juan. Y no pudo evitar soltarle a Elisa, con cierta sorna—: Y tú, muy pesada. No parabas quieta ni un segundo.

Ella se cruzó de brazos y se mostró ofendida.

—Vaya, ¿también vas a echarme en cara que te fastidié los espectáculos, además de los cumpleaños?

—Por supuesto —sonrió él con picardía—. No he contado cuántos, pero podría hacerlo.

—Pues cuéntalos y hazme una lista de todo lo que te debo, por favor —solicitó Elisa, ocultando su enojo tras un falso arrepentimiento—. ¡Dios me libre de estar en deuda con un pí…! —Se calló al instante y salvó lo que podía haber sido una metedura de pata enorme, aunque lo hizo de una forma que Juan no entendió—. Con un… «piesgrandes» como tú.

Automáticamente todos le miraron los pies. Incluso él se los miró. ¿Tenía los pies grandes? Bueno, quizá sí. Los de los gemelos parecían un poco más pequeños, pero podría ser un efecto visual causado por las botas que calzaban: elegantes y de fino cuero negro, hechas a medida. Las suyas eran más corrientes y de piel de becerro sin curtir.

El instante de perplejidad finalizó con la disculpa de la costurera.

—Perdóname, Juanito, pero a Elisa le gustaba tanto jugar contigo que no se me ocurrió pensar que te molestara. Y Álvaro ya no estaba en la compañía y, como tu ídolo era él...

—Es verdad —la interrumpió el mentado—. Siempre decías que querías ser como yo. ¿Qué pasó? ¿Por qué no te dedicaste al teatro? En Sevilla también hay varias compañías desde hace décadas.

—Bueno, algunos sueños son tan difíciles de cumplir que es mejor abandonarlos —respondió él sin ningún dolor. Aquel lo había desterrado en cuanto se introdujo en el hampa sevillana.

—Pues el de mi sobrina sí se va a cumplir. —La miró con orgullo —. Ya sabes que va a actuar en la inauguración del Coliseo del Buen Retiro, ¿verdad?

—Tío Álvaro, creo que el tiempo de descanso ha acabado hace un rato. Deberíamos continuar con el ensayo.

Juan intuyó el motivo de que Elisa zanjara ese tema de conversación, pero su tío, ajeno a los tejemanejes de la joven y de Catalina de Velasco, lo achacó a su carácter.

—Ah, mi sobrina es demasiado modesta. Nunca presume de su gran talento para la interpretación. A diferencia de mi hija, que también lo tiene.

—Papá, es la primera vez que me lo dices —se asombró Luisa.

—Porque lo sabes de sobra, no necesitas que nadie te lo recuerde —adujo el comediante, y volvió a dirigirse a Juan—. Bueno, y respecto a lo demás, ¿qué? Me acuerdo perfectamente de lo que siempre me decías: «quiero actuar como tú, conquistar a las damas como lo haces tú y aprender esas cosas que sabes hacer con el florete».

—Tu memoria sigue siendo excelente —admiró Juan antes de responder a la demanda de su ídolo de la infancia—: Pues… el florete lo manejo bastante bien.

—¿Y a las mujeres?

Él soltó una carcajada.

—No puedo quejarme, pero no he alcanzado tu nivel.

Vio que Elisa ponía los ojos en blanco y notó un brazo rodeándole los hombros. La espalda de Juan se tensó bajo aquel gesto amistoso de Álvaro que no deseaba y al que ya no estaba habituado.

—Te confesaré una cosa, Juanito: mi nivel me sirvió de muy poco cuando quise conquistar a mi mujer, así que no te preocupes por

alcanzarlo. Y descubrí que era mucho más satisfactorio amar una esposa que el placer de mil revolcones.

—Por Dios, hermano —saltó Diego con mirada de reproche—, no hables así delante de mi hija y de la tuya. Retomemos el ensayo, que se está haciendo tarde.

Juan agradeció en silencio que pusieran fin al dilatado descanso y, considerando que ya había cumplido, comenzó a despedirse.

—¡Ah, no, ni hablar! —le prohibió la costurera—. Tú te quedas hasta que acaben. Luego, comes con nosotros y, por la tarde…

—Ana, tengo que volver al trabajo —la cortó, abrumado por aquella nueva invitación.

—Pero…

—Cariño —intercedió el marido—, no presiones al chico. Si tiene que marcharse…

—¿Tan pronto? No lleva aquí ni media hora. Por favor, Juanito —le suplicó con un mohín de aflicción un tanto infantil—. Quédate un rato más. Solo un ratito.

Y Juan, aliviado por haberse librado de pasar el día entero con la familia Villanueva, cedió a la petición. Después de todo, aún no había visto ese gran talento de la preciosa actriz.

* * *

Tras conversar unos minutos con la costurera, Juan se apostó en el patio de mosqueteros, en el extremo más alejado del escenario. Desde allí, y apoyado en uno de los pilares de madera que sostenían la cazuela —la zona reservada al público femenino—, observó el ensayo de la compañía y especialmente a Elisa.

Constató que el halago de Álvaro no era gratuito ni influido por el cariño familiar. Aunque la hermosa joven se trabó con los versos varias veces, declamaba con sentido y gracia natural, como si no le costara el más mínimo esfuerzo. Y con pasión. Incluso a la distancia a la que se hallaba, Juan podía percibir la energía que manaba de Elisa: de su voz, de las distintas expresiones de su rostro, de cada movimiento de su cuerpo…

Durante un buen rato, se olvidó por completo de aquella niña y sucumbió a los encantos de la mujer.

Se imaginó desnudándola, acariciando las sensuales curvas femeninas, saboreando la suavidad de la piel que iría descubriendo… Llevaría al límite toda aquella pasión mientras dominaba la suya propia hasta que ella no pudiera resistir tanto fuego. El cuerpo de Elisa se agitaría debajo del suyo, reclamando el placer total y absoluto, exigiendo la posesión completa, pero él demoraría el momento para que fuese más intenso, sublime e inolvidable. Mantendría vivo el ardor venerando los henchidos senos con su boca y atormentando con sus dedos el humedecido sexo. Luego, sus labios trazarían un sendero de besos hasta la pequeña oquedad del ombligo, donde hundiría la lengua unos segundos y continuaría descendiendo, mordisqueando el vientre a su paso. Cuando alcanzara la tierna carne inflamada, jugaría con aquella sensible perla secreta hasta que las caderas de Elisa se alzaran pidiendo más, sus jadeos se aceleraran y toda su pasión se desbordara. Embebería sus jugos y entonces, cuando ella creyera que ya no podía subir más alto, entraría en su cuerpo y la conduciría de nuevo hacia el éxtasis. Sería una experiencia única y tan especial que ambos querrían repetirla. Juntos. El uno con el otro. Con nadie más. Para ella solo existiría él y para él…

Dolor.

El que sentía en ese momento en su erecto falo era nimio comparado con el de saber que nada de lo estaba imaginando sería real. Jamás.

¿Cómo se le ocurría fantasear de ese modo con Elisa? Era la sobrina de Álvaro, le estaba prohibida. Además, era una mujer intacta que deseaba permanecer así hasta… ¿Cuándo? ¿Hasta encontrar el amor de su vida?

Sacudió la cabeza para expulsar todos aquellos pensamientos y se dijo que más le valía marcharse. Su excitación no remitiría si continuaba mirando a Elisa.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta principal, pero se detuvo en el zaguán. Tenía que despedirse, por lo menos de los gemelos y de Ana.

Maldición. No estaba en condiciones de volver a entrar, ni físicas ni anímicas.

Vio que había cuatro sillas en aquel espacio cuadrado al que no llegaba más luz que la procedente del patio. Se sentó en la más arrinconada, clavó los codos en los muslos y hundió la cabeza entre las palmas de las manos. Abrazado por la penumbra, se concentró en calmar su dolorosa erección. Y lo consiguió. Sin embargo, en sus entrañas persistía otra clase de dolor, uno más profundo y sordo que no recordaba haber sentido jamás y que no sabía cómo mitigar.

Las voces de los cómicos recitando versos flotaban en el aire del zaguán y lo invadió una nostalgia insoportable. No podía seguir allí, no podía continuar engañando a aquellas personas que habían formado parte de su vida y que ya no tenían cabida en ella. Sentía que estaba cometiendo la mayor estafa de todas las que llevaba en su haber. Y había cometido muchas.

Los versos dejaron de sonar, pero no las voces. Juan inspiró hondo y se puso en pie. Se despediría de Ana, que debía de estar en el aposento que utilizaba como sala de costura durante la semana, y se marcharía. Las escaleras arrancaban en la entrada al patio, por lo que no tendría que cruzarlo. No tendría que ver otra vez a los Villanueva.

Ni a Elisa.

Se equivocó.

* * *

El intento desesperado de Juan por ocultarse entre las sombras de aquel rincón cercano a la puerta principal del teatro fue inútil. Se había quedado inmóvil, sin respirar siquiera, en cuanto vio a Elisa cruzar la del zaguán y recorrer con la mirada ese espacio en el que casi cabría su piso entero. Ni los veinte pasos de distancia que los separaban bastaron para que ella no se percatara de su presencia.

—Juan, ¿qué haces ahí? —le preguntó, extrañada—. Parece que te estés escondiendo.

«Sí, de ti».

Pero no podía responder eso.

Tampoco quería acercarse a la mujer que había imaginado en su cama minutos antes, así que permaneció junto a la silla y, sin tener que mentir, alegó:

—Buscaba a tu madre. Para despedirme.

—Está arriba. —Señaló las escaleras a su izquierda y avanzó hacia él.

Juan se tensó. Se llevó las manos a la espalda para resistir la tentación de tocarla si ella se aproximaba demasiado. El deseo volvía a despertarse con fuerza y trató de ignorarlo. Con toda franqueza, comentó:

—Tu tío tiene razón, eres muy buena actriz. Arrasarás ante el rey en el Coliseo.

—¿Por qué has venido? —inquirió Elisa en tono acusador y haciendo caso omiso del halago.

La mirada suspicaz que acompañó a la pregunta molestó a Juan en la misma medida que acicateó su anhelo. Necesitaba alejarse de la mujer que lo provocaba, pero se había quedado prácticamente atrapado en aquel rincón: el ángulo de las paredes a su espalda le impedía retroceder y la silla le obstaculizaba la única vía de escape. Avanzar hacia Elisa, que se había detenido a tres pasos de él esperando una respuesta, no era una opción. Solo le quedaba la alternativa de ahuyentarla a ella. Compuso la sonrisa de truhan que utilizaba a menudo para engatusar a las mujeres y, convencido de que tendría el efecto contrario en la inocente joven, volvió a contestar con sinceridad:

—He venido para verte a ti.

Se equivocó otra vez.

Elisa soltó una especie de gruñido reprobador y se plantó tan cerca de él que apenas quedó espacio entre sus cuerpos.

¡Por todos los diablos! Ahora sí que estaba atrapado.

Un ligero aroma a jazmín envolvió a Juan. Inhaló con disimulo para memorizar aquella fragancia dulzona que desprendía la mujer que, en voz baja y un tanto amenazadora, expresó:

—Como mis padres se enteren del falso matrimonio…

—No será por mi boca. —La de ella era una verdadera tentación, un peligro para sus sentidos. También para su despreciable estafa,

así que le advirtió—: Vigila tú la tuya. Preferiría que no se enterasen de lo que soy en realidad.

—Lo sé. Y te pido disculpas por haber estado a punto de decirlo. Pero lo he arreglado, no sospechan nada. De todos modos, viendo cómo te tratan, creo que no les importaría saberlo —opinó, y en su rostro asomó la duda—: ¿De verdad te obligaban a jugar conmigo durante los espectáculos?

Juan soltó el aire en una risa breve y resignada. Ahora nadie tendría que obligarlo a jugar con esa preciosidad. Él mismo se ofrecería y con mucho gusto. Aunque los juegos que propondría no serían inocentes como los de antaño sino descarados, entretenidos como el que más y placenteros en grado sumo.

Expulsó de su mente aquella lujuria y, sujetándose las manos que aún mantenía unidas a la espalda, obvió la pregunta y le comunicó:

—Celestino ya tiene algunos candidatos. Enviará uno esta tarde a tu casa. Dirá que viene de parte de Catalina de Velasco, ya que tus padres creen que es ella la que ejerce de alcahueta, ¿no?

—Sí. De hecho, también ha colaborado buscándome un posible pretendiente.

—Un tal Enrique Díaz, sí. Ana me lo contó ayer.

—Ese hombre no es una opción para mí, pero sí para ellos. Y la mejor. Claro que, en realidad, es la única que hay hasta el momento —puntualizó—. Espero que tu casamentero sepa hacer su trabajo.

—Le he dicho que eras una clienta muy especial, se esmerará en que quedes satisfecha… —carraspeó y rectificó—. Contenta, quería decir.

Diantre, tener a Elisa al alcance de la mano y en ese rincón oscuro le hacía pensar en satisfacción, una satisfacción muy concreta que ella no buscaba y que él se moría por darle. Frenó de nuevo aquel pensamiento y continuó:

—Y te devolverá la capa. No la he traído yo para evitar que tus padres preguntaran de dónde la había sacado.

—Bien, entonces… —Elisa miró un segundo hacia la entrada al patio—. Debo volver al ensayo. Ven conmigo, y así te despides de todos.

—¿Te importa hacerlo tú por mí? —le pidió, con el estómago en un puño—. Tengo un poco de prisa.

Las pupilas de la actriz escudriñaron el rostro de Juan y él supuso que ella le negaría ese pequeño favor o que le recriminaría su falta de educación y consideración. Se equivocó una vez más. Cuando el inquietante escrutinio terminó, Elisa asintió con la cabeza, le dio la espalda y regresó al ensayo. Ni siquiera le dijo adiós. Él tampoco. Sabía que no volvería a verla. O, al menos, haría lo imposible por no volver a verla.

Al rato, en la trastienda, y todavía con aquella sensación de anhelo que persistía en su interior, trató de distraerse clasificando los objetos robados que le habían ido llegando desde el lunes: dos capas, varios pañuelos, un par de pendientes de perlas que caían en cascada… Sacaría un buen dinero de vender esa joya.

Aunque a Elisa le quedarían preciosos, pensó. Contrastarían con su cabello castaño y rozarían la fina piel de su cuello cuando se balancearan con el movimiento.

El movimiento de su cuerpo debajo del de él. Ardiente, vibrante…

¡No!

«Deja de pensar en ella», se ordenó. Y continuó con la clasificación: una peineta de nácar, un abanico de marfil y encaje de bolillos, otro de madera pintada con motivos florales…

Lo utilizó en ese mismo momento. No era propio de un hombre abanicarse, pero estaba acalorado y se dio aire con brío mientras se desabotonaba el jubón y desanudaba el cuello de la camisa.

Pronto se sintió ridículo con aquellos gestos de muñeca tan poco masculinos, así que cerró el abanico y retomó su tarea: unos guantes de caballero que parecían nuevos, de cuero de calidad y bordados con hilo de plata… El guantero con el que solía tratar le pagaría muy bien por ellos, se dijo. Media docena cintas de seda y, por último, un frasco de perfume. También se cotizaban a buen precio, sobre todo si estaban llenos como aquel.

Con cuidado, sacó el diminuto tapón de cristal y olisqueó el contenido.

Jazmín.

¡Maldición! Olía igual que Elisa.

Tapó el frasco de inmediato para no tener que agitar los dos abanicos a la vez y guardó cada objeto en la caja correspondiente según su valor. Cruzó la puerta que comunicaba con la taberna, donde comió un pedazo de una empanada de carne recién hecha y comprobó que todo estuviera en orden. Tras asegurarse de que no le necesitarían durante un par de horas, se marchó a casa. Celestino se pasaría por allí antes de ir a la calle del Lobo a fin de que él diera el visto bueno al candidato y le entregara la capa que tenía que devolver.

Mientras esperaba al alcahuete, Juan tomó la prenda de Elisa casi con devoción y no pudo evitar acercarse el terciopelo a la nariz.

Jazmín. Cómo no.

La dejó caer sobre uno de los fraileros y escapó a la cocina, alejándose de aquel aroma sugerente que, por desgracia, lo perseguiría hasta que pudiera olvidar a la mujer que lo emanaba.

Se sirvió una copa de vino y el primer trago le supo a rayos. Era un caldo barato, pero el mejor que servían en la taberna y a Juan le salía gratis. Como bebía a diario, especialmente en invierno, no quería gastar parte de sus ingresos en otro de más calidad. Si aquella locura de Elisa salía bien, doña Catalina sería generosa y podría disfrutar de buen vino hasta que ella considerara saldado el pago por su colaboración.

Saldría bien, desde luego. Celestino era un buen estafador, se podía confiar en él.

Dejó la copa, casi llena, en la mesa de la cocina y se quedó mirando el terciopelo azul que parecía brillar en contraste con el ajado cuero del frailero. Parte del cordón de seda descansaba sobre la tela dibujando una curva sinuosa que reseguía los pliegues formados al dejar caer la capa sobre el asiento.

Tendría que haber sido más cuidadoso, se dijo, y fue a recolocarla. En el momento en que la tuvo de nuevo en las manos volvió a asaltarlo el aroma a jazmín. ¿Cómo no se había percatado el día anterior, cuando se la trajo el Robacapas? ¿Tal vez porque aún no asociaba aquella fragancia con Elisa?

Sí, probablemente. Ahora que no podía separar la una de la otra sería terrible. Cada vez que oliera a jazmines la recordaría a ella, a

una mujer que nunca tendría.

«La olvidarás.»

Que no podía tener.

«La olvidarás.»

A la que no volvería a ver.

«La olvidarás.»

Por lo visto, una parte de su mente estaba convencida de que acabaría por relegar a Elisa al rincón del olvido, pero la otra no lo tenía tan claro. Ante la duda, sacó una pequeña navaja que llevaba al cinto y, con cuidado de no dañar el terciopelo, cortó varios hilos de la costura del cuello de la capa.

Había hecho aquello un montón de veces en Sevilla, cuando empezó, con catorce años, a ejercer de capeador —así llamaban en Madrid a los pícaros que robaban capas— y se creía más listo que los demás. Sustituía el cordón de valor por otro barato y le decía al jefe que el bueno se había roto o perdido. El hombre le observaba con los ojos entrecerrados, calibrando si le mentía o no, y finalmente aceptaba la explicación. Juan acumulaba aquellos cordones de buena calidad y luego, los vendía a los capitanes de los barcos que atracaban en el puerto, que solían apiadarse de un pobre niño y soltar más monedas de las que pagarían por comprarlos nuevos. Una vez, intentó hacer lo mismo con un pasador de plata, sustituyéndolo por uno de estaño, pero el jefe no se tragó el bulo y prefirió no volver a tocar esas valiosas piezas que muchas capas llevaban como cierre.

Tiró del cordón azul y este se deslizó con facilidad hasta desprenderse por completo de la prenda. Lo enrolló y lo guardó en una arqueta de su habitación donde conservaba unos pocos recuerdos de su padre. Allí, junto a las alianzas de la primera boda de Martín Morales, depositó aquel cordón de seda azul que por nada del mundo pensaba vender. Sería la manera de tener a Elisa a su lado para el resto de sus días.

CAPÍTULO 7

El pimpollo amanerado que se ofreció a Elisa como esposo la tarde del miércoles fue sutilmente despedido por ella misma a la media hora de su llegada. Catalina de Velasco, asumiendo el papel de celestina —que, en ese caso, correspondía a Celestino—, lo acompañó hasta la puerta y, al volver a la sala, respondió a las miradas inquisitivas de Ana y Diego sin esperar a que preguntaran.

—A ver, queríais un esposo que no consumara el matrimonio, ¿no? Me parece evidente que ese joven no sentirá inclinación alguna por hacerlo.

—No, desde luego —corroboró la costurera con un parpadeo de incredulidad—. Más bien se inclinaría por hacer cualquier cosa con Marcos.

Diego, comprensivo, aceptó la explicación de la dama.

—Admito que un tipo como ese nos aseguraría que Elisa permaneciera casta. Y es cierto que hicimos hincapié en ese aspecto, por lo que tu intención ha sido buena y te lo agradezco. Sinceramente, he llegado a pensar que te burlabas de nosotros.

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión. Me tomo esto muy en serio —aseveró ella—, a pesar de que la tarea es harto difícil. Me ofendería que desconfiaras de mí. —Ojeó a Elisa, en cuya mirada bailaban el recelo y la indignación, y apuntó—: Parece que tú sí desconfías.

—De ti no, Catalina, pero de ese… amigo tuyo… —La referencia a Juan quedó clara para la dama, mientras los padres creían que hablaba del pimpollo—. Además, ya has visto en qué estado me ha devuelto la capa: sin el cordón y medio descosida.

Ana Robles no le dio ninguna importancia al desperfecto.

—No te preocupes por eso, cielo, te la arreglaré esta misma noche. Y el chico se ha disculpado. ¿Qué más podía hacer? No le atañe a él contratar al servicio de su casa, sino a su madre. Y, si esa mujer tiene una criada que va sisando cintas de los vestidos y cordones de las capas, debería averiguar cuál es y echarla, claro que sí, pero es responsabilidad de la madre, no del chico.

Era responsabilidad de Juan, se enojó Elisa. ¡Menuda invención del pícaro para proteger al ladrón de capas! Seguro que aquel adolescente se había quedado con el cordón y Juan no se lo había reclamado.

Catalina anunció que se marchaba y prometió buscar otra alternativa al primo de Claudia lo antes posible. Elisa la acompañó hasta el carruaje y ambas pudieron conversar abiertamente.

—Creo que Juan lo ha hecho aposta. Se está mofando de mí.

—Yo diría que solo está protegiendo tu virginidad —rebatió la dama con franqueza y, sobre todo, con la intención de averiguar si la joven la conservaba. Estuvo atenta a su reacción: facciones tensas, mirada esquiva, silencio… Muy sintomático—. Escucha, en cuanto llegue a casa le enviaré una nota a Juanito para decirle que ese joven no nos ha convencido y que nos mande a otro que sea más… masculino y de más edad. Dudo que el relamido de esta tarde sobrepasara los veinte años. Y tal vez tú también deberías escribirle. Para agradecerle que te haya devuelto la capa —especificó—, aunque el cordón haya desparecido.

—Me lo podía haber dicho esta mañana, cuando ha venido al ver el ensayo.

—¿Delante de tu familia? Se habría delatado.

—Hemos estado un rato a solas. La oportunidad la ha tenido —insistió Elisa, todavía enojada.

La dama esbozó una sonrisa. Los engranajes de su mente se ponían en marcha.

—¿A solas? ¿En serio? ¿Y de qué habéis hablado?

—No han sido más que unos minutos, Juan tenía prisa por marcharse. Y me ha parecido todo un poco raro porque, de hecho, yo creía que se había ido ya, pero no. Lo he encontrado en el zaguán del corral, casi a oscuras y muy quieto, como si hubiera

estado haciendo algo malo. Incluso he pensado que planeaba robarnos. Allí mismo está la puerta de la contaduría, que es donde guardamos la recaudación de las entradas.

—Por Dios, Elisa, qué desconfiada eres. Además, no tendría sentido que os robara. Si se ha negado a cobrar por ayudarnos con nuestra artimaña, no va a llevarse a escondidas el dinero de la caja del teatro.

—Ya, pero no encuentro otra explicación a su actitud. No ha querido despedirse de nadie, Catalina. A mamá no le ha sentado bien —acotó—. Y he notado que estaba muy tenso. Y volvía a mirarme de ese modo que…

—Bueno, es un hombre. ¿Cómo va a mirarte, si eres preciosa?

—No, no, es distinto, es… —Elisa no sabía cómo definir la intensidad con que Juan clavaba sus ojos en ella. Resultaba inquietante a la vez que atrayente: frialdad mezclada con ternura y… —. Da igual. Vete y escríbele. Ya me contarás qué te responde.

Ella dedicó el resto de la tarde a repasar el texto de la comedia y a empezar a estudiar los versos de *Los bandos de Verona*, pues al día siguiente ensayaría por primera vez con los cómicos elegidos para aquella obra. No quiso perder ni un minuto en darle las gracias a Juan por devolverle la capa sin el cordón.

El jueves a mediodía, eufórica tras aquel primer ensayo pero también agotada por los nervios y el esfuerzo de concentración, se puso aún más nerviosa cuando su madre le entregó una nota que habían recibido de parte de Catalina. La dama informaba que esa tarde se presentaría otro candidato al matrimonio.

—Cálmate, hija. Te recuerdo que fuiste tú la que se emperró en casarse para poder actuar en el Coliseo.

—Lo sé, mamá. Y empiezo a pensar que me equivoqué.

—Ya me lo temía —suspiró Ana Robles—. Cariño, aún estás a tiempo de echarte atrás.

—No —rechazó, tanto por egoísmo como por su sentido de la responsabilidad—. Ha sido maravilloso ensayar con unos comediantes tan magníficos y voy a seguir adelante. No puedo dejarlos en la estacada, ni a ellos ni al director. Además, pronto correría el rumor de que el prometido que supuestamente tengo ha

roto el compromiso, y acabarían por averiguar que papá y el tío Álvaro mintieron para conseguirme el papel. Eso perjudicaría a toda nuestra compañía.

—Tú me importas mucho más que la compañía de teatro. Quiero que seas feliz.

—Lo soy, mamá —le sonrió ella con cariño—. Y lo seguiré siendo cuando me case, ya lo verás. Catalina sabe lo que hace.

Y estaba convencida de ello. Igual de convencida de que Juan también sabía lo que hacía cuando propuso la opción de Celestino en lugar de la del falso matrimonio. Solo había una diferencia: mientras la dama Velasco trataba de ayudarla, el pícaro se divertía a su costa. Elisa lo tuvo claro en el preciso instante en que el segundo candidato entró en el salón para saludarla, pues era impensable para cualquiera que una mujer joven y sin urgencias aparentes se desposara con un tipo como aquel: el hombre le doblaba la edad, su estatura no alcazaba la media del género masculino y su aliento tumbaba de espaldas. No duró ni cinco minutos en la casa de los Villanueva. Ella lo echó sin miramientos, enojada de nuevo con Juan y ante la perplejidad de sus padres y de Catalina, que volvió a salir airosa de la situación.

—No le habéis dejado explicarse. Ese hombre es el hijo bastardo de un duque —inventó sobre la marcha—. El noble está a las puertas de la muerte y ha prometido legarle una pequeña fortuna si se casa antes de que traspase esas puertas. Consideré que, si el primo de Claudia no era del agrado de Elisa, sería una alternativa conveniente y acorde al plan inicial de anular el matrimonio.

La visita del bastardo quedó así justificada a los ojos de Diego y Ana, pero no a los de Elisa. Conteniendo una ira inusitada en ella, acompañó una vez más a la dama Velasco hasta su coche de caballos.

—Se está burlando de mí, Catalina, no puedes negarlo. Lo sospeché con el pimpollo, pero con este ya no me queda ninguna duda. Hay que poner fin a esto.

—¿Y qué sugieres?

—Estoy tan furiosa que, en este momento, lo único que se me ocurre es presentarme en casa de Juan y arrearle un buen bofetón

—gruñó Elisa, echando humo por las orejas.

En realidad, lo echaba por la boca, porque el frío de la calle le hacía soltar nubecillas de vapor mientras hablaba.

—Pues hazlo —la animó la dama.

—¿Qué?

—Que vayas allí y te desahogues. Grítale, plántale cara. Incluso puedes arrearle un guantazo, si es lo que te apetece. Yo en tu lugar estaría ya de camino.

Elisa deseó no haber hablado. ¿Plantarle cara a alguien? ¿Agredirlo? No iba con su talante enfrentarse con beligerancia a las personas o a los conflictos. Las palabras, las sonrisas, los mohines lastimeros y hasta las lágrimas falsas eran sus armas favoritas ante cualquier problema o situación que le disgustara. Claro que, nunca se había hallado ante una como aquella de tener que buscar un esposo. Y nadie se había burlado de ella como lo estaba haciendo ese pícaro que desestabilizaba su calma habitual. Así pues, negándose a consentir que Juan la tomara por boba o pusilánime, manifestó:

—Tienes razón. No pienso tolerar que siga riéndose de mí de este modo. Voy a por mi capa. Diré a mis padres que nos vamos a dar un paseo o algo así.

—Me parece estupendo. Te espero aquí y te llevaré en el coche hasta la calle de los Embajadores.

Poco después, cuando Elisa se apeó en la esquina con la calle del Oso, aún rebosaba ira. Catalina se había encargado de mantenerla encendida.

* * *

Juan también estaba furioso, pero a diferencia de Elisa, él ya había comenzado a golpear. La víctima de su ataque era el Daciano.

Minutos antes, desde la puerta de la taberna, había visto a aquel indeseable dirigirse hacia allí con un niño a cuestas. Preso de una furia incontenible, Juan no le había permitido ni acercarse al local. Había ido hacia él, lo había agarrado por la solapa del ajado abrigo y, entre injurias y amenazas, lo había arrastrado hasta el callejón

haciendo oídos sordos a la protesta del hombre y al llanto de la criatura que, asustada por la actitud agresiva de Juan, comenzó a llorar.

Ya en la calleja, le arrancó de los brazos al pequeño, lo dejó junto a la puerta cerrada del almacén con la orden de que no se moviera de ahí y, acto seguido, lanzó un puño contra la mandíbula del Daciano. Este le devolvió el golpe, pero él lo esquivó y le asestó otro en el estómago.

—Te advertí que no volvieras a hacerlo —le recordó mientras lo veía enderezarse despacio y con una sonrisa torcida y desafiante.

Un cuchillo apareció en la mano del ladrón de niños. Juan se resistió a sacar el suyo, no quería derramamiento de sangre delante de la criatura. Gracias a sus buenos reflejos y a la práctica adquirida en las reyertas varias en las que había participado en Sevilla, pudo esquivar el filo que cortó el aire tres veces. La cuarta le rajó la manga del jubón y, antes de que hubiera una quinta, desarmó al hombre de un puntapié en el brazo. Entonces, se ensañó con él.

Después de unos cuantos puñetazos más, uno de los cuales hizo saltar un diente del Daciano, volvió a agarrarlo por la solapa y lo estampó contra el muro del edificio frente a la puerta del almacén. El quejido del ladrón de niños se solapó con una voz de mujer:

—¡Suéltalo!

La orden llegaba desde la entrada al callejón y Juan hizo caso omiso, pero miró hacia allí.

Elisa.

¿Qué demonios…?

—¡Vete, Elisa! ¡No es asunto tuyo!

—¡Suéltalo, pedazo de bruto! ¿Qué te ha hecho el padre de ese niño —señaló al pequeño con el mentón— para que le pegues con tanta saña?

—¡No es su padre, maldita sea! ¡Vete de aquí! —bramó Juan sin soltar a su presa.

El Daciano jadeaba, dolorido y sin fuerzas, y miraba a la mujer que lo estaba salvando de recibir más golpes y que avanzaba hacia ellos con decisión y una firme advertencia.

—No pienso irme de aquí hasta que sueltes a ese hombre, sea quien sea.

—Tú no lo entiendes, Elisa, no tienes ni idea…

—¡Basta! —lo cortó ella tan furiosa como él—. Suéltalo de una vez y deja que se marche con el niño.

—Por todos los diablos… —masculló Juan—. El crío se queda. Vigílalo, vuelvo enseguida.

—Pero…

—¡Se queda!

Y, ante la expresión atónita de Elisa, se llevó al Daciano hasta el otro extremo del callejón. El hombre caminaba a trompicones porque casi no se tenía en pie. Antes de soltarlo, Juan se encaró con él. Sus rostros quedaron tan cerca el uno del otro que el fétido aliento del ladrón de niños inundó sus fosas nasales. Las náuseas que sintió lo cabrearon aún más.

—Has tenido suerte, malnacido. Lárgate de mi zona ahora mismo o ten los ojos bien abiertos, porque voy a pagar para que acaben contigo si te veo otra vez por este barrio. ¿Te ha quedado claro?

—Está bien, está bien —se acobardó el tipejo—. Juro que no volveré por aquí.

Y, renqueando, el Daciano se marchó calle arriba. Juan no le quitó el ojo de encima hasta que lo vio doblar por Embajadores. Furibundo y asqueado regresó adonde seguían el crío y Elisa que, en cuclillas, consolaba al pequeño.

La actriz se incorporó cuando él se detuvo a su lado.

—Tenías razón —le concedió, menos enojada y bastante confusa —. Me ha dicho que no conocía a ese hombre, pero que iba a darle comida y dulces.

—Oh, sí, desde luego. Ya te contaré lo que iba a hacer con él después de llenarle el buche.

—¿Qué iba a…?

—Ahora no, Elisa. Tengo que llevarlo a su casa. —Y se dirigió al niño con brusquedad—. ¿Dónde vives?

El pequeño se escondió tras las faldas de la joven, que lo acogió, protectora, y le acarició la cabeza de cabellos mugrientos y despeinados.

—¡Te he preguntado dónde vives! ¿Lo sabes? ¿Sabes cómo te llamas, por lo menos?

—Juan, no le grites —se cuadró ella—. Está asustado y tú lo estás asustando aún más.

Él resopló con desespero y se mesó el cabello, alborotado tras la pelea. La criatura rompió a llorar otra vez y Elisa volvió a agacharse para calmarlo.

Juan comenzó a andar de un lado al otro del callejón. También intentaba serenarse, pero no lo conseguía. Descargó parte de su ira clavando un puño en el muro frente al almacén. De los nudillos centrales brotaron unas pocas gotas de sangre y él agradeció ese ligero dolor físico, pues menguaba el de sus entrañas. Elisa le había llamado bruto. «Pedazo de bruto», para ser exactos. Eso le había dolido en lo más profundo de su alma. Los golpes del Daciano eran una nimiedad comparados con aquel agravio. Y, para más inri, el niño repetía entre gimoteos:

—No quiero ir… con el hombre que pega, no quiero… ir con él, no quiero…

Lo que Juan no quería era que ella estuviera allí. Quería que se marchara para poder devolver aquella criatura a sus padres y olvidarse del Daciano y de la furia ciega que lo había invadido. Sin embargo, Elisa seguía junto al niño, hablándole en susurros tranquilizadores y él no captaba ni una palabra de lo que decía. Impaciente y exasperado, apoyó las palmas en el muro que acababa de golpear, hundió la cabeza entre los brazos y cerró los ojos para bloquear las emociones que bullían en su interior.

—Juan…

Se giró al instante. Elisa estaba a su espalda, muy seria, aunque en sus ojos ya no había indignación. Una de sus manos envolvía la del niño con ternura.

—Dice que vive enfrente de una fuente de tres caños, cerca del matadero.

—Esa es la fuente del Rastro —identificó él de inmediato, y murmuró—: Gracias.

Juan se agachó para coger en brazos al pequeño y llevarlo hacia allí lo más rápido posible, pero el crío se aferró a la mano que

sujetaba y a la pierna de Elisa.

—Ya os acompaño —se ofreció ella—. Te tiene miedo.

—Pues debería habérselo tenido al Daciano —replicó él.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Cuéntamelo por el camino.

Y Juan se lo contó.

* * *

Elisa se quedó sin habla mientras asimilaba el horrible destino que habría esperado al niño que llevaba de la mano y del que Juan lo acababa de salvar. Admitió para sí que se había precipitado en juzgar al hombre que caminaba a su lado, tenso por la furia que contenía y quizá también por verse obligado a adaptarse al paso lento de aquel chiquillo que no debía de tener más de cuatro o cinco años. La posibilidad de que una parte de esa ira se debiera a cómo lo había tratado ella desde que lo vio golpeando a aquel tipo era alta. Tenía que pedirle disculpas.

—Siento haberte insultado. Si llego a saber que…

—No importa —la atajó él. Miró el cielo encapotado—. Va a llover, deberíamos ir más rápido o nos pillará la tormenta.

Juan hizo un nuevo intento de coger en brazos a la criatura y tampoco lo consiguió. Elisa lo hizo en su lugar. El niño pesaba poco y ella creyó que podría con él, pero después de andar un rato le parecía estar cargando con un yunque. No se quejó, solo caminó más despacio y preguntó cuánto faltaba para llegar a esa fuente.

—Un poco. Espera, ya llevo yo al crío.

Y trató una vez más de que el pequeño aceptara sus brazos. Este rodeó el cuello de Elisa con los suyos y escondió el rostro en la curva que lo une al hombro, negándose a abandonar a su protectora. Juan suspiró con resignación y le habló:

—Sí, chaval, te comprendo, a mí también me encantaría estar ahí donde estás tú, pero… —La miró a ella, un tanto cohibido—. No… no quería decir eso, solo intento convencerlo de que se venga conmigo.

—Lo sé —sonrió Elisa. La repentina turbación del pícaro le resultaba graciosa y encantadora—. Continúa, lo estás haciendo muy bien.

—No, va a ser inútil y no hay tiempo que perder. Será mejor que me ayudes.

Y agarró al crío por la cintura para separarlo de ella por la fuerza en lugar de con palabras, lo que provocó una nueva protesta con llantina incluida.

—¡Con el hombre que pega, no! ¡No quiero! ¡No quiero!

Juan masculló un improperio y Elisa colaboró con él.

—Tranquilo, pequeñín, te prometo que no te hará daño.

Ella deshizo el cerco alrededor de su cuello mientras intentaba ignorar la sensación que le estaban causando las manos masculinas al rozar sus pechos sin querer. Las capas de tela que los cubrían parecían haberse fundido, pese el frío invernal, y aquella especie de caricia reverberaba en su piel como un cosquilleo delicioso y turbador a la vez.

En cuanto logró que el niño cambiara de brazos, Juan reemprendió el camino con unas zancadas tan largas que la dejó atrás. Elisa lo siguió, pero mantuvo una cierta distancia para recuperar la calma que aquel contacto involuntario había alterado.

Al poco, vio la fuente de tres caños y al pícaro dirigirse hacia la casa que el chiquillo, ya sin llorar, señalaba con el índice. Los alcanzó cuando la puerta se abría y una mujer demacrada y con el vientre abultado por un bebé que no tardaría en nacer les preguntaba qué querían. Al instante, reconoció al pequeño como su hijo. Le ordenó que entrara en casa y les dijo a ellos que era la tercera vez que se escapaba.

—Pues vigílelo mejor —espetó Juan— y explíquele que no debe irse con desconocidos.

—¿Y quiénes son ustedes? ¿Por qué tenían a mi hijo?

Elisa eludió la primera pregunta y le resumió lo sucedido.

La mujer empalideció aún más y justificó su descuido:

—Hace tiempo que no hay secuestros así en este barrio, por eso no me he preocupado cuando me he dado cuenta de que no estaba

en casa. He pensado que algún vecino me lo traería, como las otras veces.

Juan insistió con dureza:

—Usted procure que no vuelva a escaparse. Intento mantener mi zona libre de dacianos, pero el barrio es grande y no lo abarco todo.

—Muchas gracias, señor. Señora, tiene usted suerte de que su marido se preocupe tanto por los niños.

—Oh, no, no. No es mi marido —se apresuró Elisa en aclararle.

—Ah. Perdón. Me ha parecido que ya estaban casados.

A Juan le entró una prisa tremenda.

—Tenemos que irnos. Buenas tardes, señora.

Dio media vuelta y enfiló el camino de regreso. Ella se despidió de la mujer y correteó hasta alcanzar al pícaro. No conocía esas calles y temía perderse si no iba con él. Continuaba muy tenso, más incluso que al llegar al hogar de la criatura robada, y Elisa no comprendía por qué. El silencio de Juan la incomodó tanto como el andar acelerado que la obligaba a seguir y, en un intento de distender aquellas facciones contraídas que observaba, comentó:

—Qué tontería pensar que estábamos casados, ¿no?

—Una de las más grandes que he oído. Te acompañaré hasta el hospital de la Latina, seguro que allí habrá algún coche de alquiler.

—Ah. Bien. —Elisa recordó entonces por qué había ido a ver a Juan—. Pero antes de marcharme, me gustaría hablar contigo sobre Celestino.

Un trueno retumbó en el aire y algunas gotas de agua impactaron en la tierra.

—Ya hablaremos otro día, está empezando a llover.

—No quiero esperar a otro día, solo será un momento.

Los nubarrones comenzaron a descargar con fuerza y Juan soltó una maldición y la apremió:

—Corre o llegarás a casa empapada.

—La taberna está más cerca que el hospital —indicó ella tras alzarse un poco las faldas para poder avanzar más deprisa—. Vayamos allí.

—No. A estas horas suele estar llena y, con esta lluvia, se llenará aún más.

—Pues vamos a tu casa —propuso al ver la tormenta que se desataba, y cruzó la calle de los Embajadores en dirección a la del Oso.

—¡Elisa! —gritó él, empecinado en llevarla a por un coche de alquiler.

—¡O la taberna o tu casa, Juan! —le dio a elegir, ya al otro lado de la calle.

Él se detuvo, volvió a maldecir y cruzó vociferando:

—¡Está bien!

Pasó junto a ella con cara de pocos amigos y la instó de nuevo a correr.

Tras una rápida carrera, entraron en el portal. Elisa se sacudió el agua de la capa. Gotas heladas le resbalaban por las sienes y el cuello. El recogido que se había hecho a mediodía para recibir al segundo pretendiente se estaba deshaciendo y el cabello mojado se le pegaba a la nuca. Un escalofrío agitó sus hombros.

—Sube —le ordenó Juan mientras frotaba las suelas de las botas embarradas contra la piedra del suelo del portal.

Elisa ascendió la estrecha escalera, casi a tientas los últimos peldaños, y aguardó junto a la puerta de la vivienda a que él la abriera con la llave. A pesar de la escasa luz que llegaba desde el portal abierto, pudo distinguir signos de crispación en el rostro masculino que ponían de manifiesto lo mucho que le molestaba no haber podido eludir la conversación sobre Celestino. No veía otro motivo para que Juan siguiera irritado, salvo que odiara la lluvia, puesto que ya habían devuelto al niño a su familia. Satisfecha consigo misma al constatar sus sospechas sobre las intenciones del pícaro, entró en la casa con determinación, se despojó de la capa y comenzó a quitarse las horquillas del cabello.

Lo primero que hizo Juan fue encender el brasero. Mientras él prendía el picón, Elisa buscó con la mirada una toalla o algo que absorbiera la humedad de los mechones que se le iban soltando y que mojaban el vestido allá donde caían.

No encontró nada útil y le preguntó dónde guardaba la ropa blanca.

—En la habitación —le indicó él con aridez y sin apartar la vista de las brasas que removía con el badil.

La puerta del dormitorio estaba entornada y ella la cruzó sin ningún reparo. En el rincón opuesto, sobre el mueble del aguamanil, había un par de toallas y fue a por una. Esquivó la cama, ancha pero no tanto como una de matrimonio, con un dosel de madera cobriza sin cortinajes y una colcha de un tono similar, algo deshilachada. No quiso fijarse más en aquella pieza de mobiliario y, secándose el cabello con el lienzo blanco, se dispuso a volver a la pequeña sala, pero se detuvo en el umbral al ver a Juan de pie junto al brasero y mirándola de ese modo penetrante que la inquietaba.

—Sal de ahí, Elisa.

Lo dijo sin mover apenas los labios y a un volumen de voz tan bajo que ella dudó de lo que había oído.

—¿Qué?

—Que salgas de la habitación —le exigió, más alto y claro. Sonó incluso amenazador.

—¿Se puede saber por qué me hablas en ese tono? —replicó Elisa y, aunque no fuese del todo cierto, añadió—: Tú me has dicho que entrara a por la toalla.

—Ya la tienes, ya puedes salir. Sal ahora mismo o no seré capaz de resistirme.

—¿A qué? —inquirió sin dejar de frotarse el cabello.

—¡Por Dios! No puedes ser tan boba.

Al instante, Juan la agarró de un brazo y detuvo el secado, tiró de ella hacia la sala y cerró la puerta de la habitación con tal brusquedad que Elisa dio un respingo. La reacción del pícaro la desconcertó en la misma medida que la enfureció.

—¿Qué diablos te pasa, Juan?

—Que soy incapaz de verte a los pies de mi cama y quedarme quieto, maldita sea —renegó al tiempo que la atrapaba entre su cuerpo y la pared—. Que no puedo ver cómo se mueven tus pechos mientras te secas el pelo y quedarme quieto. —Redujo la poca distancia que los separaba y su voz se tornó ronca—. Que no soy capaz de tenerte tan cerca y… quedarme quieto.

Y la boca de Juan capturó la de ella en un beso ardiente y posesivo. Aturdida por el asalto y por las palabras del pícaro, dejó que la lengua masculina se enredara en la suya y aplacara la ira. Quedó solo el desconcierto, que fue total y absoluto cuando notó que el beso le humedecía una parte del cuerpo que la lluvia no habría alcanzado jamás.

CAPÍTULO 8

Jazmín. El suave aroma floral se mezclaba con el del agua de lluvia, fresco y limpio, y embriagaba los sentidos de Juan, que invadía la boca de Elisa como si llevara siglos sin besar a una mujer.

Mantuvo sujeto el brazo de ella y alzó la mano libre hasta posarla en la nuca femenina, bajo aquella espléndida melena ondulada. El sedoso cabello, todavía húmedo, le rozaba el dorso, los nudillos lacerados, los dedos… Se resistió a reducir la escasa distancia que separaba sus cuerpos, pues no quiso que su jubón empapado mojara el vestido casi seco. Acarició con el pulgar la fina piel del cuello de Elisa mientras intentaba controlar el fuego que había prendido dentro de él y el ímpetu con que avasallaba aquel cálido interior que no debería estar explorando.

Tenía que parar, se decía. Tenía que parar antes de que fuera demasiado difícil, antes de que sus dedos descendieran en busca de más piel, en busca de los pechos que se moría por tocar.

Oh, Señor…

Tenía que parar.

Tenía que tocar.

Alentado por la lengua de Elisa, que bailaba con la suya al mismo son, dejó que su mano se deslizara hacia el escote del vestido. Su palma calentó la piel que la tela no había protegido del frío. Era poca, insuficiente para el anhelo que lo acuciaba, pero se contuvo de alcanzar los botones y descubrir más, y continuó el descenso hasta abarcar uno de aquellos pechos.

Tenía que tocar.

Tenía que parar.

Lo supo en cuanto el cuerpo de ella se puso rígido y la lengua retrocedió. Él se quedó inmóvil un segundo, dos… A la espera…

Tres.

…de que Elisa lo apartara.

Cuatro.

No contó hasta cinco. Sus bocas permanecían unidas y tanteó. Lamió el labio superior, atrapó el inferior entre los dientes al tiempo que su mano presionaba ligeramente el colmado pecho.

No hubo rechazo, pero tampoco la respuesta que ansiaba, la que le daría permiso para seguir explorando.

Tenía que parar.

Tenía que tocar.

Su miembro endurecido pedía más, su cerebro embotado exigía menos, y Juan hizo oídos sordos a la exigencia y cedió a la petición. Masajeó el turgente seno que se amoldaba su palma, mordisqueó los labios reblandecidos y los abandonó para catar la piel del cuello femenino. Ella emitió un gemido de placer que lo enardeció, pero un instante después de aquel sonido estimulante llegó la orden contraria en forma de gesto: la mano libre de Elisa le agarró la muñeca deteniendo el masaje y la apartó de su seno para plantarse luego en el torso de él y empujarlo con fuerza.

Sus miradas se encontraron. Juan percibió, una vez más, la furia en aquellos ojos del color del chocolate.

Y la notó de lleno en la mejilla cuando Elisa le dio un bofetón.

Le sorprendió, vaya que sí. Tal y como había respondido al beso y a las primeras caricias, no se esperaba una reacción tan enérgica. Sin embargo, debía reconocer que él no tenía ningún derecho a besarla ni a tocarla. Ni siquiera podía excusarse con que ella lo hubiera incitado voluntariamente, así que, reacio a disculparse por algo que había disfrutado mucho, admitió:

—Me lo merezco.

—Desde luego que sí.

—No volverá a ocurrir.

—Espero que no.

Hubo determinación en la réplica, pero Juan, que no podía dejar de mirar aquellos ojos tan bellos y expresivos, detectó algo más que furia en las dilatadas pupilas. Había deseo. Y era aún más visible en la respiración de Elisa, todavía agitada. Aunque aquel subir y bajar

de los pechos quizá fuera debido a otra cosa que también percibía: miedo.

Sí, ella parecía temerle. Claro que, ¿cómo no iba a temerle si era una mujer intacta?

Intacta, pero no inexperta, se dijo. La pasión con que había correspondido a sus besos indicaba cierta práctica.

Miró la boca que había saboreado a conciencia. Los labios que seguían entreabiertos se cerraron de súbito, dejando así patente que no le permitiría un nuevo acceso. Vio cómo se agachaba para recoger la toalla que, en algún momento del apasionado beso, había caído al suelo. El movimiento le ofreció a Juan una excelente perspectiva del nacimiento de los senos y se apresuró a poner fin a lo que podría ser una tortura para sus sentidos.

—Será mejor que te vayas, Elisa.

—No pienso marcharme sin antes haber hablado contigo sobre Celestino.

—Pues sé breve, tengo trabajo que hacer —alegó mientras se dirigía a la habitación para cambiarse la ropa mojada por una muda seca. Y que no oliera a jazmín. ¿O era su propia piel lo que olía a esa flor? Entornó la puerta y concretó—: Cuando la taberna se llena, el dueño necesita ayuda y las chicas tienen más problemas.

—Te estás burlando de mí —le acusó ella desde la sala.

Juan fingió no saber de qué hablaba.

—Créeme, Elisa. Cuando llueve servimos mucho más vino que cualquier otro día.

—Lo imagino, pero no me refería a eso sino a tu casamentero. Y no me digas que no tienes ni idea de qué candidatos a esposo me ha enviado, porque no te voy a creer.

—Pues no, no tengo ni idea —mintió él, tras descalzarse con el fin de poder quitarse los pantalones empapados.

—Te escondes ahí dentro para no tener que mirarme a la cara y que yo note que me engañas, ¿verdad?

—Me estoy cambiando de ropa, Elisa.

—Yo también estoy mojada y me aguanto. Podrías haber esperado cinco minutos.

Juan no replicó. Oír que estaba mojada cuando él ya se había desprendido del pantalón y trataba de que su miembro se ablandara provocó que volviera a empinarse. Maldición.

Ella guardó silencio y él pudo serenarse lo suficiente para terminar de vestirse y pensar en qué iba a hacer con aquella mujer. Continuaba lloviendo, aunque con menos intensidad, y oscurecía tan deprisa que sería un peligro que anduviera sola por las calles. Acompañarla hasta su casa quedaba descartado, pues estar cerca de Elisa y no poder tocarla era un calvario por el que se negaba a pasar. Y no solo físico. Saber que el mayor obstáculo a la posibilidad de tenerla únicamente para él era su condición social le hacía replantearse su modo de vida. Aquella mujer sería un buen motivo para convertirse en un hombre honrado.

—Juan, ¿vas a tardar mucho en salir?

—No, ya estoy listo.

Escondió la arqueta con sus recuerdos en el fondo del armario. Acababa de decidir que la dejaría sola en la casa y prefería no arriesgarse a que le diera por fisgonear y encontrara el cordón de la capa. Tomó una de las suyas, una elegante que se había hecho confeccionar al llegar a Madrid por si iba al corral de Villanueva o por si surgía alguna otra ocasión especial; se la había puesto solamente una vez, la pasada navidad, para ir a la famosa confitería de la Plaza Mayor y darse un atracón de los dulces que allí elaboraban. También allí había celebrado, sin compañía, sus dos últimos cumpleaños, pero en septiembre hacía demasiado calor para llevar esa prenda.

Elisa observaba los libros de la estantería cuando él, con la capa colgada del antebrazo, entró en la sala y la informó de su decisión.

—Iré a buscarte un coche de alquiler y a alguien en quien confíe para acompañarte a casa. Te avisará en cuanto llegue.

—No, Juan. —Se cruzó de brazos, visiblemente enojada—. No saldrás de aquí hasta que me hayas dicho la verdad.

Él lanzó la capa hacia el frailero más próximo a ella y soslayó el ultimátum.

—Ponte esta cuando te marches. La tuya todavía debe de estar húmeda.

—No quiero nada de ti, solo que me expliques por qué.

—Puedes dejar el brasero encendido. Ya subiré luego a apagarlo —dijo él, esquivando el tema otra vez.

También la esquivó a ella dando un rodeo absurdo para alcanzar la puerta y largarse. Si cruzaba la estancia en línea recta pasaría demasiado cerca de la tentación.

Pero Elisa sí eligió el camino más corto y le bloqueó la salida. Beligerante, insistió.

—¿Por qué, Juan?

Dispuesto a volver a eludir la pregunta, tomó una de las llaves que colgaban de un gancho de la pared y se la tendió.

—Cierra con dos vueltas cuando te marches y llévatela. Ya me la devolverás con la capa.

Escapar de Elisa sin rozarla iba a ser imposible, se percató Juan, pues ella se había apoyado en la madera de cuarterones y lo miraba furibunda y con los labios apretados. Supo que no tenía otra salida, excepto descolgarse por la ventana, y ese era un riesgo que no merecía la pena correr por una cuestión de orgullo, así que decidió afrontar la situación para poder alejarse cuanto antes de la tentadora actriz.

—De acuerdo, sí, ha sido una especie de burla. Me apetecía fastidiarte un poco, pero ya está. ¿Satisfecha?

—Igual que yo fastidié tus cumpleaños, ¿no? —adivinó ella y sonrió, victoriosa—. Lo sabía. Se lo dije a Catalina y no me creyó. —Recuperó la seriedad—. Eres un rencoroso.

—No. Simplemente, me gusta mucho el dulce y, en aquella época, había muy pocas ocasiones en las que me lo pudiera permitir.

—¡Ah, las tartas, claro! —dedujo ella y, con cierta mofa, sentenció —: Sigues siendo un niño, Juan.

—Puede que una parte de mí lo siga siendo, pero te aseguro, Elisa —avanzó el paso que los separaba y, en tono incitador, continuó—: que soy un hombre. Y te lo demostraré ahora mismo, si quieres.

—¡No! —Lo apartó y huyó hacia la estantería—. Ya me lo has demostrado antes.

—No del todo.

—He tenido suficiente.

—Bien, entonces me marcho. —Abrió la puerta y, sin volverse hacia ella, le indicó—: Espera aquí hasta que vengan a recogerte. Y no abras a nadie, si no viene de mi parte.

Cerró sin darle opción a protestar y bajó las escaleras a toda velocidad. Ya en la calle, anduvo despacio por el corto trecho que había desde su casa hasta la taberna dejando que la lluvia, ya muy fina, le mojara el rostro y que el frío atemperara el ardor que volvía a sentir. A pesar de haberse cambiado de ropa, el aroma a jazmín lo persiguió hasta el local, donde se fundió con el olor a vino barato, sudor y mugre. Buscó al Robacapas entre la multitud que se refugiaba en aquel establecimiento —los más jóvenes iban siempre allí cuando llovía— y le dio las indicaciones pertinentes para que Elisa llegara a su casa sana y salva. Con suerte, no volvería a verla en mucho tiempo.

* * *

En el coche de alquiler, Elisa se estaba quedando helada. Su capa seguía mojada y no había querido llevarse la de Juan. Cuantas menos cosas tuviera de él, mucho mejor. Con la llave le bastaba y sobraba, y se estaba planteando entregársela al muchacho que, sentado frente a ella, la acompañaba a casa. Debía de ser un pícaro, así que ya se apañarían entre ellos.

Esperaba que no se tratara de otra burla de Juan y que el chico no tuviera orden de robarle algo para continuar fastidiándola.

¡Y todo por unas tartas, madre de Dios!

Bueno, por lo menos había admitido que su comportamiento había sido infantil.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral y Elisa se frotó los brazos con energía para darse algo de calor. Sin embargo, no fue ese gesto lo que reactivó su circulación sanguínea y atemperó su cuerpo sino recordar el beso de Juan. O los besos. No sabría decir si había sido uno, largo e ininterrumpido, o varios encadenados. Ella se había rendido a la boca de él al primer contacto, a sus labios cálidos y posesivos, a su lengua

descaradamente invasora, atrevida, excitante… Ningún hombre la había encendido con tanta rapidez ni intensidad, ninguno le había provocado con sus besos la agitación que había sentido en su interior ni le había hecho desear desnudarse por completo y entregarse sin reservas.

Ni uno solo la había embriagado hasta el punto de temer perder el control.

Por eso, cuando la mano de Juan había comenzado a jugar con uno de sus pechos, ella puso fin a aquel momento de enajenación, porque supo que la conduciría a una locura aún mayor.

Y le había soltado un bofetón. Cierto era que había ido en busca el pícaro con la intención de enfrentarse a él, pero no fue la ira el motivo de su reacción agresiva, sino el miedo a no poder dominar aquellas sensaciones abrasadoras y delirantes que los besos inesperados habían despertado en ella.

Elisa admitía que se rendía con facilidad ante la seducción de un hombre del que se creyera enamorada, pero nunca se dejaba besar por cualquiera ni respondía a un primer beso con el ansia de una mujer lujuriosa, pues no lo era, por lo que no alcanzaba a comprender qué le había sucedido. Lo justificó diciéndose que estaba pasando unos días demasiado convulsos, con los nervios a flor de piel, y que Juan debía de tener sobrada experiencia. Incluso más que Enrique Díaz. El pícaro era seis años mayor que el tarambana, y seis años daban para muchas mujeres.

Satisfecha con la explicación, observó al muchacho frente a ella. Parecía inquieto y no le quitaba ojo de encima. Seguro que estudiaba la mejor manera de robarle algo, pensó. Clavó una dura mirada en él y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Creo que quince, señorita.

—¿Solo lo crees?

—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeño. En el orfanato no sabían qué edad tenía exactamente cuando me llevaron allí.

—¿Y por qué no sigues en ese orfanato?

—Me escapé hace tiempo. —Alzó un hombro en un gesto de indiferencia—. Me aburría.

—Oh, claro. Y es más divertido andar robando por ahí —concluyó ella con sarcasmo—. Porque es a lo que te dedicas, ¿no?

El muchacho se removió en el asiento.

—Si hubiera sabido que era usted amiga del cherinol no le habría robado la capa, lo juro.

Elisa se quedó boquiabierta. No había reconocido al ladronzuelo. Claro que aquel día no pudo verle la cara, solo la espalda cuando lo perseguía. ¿Cómo iba a reconocerlo?

—¿Eres el Robacapas?

—Sí, señorita.

—¿Aún tienes el cordón o ya lo has vendido?

—¿El cordón? —repitió el chico, extrañado—. ¿No está en la capa?

—Sabes muy bien que no, porque se lo quitaste tú.

—Yo no toqué nada de esa capa, señorita, lo juro. Se la devolví al cherinol tal cual se la robé a usted.

—Oh, entonces… —La historia de la criada ladrona no la había inventado Juan, dedujo Elisa, y murmuró para sí la conclusión evidente—: Debió de quedárselo ese vago que me envió el Celestino.

Pero el fino oído del muchacho captó cada una de esas palabras. Sin importarle ni comprender qué pintaba Celestino en todo aquello, comentó:

—Esos tipos no se dedican a afanar, señorita, es demasiado esfuerzo para ellos. Pero, ¡vaya usted a saber! ¿Por qué no le pregunta al jefe? Todo lo que se roba en el barrio pasa por sus manos.

—¿Quieres decir que Juan tiene ese cordón?

—Supongo. Si no lo ha revendido ya, claro. Igual no se dio cuenta de que era de usted y…

El ceño de Elisa se arrugó. Si lo que decía el Robacapas era cierto —tenía lógica, desde luego—, ¿por qué Juan no le había comentado nada al respecto? ¿Tanto dinero podía obtener de un simple cordón de seda que había preferido volver a venderlo que devolvérselo? ¿O era otra manera de fastidiarla?

Sí, probablemente se trataba de eso: otra pequeña venganza infantiloide.

Y se jactaba de ser un hombre. ¡Ja!

Bueno, sí lo era, la verdad fuera dicha. En determinado aspecto lo era sin ningún asomo de duda.

Y una vez más recordó los besos de Juan.

Y que tenía los pies grandes.

CAPÍTULO 9

La fiesta que se celebraba el viernes por la noche en el corral de Villanueva después de la representación teatral estaba muy animada. Sonaban guitarras y castañuelas, el vino llenaba las copas una y otra vez, la voz de soprano de la joven Luisa entonaba canciones alegres y las viandas iban desapareciendo de la mesa mientras los comediantes, sus familias y los invitados bailaban y charlaban sin cesar.

En un extremo de la sala, Luisa Estrada, esposa de Álvaro, lamentaba que el primo de Claudia Maldonado no hubiera asistido al espectáculo ni al habitual festejo posterior al estreno de una comedia. A diferencia de ella, su interlocutora y gran amiga Catalina de Velasco no parecía afectada por la ausencia del mujeriego. De hecho, no lo estaba en absoluto; ni para ella ni para Elisa era un candidato a esposo de la actriz. La dama tenía otro en mente y, mientras valoraba las posibles ventajas de revelar su nombre a la joyera con el fin de intentar conseguir su apoyo, la dejaba hablar.

—Pobre Claudia. Se ha disculpado por lo menos cinco veces desde que ha llegado al corral de comedias. Y mírala —Catalina lo hizo—, sonríe como si se divirtiera, pero se le nota que lo está pasando mal. En cambio, a Elisa se la ve contenta. No lo entiendo, yo estaría asustada si supiera que tengo que casarme dentro de diez días como máximo y aún no tuviera con quién hacerlo —expresó Luisa, y dejó de observar a la hija del barón de Arraz para confesarle a su amiga —: Empiezo a dudar de que el plan de los gemelos funcione. Perdona, Catalina, no me malinterpretes. Confío en ti y estoy segura de que encontrarás a un caballero que pueda congeniar con mi sobrina, pero…

—Ya lo he encontrado —anunció la dama, con su sonrisa maquinadora. Su valoración había dado positivo y quedaba poco tiempo. Necesitaba ayuda—. Llevo días dándole vueltas y, como es obvio que el tal Enrique no tiene ningún interés por Elisa, ha llegado la hora de ir a por el hombre que sí lo tiene. Y mucho —recalcó ante el estupor de la joyera.

—¿A quién te refieres?

—A Juanito.

—Oh. No lo conozco, aunque he oído hablar de él. Y mucho, desde el miércoles. Álvaro me contó que vino al corral y cómo te lo encontraste por casualidad, que tu cochero estuvo a punto de atropellarlo. ¡Menudo susto! Dice que trabaja en una taberna de Lavapiés.

—Exacto.

—¿Y no es muy mayor para ella?

—Nueve años no es una gran diferencia de edad. Y lo importante es que la desea.

—Por supuesto. ¿Qué hombre no desea a Elisa? Es hermosa.

—Él la desea con locura. Está celoso. Y si los vieras juntos… Hay una tensión muy curiosa entre los dos. Elisa también se siente atraída por Juanito, pero no lo admitirá ni a solas consigo misma.

—¿Por qué crees que está celoso?

«Por los pretendientes que ha enviado Celestino», respondió la dama para sí, ya que no podía contestar eso sin antes haberle explicado a Luisa quién era ese tipo. Revelarlo implicaba dejar al descubierto el verdadero oficio de Juanito, pero a ella no le había pedido explícitamente que ocultara su forma de vida y, como necesitaba una aliada, no le quedaba otra opción. Además, tarde o temprano todos se acabarían enterando. Mejor que fuese temprano.

—Catalina, ¿cómo sabes que ese hombre está celoso? —insistió la joyera ante el silencio de su amiga.

Ninguna de las dos se percató de que Ana Robles, que tenía muy buen oído, acababa de acercarse a ellas hasta que les preguntó con curiosidad chismosa:

—¿Quién está celoso? ¿Y de quién? Contadme, venga.

—Juanito —soltó la dama a bocajarro. Dos aliadas serían mejor que una, pensó, y respondió a la segunda pregunta—: De cualquier pretendiente de tu hija. Se quedó prendado de ella cuando la conoció el lunes.

—¿En serio? —La perplejidad de Ana mutó enseguida en confusión—. Entonces, ¿por qué no ha venido hoy a verla? Hice que le dejaran una entrada en la taberna para el estreno de esta semana.

—Trabaja todos los días —arguyó Catalina—. ¿Cómo iba a venir?

—Ah, claro. No lo pensé —aceptó la costurera, y a su expresión contrita le siguió una de gran alegría—. ¡Oh! ¿Juanito enamorado de Elisa? ¡Eso sería maravilloso! ¿Os lo imagináis? ¡Él podría ser el marido que…!

—Chissst… No hables tan alto, por Dios —la reprendió la dama—. No queremos que nadie se entere. Y, mucho menos, ella.

—¿Por qué?

—Porque a tu hija le entró por el ojo izquierdo. Pero no te preocupes, haremos que le entre por el derecho y por donde haga falta.

Luisa puso los ojos como platos.

—¿Qué has querido decir con eso, Catalina?

—¿Tú qué crees? —La comisura izquierda de su boca se elevó en una sonrisa intencionada. En sus pupilas destellaba la palabra «lujuria»—. No hay tiempo para cortejos, y menos entre un hombre de su condición y una mujer de clase acomodada. Habrá que allanar el camino para que él la conquiste con métodos más directos.

Ana Robles se mostró ofendida y, tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no la oyeran, bajó el tono de voz al volumen de las confidencias.

—Estás hablando de mi hija, Catalina. De su virginidad.

—¿Podrías asegurar que aún la conserva? —inquirió la dama.

Su amiga la regañó con la mirada por tal insinuación mientras la madre respondía:

—¡Pues claro! —Y le asaltó la duda—. Bueno, asegurarlo no, pero… Oye, ¿y cómo estás tú tan segura de esos celos de Juanito?

Catalina fue clara y concisa en su explicación. Excepto el plan del falso contrato, les reveló toda la verdad.

Las dos mujeres que la escuchaban se quedaron atónitas.

Luisa fue la primera en reaccionar.

—No podemos casar a Elisa con un delincuente.

—¿Preferirías que se casara con uno de esos nobles hacendados que exigen a sus campesinos unos impuestos que apenas pueden pagar? Aquí en la capital no os dais cuenta, pero en el campo mucha gente se muere de hambre —manifestó, indignada—. Y todo, para que unos cuantos ricos vivan a cuerpo de rey. Desde mi punto de vista, esos nobles también son delincuentes, y mucho peores que Juanito. A él lo considero un superviviente. Y no es ningún asesino, por Dios. Se ha montado un negocio al margen de la ley, sí, pero su trabajo en la taberna indica que hay honradez y honestidad en su interior. Merece la oportunidad de encauzar su vida, ¿no?

La joyera suspiró. No podía negarle la razón a su amiga.

Ana seguía estupefacta, tratando de asimilar en qué se había convertido aquel niño tan querido por ella que ni siquiera el tiempo y la distancia habían logrado debilitar el cariño que le tenía.

—Un pícaro… No puedo creerlo. Diego me decía que nos ocultaba algo, y desde luego que sí. Tiene que haberlo pasado muy mal, pobrecillo…

—Bueno —cortó Catalina el momento compasivo de la costurera —, ¿intentamos unir a Elisa con Juanito?

Tras un intercambio de miradas que duró unos pocos segundos…

—Por supuesto —afirmó Ana.

—Si a ti te parece bien —concedió Luisa, menos convencida que la madre—, a mí también. ¿Qué quieres que hagamos, Catalina?

—Aún no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Ah, y por favor, ni una palabra de esto a nuestros maridos, ¿de acuerdo? Ni a Elisa, naturalmente.

Un silencioso gesto de cabeza valió para sellar la alianza y, acto seguido, las tres mujeres se dispersaron por la sala para disfrutar de la fiesta.

* * *

Elisa se obligaba a sonreír, bailar y charlar, pero lo único que deseaba era irse a casa, tumbarse en la cama y reflexionar.

Cada día que pasaba era uno menos que le quedaba para encontrar marido, y tenía ya serias dudas sobre si encontraría alguno. Tal vez debiera olvidarse de Julia Capelete y reconocer que, en el fondo, le importaba más el amor que el éxito como actriz y la consiguiente fama. Los aplausos y vítores en el Coliseo se acallarían en unos pocos minutos; los halagos a su interpretación durarían más, tal vez un par de semanas o tres, pero todo eso sería efímero, una dicha temporal. Cualquier triunfo lo era, especialmente en los escenarios. En el mejor de los casos, actuar en la inauguración de aquel teatro innovador le serviría para conseguir un contrato en alguna compañía importante y poder así mantener su popularidad durante un tiempo más, incluso varios años. Luego, iría disminuyendo sin remedio, como le había sucedido a su tío Álvaro. En cambio, el amor… Si se enamoraba, sería para siempre.

Pero no iba a enamorarse de repente, en una semana. Eso era imposible.

Y no pensaba a recibir a ningún otro candidato que viniera de parte de Celestino. Ya le había quedado claro que Juan pretendía entorpecer sus planes de matrimonio y no estaba dispuesta a permitírselo. El tercero que se presentara también sería espantoso, seguro.

Tres cumpleaños fastidiados, tres pretendientes infames.

Si la mente de ese pícaro funcionaba como la de un niño, la absurda venganza iba a ser equitativa. Así pues, tenía que hablar con Catalina y decirle que le agradecía mucho su ayuda pero que debían olvidarse del matrimonio falso, del pícaro casamentero y del otro.

Del que besaba de maravilla.

Sí, ¿y qué? Un beso apasionado no implicaba amor y ella quería enamorarse.

Descartada esa posibilidad a causa del poco tiempo de que disponía y también la de falsificar un contrato matrimonial, solo quedaban dos opciones: el plan de los gemelos o renunciar a Julia Capelete. Y por eso necesitaba reflexionar a solas. No sería una decisión tan difícil si la afectara solo a ella, pero abandonar la obra ocasionaría un gran problema al director y salpicaría a los Villanueva.

La voz de su padre la devolvió a la fiesta.

—Elisa, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Pareces angustiada y me imagino el motivo: Enrique Díaz ha vuelto a fallarte.

—Ah, no importa, papá.

Álvaro, que acababa de unirse a ellos junto con Marcos, discrepó.

—Claro que importa. Por lo que me han dicho, Catalina no ha encontrado a ningún hombre decente como alternativa.

—Y queremos proponerte uno nosotros, hermana.

—¿Alguno de tus amigos? —dedujo Elisa—. No, gracias.

Marcos no le hizo el más mínimo caso y continuó:

—Verás, en el mentidero se rumoreaba ayer que tu misterioso prometido no existe y, para evitar que se extendiera demasiado esa verdad que nadie debe saber y llegara a oídos del director de *Los bandos de Verona*, yo dije que lo conocía. Enseguida concluyeron todos que se trataba de uno de mis amigos.

—Oh, estupendo —ironizó ella—. Gracias por ayudar a complicarlo todavía más.

—Al contrario, lo he simplificado, hermana. Me fui a hablar con Jaime, que es del que más me fío, y le expuse tu problema y el plan de papá y del tío Álvaro.

—No me digas que ha accedido a casarse conmigo, por favor.

Jaime era un chico simpático, pero más tarambana que Enrique.

Y aún no había cumplido los veintidós.

—Pues sí. Mañana mismo, si tú quieres.

—No quiero.

—Hija…

—Elisa…

Los gemelos suplicaron a la vez. Ella miró a los tres hombres que la rodeaban y quiso escapar a todo correr. Su tío señaló con el mentón hacia el extremo de la sala que quedaba a su espalda y, con aires de triunfo, sentenció:

—Ya que las mujeres no están siendo muy eficientes en este asunto, vamos a resolverlo nosotros.

Elisa se volvió y se fijó en las expresiones de su madre y su tía: denotaban preocupación y cierta tristeza. No veía la de Catalina, pero supuso que debía de reflejar lo mismo, pues su plan no avanzaba.

Por culpa de Juan.

—Bien, hermana, ¿qué decides?

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor, ¿no?

—Por supuesto —secundó Álvaro a Marcos.

El padre guardó silencio, pero ella vio en su rostro la misma expectación que en los otros y, sometida a la presión de aquellos tres hombres y movida por su devoción hacia el afamado galán, accedió.

Se arrepintió al instante, mientras recibía la aprobación verbal y gestual —su tío la abrazaba— por su decisión precipitada. Las palabras de ánimo flotaban a su alrededor como alegres pajarillos revoloteando en torno a un festín de migas de pan.

—Todo va a salir bien, hija, ya lo verás.

—Alegra esa cara, hermanita.

—Elisa, tú no te preocupes por nada.

¿Cómo no iba a preocuparse si la anulación del matrimonio iba a ser imposible? Oh, Dios… ¿Qué podía hacer? Desdecirse en ese momento no serviría de nada, porque volverían a presionarla. Tal vez al día siguiente y con el apoyo de las tres mujeres… Se habían dispersado por la sala y los gemelos habían volado para poner al corriente a sus esposas de la gran noticia. No parecían muy entusiasmadas, pero tampoco disgustadas, observó Elisa desde la distancia. Ambas conocían a Jaime y ella sabía que les caía bien, por lo que no podría conseguir su apoyo. Solo le quedaba recurrir a Catalina. Había llegado el momento de confesar.

* * *

—Déjame adivinar, Elisa —pidió la dama Velasco después de acomodarse en su carruaje al salir de la fiesta. La joven les había dicho a sus padres que estaba demasiado cansada para volver a pie a casa—. No eres virgen.

Ella agachó la cabeza, dispuesta a recibir un sermón reprobatorio. Sin embargo, tras unos segundos de angustioso silencio, Catalina solo mostró curiosidad.

—¿Una vez o más?

—¿Cómo dices? —Alzó la vista, sorprendida.

—Que si fue un desliz o tienes un amante.

—Oh, no, no, no hay nadie que… Quiero decir que… nunca lo he hecho más de una vez. —Bajó de nuevo la mirada y, casi en susurros, concretó—: Con el mismo hombre.

La dama soltó una carcajada y Elisa, perpleja, preguntó:

—¿No te escandalizas?

—¿Yo? Sería muy hipócrita por mi parte escandalizarme. Y me alegro de que te hayas sincerado conmigo. Supongo que no te atreves a decírselo a tu madre.

—Supones bien. ¿Crees que debería hacerlo para que ella pueda contárselo a papá de alguna manera que me evite un castigo?

—No hay razón para contar nada a nadie —opinó Catalina.

—Si renuncio al papel de Julia Capelete no, claro —respuso ella con resignación.

—Tampoco hay razón para eso.

—Es obvio que sí. Ya te habrán contado que un amigo de Marcos está dispuesto a casarse conmigo.

—Sí, y solventaremos el problema. Sería una lástima tirar por la borda un futuro tan prometedor como el tuyo por un momento de lujuria.

—Cuatro.

La dama alzó una ceja y volvió a mostrar curiosidad.

—¿Conozco a alguno de los afortunados?

—A uno, pero solo de nombre.

—El primo de Claudia, ¿verdad?

Elisa asintió con la cabeza y añadió:

—Y no me gustó lo suficiente como para casarme con él.

—Ni él te quiere por esposa, eso es evidente.

—Y me niego a continuar con el plan del falso matrimonio —le comunicó con firmeza—. Juan ha estado jugando conmigo, tal como yo sospechaba.

Le resumió el enfrentamiento con el pícaro sin mencionar el beso y, al terminar, Catalina le planteó:

—¿Te casarías con ese tal Jaime si pudieras anular el matrimonio? Porque si no recuerdo mal, me dijiste que me olvidara de todos los amigos de Marcos.

—Bueno, este es el que menos me desagrada y, si la anulación fuera viable, ¿por qué no? Es la mejor opción que se ha presentado hasta ahora, por no decir la única.

Catalina echó un vistazo rápido por la ventanilla y miró a la joven con aquella taimada sonrisa suya que enmascaraba argucias inquietantes.

—Bien, como ya estamos llegando a tu casa y es muy tarde para seguir hablando, ve a acostarte y duerme tranquila. Mañana haré algunas indagaciones y te informaré cuando esté segura de que tu problema tiene solución.

Elisa dudaba de que hubiera alguna, pero pensó que, si Catalina creía que sí, lo mejor que podía hacer era a confiar en ella. Una vez más.

CAPÍTULO 10

Juan llevaba media hora en la cocina de la taberna retenido por la esposa del tabernero. Mientras la mujer preparaba una masa para rosquillas a la vez que vigilaba la olla enorme en la que cocía el puchero que servían todos los sábados, le contaba al detalle el espectáculo que había visto la tarde anterior en el corral de Villanueva, gracias a la entrada que él le había dado.

Cuando el tabernero le dijo que un muchacho había traído aquella invitación, Juan se la ofreció de inmediato al hombre, pero este, poco dado a abandonar su negocio tantas horas, le había sugerido que se la regalara a su señora. La esposa le estaba más que agradecida por el obsequio y, en contrapartida, como sabía de su pasión por el dulce, iba a hornearle una buena cantidad de rosquillas.

Al cabo de otra media hora y después de escuchar interminables las alabanzas a los comediantes, especialmente a Elisa, pudo salir de la cocina y refugiarse en la trastienda.

Dispuso sobre la mesa los libros de cuentas de su negocio y de la taberna y se concentró en los números y letras para apartar de su mente a la actriz. Llevaba toda la semana pensando en ella y comenzaba a temer lo peor: se había enamorado de Elisa.

Se resistía a creerlo, pero había un síntoma muy claro, y era que no deseaba a ninguna otra mujer.

El día anterior había rechazado las insinuaciones de una moza de cocina que le trajo una cucharilla de plata sisada a sus nobles dueños. También las de una criada exuberante que, un mes atrás, ya le había dado a probar sus mieles; él las saboreó a placer en aquella ocasión y deseó repetir, pero la muchacha no había vuelto a la trastienda hasta ayer. Los colmados pechos que le plantó a un palmo

de los ojos al tiempo que le palpaba la entrepierna no le produjeron más reacción que una hastiada inapetencia. Luego, bien entrada la noche, una de las chicas de la taberna lo vio tan ensimismado que se ofreció a levantarle el ánimo con algunos juegos no aptos para menores. A Juan no le atrajo ni uno. Después de haber besado a Elisa no quería en su boca otro sabor que el de ella, que se había grabado en su paladar y en sus labios de forma indeleble, igual que el tacto de su cabello en sus dedos y la turgencia de sus pechos en la palma de su mano.

Y su aroma a jazmín.

Juan tenía que hacer un esfuerzo enorme para centrarse en las páginas amarillentas del libro contable que, abierto sobre la mesa, acababa de ser testigo de su nefasta deducción. ¡Demonios! Toda la vida se había creído a salvo del amor idiotizante y ahora, cuando creía que su edad ya lo desligaba por completo de caer bajo el hechizo de una mujer, se descubría enamorado perdidamente de la versión adulta de aquella niña que irrumpió en su infancia y le robó el protagonismo.

Aunque también le aportó mucho cariño, bastante diversión y despertó en él un afán protector que le hacía sentirse mayor, responsable e importante de verdad. Juan no supo valorar todo aquello hasta que lo perdió.

Recordó el día de su duodécimo cumpleaños, ya en Sevilla, y la tarta que, por fin, iba a ser solo para él. La ilusión con que se dispuso a soplar las velas se extinguió al mismo tiempo que las diminutas llamas. Las mechas ennegrecidas le habían parecido entonces un símbolo de su futuro: oscuro, mustio, solitario. No hubo estallido de aplausos y felicitaciones, no hubo más besos y abrazos que los de su padre y Teresa, apenas hubo risas y sobró más de la mitad de la tarta. La íntima celebración estuvo teñida de añoranza y, a pesar de lo mucho que había deseado ser el único protagonista de su aniversario, echó de menos a la niña alegre y engorrosa con la que había compartido los tres anteriores en Madrid.

Al año siguiente volvió a sentir aquella especie de vacío que había dejado la pequeña Elisa, pero Juan ya había empezado a hacer amigos en Sevilla y pudo encerrarla en un rincón de su corazón

junto con toda la compañía de Valera. Si no iba a verlos nunca más, ¿para qué pensar en ellos? Ni siquiera al regresar a la capital se permitió que salieran de aquel rincón, pues creía que allí debían permanecer como un bonito y entrañable recuerdo. Sin embargo, el azar se había interpuesto en su firme decisión y lo había conducido hacia aquellas personas que tanto significaron para él. Podía dejarlas atrás de nuevo, por supuesto, pero no a todas. Había una en concreto a la que le resultaría muy difícil volver a arrinconar en el corazón, puesto que ya lo ocupaba por entero.

Y esa persona no quería nada de él. Ni tan solo tomar prestada su capa.

El jueves anterior, cuando Juan regresó a su casa por la noche y vio su preciada y costosa prenda en el mismo lugar donde la había dejado, recordó las palabras que Elisa había pronunciado con toda claridad poco después de que él sucumbiera a la tentación y cometiera el error de besarla.

«No quiero nada de ti, solo que me expliques…».

Y constató que no exageraba, que no las había dicho en un arrebato de furia alienante y que no se refería únicamente a los besos, como él había creído. Que se llevara la llave le dio una pizca de esperanza, pero comenzaba a perderla. Juan se repetía que si aún no se la había devuelto era por falta de tiempo —solo habían transcurrido dos días desde entonces— o quizá porque no se atrevía a acercarse al barrio sin compañía.

O a él.

Sí, eso era lo más probable, concluyó, apesadumbrado. Elisa estaba intentado evitar cualquier contacto que la expusiera a ser besada de nuevo por un hombre al que no deseaba.

Juan todavía podía sentir en la mejilla el bofetón que ella le propinó.

Llegado a ese punto en que sus pensamientos se tornaban sombríos y su ánimo decaía, hizo acopio de fuerza de voluntad para recuperar su habitual espíritu alegre o, como mínimo, sacudirse el abatimiento y la frustración. Entintó la pluma que había quedado inerte entre sus dedos y se volcó en el trabajo.

Sumaba una columna de gastos cuando el tabernero asomó por la puerta.

—Una señora un poco rara pregunta por ti.

—¿Rara?

—Bueno, parece rica, pero no viste como las ricachonas. Dice que la conoces del corral de Valera.

Maldición. Debía de ser Ana Robles, que venía a preguntarle por qué no había asistido a la representación.

El tabernero lo apremió:

—¿La dejo entrar o la echo? Miente seguro, porque ese corral se desmanteló hace años. No puedes conocerla de allí.

—Que pase —accedió Juan sin dar explicaciones.

El hombre no conocía su pasado en Madrid, solo pinceladas del de Sevilla y de los años que pasó en Génova, y él no iba a contarle en ese momento que su padre había sido el tramoyista de la compañía de Valera.

¡Pardiez!, renegó mientras se levantaba de la silla. Ahora que había conseguido olvidarse de Elisa durante un rato… No cerró el libro de cuentas, le serviría para que Ana viera que estaba ocupado y que no podía entretenerse con charlas banales ni rememorando historias del pasado.

Pero la persona que cruzó el umbral de la puerta con atuendo de campesina no fue la costurera ni una mujer dada a parlotear y a vagar por la nostalgia. Catalina de Velasco nunca se andaba con rodeos ni remembranzas y, después de las cortesías del saludo, acercó una silla a la mesa y lo invitó a sentarse como si él fuese el visitante en lugar de ella. Juan dedujo el motivo de que se hubiera desplazado hasta allí y se le adelantó.

—Doña Catalina, si habéis venido a hablar de Celestino…

—No, ese asunto ya lo discutiste el jueves con Elisa y creo que quedó zanjado, según me dijo.

—Del todo. Hoy mismo empezaré a buscar un buen falsificador de…

—Tampoco he venido para eso —atajó la dama que, al darse cuenta de que Juan observaba su vestimenta, le explicó—: Son las

ropas que uso en Azofra. Voy más cómoda que con jubones ceñidos, faldas y sobrefaldas.

—Pues habéis confundido al tabernero —sonrió él, que ahora comprendía que la definiera como «un poco rara».

—Me ha parecido un atuendo más apropiado para adentrarme en estos barrios sin llamar la atención.

—No os preocupéis por eso. Los ladronzuelos de la zona tienen orden de no acercarse ni a vos ni a Elisa. Aunque no esperaba volver a veros por aquí, la verdad. ¿En qué puedo ayudaros esta vez?

—Necesito una remiendavirgos —soltó la dama sin mostrar pudor alguno.

Juan no pudo contener una risotada.

—Disculpad, tampoco esperaba que me pidierais algo así.

—No es para mí, bobo.

—Ni se me ha ocurrido pensar eso —dijo él sin imaginar, ni por un segundo, para quién la necesitaba—. Pero me habéis sorprendido. Y mucho. Ninguna mujer de alcurnia ya casada y con descendencia ha acudido a mí con esa clase de peticiones. Jamás. Si se enteran de que una de sus hijas solteras y en edad casadera tiene un problema de esa índole, envían a sus doncellas para acordar el arreglo. Y lo más habitual es que venga solo la joven interesada, con toda su desesperación y su vergüenza.

—En mi juventud, te lo habría consultado igual que ahora. Ojalá hubiera sabido entonces que existían mujeres tan útiles para las que nos gusta transgredir las normas y disfrutar de ciertos placeres. Me habría ahorrado algunos conflictos.

—Lo supongo.

—Te equivocas si crees que fui amante de Álvaro. Me refería a… —Calló un momento, como si calibrara lo que iba a decir—. Nada. Sería muy largo de contar y no quiero aburrirte. Y, ahora que lo pienso, tal vez no habría conocido tan a fondo a mi esposo antes de casarnos si yo hubiera acudido de joven a una remiendavirgos. Habría sido una verdadera lástima.

—Deduzco que vuestro matrimonio os satisface.

—Ni te imaginas cuánto —sonrió la dama ampliamente y volvió a mirarlo con expresión pensativa—. ¿Y tú? ¿Has gozado alguna vez

de las ventajas de una amada esposa?

—No veo ventaja alguna en estar casado. Adoro mi libertad, doña Catalina, y tengo intención de conservarla mientras pueda. Además, casarme con una mujer de mi calaña podría ser perjudicial para mi negocio.

—¿Y con una honrada?

Juan volvió a soltar una carcajada.

—¿Qué mujer honrada querría por marido a un tipo como yo?

—Una que se enamorara de ti, por ejemplo.

¡Diablos! No quería hablar de amor, y menos con una dama que estaba tan unida a la que ahora monopolizaba sus sueños. De día y de noche. Forzó una sonrisa y evadió el tema.

—Bueno, a lo que íbamos, doña Catalina: necesitáis una remiendavirgos.

—Sí, para la hija de una amiga —le informó ella sin especificar más—. He oído que hay varias alcahuetas que recomponen virgos, pero que no todas realizan el trabajo con pulcritud. Comprenderás que sería inconveniente preguntar a mis amistades, y por eso acudo a ti. Imagino que tú debes de saber cuál es de confianza.

—Puedo recomendaros una, desde luego. Sin embargo —se puso serio—, que sea de confianza no implica que no haya riesgos para la joven. Las condiciones de higiene en las que trabaja dejan mucho que desear, por lo que la hija de vuestra amiga podría contraer alguna infección. Incluso morir, si es una de esas damitas tan delgadas y debiluchas que están de moda hoy en día.

—No lo es —aseguró la dama—. Y le urge casarse.

—Deduzco que se trata de un matrimonio impuesto por sus padres y con un hombre en el que no confía. De lo contrario, podría ser franca con él y evitarse problemas.

—No es su caso exactamente. Es algo más complejo.

Complejo, urgencia, hija de una amiga… La dama parecía estar definiendo las circunstancias de Elisa, relacionó Juan. Pero no podía referirse a ella, ¿no? Doña Catalina se lo habría dicho sin tapujos. Además, la actriz era doncella. Que tuviera experiencia en besos no significaba que ya se hubiera entregado a un hombre. ¿O sí? Con la

duda instalada en su cabeza y los celos en sus entrañas, frunció el ceño y tensó la mandíbula,

—Juanito, ¿qué te ocurre? Pareces contrariado.

—Nada, es solo que… —¿Y si se lo preguntaba? Necesitaba saberlo o no podría dormir por la preocupación, pensando en que quizás había enviado a Elisa a una remiendavirgos—. Esa joven… No estamos hablando de la hija de Diego y Ana, ¿verdad?

—¿Cambiaría algo si se tratara de ella? —planteó Catalina con una ceja alzada y cierta expectación.

—Todo. Porque me negaría a recomendaros a alguien. Me casaría yo con ella antes de hacerla pasar por… —Se mordió la lengua. La otra ceja de la dama también se había arqueado. Era obvio que consideraba una sandez lo que él acababa de decir. Mierda. ¿Por qué no había cerrado la boca a tiempo? Se sintió ridículo, empequeñecido, como solía ocurrirle delante de aquella mujer, y quiso retractarse—. He exagerado, doña Catalina. Me refería a que…

—No importa —lo cortó ella—. Tu… exageración denota que sientes afecto por Elisa, y eso me alegra. Ella cree que la aborreces por culpa de esa tontería de las tartas —comentó con cierta mofa y echó un rápido vistazo a la mesa con los libros de cuentas—. Bien, no quiero entretenerte más, ya veo que estás muy ocupado, así que ¿a quién me recomiendas?

—A Remedios. Es la mejor. Pocas de las jóvenes que han pasado por sus manos han caído enfermas después de recuperar la doncellez.

—¿Ese es su nombre o también es un mote? —inquirió doña Catalina en tono de chanza—. Porque le encaja a la perfección.

—Así es como se llama —sonrió Juan, ya más sereno—. Tiene una pequeña tienda en la calle de la Lechuga, cerca de la Plaza Mayor. La distinguiréis por el cartel que pone «Maestra de hacer afeites», pero sus artes van más allá de eso. También es alcahueta y curandera. La venta de afeites y aguas perfumadas justifica que cualquier mujer pueda entrar en la tienda sin que nadie deduzca lo que en realidad busca en ella.

—¿Recibiremos un trato especial si le digo que vamos de tu parte?

—Sin duda. Yo mismo puedo concertar vuestra visita. ¿Cuándo tenéis intención de ir?

—Lo antes posible. El lunes por la mañana sería perfecto.

—Contad con ello. Os enviaré una nota para comunicaros la hora a la que debéis presentaros con esa joven.

—Gracias, Juanito. —Se levantó y él hizo lo propio—. Algún día te devolveré el favor.

—No me debéis nada, doña Catalina. Pero no rechazaré vuestros vinos —le recordó con una tímida sonrisa.

—Los recibirás el mes próximo. Haré que te los envíen en cuanto regrese a Azofra.

Juan la acompañó hasta la salida de la taberna y, ya en la calle, a punto de despedirse, la dama exclamó:

—¡Ah, se me olvidaba! Ya no necesitamos al falsificador de documentos. Un amigo de Marcos se ha ofrecido a casarse con Elisa. Es demasiado joven para ella, comediante y un mujeriego. No nos gusta a ninguna de las dos, pero el tiempo apremia y los gemelos se impacientan. No hemos podido negarnos a su propuesta. Gracias otra vez, Juanito. Espero tu nota.

Y Catalina de Velasco se marchó dejándolo clavado frente a la puerta de la taberna.

¿Un amigo de Marcos? ¿Comediante y mujeriego? A Juan tampoco le gustó. No le gustó ni pizca.

* * *

Esa misma tarde, mientras el corral de Villanueva se iba llenando de público para ver la comedia de la semana, en el despacho de la joyería Estrada tenía lugar una reunión. Catalina había convocado a las dos mujeres que, junto con ella, tramaban el futuro de Elisa y, a fin de asegurarse privacidad total, Luisa había propuesto encontrarse allí. La tienda y el taller cerraban el sábado a mediodía y no volvían a abrir hasta el lunes, nadie las molestaría ni escucharía a escondidas tras la puerta como algunas sirvientas solían hacer en las casas.

La expresión de Ana robles demudó al oír dónde había estado la dama Velasco esa mañana y con qué objetivo.

Luisa se quedó estupefacta y Catalina comentó con acierto:

—Os recuerdo que ninguna de nosotras se casó virgen.

—Yo era viuda —justificó la joyera.

—Ah, sí. Tú eras la más decente de las tres, sin duda. Pero tú, Ana, no puedes reprocharle nada a tu hija.

—Solo me había acostado con Diego —se defendió la costurera.

Catalina la increpó.

—Pero sé de buena tinta que no te faltaron ganas de hacerlo con otros, así que no te tomes tan a pecho que Elisa ya no sea casta y pura. Y sobre todo, ni una palabra a ella. Yo no os he dicho nada, ¿de acuerdo? O mi plan no va a funcionar.

Luisa se debatió entre el pánico y la curiosidad.

—¿Qué has urdido esta vez, Catalina? Espero que no tenga nada que ver con esa tal Remedios. Sería peligroso para la salud de Elisa.

—No si Juanito muerde el anzuelo que le he lanzado —sonrió, ladina—. Y apuesto mis viñedos a que lo hará.

—Jesús… —La joyera se santiguó—. Rezaré para que no los pierdas.

—Además de rezar, tendrás que colaborar. Y tú también, Ana.

—Con tal de que mi hija sea feliz, haré lo que sea. Pero si Diego se entera de que ha ido a una remiendavirgos… —Rebufó. Su expresión atribulada hablaba por sí sola.

—Será inevitable, lo siento —se disculpó Catalina—. Pero no se enfurecerá tanto si cree que el responsable de que Elisa ya no sea virgen es un hombre al que aprecia y al que conoce desde niño.

—Esto va a ser una encerrona para el tal Juanito —indicó Luisa, severa—. Casi peor que la que me hiciste a mí. No sé si quiero colaborar.

—La duda te delata, querida amiga. Estás deseando participar porque mi ardid para uniros a Álvaro y a ti funcionó. ¿O acaso tienes alguna queja?

—Ninguna, la verdad sea dicha. Pero preferiría asegurarme de que mi sobrina se siente atraída por ese pícaro, aunque solo sea un poco.

—Dime, Luisa, ¿qué pensaste de aquel galán de comedias llamado Álvaro Villanueva el día que lo conociste? ¿Te gustó? ¿Aunque solo fuera un poco? —repitió la dama con sorna.

La joyera tuvo que claudicar. Había tardado semanas en admitir que aquel actor engreído, petulante y proclive a flirtear le gustaba, y no solo por su gallardía. Ir descubriendo al hombre que se escondía bajo toda aquella arrogancia había ido llenado de amor su entristecido corazón. El de su sobrina no albergaba tristeza alguna, pero tal vez corriera la misma suerte.

—Oh, de acuerdo, participaré. Aunque preferiría que lo consultáramos antes con Elisa. Ana, ¿tú qué opinas?

—Mi hija está muy confundida últimamente y nuestros maridos la han puesto entre la espada y la pared. Creo que ha aceptado al amigo de Marcos por la adoración que le profesa a Álvaro y por contentar a su padre, nada más. ¡Oh! Y hay un detalle significativo que… —soltó una risita, las pupilas le chispeaban.

—¿Qué detalle? —quiso saber Luisa.

—Habla, Ana, por el amor de Dios —la increpó Catalina..

—Ayer le pregunté a Elisa si se había fijado en los pies de Jaime y me dijo que no. En cambio, en los de Juanito...

Las tres rieron con ganas y finalmente, la joyera suspiró y aceptó sin reservas.

—Muy bien, me habéis convencido.

—Gracias a Dios —resopló la dama—, porque eres la más juiciosa de nosotras y Elisa no discutirá tu decisión si el asunto se complica. Además, eres una pieza fundamental del plan. Dejad que os lo cuente, por si se me ha escapado algún detalle.

Y así, las tres mujeres acordaron que el futuro de Elisa prometía más si lo encarrilaban ellas en lugar de los gemelos Villanueva y el joven Marcos. Por mucho que amaran a aquellos tres hombres y confiaran en su valía, había ciertos asuntos que preferían no dejar en sus manos.

CAPÍTULO 11

Elisa había oído hablar de las remiendavirgos, pero jamás había imaginado que ella utilizaría los servicios de una de aquellas mujeres, pues estaba convencida de que el hombre que la llevara hasta el altar la habría llevado primero a la cama.

Creía firmemente que, algún día, uno de esos enamoramientos suyos que la tentaban a probar los placeres de la carne, los que la Iglesia y la sociedad dictaban exclusivos del lecho conyugal, no se desvanecería tras la experiencia y por lo tanto, su futuro esposo no esperaría desposar a una virgen.

Tampoco había imaginado nunca que le ofrecieran actuar en un teatro como el Coliseo mientras fuese soltera ni que su padre, siempre tan honesto, la animara a burlar la ley para conseguir algo. En verdad, la vida deparaba muchas sorpresas.

Lo que no sorprendía a Elisa en absoluto era su propia actitud. Solía debatir consigo misma durante horas y horas para tomar una decisión, y eso era lo que llevaba haciendo desde que Catalina le comunicó, la noche del sábado, el modo en que iban a solventar su problema respecto a la anulación del matrimonio con Jaime. Cuando el sol del lunes ya alcanzaba el mediodía, aún tenía dudas acerca de la drástica solución propuesta por la dama. Y lo peor era que solo le quedaban tres calles para decidir. En cuanto entrara en la tienda de Remedios ya no habría vuelta atrás.

—No tienes nada que temer —repitió Catalina, a la que hizo partícipe de su miedo—. Juanito me ha asegurado que es la mejor remendadora.

Juanito.

Juan.

¡Maldito fuera aquel pícaro que la había besado como nadie!

Y que interfería en su debate interno entre seguir adelante o echarlo todo por la borda, pues ocupaba su mente y no le permitía pensar con coherencia. Aquella boca arrolladora, la lengua incursora y ardiente, esas manos fuertes, expertas y subyugadoras que la acariciaban con delicadeza… Aquel cuerpo delgado pero vigoroso, capaz de cargar con pesados sacos o de acoger con sumo cuidado a un niño esquelético y asustado… Todo en él parecía contradictorio, y le resultaba desconcertante: la masculinidad mezclada con la ternura y con aquel punto infantil que asomaba en su carácter de vez en cuando, la deshonestidad conviviendo con la honra y la bondad…

¿Cómo había acabado metido en el hampa?, se preguntaba a menudo. ¿Y qué aventuras había vivido en Italia? ¿Cómo había ganado esa cantidad de dinero con la que regresó de Génova? A Elisa, que solo había salido de Madrid para ir a la casa de Catalina en Azofra y viajaba mentalmente a otros lugares gracias a los personajes que representaba en las comedias, la atraía conocer una experiencia real como la de Juan. Pero una parte de sí le temía y prefería no acercarse a él, no saber nada de aquel pícaro que había jugado con ella por unas insignificantes tartas de cumpleaños.

¿Y qué diantre había hecho con el cordón de su capa? ¿Lo había vendido, tal y como había insinuado el Robacapas?

De súbito recordó que aún tenía la llave que se llevó aquella tarde. Al llegar a su casa la había escondido en un cajón de su cuarto y la había olvidado por completo. ¡Cielos! Tendría que devolvérsela en algún momento, pero ¿cuándo? ¿Y cómo, si quería permanecer lejos de él?

Tan lejos como le gustaría estar del local al que se dirigía, pues seguía sin decidirse a pasar aquel mal trago para alcanzar el sueño puntual de actuar en el Coliseo. Estaban ya a una sola calle, así que se esforzó en bloquear a Juan y visualizó al amigo de su hermano.

Casarse con Jaime era un mal menor. La familia se había reunido con él la mañana del domingo y el chico se había puesto en evidencia. Tal como Elisa suponía, esperaba que el favor que estaba dispuesto a hacerle fuese recompensado con un contrato en la compañía de Álvaro Villanueva. No podía censurarle, ya que ella iba

a pasar por el altar para obtener también un contrato teatral. Y solamente para una comedia, lo que era aún más grave. Todos los presentes habían quedado encantados con el galancete. La alegría de los gemelos y de Marcos era lógica, pero no tanto la de su madre y la de la tía Luisa, que hasta ese momento no habían mostrado entusiasmo por el plan de sus maridos respectivos. ¿Por qué aplaudían entonces la elección de Jaime?

Tanta alegría había extrañado a Elisa, pero también la había animado a convencerse de que aceptar al amigo de Marcos como esposo temporal podía ser un acierto. Retomaban al plan inicial de los gemelos, el que ella había modificado a su conveniencia y que no avanzaba como había imaginado. Eso corroboraba su creencia de que tomar decisiones precipitadas conllevaba problemas. Daba mejores resultados invertir unos días en reflexionar que dejarse llevar por un impulso.

Sin embargo, cuando por fin se le presentaba la oportunidad de decidir con calma, se perdía en el cúmulo de emociones vividas los últimos días, la mayoría provocadas por aquel pícaro que invadía sus pensamientos. Si pudiera quitárselo de la cabeza, seguro que sabría qué decisión tomar respecto a la…

«MAESTRA DE HACER AFEITES»

El cartel de madera con letras pintadas en negro apareció de súbito ante sus ojos. Habían llegado.

Entrar o no entrar, esa era la cuestión, se planteó Elisa en un símil del dilema de Hamlet en su soliloquio de la obra de Shakespeare. Aunque, en su caso, no era una cuestión de vida o muerte, claro está, solo de hacer realidad un sueño o no.

«Algunos sueños son tan difíciles de cumplir que es mejor abandonarlos.»

Las palabras de Juan reverberaron en su mente cuando se detuvo frente a la puerta entornada de la tienda. En sus oídos, atronaron las de Catalina:

—Venga, ¿a qué esperas? No irás a acobardarte ahora, ¿no?

Dos muchachas salían del establecimiento cuchicheando entre risitas. Se hizo a un lado para dejarlas pasar y la dama sujetó la

puerta a fin de mantenerla abierta. Desde el exterior, Elisa pudo ver que aquel local no era un espacio lúgubre, pequeño y sucio, como había imaginado, y que estaba muy concurrido. Inspiró hondo para armarse de valor, se ajustó la capucha con el fin de ocultar parcialmente su rostro y evitar ser reconocida y entró.

Montones de tarros de cerámica y frascos de cristal de distintos tamaños llenaban los estantes que había tras un largo mostrador de madera. Sorprendida ante tal exposición, paseó la mirada por aquellos anaqueles que cubrían la pared hasta un palmo del techo y trató de leer las etiquetas de algunos recipientes, pero la letra era muy pequeña y solo descifró unos pocos: polvos de arroz, coloretes de varios tonos, khol negro y tinturas para el cabello. También distinguió jabones y una serie de botellas que contenían aguas perfumadas. Dos mujeres de mediana edad atendían a las clientas que aparentemente compraban cosméticos y otros afeites, pero Elisa captó un retazo de conversación en el que una vendedora aseguraba a una joven elegante que las hierbas que introducía en un saquito volverían fértil su vientre.

—Teníamos hora concertada —mencionó Catalina—. Voy a preguntar.

Elisa asintió en silencio mientras se fijaba en una puerta situada al fondo de la tienda y que se abría en ese momento. De allí salió una muchacha que no debía de tener más de quince años. Bajo el velo corto que pendía del sombrero se adivinaban unos ojos llorosos y una expresión de sufrimiento. Caminaba muy despacio y la acompañaba una mujer —¿su madre, tal vez?— cuya preocupación saltaba a la vista. A Elisa le entró el pánico. El remiendo debía de ser más doloroso de lo que creía.

A punto estuvo de dar media vuelta y regresar a casa, pero Catalina ya había enlazado su brazo y la conducía hacia aquella puerta.

Se adentraron en un pequeño cuarto algo más oscuro que la tienda por carecer de ventanas, aunque bien iluminado con lámparas de aceite. El rostro que la observaba desde el centro de la estancia estaba tan arrugado como afable era su expresión, y el miedo de Elisa remitió un poco. Incluso pudo sonreírle a aquella mujer que,

sin duda, era la remiendavirgos. Debía de rondar los sesenta años, pero se la veía llena de vitalidad. Su mirada sabia infundía ánimo y despertaba confianza. También su voz, un tanto raposa, destilaba calma y afabilidad.

—Siempre es un placer ayudar a las amigas de Juan —expresó tras presentarse.

¿A cuántas mujeres le había llevado el pícaro?, se preguntó, conteniendo una punzada de celos. Al instante se percató de que «las amigas de Juan» no tenían por qué ser también sus amantes. Además, ¿a qué venían esos celos?

A nada. Eran nervios, solo eso.

Catalina le daba conversación a Remedios.

—La verdad es que nos va a sacar de un apuro y le estamos muy agradecidas. Nos dijo que era usted la mejor y, después de ver su tienda, no me cabe la menor duda. No le falta clientela.

—Tengo más aquí dentro que ahí fuera —señaló la anciana mientras cubría una mesa con una manta y una sábana que había sido blanca en otro tiempo—. Este es uno de los negocios más rentables hoy en día. A diario pasan por aquí tres o cuatro jovencitas, y son pocas las que vienen para que les quite el hijo que ya han concebido sin querer o por ignorar cómo se conciben. La mayoría quieren recuperar la virginidad, igual que tú. —La miró a ella—. Aunque no eres tan joven como la mayoría de mis clientas.

Elisa se limitó a sonreír y la dama pidió a la señora Remedios que, antes de comenzar, las informara de todo el proceso.

—Es fácil. Se trata de zurcir lo que se ha roto y ya está. En caso de que haya desaparecido por completo, coseré una telilla fina que simula el himen y que yo misma confecciono con hojas muy finas. Ah, y primero te pondré una vejiga de pescado rellena de sangre para que reviente con el coito.

—Un detalle importante —comentó Catalina, y se dirigió a Elisa—. Si no manchas las sábanas, tu marido podría sospechar.

Ella tragó saliva en un intento de dominar las náuseas y se sobresaltó al oír la pregunta de Remedios:

—¿Empezamos? Juan me dijo que era urgente. ¿Cuándo es la boda?

—El… el sábado —balbuceó ella.

—¿Este sábado? Uf… Demasiado pronto. Te habrás recuperado del remiendo en tres o cuatro de días, si todo va bien, pero te aconsejo que esperes un par de semanas a acostarte con tu esposo o se te abrirán los puntos y sangrarás más de lo conveniente.

Catalina intervino asegurándole que no habría problemas en ese aspecto y Elisa, aún con el estómago revuelto, lo confirmó con un movimiento de cabeza. El matrimonio con Jaime no llegaría a consumarse, así que dispondría del tiempo suficiente para que aquella locura sanase del todo. Cuando solicitaran la anulación y una partera la examinara para constatar que aún conservaba el virgo, no podrían negársela. Mientras tanto, procuraría no pensar en la vejiga de pescado que llevaría dentro de su cuerpo.

Dios… Otra náusea le oprimió la garganta y Elisa se obligó a respirar profundamente una vez más para mitigarla.

—Juan no me dijo tu nombre, muchacha. Supongo que prefieres que no lo sepa y lo comprendo, así que dime uno cualquiera —pidió Remedios—. Me bastará para dirigirme a ti.

—Ah, pues… —¿Qué más daba que lo supiera? La señora no iba a difundirlo por ahí—. Elisa.

—Bien, Elisa, quítate la ropa y quédate solo con la camisa más fina que lleves. Luego, puedes tomar un buen trago de vino, si quieres —le ofreció, y señaló un vaso lleno hasta el borde—. Te relajará. Pareces nerviosa.

¿Nerviosa? Estaba aterrada.

Comenzó a desvestirse. Las manos le temblaban al deshacer el nudo del corpiño. No quería mirar hacia la mesa en la que iba a tener que tumbarse para someterse a aquel remiendo, pero la pregunta de Catalina…

—¿Para qué son esas correas?

… la impulsó a hacerlo. A cada lado de la superficie de madera había unos ganchos con unas tiras cortas de cuero en cuyo extremo destacaba una especie de hebilla de metal.

—Para mantenerle sujetos los brazos mientras coso. Es un trabajo de precisión y no conviene que la chica se mueva. Aunque le pondré

un ungüento que le adormecerá la zona, algo notará, es inevitable. Elisa, supongo que recuerdas tu primera vez.

—Sí —respondió, aunque en ese momento no recordaba nada. Solo sentía pavor.

—Es importante, porque el éxito de mi trabajo depende, en parte, de ello. En tu noche de bodas deberás fingir dolor en el momento preciso. Es lo que tu marido esperará, aunque nunca haya desvirgado a una mujer, y podría recelar. Hay hombres muy desconfiados y tú ya no eres una adolescente.

Elisa apenas escuchó el consejo. Se había desprendido ya de toda la ropa, excepto de la camisa interior sin mangas que la cubría hasta las caderas, justo por debajo del pubis. Insegura, informó:

—E-estoy lista. Y tomaré ese vino antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer.

Remedios le dio la copa y ella se preguntó, por última vez, si merecía la pena pasar por aquel calvario.

* * *

Juan se había hecho a la idea de que ningún lunes volvería a ser tranquilo. Mientras descargaba los suministros que acababan de llegar a la taberna no podía quitarse de la cabeza la conversación del sábado con Catalina de Velasco. La había rememorado una y otra vez desde primera hora de la mañana, tratando de convencerse de que esa hija de una amiga que necesitaba una remiendavirgos no era Elisa. Sin embargo, tenía el presentimiento de que la dama lo había toreado hábilmente.

Cuando terminó la tarea y el carro se hubo marchado, se maldijo por preocuparse tanto por una mujer que no quería nada de él, pero sus pies —grandes, sí, lo había constatado comparándolos con otros, aunque no iba a acomplejarse por ello— lo llevaron a toda velocidad hasta la calle de la Lechuga. No se calmaría hasta que viera con sus propios ojos que no era Elisa la joven que precisaba de Remedios. Del remiendo de Remedios. Del remedio de un remiendo. Del remien… remend… remed… ¡Agh! Mierda. Hasta la lengua mental se le trababa.

Entró en la tienda de afeites quince minutos después de la hora convenida para atender a doña Catalina y a la joven desvirgada. Temió llegar demasiado tarde. La anciana era rápida y no se entretenía charlando con las pacientes.

Cruzó el local como una exhalación y correspondió al saludo amistoso de las tenderas con un gesto de la mano. Impaciente por salir de dudas, aporreó la puerta que daba acceso al cuarto donde tantas mujeres recuperaban la doncellez.

—¡Remedios! ¡Soy Juan! ¡Remedios!

Se contuvo de volver a vociferar cuando se hizo el silencio a su alrededor y se percató de que todas las clientas y las dos empleadas lo miraban como si se hubiera vuelto loco. Tal vez lo estuviera, pensó, y moderó el volumen de su voz.

—Remedios, sal un momento, por favor, necesito hablar contigo.

Tras unos angustiosos segundos, la puerta se abrió lo justo para que la anciana asomara la cabeza.

—¿Qué ocurre, muchacho? ¿A qué viene ese escándalo?

—¿Cómo es la joven que ha venido con doña Catalina? ¿Se llama Elisa? ¿Has empezado con…?

—Estaba a punto. Y Elisa es el nombre que me ha dado, sí. ¿Por qué?

—Mierda —masculló Juan, enojado hasta la médula. Era ella. La angustia remitió al saber que, por lo menos, había llegado a tiempo —. Sácala de ahí, dile que no puedes hacerlo.

Remedios entrecerró los ojos y le preguntó, suspicaz:

—¿Eres tú el culpable de que la chica necesite un remiendo?

—¡No!

—Entonces, no tengo motivos para no hacer el trabajo por el que me van a pagar —manifestó, y se dispuso a cerrar la puerta.

—¡Espera! —la detuvo Juan, plantando una mano en la hoja de madera—. Déjame entrar, tengo que hablar con ella.

—No está visible.

La voz de Elisa sonó a la vez que la de la anciana.

—¡Vete, Juan!

—Ya la has oído, muchacho. Vete.

—Me importa un comino lo que…

—Juanito —interrumpió la dama Velasco, cuya altura considerable le permitió asomar la cabeza por encima de la de Remedios—. ¿Se puede saber qué te pasa? Tú me recomendaste a esta mujer.

—Me engañasteis, Catalina —la acusó, olvidando el «doña». Su enfado era tal que no había lugar para formalidades—. Me ocultasteis que se trataba de Elisa, incluso cuando os lo pregunté.

—Porque respeto la privacidad de las personas. Y tú también deberías, pero si tan empeñado estás en hablar con ella… Remedios, déjele entrar.

Volvió a sonar la voz de Elisa…

—¡No!

Pero la anciana tenía una máxima:

—Quien paga, manda. Espera un momento, Juan.

Él no esperó ni una fracción de segundo. Entró en el cuarto detrás de la remiendavirgos, que se apresuró a cubrir las piernas desnudas de la actriz. Pero Juan pudo verlas a la perfección y se quedó clavado a tres pasos de la mesa en la que ella estaba tumbada, con los brazos inmovilizados por unas correas de piel ceñidas a las muñecas.

Tragó saliva ante la visión del cuerpo de Elisa ataviado solo con una fina camisola blanca sin mangas y muy escotada. La tela se amoldaba a las curvas femeninas y, aunque era opaca, en la imaginación de Juan se tornó traslúcida y sugerente. Sus pupilas se detuvieron en los pechos generosos antes de alcanzar el rostro de ella. Parecía relajada, seguramente por ese vino especial que Remedios daba siempre a sus pacientes, dedujo. Incluso tenía los ojos cerrados. Sin embargo, cuando habló, su tono contenía visos de la ira que luchaba contra aquella calma inducida.

—Catalina, échalo de aquí. Ya.

—Creo que deberías tener una charla con él.

—No tenemos nada que decirnos —aseveró ella.

—Yo sí, Elisa —discrepó Juan, ansioso por llevársela de allí.

La actriz alzó los párpados y lo miró, esforzándose por mostrar una furia que el alcohol ingerido le dificultaba invocar.

—Es mi vida, yo decido qué hacer con ella.

—Pues yo tengo la impresión de que son tus padres los que han decidido por ti —opinó Juan, tenso y con los puños apretados. Reprimía las ganas de arrancar aquellas correas, alzar a Elisa en volandas y sacarla de ese cuarto—. Y también Álvaro. Y doña Catalina, por supuesto —agregó, lanzándole a la dama una mirada asesina.

La joven volvió a cerrar los ojos y, esta vez, apeló a la anciana.

—Eche a este hombre de aquí, señora Remedios, y empiece con lo mío.

La remiendavirgos, fiel a su máxima, ignoró aquella orden que no provenía de la mujer que iba a pagarle por su trabajo. Además, seguía sospechando que algo ocurría entre su paciente y el cherinol del barrio, así que le dio una oportunidad.

—Juan, si tienes algo que ver con lo que ha traído a esta mujer a mi local y quieres arreglarlo de otro modo…

—¡No! —saltó Elisa, y corroboró la anterior negativa del pícaro—. Él no tiene nada que ver. Oh, por el amor de Dios —murmuró y suplicó—: Vete, Juan, por favor.

—No pienso moverme de aquí hasta que entres en razón —afirmó él, contundente.

Catalina de Velasco sonrió ladina y sorprendió a todos al decir:

—Remedios, creo que lo mejor será que los dejemos a solas para que discutan a sus anchas. Vámonos, ya nos avisarán cuando lo estimen oportuno.

Se encaminó hacia la puerta y la abrió, instando a la anciana a salir de su cuarto de trabajo. Esta suspiró con resignación y repitió:

—Quien paga, manda.

—¡Catalina, no…! —trató Elisa de impedir la desbandada, pero fue inútil.

Juan vio el cielo abierto cuando la dama Velasco cerró la puerta tras de sí. Se precipitó hacia la mesa y, a fin de tener acceso a las correas que sujetaban las muñecas de Elisa, asió un extremo de la sábana que la cubría desde la cintura.

Ella se incorporó al instante.

—Ni se te ocurra apartarla.

—Solo iba a desatarte —arguyo él, dejando la mano quieta, el dorso en contacto con la fina tela de la camisola. La calidez que irradiaba el cuerpo femenino atemperó su enojo—. Para sacarte de este sitio.

—Ah. —Silencio. Un parpadeo soñoliento. Elisa se tumbó de nuevo, despacio, y cerró los ojos—. No quiero irme. Vete tú y déjame en paz.

—Lo siento, pero no voy a permitirte que pases por esto.

Él apartó la sábana lo justo para descubrir una mano y soltó la correa mientras ella decía con resignación:

—Es necesario, Juan. Me caso el sábado.

—Pues el viernes, como máximo, tendrás un contrato falso —le aseguró, y rodeó la mesa para desatar la otra sujeción—. Puedes ahorrarte la boda con ese amigo de tu hermano.

—No, no puedo. ¿Cómo voy a explicárselo a mis padres?

—De la misma manera que pensabais hacerlo doña Catalina y tú cuando vinisteis a pedirme que buscara un falsificador —respondió, al tiempo que liberaba la otra muñeca—. La dama Velasco ya debía de tener previsto ese detalle, ¿no crees?

—Ah. Supongo que sí, no llegué a preguntárselo. —Inspiró hondo y soltó el aire con lentitud—. ¿Y si no sale bien?

La profunda respiración elevó los senos femeninos y atrajo la mirada de Juan hacia aquellos montículos coronados. Las cumbres se intuían bajo la tela, firmes, diminutas, extremadamente tentadoras. Se obligó a apartar la vista de esos picos que ansiaba saborear y fijó las pupilas en el rostro de la mujer, que seguía con los ojos cerrados. Tuvo que aclararse la garganta para poder hablar.

—Saldrá bien. Confía en mí.

Los labios que había besado el jueves anterior se curvaron en un esbozo de sonrisa.

—Sería una tonta si lo hiciera. Después de los vagos que me ha presentado Celestino…

—Elisa, escucha —le pidió sin contener el anhelo de sentir la suavidad de aquella tez en sus dedos. Con la yema del índice trazó el contorno de las cejas…—. Sé que fui un estúpido al querer

fastidiarte un poco —descendió por la sien, continuó por la sonrosada mejilla…—, pero esta vez —y dibujó la curva del labio inferior—, prometo ayudarte a cumplir tu sueño.

Ella abrió los ojos y él retiró el índice al instante, como si así pudiera ocultar que la había acariciado. ¡Qué absurdo! Eso no hacía más que corroborar que era un estúpido. Por unos segundos, dejó de respirar y sostuvo la mirada de aquellos ojos del color del chocolate que lo observaban, soñolientos, con una cierta calidez y una extraña mezcla de súplica y diversión. Juan procuró que los suyos no revelaran el deseo que lo embargaba ni aquel loco sentimiento que esa mujer había despertado en él.

El silencio se le hizo insoportable. Tanto como el exiguo espacio que quedó entre ellos, pues le recordaba que nunca volvería a tener a Elisa tan cerca. Y esta vez, iba en serio. En cuanto la sacara de allí, hablaría con Catalina para organizar el falso matrimonio y cerraría esa puerta para siempre. No quiso demorar más el momento. Retrocedió un paso y le ordenó:

—Levántate y vístete.

Ella no se movió, ni siquiera parpadeó.

—Por favor, Elisa.

Tras la súplica, la actriz se incorporó. Lo hizo con lentitud, como si el cuerpo le pesara más que cien costales de harina. La vio sujetar la sábana que la cubría y desplazar las piernas hasta que quedaron colgando por el borde de la mesa, al que se agarró con una mano mientras la otra seguía aferrada al lienzo amarillento. Con la cabeza gacha, Elisa resopló.

—Uf… qué mareo. Creo que he tomado demasiado vino. Y esto está muy alto.

—No hay ni un palmo de distancia entre el suelo y tus pies. Puedes bajar sin problema.

—Me caeré.

—Te sujetaré, si hace falta —dijo él, con cierta brusquedad y la esperanza de no tener que hacerlo. Si volvía a tocarla…

Ella alzó despacio la cabeza y parpadeó como si necesitara enfocar la vista.

—Estás muy lejos.

—Estoy a un paso de ti, por Dios. Baja de una vez.

—Está bien. No me grites.

—No te he gritado —replicó Juan, y observó el intento de Elisa, que parecía débil en lugar de ebria. ¿Cómo podía afectarle el vino de ese modo?

Los dedos de un estilizado pie rozaron el suelo, tantearon y ella le sonrió.

—Ah, sí. No está tan alto como creía.

Descendió de un salto, pero las rodillas se le doblaron más de lo que el leve impacto requería, y se tambaleó. Juan no dudó en frenar la augurada caída. Rodeó la cintura de Elisa y la atrajo hacia sí al mismo tiempo que ella soltaba la sábana y se agarraba a sus hombros. Sus cuerpos quedaron tan pegados que el pulso de él comenzó a acelerarse. La sangre corría frenética por sus venas y, de nuevo, retuvo el aire en los pulmones negándose a hacer un solo movimiento. Si lo hacía, sería incapaz de quedarse quieto, como le había sucedido unos días atrás. Los labios que tenía a un suspiro de su boca seguían ligeramente curvados y se preguntó por qué diablos Elisa le sonreía. Tenía que ser por el alcohol ingerido, concluyó. Carraspeó para recuperar la voz que había perdido.

—Voy a soltarte. ¿Puedes sostenerte en pie?

—Ese vino que me ha dado Remedios debía de llevar algo más, porque me está entrando un sueño…

—No te duermas o tendré que vestirte yo —le advirtió un tanto severo y con la intención de que reaccionara.

—Pues bésame.

—¿Qué? —Esa no era la reacción que esperaba.

—Bésame para mantenerme despierta.

CAPÍTULO 12

Elisa se preguntó si Juan notaría que estaba exagerando. Cierto era que el vino le había embotado un poco el cerebro y relajado el cuerpo, pero no tanto como estaba haciéndole creer. La pequeña comedia que había iniciado pretendía esconder el deseo que había encendido en ella con el simple roce de sus dedos al soltar las correas y luego, con la delicada caricia en su rostro. Fingir un terrible mareo también le concedería tiempo para apagar ese deseo, pero ver tan cerca al hombre que lo había provocado y tan dispuesto a ayudarla era como echar más leña al fuego.

Que las piernas le fallaran al bajar de la mesa no formaba parte de la comedia ni se lo esperaba y, una vez en sus brazos, había perdido toda voluntad. De su boca habían salido unas palabras que su mente no había dictado.

¿Que la besara para mantenerla despierta?

Por lo visto, a su anhelo más primitivo le valía cualquier excusa.

Y al que irradiaban las pupilas del pícaro también, pues sus labios se posaron en los de ella sin más preguntas.

El primer contacto fue tan suave y contenido, casi temeroso por parte de él, que conmovió a Elisa. El segundo, algo más atrevido, húmedo y excitante, la derritió por completo. Con la punta de la lengua, Juan trazaba el contorno sus labios entreabiertos, despacio y con reverencia, y ella los separó más para invitarlo a entrar. No pudo retener un gemido de placer cuando él aceptó la invitación y sus bocas se unieron en el beso que ansiaba. Cerró los ojos y jugueteó con la lengua masculina, incitándola a invadir con más bravura. La pasión de Juan se desató.

Las fuertes manos le recorrían la espalda, los costados, regresaban al punto de partida y volvían a acariciar con frenesí. Ella

le rodeó el cuello con los brazos, pegándose más a él, y notó en el vientre la dureza de la virilidad. Se puso de puntillas para sentirla más abajo, en el lugar que ya comenzaba a palpitar. Necesitaba calmar aquel latido que aumentaba de intensidad y bamboleó las caderas al tiempo que presionaba contra aquella dureza.

Oyó una especie de gruñido y su nombre en un susurro desesperado. La boca que besaba se desplazó hacia su cuello, dejando una impronta en el camino que inició en el mentón, continuó por la línea de la mandíbula y se detuvo un punto extremadamente sensible. Allí se demoró, lamiendo y mordisqueando, enardeciéndola todavía más, mientras una de aquellas manos que no habían dejado de acariciarla se atrevía a descender más allá de la cintura y alcanzaba la orilla de la camisola. Los dedos masculinos se colaron por debajo de la tela y se hundieron en la carne blanda de una de sus nalgas. La parte más íntima de Elisa, ya humedecida, quiso sentir aquellos dedos en su interior.

—Oh, sí. Esto es…

No llegó a pronunciar «maravilloso». Esas tres palabras habían detenido a Juan —¡maldición!—, que se apartó de ella tras un instante de parálisis y buscó su mirada. En la de él brillaba el deseo, pero también un cierto temor cuando le advirtió:

—Espero que ya estés lo bastante despierta, porque si continúo… no… no sé…

El pícaro boqueó como si no se atreviera a decir lo evidente y a Elisa, al verlo tan azorado, le entraron ganas de reír.

Y de arrearle un puñetazo. ¿Iba a dejarla así? ¿Después de haber prendido una hoguera pretendía que se apagara por sí sola? A la ligera embriaguez del vino se había sumado la que él le causaba con sus manos y su boca, y Elisa quiso alargar aquel momento en que todas sus preocupaciones se desvanecían. Matrimonio, Coliseo, remiendo…, nada existía mientras su cuerpo vibraba y sus sentidos se imponían a cualquier pensamiento, excepto uno: amar y ser amada. Y aunque el amor no participara de aquella pasión compartida con Juan, no le importó. Quería más.

No halló otro modo de obtener lo que deseaba que recurrir de nuevo a sus dotes interpretativas y retomar aquella comedia un tanto absurda. Parpadeó despacio, compuso una expresión soñolienta que no debía de diferir mucho de aquella que el placer confería a su rostro y volvió a enlazar los brazos en el cuello de Juan.

—Aún tengo sueño. ¿Podrías hacer algo más que besarme?

—No sabes lo que me estás pidiendo —musitó él, posando las manos en la cintura de ella para mantenerla a la ínfima distancia que había entre sus cuerpos—. Ese vino te ha nublado la mente.

—Es posible, porque —fingió un suspiro de sopor— no me apetece vestirme, solo… —le acarició la nuca con suavidad y le sonrió— …desnudarme.

Juan cerró los ojos y murmuró:

—Santo Cielo.

Ella sintió en el talle el temblor de los dedos que se contenían de moverse, pero fue solo un instante. Él alzó los párpados de repente y la observó, suspicaz.

—¿Me estás castigando?

La pregunta sorprendió a Elisa, que olvidó su papel.

—No me ha dado la impresión de que besarme sea un castigo para ti.

—Lo es cuando sé que no podré llegar mucho más lejos. Y tú también lo sabes. —Comenzaba a enfadarse—. Ahora mismo no parece que tengas tanto sueño. ¿Pretendes provocarme hasta el límite para despreciarme después y reírte de mí?

—¡No! Yo… —La doble embriaguez le dificultaba pensar. ¿Cómo podía justificar su comportamiento, si no era confesando su acuciante deseo por él? Y eso no iba a hacerlo ni bajo tortura—. ¿Reírme de ti? ¿Por qué?

—Una pequeña venganza —respondió el pícaro, tras zafarse del abrazo de ella y retroceder un paso—. Como la mía. Quieres castigarme porque le pedí a Celestino que te buscara pretendientes inaceptables.

La errónea acusación fue como un jarro de agua fría para Elisa. Apagó su ardor al momento y la dejó anonadada. Su orgullo de

mujer se resintió y la euforia derivada del alcohol y de la pasión se esfumó, abriendo paso a la tristeza. Consternada, le dio la espalda y trató de hablar con serenidad.

—Voy a vestirme. Te agradecería que salieras y avisaras a Catalina de que estaré lista en unos minutos.

No oyó que él se moviera. No le importó. Se acercó a la silla en la que había dejado la ropa, recuperó una de las medias y, con el pie apoyado en el asiento y cierta torpeza, se la puso.

Iba a enfundarse la otra cuando la voz de Juan rompió el silencio. En tono seco, insistió:

—Es cierto, ¿no, Elisa?

—No.

Un nudo en la garganta le impedía decir más, así como la vergüenza de hacer el ridículo si confesaba la verdad.

—¿Entonces…?

—Ha sido el vino, ya te lo he dicho —reiteró con más entereza de la que sentía. Entereza que perdió al ver la costura interior de la media coronando los dedos del pie. Se la había puesto del revés—. Mierda —masculló quitándosela de un tirón.

La voz de Juan sonó al mismo tiempo que sus botas.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Vete al infierno —espetó mientras se peleaba con la puñetera media y las ganas de llorar.

—Elisa… —pronunció él, justo a su espalda.

Anímicamente agotada y con el llanto preso en la garganta le pidió, casi sin voz:

—Déjame en paz, por favor.

Notó las manos de Juan en los hombros. El contacto la paralizó y la media, ya del derecho, quedó colgando de sus dedos. El cálido aliento de la voz masculina volvió a acelerarle el corazón.

—Lo siento. He sido un estúpido, perdóname. Es que me cuesta creer que una mujer tan hermosa como tú… —le acarició los brazos lentamente. El aire tibio de un suspiro silencioso ardió en la piel de Elisa—. Dios… Ya sabes lo difícil que me resulta quedarme quieto cuando te tengo tan cerca. Y si ese vino hace que me desees… —Dejó un incitante beso en la curva de su cuello— … estaré

encantado de mantenerte despierta. —Otro más—. Si todavía quieres.

La rendición de Elisa fue total y absoluta. La disculpa restañó la herida que había infligido a su orgullo y los labios masculinos volvieron a prender aquel fuego interno que ella era incapaz de controlar. Recostó la espalda en el ancho pectoral y no hubo más palabras. La invitación no podía ser más clara.

* * *

Juan cerró su mente a todo pensamiento. Fuera por el motivo que fuese, la mujer de la que se había enamorado reclamaba sus caricias. Y bien sabía Dios que él se moría por regalarle miles, millones…

Infinitas. Todas las que ella le pidiera.

Rodeó la cintura de Elisa con un brazo y deslizó la mano libre por el de ella hasta la punta de los dedos, que entrelazó con los suyos en una suerte de unión que iba más allá del ansia de poseer. Le ofrecía apoyo, protección, ternura, un lugar al que acudir siempre que lo necesitara. Confianza. Ella ladeó la cabeza incitándolo a volver a besar su cuello y él lo saboreó a placer mientras se deleitaba con los gemidos sutiles que llegaban a sus oídos y reverberaban en su piel. Las caderas femeninas iniciaron un movimiento sinuoso y excitante que endureció aún más su enhiesta vara, aunque solo la parte alta del trasero de Elisa la rozaba. Alentado por el balanceo, Juan se aventuró a explorar más abajo de la cintura. Le acarició el vientre, que se contrajo al contacto de su palma, y lo presionó ligeramente para sentir más cerca aquellas nalgas provocadoras. La mano que entrelazaba apretó la suya al tiempo que la media que pendía de la otra caía lánguida al suelo.

Juan reclamó la boca que ya conocía. Necesitaba invadirla de nuevo, poseer al menos esa parte de la mujer que amaba, ya que ninguna otra clase de posesión era posible. La besó con fruición, se entregó por completo a aquel beso delirante que intensificó su ardor. También el de ella, pues guio la mano que aferraba hacia uno de sus pechos en una muda petición que él no dudó en satisfacer. Acunó la

turgente carne, moldeó y estimuló los pequeños picos que se erizaron de inmediato. Quiso sentirlos en su palma, sin la tela de por medio, y verlos frente a él, pero se resistió a internarse bajo el escote de la camisola y a cambiar de posición. Cualquiera de las dos cosas lo excitaría demasiado y sabía que había un límite en el goce que Elisa le estaba concediendo.

Cuando los besos cesaron, sus bocas continuaron rozándose. La de ella, entreabierta por los jadeos; la de él, sellada para dominar la tentación de probar el sabor de aquellos picos que, en ese momento, pellizcaba con suavidad a fin de endurecerlos aún más. Debía conformarse con el tacto y con la visión del rostro de Elisa, teñido del color de la pasión, los ojos cerrados, los labios humedecidos… Unos labios que se movieron contra los suyos para susurrar:

—Tócame.

—Ya lo hago —repuso Juan, extrañado por la petición, ahora verbal.

—Más. —Ella le cubrió la mano que reposaba en su vientre y la condujo hasta la unión de sus muslos—. Aquí.

¡Benditos fueran todos los santos y mártires de la Iglesia! Eso era un sueño, se dijo él. Y, ahogado por el anhelo, musitó:

—Lo que tú digas.

El primer contacto con la parte más íntima de la mujer lo aturdió. No podía creer que Elisa le estuviera permitiendo tanto. A él. A otros sí se lo había permitido, recordó con una punzada de celos que se apresuró a ensordecer para que no le impidiera el disfrute del momento. Tras unos segundos de inmovilidad, por si ella cambiaba de opinión, acarició despacio y con tiento por encima de la tela. Ella ronroneó, pero Juan todavía dudaba de tanta permisividad.

—Elisa, no sé si…

—Oh, sí… Sí… Sigue.

Y la mano femenina que lo había conducido hacia la lujuria se enredó en sus cabellos y lo instó a retomar los besos. La lengua de ella acicateó la suya y Juan devoró sin medida y con fervor enloquecido al tiempo que aumentaba el ritmo de las caricias. Su erección era ya dolorosa, pero no había remedio para eso. En

cambio, para la excitación creciente de Elisa, sí. Solo tenía que rebasar otro límite.

Agarró la fina tela de la camisa y la apartó de su camino. Deslizó el dedo corazón entre los labios secretos y recorrió la resbaladiza senda una y otra vez, desde el punto más sensible hasta la entrada a aquella cueva que no era virginal. La presionó a su paso, pero no se adentró en ella, pese a que la pelvis de Elisa empujaba su mano apremiándolo a que lo hiciera. Pero él no tenía prisa, quería sentir cómo el fuego se avivaba en ella, quería oírla jadear y que gozara de la íntima caricia el mayor tiempo posible. Además, la postura tampoco iba a permitirle profundizar demasiado, así que buscó la diminuta protuberancia que la haría gritar y la masajeó despacio, trazando pequeños círculos al tiempo que volvía a prestar atención a las enhiestas cumbres de los senos.

Temió estallar en los pantalones cuando el cuerpo de la mujer comenzó a tensarse, a punto de alcanzar el clímax. Frotó la perla secreta con más vigor, regresó a la entrada y se introdujo en el ardiente canal para salir al instante y volver a adentrarse en él. Una vez, dos, tres… Tuvo que sujetar a Elisa por la cintura, pues las piernas no la sostenían, y tocó de nuevo la perla inflamada.

Ella suplicó entre jadeos:

—No pares… Oh, Dios… No pares…

—No lo haré si me besas —concedió él al recordar de repente que tras la puerta de aquel cuarto había un montón de mujeres y, entre ellas, la dama Velasco—. Bésame o contente de gritar.

La expresión de espanto de Elisa, que parecía haber olvidado dónde estaba, fue momentánea. Unió su boca a la de él y Juan aceleró el ritmo de sus toques mientras bebía el aliento de la mujer que lo había enamorado. Hasta que ella se derritió en su mano bañándola con el fuego líquido de su pasión. El grito quedó atrapado en el interior de él y supo que lo llevaría siempre consigo, atesorado como un valioso regalo que jamás volvería a recibir.

* * *

Elisa se preguntaba muy en serio si el vino que la anciana le había hecho tomar contenía algo especial; tal vez alguna de aquellas sustancias supuestamente mágicas que vendía en su tienda, pues nunca unas manos le habían dado tanto placer. No quiso preguntarse cómo sería yacer con Juan.

Él aún la tenía sujeta y pegada a su cuerpo. Había vuelto a entrelazar sus dedos con los de ella y su aliento cálido le acariciaba la sien. Su respiración, lenta y queda, contrastaba con los sonoros jadeos de ella, que trataba de recuperar la calma y las fuerzas para sostenerse en pie sin el apoyo de aquellos fuertes pectorales en los que recostaba la espalda o la solidez del brazo que le ceñía la cintura.

La recuperación fue instantánea cuando oyó unos golpes en la puerta y la voz de la remiendavirgos.

—¡Tengo otra joven dentro de quince minutos!

—Ay, madre. —Se zafó de Juan y recogió la media del suelo—. ¡Puede entrar! —le indicó tras sentarse en la silla. Aún notaba debilidad en las piernas y no podría enfundarse la calza estando de pie y haciendo equilibrios sobre una sola. No se atrevió a mirar al pícaro ni siquiera cuando le dijo—: Y tú, puedes irte.

—Elisa, ¿estás bien?

«Mejor que nunca.»

La puerta se abrió y la entrada de Remedios y de Catalina le ahorró tener que responder a Juan.

—Ah, Elisa, veo que Juanito te ha convencido —observó la dama.

La anciana fue directa hacia la sábana caída junto a la mesa y, mientras la recogía del suelo y la doblaba, comentó:

—Eso espero, porque ya no hay tiempo para un remiendo. Tendrías que volver mañana si lo quisieras.

—He cambiado de opinión —afirmó ella. Las manos le temblaban otra vez. Le costaba subirse la media. Tenía la entrepierna húmeda y sus fosas nasales percibían el olor peculiar del fluido del orgasmo —. Juan se ha comprometido a…

—¿Contigo? —la atajó Catalina—. ¿Te ha pedido que te cases con él?

—¡No! —respondieron los dos al unísono.

—Me he comprometido a proporcionarle el contrato falso de matrimonio que me pedisteis. Ya os lo dije el sábado, cuando vinisteis a la taberna. Haré que alguien se lo lleve a Elisa en cuanto lo tenga. El viernes, a más tardar.

—Y yo hablaré con papá —agregó ella, batallando con las cintas del corpiño—. Le contaré la verdad.

—¿Toda la verdad? —se extrañó la dama.

—¡Claro que no! Solamente lo imprescindible.

—Como quieras —aceptó Catalina—. Y deja que te ayude con esas cintas o no acabarás ni mañana. —Olisqueó el aire. Luego, la camisola—. Hueles a…

Elisa quiso que la tierra se la tragara. La dama había alzado las cejas y su expresión contenía una pregunta obvia. Catalina miró a Juan, después a ella otra vez, que forzó una sonrisa y sugirió:

—¿A vino?

—Mmm… Yo diría que no.

El pícaro intervino con la mejor intención.

—A jazmín. Elisa siempre huele a jazmín.

—Tienes buen olfato, Juanito. Y también tienes que haberte acercado mucho a ella para distinguir esa fragancia, porque Elisa no es de las que abusa del agua perfumada —señaló la dama con cierta satisfacción—. Y lo cierto es que, en este momento, no huele a ninguna flor. O, al menos, a ninguna del reino vegetal —sonrió con sorna—. En fin, lo pasaré por alto, no debemos entretener más a Remedios. Ponte la falda y los zapatos —le ordenó a la joven, y se dirigió a la anciana—. Le abonaré lo acordado, aunque no hayamos necesitado sus servicios.

—Quien paga, manda, señora.

Elisa terminó de vestirse sin mirar a nadie. Por el rabillo del ojo veía a Juan, más tenso que un arco a punto de disparar una flecha y se tensó aún más cuando la remiendavirgos quiso darle el porcentaje que le correspondía por llevarle jóvenes deshonradas y desesperadas.

—No, Remedios, quédatelo tú. No puedo aceptar dinero por algo que no has hecho.

—He cobrado igualmente.

—Para mí, ha sido un favor personal.

Elisa enrojeció de ira y de vergüenza. ¡¿Un favor personal?!

¿Guiarla hasta el cielo también había sido un favor? Bueno, en parte sí, pues ella le había rogado que la mantuviera despierta. Y lo había conseguido, desde luego. ¿Cómo iba a volver a mirarle a los ojos después de haberse licuado en sus brazos? Con suerte, no habría ocasión ni motivo para coincidir de nuevo con él en algún otro lugar, se dijo.

Le oyó anunciar que se marchaba. Bien. Acto seguido, sus pasos alejándose de ella y la voz de Catalina:

—Gracias por todo, Juanito.

—Ha sido un placer —correspondió el pícaro.

Cortesía pura, dedujo Elisa, ya que él no había obtenido ninguno en ese cuarto.

El sonido de la puerta al abrirse y el de las botas de Juan distanciándose más le aportaron algo de calma, pero el pulso le seguía latiendo con rapidez. Se alisó la falda para fingir serenidad mientras escuchaba a la dama despedirse de Remedios y no alzó la vista hasta fue absolutamente necesario.

—¿Nos vamos, Elisa? Esta señora tiene trabajo.

—Sí, sí, enseguida. —Le alivió ver que él ya no estaba allí, y se acercó a la anciana—. Siento mucho haberle hecho perder el tiempo, señora.

—Bah, si eres amiga de Juan, todo se perdona. Oye —bajó la voz —, no sé qué lío os traéis vosotros dos, muchacha, pero arréglalo antes de casarte. Aunque vayas a hacerlo con un contrato falso.

Ella se obligó a sonreír a la vez que asentía con la cabeza. No había nada que arreglar con ese hombre que entorpecía sus planes constantemente.

Catalina le cedió el paso y Elisa salió de aquel cuarto con la sensación de que una parte de ella se quedaba allí, entre esas cuatro paredes que habían sido testigo de su pánico, de su posterior comedia, de su doble embriaguez y…

Y del inmenso placer que Juan le había proporcionado.

Todavía le temblaban las piernas cuando Remedios cerró la puerta.

La tienda estaba aún más concurrida que a su llegada, pero distinguió enseguida la ancha espalda del pícaro entre todas aquellas mujeres. Él se había detenido cerca del mostrador y parecía conversar con alguien. En el mismo instante en que pudo ver con quién, la dama Velasco, a su espalda, lo anunciaba con gran sorpresa.

—¡Luisa! ¡Ana!

¡Santo Cielo! ¿Qué hacían allí su madre y su tía?

***

Juan intentaba sacar de la tienda a la costurera mientras rogaba que doña Catalina y Elisa tardaran en salir de ese cuarto, pero no lo conseguía. En ese momento, la súbita estupefacción de Ana Robles y de la otra mujer, que se había presentado como la esposa de Álvaro, confirmaba lo que se temía. Angustiado, volvió la cabeza y quiso fundirse al ver la expresión de terror de la actriz desvirgada. No por él, pero la madre y la tía de Elisa ya estaban sacando sus propias conclusiones. Él trató de solventar la conflictiva situación con una pequeña mentira.

—Ana, no es lo que parece. Remedios también es alcahueta y tu hija necesitaba una, así que me he ofrecido a acompañarla hasta aquí, nada más.

—Juanito, te he visto salir por esa puerta. Luego, han salido Catalina y Elisa. Sé por mi cuñada lo que hace la tal Remedios en ese cuarto y no es alcahuetear.

—Mamá, Juan tiene razón —intervino Elisa con valentía y ocultando el pánico que la atenazaba—. Solo estábamos hablando. Le contábamos a la remiendavi… a la casamentera —se corrigió— mi problema. ¿Verdad, Catalina?

Él clavó en la dama una mirada suplicante a la vez que exigente, pues necesitaba su apoyo. Ambos lo necesitaban. Sin embargo, la sonrisa taimada que se vislumbraba en el rostro de Catalina, que los instó a todos a salir de la tienda, presagiaba que no lo obtendrían.

Dispuesto a proteger a Elisa, Juan la retuvo en el umbral de la puerta. Buscó su mano con disimulo, le dio un suave apretón para

intentar absorber el miedo que percibía en sus ojos y le susurró al oído:

—Tranquila, las convenceré.

—¿Cómo? Solo hay un modo, y es que yo confiese la verdad a mi madre.

—O que confiese yo la mía. No querrán tener un pícaro en la familia.

—¿Vas a delatarte? —se asombró ella.

—A menos que quieras casarte conmigo —tanteó Juan, sin soltar la mano que temblaba en la suya, y anheló escuchar un «sí» por respuesta.

—No.

El bajo volumen de voz no restó vehemencia a la negativa y Juan sintió cómo se le desgarraba el corazón, pero se impuso al dolor lacerante de la última esperanza rota y procuró no manifestar ninguna emoción cuando dijo:

—Entonces, deja que las convenza a mi manera.

Una vez en la calle, Juan se dispuso a revelar una parte de aquel embrollo, pero Ana Robles lo interrumpió en la primera sílaba.

—¿Qué cuchicheabais en la puerta? ¿Inventabais algún otro pretexto para explicar que estuvierais los dos en el cuarto de esa remendadora?

—No tenemos que inventar nada porque no ha ocurrido nada de lo que imaginas —le aseguró.

—Lo que imagino ya ocurrió en otro momento, Juanito, y por eso Catalina y tú habéis traído aquí a mi hija —afirmó con los brazos en jarras.

—No, mamá, Juan y yo nunca…

—Y lo que más me indigna —la cortó la madre— es que le hayas pedido ayuda a ella y no a mí, Elisa

—Es lo que acordamos, ¿no? Que Catalina se encargaría de encontrarme un marido adecuado.

—Y lo ha hecho, desde luego, pero no me refería a eso sino al motivo que os ha traído aquí. Además, no entiendo la necesidad que

teníais de venir a este sitio si vais a casaros. Por cierto, Juanito, me encantará que seas mi yerno.

—Mamá, estás equivocada —reiteró Elisa—. Él y yo no… no…

—Ana —acudió Juan en su ayuda poniendo fin a la disputa entre madre e hija. Era el momento de confesar—. Cuando sepas qué soy en realidad no te encantará que yo sea tu yerno.

—Ya sé a qué te dedicas. Catalina nos ha contado lo de tu negocio clandestino.

Pasmado, Juan miró a la dama, que arguyó:

—Me pareció lo más conveniente y no voy a disculparme por eso. Sé por experiencia que una mentira lleva a otra, a otra y a otra más, y así, hasta que la madeja se enreda de tal manera que acabas tropezando y cayendo estrepitosamente.

Elisa soltó una carcajada amarga.

—¿Y quién ha enredado la madeja en este caso, Catalina?

—Yo, en gran parte, por supuesto. A ver, Elisa, dijiste que confiabas en mí, ¿no?

—En mala hora abrí la boca.

—Y en buena te abriste de piernas.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó la joyera, escandalizada—. Por años que pasen, no me acostumbraré a esas ordinarieces que sueltas de vez en cuando, mi querida amiga.

El asombro general enmudeció a los demás. También a Juan, que todavía intentaba asimilar que Ana Robles lo aceptara tal como era, que pudiera estar encantada con tener un pícaro en la familia. Un delincuente. No había mostrado rechazo ni compasión. Tampoco la esposa de Álvaro, una joyera, una dama con clase y prestigio. ¿Qué les pasaba a esas mujeres? No lo comprendía. Y aquella aceptación se convertía en un problema. En otro momento le habría emocionado, conmovido, pero ahora lo confundía y desarmaba.

La dama Velasco aprovechó el breve silencio para informar:

—La boda será este sábado en la iglesia de San Ginés, a las once de la mañana. La oficiará el padre Nicolás, ya lo he concretado todo con él. Es el cura que casó a Álvaro y a Luisa.

—Ya debe de ser muy mayor —comentó la joyera ante el estupor de los jóvenes.

—Sí, y solo oficia la misa dominical, pero es un buen amigo de mi familia y se ha ofrecido amablemente a acelerar todo el papeleo y a asumir la responsabilidad de haber olvidado colgar las amonestaciones el día que exigen las normas eclesiásticas. La memoria falla con la edad —sonrió con falsa inocencia.

Juan percibió el temblor de Elisa, a su lado. Vio que le brillaban los ojos por las lágrimas que retenía y supo que debía impedir esa boda como fuera. Por mucho que él deseara a aquella mujer, aunque casarse con ella fuera un sueño a su alcance, prefería abandonarlo a ver tristeza en el rostro de Elisa. No soportaría vivir con la culpa de haberla obligado a dar un paso que no quería dar con él. Su corazón no resistiría ante la amargura que iría creciendo poco a poco dentro de ella, después de la dicha pasajera que aquella puñetera representación teatral le proporcionaría. Así pues, se preparó para otra confesión que habría preferido no hacer.

—Esto es un gran error. Elisa no será feliz conmigo, no le gusto en absoluto. Lo sé porque la besé y… —El triunvirato femenino sonreía —. Y ella me abofeteó.

—Vaya por Dios —lamentó la costurera.

—Bien hecho —aplaudió la joyera.

—Sentimientos intensos —comentó la dama—. Eso es muy interesante. Sobre todo, teniendo en cuenta ese olor tan característico que he percibido en Elisa hace unos minutos. Y no olía a jazmín —recalcó.

Juan buscó otro argumento para desmentir la velada acusación, aunque fuera cierta en gran medida, y no dudó en revelar el plan de la dama Velasco. Si ella había traicionado su confianza, él podía hacer lo mismo.

—No ha pasado nada en ese cuarto, Ana, solo hemos hablado del falso contrato de matrimonio que voy a conseguirle a tu hija para que pueda actuar en el Coliseo. Y vos lo sabéis, doña Catalina, puesto que fue idea vuestra. Elisa no está obligada a casarse con nadie antes de final de mes, y mucho menos conmigo.

—¿Un contrato falso? —parpadeó la madre—. No lo mencionaste, Catalina.

—Lo consideré innecesario.

—E inaceptable —sentenció Luisa—. No podemos engañar tanto a sus majestades. Y sería un delito.

—Soy un delincuente —les recordó él.

—Pero los Villanueva no —reivindicó la joyera, y se dirigió a su amiga—: ¿Cómo se te ocurrió esa barbaridad?

—Lo planeé de un modo que no habría afectado a la honradez de la familia.

Juan rogaba por que la dama Velasco convenciera a Ana y a Luisa de que aquella era una buena opción, aunque la perplejidad de la costurera vaticinara que le resultaría decepcionante.

—¿Nos habrías engañado, Juanito? ¿A Diego y a mí? ¿A Álvaro? Si no nos hubiéramos encontrado aquí por casualidad, si no supiéramos nada de ese contrato falso, ¿lo habrías hecho?

—Era mi último recurso, Ana, pero sí. Con tal de ayudar a Elisa, estoy dispuesto a hacer lo que sea.

—Oh, eso es admirable, pero ¿no crees que es más fácil y más honesto casarte con ella?

Catalina intervino para recordarle cierta afirmación que no había callado a tiempo en la trastienda.

—El sábado me dijiste que te casarías con Elisa con tal de evitarle que pasara por las manos de una remiendavirgos. ¿Acaso no eres un hombre de palabra?

—Siempre lo he sido, pero lo que ella desee es más importante para mí.

—¡Ah, estupendo! —exclamó con una sonrisa sagaz—. Entonces, dime que Elisa no te deseaba a ti ahí dentro, dime que no desea un esposo para actuar en el Coliseo y dime que, en este momento, tú no eres el hombre que puede satisfacer esos dos deseos.

Maldición, no podía negar nada de eso, así que lo obvió y se mostró firme al replicar:

—No insistáis, doña Catalina. Elisa tiene derecho a casarse con el hombre que elija. Y, desde luego, ese hombre no soy yo.

La esposa de Álvaro, discrepó.

—Me temo que mi sobrina ha perdido ese derecho, Juan. Sea lo que sea lo que hayáis estado haciendo en ese cuarto, es evidente que algo ha sucedido entre vosotros dos. Mira, acabamos de

conocernos y lamento que haya sido en estas… incómodas circunstancias, pero permíteme que te dé un consejo: guarda tus energías para tu futura esposa, porque Catalina no va a dar su brazo a torcer. Y francamente, Ana y yo tampoco. Las dos hemos sido testigos de que salíais del cuarto de Remedios y, en este barrio, todos sabemos lo que allí recompone esa señora. Vivo a dos calles de esta tienda —apostilló— y, de vez en cuando, vengo a comprar jabones, bermellón para los labios, solimán para blanquear el cutis o tintura para el cabello, que es a lo que venía hoy con mi cuñada. Si el…

La costurera la interrumpió.

—No sabía que te teñías las canas.

—Y no lo hago, solo tengo unas pocas. Pero Álvaro…

—¡Oh! Ahora entiendo por qué Diego tiene el pelo más blanco que su hermano gemelo. Qué presumido…

—Ana, por favor —la cortó Catalina—, deja que Luisa termine lo que iba a decir. No tenemos todo el día.

—Es verdad —aceptó la costurera—. Perdón.

La joyera volvió a dirigirse a Juan, que no sabía qué pensar de aquellas mujeres que se ponían a hablar de canas mientras decidían el futuro de dos personas.

—Bien, pues decía que si el azar ha hecho que llegáramos justo cuando os marchabais, por algo será. Y debo añadir que mi sobrina parecía radiante hasta que nos ha visto a nosotras, así que, si una conversación contigo sobre contratos le produce ese efecto, creo que casaros no es tan mala idea. Podréis… conversar —enfatizó con segunda intención— sobre muchos más temas. Y ahora, si no me necesitáis… Hace frío en la calle y es casi la hora de comer. Te veré el sábado, Juan. Elisa… —la besó en la mejilla—, mi enhorabuena.

Él aprovechó el momento en que Luisa se despedía de su cuñada y de Catalina para volver a tomar con disimulo la mano de la actriz, que parecía a punto de derrumbarse.

—Encontraré la solución —le prometió.

—No. Esta vez lo arreglaré yo —afirmó Elisa con una entereza en la voz que no se reflejaba en su rostro—. Estoy harta de mentiras y

artimañas. Todo ha sido por mi culpa y seré yo la que encuentre la solución.

—Ni se te ocurra renunciar a esa comedia en el Coliseo —le prohibió, sospechando que ya valoraba esa posibilidad.

—Te comunicaré mi decisión en cuanto la haya meditado.

Lo que significaba que no se acercara a ella hasta que le concediera su permiso.

Quizá no se lo concedería nunca.

A pesar de ello, Juan sabía que la seguiría queriendo y se juró a sí mismo que Elisa Villanueva representaría a Julia Capelete el próximo 4 de febrero.

CAPÍTULO 13

—No se puede estar en misa y repicando —citó Claudia Maldonado después de escuchar el resumen de Elisa sobre el nuevo problema al que se enfrentaba. Con el tratamiento informal que habían acordado, continuó—: Tendrás que elegir entre la obra de teatro o un esposo impuesto por tu familia. ¡Y no sabes lo afortunada que eres al poder elegir! La mayoría de mujeres no tenemos esa posibilidad.

—Es cierto —convino ella, un tanto avergonzada por haberse lamentado ante una joven que no gozaba del privilegio de escoger marido.

Paseaban por los jardines del Buen Retiro, poco concurridos en esa época del año y a media tarde, cuando el sol ya comenzaba a retirarse y el frío invitaba a permanecer en el interior del palacio. Dado que el asunto a tratar era confidencial, los senderos del jardín Ochavado, cubiertos por un entramado de madera por el que trepaban las enredaderas, eran el lugar perfecto para hablar sin que los oídos ajenos las escucharan.

La dama de la reina había respondido con rapidez a la nota que Elisa le había enviado el martes, pidiéndole ayuda urgente, y la había citado para el día siguiente en el Estanque de las Campanillas. Aunque los jardines no estuvieran abiertos al público, la actriz podía acceder gracias al reciente contrato con la compañía teatral que actuaría en la inauguración del Coliseo, así que ahí estaba, relatándole a la joven dama los últimos acontecimientos.

Cuando escribió aquella nota, no estaba convencida en absoluto de lo que iba a proponerle a Claudia, pero ya no sabía a quién recurrir. Volver a confiar en Catalina de Velasco era impensable, pues

confesarle el motivo que había originado todo aquel embrollo de la búsqueda de un esposo ideal había dado un resultado nefasto.

Revelárselo a sus padres tampoco había servido de nada.

El mismo lunes, después de que su madre calmara la furia de su padre contra el pícaro por lo que supuestamente había hecho, Elisa les contó la verdad acerca de su deshonra: tenía veinte años, creía haberse enamorado y la tentación había sido más fuerte que el sentido de la decencia. Asumía toda la responsabilidad de sus actos y eximía de culpa a aquel soltero que se casó un tiempo después y cuyo nombre consideró irrelevante mencionar. Su confesión debería liberar al pícaro de cualquier deber moral y honorable, les dijo. Él había querido protegerla del peligro que entrañaba someterse a un remiendo, nada más. Su padre la escuchó, la observó con suspicacia y concluyó que, fuera cierto o no lo que acababa de contarles, se casaría con Juan Morales.

—Por favor, papá… —suplicó sin fingimientos.

—Juanito está dispuesto a restaurar tu honra, Elisa, y doy gracias a Dios por ello.

—Pero él no tiene la culpa de que yo…

—Razón de más para que sea tu marido, pues significa que te aprecia lo suficiente como para pasar por alto tu desliz del pasado. Y que posee la integridad de un caballero. En mi opinión, un hombre que acepta desposarse con una mujer que ha sido deshonrada por otro merece elogios, no el desaire del rechazo, ¿no crees?

—Sí, pero…

—Entonces, no se hable más.

Y no se habló. Elisa concentró sus energías en continuar buscando cómo eludir la inminente boda mientras simulaba ante la familia haberla aceptado. Y con agrado, ya que todos parecían entusiasmados con aquella unión matrimonial. Incluso hacían planes para el pícaro: los gemelos iban a ofrecerle asociarse con ellos y nombrarlo copropietario del corral de Villanueva.

¡Dios! No solo iban a obligarlo a casarse, sino también a renunciar a la vida que él había escogido y de la que parecía disfrutar plenamente. Una vida de libertad total que ya no podría tener si entraba a formar parte de una familia. Aunque la suya no fuese

restrictiva, no dejaba de ser una familia, se decía Elisa. Juan llevaba años sin pertenecer a nada ni a nadie y le resultaría muy difícil adaptarse a los Villanueva.

Y había otras cuestiones: ¿qué sería de aquellos muchachos que lo consideraban su cherinol? ¿Quién compraría y revendería los objetos robados en esa zona? ¿Quién la controlaría? ¿Volvería el Daciano al barrio, si Juan lo abandonaba? Cada vez que recordaba a aquella criatura asustada y lo que le hubiera podido ocurrir, le entraban náuseas.

No. No se casaría con Juan. Aún quedaba una última salida: casarse con otro antes del sábado.

Descartado el amigo de Marcos, al que le habían comunicado ya que no iban a precisar ese favor en concreto de él, solo le quedaba llegar a un acuerdo con Enrique Díaz. Y para ello necesitaba a Claudia.

Tras un largo silencio, alterado solo por el suave tintineo de las campanillas que adornaban el puente que conducía al templete central del estanque, la joven dama habló de nuevo.

—¿Tan desastroso sería casarte con ese pícaro llamado Juan?

—Mucho. No nos llevamos bien. —Omitió mencionar que en cierto aspecto se llevaban de maravilla, pero la pasión no sostenía un matrimonio—. Y he pensado que tal vez tu primo se avenga a una boda clandestina. Más adelante podemos solicitar el divorcio. Si mal no recuerdo, él estudió Leyes en la universidad y supongo que sabrá qué motivos alegar para que nos lo concedan. Tendríamos que casarnos este viernes, como máximo.

—No querría desanimarte, pero mi primo perdió el interés por las leyes hace mucho tiempo y no tiene ninguno en el matrimonio. Dudo que podamos convencerlo de que, en dos días, se lance a ciegas a una vida de casado, aunque sea ficticia. Es más, me inclino a pensar que preferiría firmar ese contrato falso del que me has hablado que uno auténtico.

—Me niego a acudir a Juan otra vez y no sé cómo encontrar a un falsificador fiable.

—Ni yo, pero puede que a Enrique no le importe hacer una visita a tu pícaro.

—No es mi pícaro —saltó ella—. Ni lo será.

—Comprendo tu reticencia. Las novelas que narran las andanzas de esa clase de gente suelen terminar mal o de forma ambigua, pero la realidad es distinta a la ficción, Elisa. —Claudia sonrió, soñadora —. Puedo imaginarte casada con ese hombre, ¿sabes? Para él, serías su salvación. Adoraría el suelo que pisaras porque le ofrecerías una vida nueva y honrada en el teatro, que es donde creció, según me has contado.

—Sí, pero…

—Afrontaría el futuro —continuó la joven dama— con la ilusión de retomar su pasado feliz. Sus años de delincuencia quedarían como un paréntesis en su historia, como un largo camino que le era menester recorrer para llegar con la suficiente madurez al cruce en el que te reencontró a ti, a aquella niña…

—¿Madurez?

—…con la que jugó… —se detuvo, pensativa—. O no. ¿Jugabais juntos?

—No. Bueno, sí —rectificó Elisa—, porque lo obligaban, pero yo no recuerdo nada.

—Ah, no importa. En ese caso…

—Perdona que te interrumpa, Claudia, pero sería mejor que no continuaras con esa fantasía absurda. Es imposible que se cumpla.

—Oh, perdóname tú, por favor. A menudo invento historias sobre las personas que me resultan interesantes y no he podido evitarlo contigo y ese pícaro. En fin, entremos en el palacio —la invitó, y enlazó su brazo—. Mi primo debe de estar en algún salón cultivando sus relaciones con los nobles. Hoy no va a poder esquivarte, como ha hecho hasta ahora. Sé que ya os conocéis —confesó con una mirada reveladora— y tal vez, si vuelve a verte…

Pero el Enrique de las abejas seguía prefiriendo un enjambre y no se avino al desesperado plan de Elisa. Adujo, no sin razón, que su tío, el barón de Arraz, no permitiría un divorcio en la familia. Respecto a la opción del falso contrato matrimonial, que Claudia le expuso con más optimismo, arguyó que no se hallaba en condiciones de delinquir. Ya se había visto involucrado en un delito años atrás y no quería incurrir en otro, aunque fuese de menor

gravedad que aquel. En ningún momento de la conversación dio muestras de conocer a Elisa más allá de su oficio de actriz. Si fue por discreción o porque ya se había olvidado por completo de la noche que pasaron juntos, a ella no le importó. Lo único que quería de Enrique Díaz era la colaboración que no había conseguido.

Derrotada, regresó a casa pensando en la pregunta que Claudia le había formulado durante el paseo: ¿tan desastroso sería casarse con el pícaro?

* * *

Esa semana de enero iba a ser la más larga de su vida, había augurado Juan cuando regresó el lunes a la taberna después de haberse comprometido con Elisa. Y había acertado.

Aguardar pacientemente a que ella le notificara que no habría boda ese sábado, o que el novio no sería él, se estaba convirtiendo en una agonía. Su carácter inquieto no era amigo de las esperas, pero aquella le resultaba más asfixiante que cualquiera de las que podía recordar. Cada minuto que pasaba lo alejaba de la mujer de la que se había enamorado y, aunque ese alejamiento fuese el objetivo que se propuso desde el momento en que su corazón sucumbió a aquel sentimiento indeseado, jamás imaginó que el dolor sería tan intenso. El motivo: saber que Elisa podría ser su esposa, que el destino le ofrecía la oportunidad de conquistarla con el tiempo, pero que debía renunciar a ella. Su negativa a casarse con él había sido rotunda.

El jueves amaneció blanco y luminoso. Una parodia de su estado de ánimo. Sonrió en la soledad de su casa a fin de tomarse con buen humor las horas que le quedaban para el adiós definitivo al amor.

Y a los Villanueva.

A su infancia.

A todo lo que pudiera recordarle a Elisa.

Podría vivir sin ella, desde luego, pero después de haber conocido a la mujer en que se había convertido aquella niña risueña, y fastidiosa en ocasiones, todo sería distinto.

Permaneció un buen rato junto a la ventana, enredando entre sus dedos el cordón de seda azul, lo único que se permitiría conservar de ella. Lo guardaría bajo llave y bien oculto hasta que fuese capaz de tocarlo sin añorar lo perdido. Sin sentir dolor. Confiaba en que ese momento llegaría. Si no pensaba en el dolor, acabaría por desaparecer.

Observó la nieve caída durante la noche. Cubría las calles y los tejados creando una falsa ilusión de limpieza y pulcritud. Las vestimentas oscuras y desgastadas de los habitantes del barrio contrastaban con aquel manto níveo de apariencia esponjosa que ocultaba la suciedad y la miseria. Los pícaros saldrían igualmente en busca de incautos, pero habría menos a los que robar o timar, con lo que el número de visitas a la trastienda se reduciría. Las criadas que aumentaban sus salarios exiguos apropiándose de pequeños objetos que sus dueños tardarían semanas en echar en falta no se los traerían para vendérselos hasta que pudieran pisar el suelo sin congelarse los pies. Sería un día tranquilo, lamentó Juan. Demasiado tranquilo para su gusto.

Su lamento debió de llegar a oídos del Todopoderoso, que en un acceso de misericordia le envió un entretenimiento: al triunvirato femenino responsable de su agonía.

Al ver las expresiones un tanto apenadas de las tres mujeres, dedujo que venían a comunicarle que la boda se cancelaba. Y así se lo dijo en cuanto tomaron asiento alrededor de la mesa.

—¿Por qué íbamos a cancelarla? —se extrañó la dama Velasco—. Nadie ha dado ningún motivo razonable para hacerlo. ¿Tienes tú alguno nuevo?

—Estoy seguro de que rebatiríais todos los que pudiera alegar.

Aparte de aquella certeza, Juan creía que debía respetar la decisión de Elisa de arreglar el asunto por sí sola. Pese a ello, y en previsión de lo que pudiera pasar, se había puesto en contacto con un buen falsificador de documentos y tenía ya en su poder un certificado de matrimonio, fechado ese mismo jueves, en el que solo faltaba la firma de Elisa.

Fue la madre quien confirmó y argumentó la réplica de Juan.

—Claro que los rebatiríamos. Elisa ha dejado de protestar por la boda, incluso le gusta el vestido que le estoy confeccionando. Y está tan ocupada con los ensayos que apenas la vemos por casa. Pasa las tardes en la habitación que Marcos tiene arrendada frente al corral de comedias para que la ayude con la interpretación del papel. Mi hijo mayor se empeñó en independizarse porque envidiaba a su hermano, que reside en un colegio mayor —explicó—. Si Elisa, en algún momento, parece alicaída o un poco angustiada es por los nervios de la inauguración, según dice ella. Pero yo creo que también se debe a que no has ido a verla ni cinco minutos desde el lunes, Juanito. ¿Por qué?

—Ella me lo pidió.

—Bah, no le hagas caso. Por favor, ven a cenar a casa esta noche. —Y sonrió, ilusionada—. Diego quiere hablar contigo para proponerte una cosa.

—Estuvo aquí el martes, con Álvaro, y no vino con una propuesta, precisamente —indicó él, que nunca olvidaría al padre airado que estuvo a punto de pegarle. De no ser porque el hermano le contuvo, Juan habría recibido un buen puñetazo y sin derecho a protestar ni a defenderse—. Quería comprobar si yo había deshonrado a su hija o si era una invención vuestra para que no se casara con el tal Jaime. Le costaba creer que Elisa se hubiera entregado a mí tan solo una semana después de habernos reencontrado.

La alegría de la costurera se esfumó y dio paso a la sorpresa y al arrepentimiento.

—Vaya, lo siento mucho. Le hice prometer que no se presentaría aquí ni en la tarberna y que no se enfadaría contigo.

—Mi marido también me prometió no reprocharte nada —intervino Luisa—. Los dos han faltado a su promesa y nos lo han ocultado. Lo lamento, Juan.

Catalina fue más pragmática.

—¿Y qué les dijiste tú?

—Mentí —afirmó para que les quedara claro a la madre y a la tía que él había respetado la honra de la joven, aunque sospechaba que ya lo sabían. Estaba casi seguro de que la dama Velasco había

propiciado aquel encuentro casual en la tienda de Remedios, por lo que recalcó—: Mentí para no traicionar la confianza de Elisa. Y porque revelarle a Diego la verdad habría sido muy duro para él. Es mejor que siga creyendo que yo seduje a su hija a que descubra que no era virgen desde vete a saber cuándo —opinó sin poder evitar que los celos tiñeran las palabras.

La dama sonrió triunfal y se apuntó el tanto.

—¿Ahora me creéis? La quiere, no hay duda.

La joyera le dio la razón y Ana recuperó la sonrisa.

Juan se sonrojó. ¡Diantre! ¿Cuándo se había sonrojado por última vez? Ni siquiera lo recordaba. Esquivó la mirada de las féminas cuando la costurera manifestó:

—Yo lo supe el mismo lunes, Catalina, después de oírle decir que estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de ayudar a Elisa. Juanito, serás un excelente marido para ella. No dejes que su confusión y los nervios que está pasando ahora te hagan creer lo contrario.

—Y, dado que no tienes en Madrid más familia que a tus pícaros —señaló la dama—, puedes invitar a algunos a la boda. Mientras se olviden de su oficio durante unas horas, no habrá problema.

—¿Os habéis vuelto completamente locas? —inquirió Juan, anonadado.

Ninguna respondió. Una a una, comenzaron a soltar información sin darle opción a intervenir.

—He escrito a Teresa —comenzó la costurera—, pero no sé si llegará a tiempo para la ceremonia.

—Yo me encargo de las alianzas —continuó la joyera—. A Álvaro y a mí nos gustaría que las aceptaras como regalo de bodas. Si ya las tienes o prefieres adquirirlas por tu cuenta lo comprenderemos y pensaremos en otro obsequio.

—Y mi esposo y yo —concluyó Catalina— vendremos a recogerte el sábado a las diez de la mañana. Me habría gustado presentarte a Julián con más antelación, pero calculo que la nieve ralentizará su viaje y dudo que llegue esta noche, como tenía previsto.

Acto seguido se despidieron y Juan las acompañó hasta la calle. Ya llegaba tarde al trabajo. En cuanto cruzaron la puerta del edificio,

Ana insistió en la invitación. De hecho, la dio por aceptada.

—Nos vemos esta noche en la cena. A las siete en punto.

—No podré ir, estaré muy ocupado en la taberna.

—Con este tiempo, apenas habrá clientes.

—Eso nunca se sabe. Además, a diferencia de lo que crees, dudo que a Elisa le apetezca verme.

La costurera puso los ojos en blanco y le sonrió con cariño.

—Está bien, como quieras. Entonces, hasta el sábado. —Le dio un beso en la mejilla y remató la visita—. Bienvenido de nuevo a la familia.

Juan tuvo que hacer un esfuerzo por sonreír. No entraría a formar parte de ninguna familia. Aquella opresión en el pecho que había sentido en el corral de Villanueva volvió a asaltarlo, esta vez con más intensidad. Ocultarles entonces lo que él era en realidad le había parecido una gran estafa, pero resultaba irrisoria comparada con callar ahora que ese sábado no pisaría la iglesia de San Ginés.

Sin embargo, no había nada que anhelara más y, ya en la trastienda, ciertas palabras de la costurera volvieron a su memoria y se anclaron en su mente.

«Elisa ha dejado de protestar por la boda.»

«…ha dejado de protestar…»

¿Significaba eso que estaba dispuesta a casarse con él? ¿Por eso aún no había recibido noticias de ella? Quizá, si tan ocupada estaba ensayando su papel… Todas las mañanas, en el Coliseo y las tardes…

En la habitación de su hermano Marcos. Frente al corral de Villanueva.

Tenía que ir allí. No soportaba más la angustiosa espera. Y, de paso, se acercaría a la tienda de afeites para averiguar cierto detalle que confirmaría lo que empezaba a sospechar.

CAPÍTULO 14

Elisa, en el centro de la amplia habitación en la que residía su hermano, recitaba un monólogo de Julia Capelete cuando este, recostado en la cama, la interrumpió.

—¿Dejarás la compañía de papá la próxima temporada?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es de las mejores de Madrid. Además, actuar en el Coliseo no me garantiza que vayan a ofrecerme un contrato en otra compañía.

—Pero si te lo ofrecieran, ¿lo aceptarías? —insistió.

—No lo sé. Lo pensaré cuando llegue el momento. Si llega, claro —puntualizó.

—Piensas demasiado las cosas. Deberías dejarte guiar por tu intuición y por lo que te apetece hacer en cada momento.

—No soy una persona intuitiva. Y lo que ahora me apetece es seguir ensayando. Continuemos, por favor.

—No. Hoy estás desconcentrada. —Dejó el manuscrito sobre la colcha color burdeos y se levantó. Con el semblante serio se aproximó a ella—. Te preocupa la boda con Juan, ¿verdad?

—En absoluto —mintió con una espléndida sonrisa fingida.

—No me engañes, te conozco. Y, dado que hay cierta atracción entre vosotros, deduzco que lo que te preocupa es no ser la única mujer en su vida.

¡Cielos! Ni siquiera había pensado en eso, se alarmó Elisa. Y surgió la duda:

—Si estuviera comprometido me lo habría dicho, ¿no?

—Supongo, pero no me refería a una prometida oficial sino a amantes. O incluso a uno de esos amores que, por cualquier motivo, no pueden acabar en matrimonio. Tal vez dejara a alguien en Sevilla que….

—Basta, Marcos, por favor. No añadas inconvenientes a los que ya me obsesionan. Si no vas a ayudarme con el papel… —Unos golpes en la puerta la paralizaron un instante—. ¿Esperas a alguien?

—No —se extrañó él, y fue a abrir—. Hablando del rey de Roma…

—¿Hablabais de mí? —inquirió Juan, sorprendido, al tiempo que aceptaba la invitación gestual del hermano a entrar en la estancia. Centró la mirada en Elisa—. Tu madre me ha dicho que pasabas las tardes aquí y he pensado en traerte algo que quizá te interese. —Le tendió un rollo de pergamino—. Por si aún no has encontrado un modo de evitar la boda.

Elisa intuyó lo que era y lo asió con cierto alivio y bastante turbación. La avergonzaba admitir que sus métodos no habían dado resultado.

Marcos, que no tenía ni idea de lo que contenía ese papel con aspecto de documento oficial, no tuvo reparos en preguntarlo. El pícaro respondió:

—Un contrato falso de matrimonio. Tu hermana solo tiene que firmarlo y constará que, desde ayer, es una mujer casada. —Y se dirigió a ella para ampliar detalles—. La boda se celebró por poderes en Génova, dada la urgencia y que tu prometido estaba en esa ciudad por asuntos familiares. Todos los nombres son falsos excepto el tuyo. Cuando lo descubran, habrán transcurrido varias semanas. Tú y tu familia alegaréis que fuisteis víctimas de una estafa. El contrato se invalidará y volverás a ser soltera.

Elisa había desenrollado el pergamino y lo leía con atención. El espacio en blanco reservado a su rúbrica parecía gritarle que lo rellenara. Su hermano la presionó.

—Fírmalo. ¿A qué esperas? Esto lo soluciona todo. Actuarás en el Coliseo sin tener que casarte con él —señaló a Juan con el pulgar—. Es lo que querías, ¿no? Te admiro, querida hermana. No sé cómo te las apañas, pero siempre consigues lo que quieres. En el escritorio hay pluma y tintero.

Ella miró hacia la escribanía de bronce que había sobre la mesa situada en la pared contigua a la chimenea.

—Antes de firmar, me gustaría pensarlo detenidamente.

Marcos rebufó.

—Pensar, pensar, pensar… ¿Sabes qué? Me voy a dar una vuelta. Me parece que aquí estoy de más. Regresaré en una hora.

Elisa se tensó. No se fiaba de sí misma, si se quedaba a solas con Juan en un espacio presidido por una gran cama, y trató de detener a su hermano. Pero este ya se había puesto la capa. Antes de que la puerta se cerrara, ella se alejó de la masculina tentación y se sentó, muy rígida, en uno de los sillones frente al fuego.

Marcos se marchó y Elisa preguntó lo primero que le pasó por la cabeza.

—¿Lo has falsificado tú?

—No. He buscado al mejor, para minimizar el riesgo. Mi experiencia con certificados de matrimonio es escasa. Lo mío eran los de nacimiento y las cartas diplomáticas que un embajador para el que trabajé utilizaba en sus tejemanejes políticos.

—¿En Génova? —tanteó—. ¿En la ciudad donde supuestamente me he casado?

—Sí. La elegí para que las comprobaciones que puedan llevar a cabo se ralenticen con la distancia. Y porque sé que allí también abundan los estafadores.

Hablar. Tenía que hablar para silenciar el recuerdo de las sensaciones que aquel pícaro le había provocado con sus manos y su boca. El cuerpo de Elisa clamaba por volver a vivirlas, pero su mente las consideraba peligrosas para su cordura.

—¿Fue en Génova donde te iniciaste en… —dudó— tu oficio?

Una risa breve y suave precedió a la respuesta de él.

—No. Comencé en Sevilla, a los catorce años. Robando capas como la tuya.

Ella elevó las cejas, inquisitiva. La voz no le salía porque él se le acercaba. Elisa estaba a punto de levantarse y huir al otro extremo de la habitación cuando vio que Juan se dirigía hacia el pie de hierro del que colgaban los utensilios para la chimenea. ¡Menos mal!, exclamó para sí. La proximidad de ese hombre la afectaba, pero si permanecía de espaldas a ella podría controlarse.

Él se hizo con el atizador y se agachó para avivar el fuego, lo que resultaba del todo innecesario en opinión de Elisa. Ya hacía

suficiente calor allí. De todos modos, no dijo nada, pues Juan había empezado a contarle cómo se introdujo en el hampa sevillana.

—Hice algún amigo en la escuela a la que me llevó mi padre, pero todos eran más pequeños que yo. Los pocos que había de mi edad pertenecían a familias adineradas y no me sentía cómodo con ellos. Al año siguiente comencé a faltar a las clases. —Se incorporó, aunque dejó la vista fija en las llamas oscilantes—. No podía aparecer por el corral de doña Elvira porque mi padre se habría enterado de que no iba a la escuela, así que me pasaba las horas en la calle, aburrido y sin saber qué hacer. Mi única distracción se reducía a observar, y me fijé en la cantidad de críos que vivían del hurto, en los mayores que timaban a los extranjeros que llegaban en los barcos… La actividad en el puerto y los alrededores era impresionante. —Colgó el atizador y se sentó frente a ella, con las piernas separadas, los codos en los muslos y el rostro vuelto hacia el fuego. Esbozó una sonrisa—. Rondaba tanto por ahí que algunos pícaros de la zona también se fijaron en mí. Me enteré porque una tarde se me acercó una muchacha que…

La sonrisa de Juan se amplió. Su silencio y su mirada refulgente evocaban un pasado que debió de ser muy agradable. A Elisa le pareció comprender esa expresión.

—¿Te enamoraste de aquella joven?

—¡No! —rio él al tiempo que sus pupilas atrapaban las de ella—. Bueno, en ese momento sí, porque fue muy… cariñosa conmigo, por así decirlo, y yo estaba falto de cariño, además de experiencia con chicas. Era la primera vez que una se acercaba a mí con tanto descaro y con la intención de… —carraspeó.

—¿Seducirte? —completó Elisa, extrañada—. ¿A un niño de trece años?

—Casi catorce. Había dado un buen estirón esa primavera y aparentaba más —arguyó él—. La cuestión es que no le costó convencerme de que la acompañara a un lugar, aunque no especificara cual. Sospeché entonces que era una buscona y le dije que no tenía dinero, lo que era verdad, pero a ella no le importó. Y a mí, que ya estaba totalmente cegado por su atractivo y sus carantoñas, tampoco. En cuanto llegamos a ese lugar me di cuenta

de por qué no pensaba cobrarme. La muchacha no iba a regalarme sus servicios, solo me había llevado ante el cherinol de la zona porque creían que yo era una especie de informador del nuevo alguacil y que vigilaba a los pícaros del puerto para delatarlos. Cuando le expliqué a ese tipo el motivo de que deambulara por ahí como alma en pena, me ofreció unirme a los suyos. Acepté sin pensarlo. Por rebeldía. Sabía que decepcionaría a mi padre cuando se enterara, y eso era lo que pretendía. —Bajó la vista a sus manos entrelazadas y su tono de voz se impregnó de tristeza—. Él me había decepcionado a mí al alejarme de lo que más quería, y me sentía… solo y desarraigado.

Otro silencio. Tenía que llenarlo, se dijo Elisa, o se arrodillaría ante ese hombre para abrazarlo y darle consuelo.

—Debió de ser difícil para ti.

—Bastante —murmuró Juan, y volvió a alzar la mirada y a sonreír —. Pero aquella gente de malvivir me acogió enseguida y, entre todos, me devolvieron lo que había perdido: la confianza en mí mismo. Y, en cierto modo, también una familia. Además, robar me pareció una forma rápida de ganar dinero y pensé que podría ahorrar lo suficiente para volver a Madrid al cabo de un tiempo.

—En cambio, te marchaste a Valencia —apuntó Elisa, recordando la información que sus padres le habían dado durante aquella cena en la que él fue el único tema de conversación.

—Sí y no.

Juan se apoyó en el respaldo y acomodó un tobillo sobre el otro muslo, una postura que invitaba a observar la entrepierna masculina, se fijó Elisa. Se percató de que podía trazar una línea desde esa parte del cuerpo del hombre hasta el pie. Grande.

¡Madre del amor hermoso! No podía tener ese tamaño, era imposible. Seguro que la perspectiva resultaba engañosa, se dijo mientras el relato del pícaro continuaba. Hizo un esfuerzo supremo para apartar las pupilas del vértice de aquel triángulo que formaban las largas piernas de Juan.

—Un día, cuando ya me habían ascendido de escalafón y me dedicaba a observar las casas de los ricos para informar a los ladrones sobre cuándo y cómo entrar en ellas a robar, conocí a un

gentilhombre que estaba de paso en Sevilla y que buscaba un palafrenero. Yo sabía muy poco de caballos, pero aquel tipo servía a un noble afincado en la capital y ese iba a ser su destino después de permanecer un tiempo en Valencia. Tampoco lo pensé dos veces. Tenía dieciocho años, la relación con mi padre y Teresa era fría y el trabajo de contribuir al asalto de hogares empezaba a aburrirme, así que me ofrecí a cuidar de los caballos de aquel hombre. Era una forma de regresar a Madrid a la vez que me ganaba un salario honradamente.

—Pero te embarcaste hacia Génova —señaló ella. El interés por la vida de Juan superó el deseo de besarlo. Cuanto más supiera de él, más fácil sería decidir si firmaba o no ese contrato.

—Eso fue por casualidad. Después de varios meses en Valencia viendo el mar cada día, respirando aquel aire limpio y tan distinto al de las dos ciudades en las que había vivido, comencé a preguntarme cómo sería viajar en barco y sentí curiosidad por saber qué había al otro lado del Mediterráneo. Hablé con mi amo y, como él iba a quedarse en Valencia el resto del año, me despedí y me ofrecí en el puerto para trabajar en cualquier navío que se hiciera a la mar. El primero en el que me contrataron fue el que se dirigía a Génova.

—Otro empleo honrado —observó ella, un tanto confundida—. No pareces tener alma de pícaro, Juan. Los pícaros suelen ser perezosos y buscan ganarse la vida con el mínimo esfuerzo. En cambio, tú…

—Me gusta la actividad, sí. Supongo que por eso el cherinol estaba tan contento conmigo. De todos sus muchachos, yo era el que más capas robaba y después, el que más información proporcionaba a los ladrones de casas.

La confusión de Elisa aumentó. ¿Se vanagloriaba Juan de sus fechorías?

—Suena como si te sintieras orgulloso de ser un delincuente.

—La verdad es que así me sentía en Sevilla. Y aquí, a veces también. —La sonrisa se desvaneció y su expresión adquirió una solemne seriedad—. Me siento orgulloso de lo que he conseguido burlando unas leyes que los mismos jueces se saltan cuando les conviene. Orgulloso de vivir sin el miedo a pasar hambre por culpa

de una monarquía que exprime a la gente que la alimenta hasta dejarla en la más completa miseria. Orgulloso de saber que puedo proteger a aquellos que confían en mí y ayudarles a obtener unas pocas monedas extra con lo que sisan a sus dueños. Y a todo eso me aferro cuando me siento mal por ser un delincuente, Elisa. Incluso ahora, cuando me duele tanto engañar a los Villanueva y a tu madre con ese contrato falso, sé que te estoy ayudando a ti, y eso me reconforta.

La declaración la dejó aturdida unos instantes. El valor de unas razones que iban más allá de la propia libertad personal del pícaro justificaba aquel orgullo, pero lo que más le impactó fue la prioridad que le concedía a ella. Elisa recordaba muy bien la vehemente negativa de Juan a participar en una estafa que implicara a los gemelos y ahora, en cambio, estaba dispuesto a llevarla a cabo. Por ella. ¿Por qué, si seguía siendo la misma mujer que diez días atrás? ¿Qué lo había llevado a claudicar? Miró el papel que aún sostenía, apoyado en su regazo. El espacio en blanco volvió a captar toda su atención.

—Quieres que lo firme, ¿verdad?

—No.

Ella alzó la vista, sorprendida por la respuesta inmediata y clara. Aquella mirada penetrante de Juan que tanto la inquietaba contenía algo más que no supo interpretar y la apresó de tal modo que el brusco movimiento de él al levantarse la sobresaltó. Con el corazón acelerado, lo vio dirigirse hacia el centro de la estancia y, más confusa todavía, le preguntó:

—Entonces, ¿por qué me lo has traído?

* * *

Juan había logrado resistirse a la proximidad de Elisa contándole parte de su pasado, revelándole momentos y sentimientos que siempre había reservado para él, pero quedaba uno por revelar. Uno que podría ser decisivo para su futuro y que era precisamente la respuesta a la pregunta que ella le acababa de hacer. Muy lógica por su parte, ya que él le había dicho que no quería que firmara aquel

contrato falso. ¿Qué sentido tenía que se lo hubiera puesto en sus manos?

«Díselo ya, venga. No seas idiota y dile que la amas», exigía una parte de su mente mientras permanecía de espaldas a la actriz. Sin embargo, se impuso la otra, la que temía el dolor del rechazo, la que se había acostumbrado a la soledad y rehuía los lazos afectivos que podrían romperse en cualquier momento.

—Porque quiero que tengas una opción, que decidas por ti misma, sin presiones familiares, si estás dispuesta a cargar durante el resto de tu vida con un marido que está en el nivel más bajo de la sociedad.

«¡Estupendo! Seguro que esto la convence de no firmar y casarse contigo», ironizó Juan. Se volvió hacia Elisa e insistió:

—Quiero que hagas lo que consideres mejor para ti. Piénsalo con calma. Hay tiempo hasta mañana por la tarde. Si decides firmarlo tendré que devolvérselo al falsificador. Él se encargará de entregárselo al padre Nicolás, al que no le quedará más remedio que anular la boda y comunicárselo a doña Catalina y a tus padres. Puedo venir aquí a recogerlo sobre las seis, si te parece bien.

—No, no. Ya te has molestado bastante por mí. Si lo firmo, Marcos o yo te lo llevaremos a la taberna. Y si no…

—Nos veremos el sábado en San Ginés —concluyó él, y curvó los labios en una tímida sonrisa, temeroso de que Elisa adivinara la verdad que escondía.

Ella asintió con la cabeza, pero el gesto fue inseguro y apenas perceptible. Que apartara la mirada confirmó a Juan que había hecho bien en guardar para sí que anhelaba ser su esposo, su amigo, su amante… El único hombre al que ella deseara, el único al que quisiera confiarle sus sueños y sus miedos. Quería ser el que la cuidara y protegiera, engendrar hijos con ella y formar su propia familia, envejecer juntos celebrando los cumpleaños el mismo día…

Y compartiendo tartas, por supuesto. Ningún dulce le satisfaría tanto como el sabor de Elisa, como el amor de aquella mujer si lograra conquistarlo.

«Un regalo muy especial.»

Lo sería sin ningún asomo de duda. El mejor que la vida le habría hecho jamás. El dulce más preciado.

Debería marcharse, se dijo. Si continuaba allí, con esa cama a su espalda, alzaría a Elisa en brazos, comenzaría a besarla y no se detendría hasta tenerla desnuda sobre esa colcha del color del vino añejo. Solo el tiempo justo para quitarse la ropa, por supuesto. Luego, se tumbaría junto a ella, piel contra piel, y la fundiría con el calor de sus caricias, la excitaría con su boca, su lengua, sus dedos… La elevaría hasta el cielo de los amantes y luego, la haría suya y la llenaría con su semilla. Entonces, con el argumento irrefutable de que el acto podría tener consecuencias, la convencería de que rompiera aquel pedazo de papel destinado a poner punto y final a su relación.

Un papel en el que ella centraba todo su interés en ese momento.

Incapaz de permanecer ni un minuto más sin quitárselo de las manos y romperlo él mismo o sin besar aquellos labios que tan bien se amoldaban a los suyos, se encaminó hacia la puerta, dominado por la excitación que sus pensamientos le habían provocado. La voz de Elisa lo detuvo a los dos pasos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—Si me casara contigo… —Enrollaba el pergamino con parsimonia —. ¿Afectaría a… alguna mujer? —Se levantó y se dirigió hacia la cama—. Me refiero a si hay alguien en concreto a quien tú… preferirías como esposa.

—No —respondió sin vacilar—: Y no tengo ninguna amante, si eso es lo que te preocupa. —La vio sonreír al tiempo que dejaba el contrato junto al manuscrito de la comedia que había propiciado su reencuentro. ¿Acaso no le creía?—. Hablo en serio, Elisa. Y no suelo tenerlas. Nunca he sentido la necesidad de atarme a alguien, aunque fuese temporalmente. La relación más larga que he tenido duró un par de meses, y porque nos veíamos poco.

«¡Bravo, Juan! Más razones para que se case contigo.»

—Oh. Gracias por decírmelo.

Se maldijo por haber sido tan sincero y le aseguró:

—Pero seré un marido fiel.

Ella soltó una carcajada.

¿Cómo no iba a reírse?, comprendió él. ¿Un mujeriego fiel? Iba a tener que explicarle por qué no habría más mujeres en su vida. Ahora sí.

En dos zancadas se plantó frente a Elisa. La curvatura alegre de aquella boca se esfumó y su expresión se tornó tan seria como la de él. Juan posó una mano en la suave mejilla femenina, dispuesto a tragarse el miedo al rechazo.

—Escucha, tienes que creerme. Yo… —Tocarla había sido un error. La sangre se concentró en su entrepierna y ni una gota regó su cerebro. No encontró las palabras adecuadas, solo—: Te deseo tanto que…

Se inclinó para besar aquellos jugosos labios entreabiertos y, en cuanto los rozó, ella se apartó dejando un vacío demoledor en la palma de su mano y en su boca. Elisa se alejó y se detuvo entre los dos sillones que habían ocupado poco antes; la barbilla alzada, los hombros erguidos. Aquella postura firme no encajaba con la tristeza que se reflejaba en sus ojos ni con el gesto represivo de agarrarse las manos con fuerza, hundidas en la tela de la falda.

—No debemos volver a besarnos, Juan. Ha sido el deseo lo que nos ha puesto en esta difícil situación —alegó con mucho tino— y yo tengo gran parte de culpa. Fui una ilusa al creer que podría cumplir dos sueños a la vez, al creer que podría enamorarme en un instante del hombre que Catalina eligiera para mí. Y ni siquiera le he permitido elegir a él. A ti. He sido estúpida, egoísta y cobarde. Si no hubiera tenido tanto miedo a lo que Remedios iba a hacerme, ahora estaría casada con ese amigo de mi hermano y tú seguirías completamente libre. Y te habrías ahorrado ese contrato falso que debe de haberte costado el salario de un mes, como mínimo. Te lo abonaré, por supuesto. ¿Cuánto has pagado por él?

—Eso no es problema, Elisa —respondió, descolocado ante la admisión de culpa y el absurdo interés por su economía. Procedió a aclararle que, aunque no nadaba en la abundancia, no era tan pobre como ella creía—. Mi negocio funciona muy bien y aún conservo un buen montante del dinero que me traje de Génova. Decidí guardarlo

por si algún día me veía en la necesidad de volver a una vida honrada.

—Como la que te ofrecen mi padre y mi tío.

—Algo me ha comentado Ana, pero no me interesa. Estoy convencido de que los gemelos no quieren ningún socio. Y mucho menos, uno habituado a delinquir. Su ofrecimiento es solo para asegurarse de que no te falte nada cuando estemos casados, y los comprendo, pero me ofende. No pienso aceptar su caridad, Elisa. Soy perfectamente capaz de mantenerte. Me bastará con un sueldo modesto y con lo que ya poseo. El embajador fue muy generoso conmigo.

—¿Por falsificar cartas diplomáticas?

—En parte, pero —sonrió con aires de triunfo— le saqué una cuantiosa suma cuando se enteró de que su hija bebía los vientos por mí. El hombre quiso sobornarme para que me marchara de Génova, ya que no me consideraba digno de ella. —Tampoco lo era de Elisa, pero si los Villanueva creían que sí, no iba a contradecirles —. Le dije que me partía el corazón y que ninguna cantidad de dinero compensaría mi sufrimiento. Él fue aumentando la oferta hasta que resultó tan suculenta que la acepté. Regresé a España en un navío en el que me trataron como si fuera el propio embajador.

—¿Y es cierto que te partió el corazón?

—Ni un rasguño me causó. —¿Era alivio lo que acababa de ver en el rostro de Elisa? No, se lo había imaginado, pues la tristeza seguía apagando aquellos ojos tan expresivos, observó. Y abordó otra cuestión—. Y no has sido estúpida ni cobarde. Doña Catalina sabía muy bien lo que hacía cuando nos dejó solos en el cuarto de Remedios.

—¿Qué quieres decir?

—Que su intención era que tu madre y tu tía nos pillaran juntos allí. Acabo de pasar por la tienda de afeites, porque sospechaba que nos habían tendido una trampa, y así fue. Las empleadas me han asegurado que Luisa nunca había entrado a comprar jabones ni tintura ni nada. Tu tía mintió.

El asombro de ella derivó hacia el enojo.

—Lo que significa que mi madre también. ¡Oh, esto es…! ¡Nos han manipulado! Pues no se saldrán con la suya —decretó con firmeza, y echó a andar hacia la cama—. Voy a firmar ese contrato ahora mismo.

—¡Espera! —Juan se interpuso en su camino—. Si lo firmas por despecho puede que te arrepientas esta misma noche.

—Lo dudo. Y tú dormirás tranquilo y podrás olvidarte de mí.

—Eso va a ser difícil, Elisa, porque…

—Oh, ya, claro —le atajó ella—. Los cumpleaños, los espectáculos del corral de Valera…

—No es por eso. Escucha…

«Díselo, vamos. Ahora o nunca.»

Buscó la mano de Elisa y la atrapó en la suya sin dejar de mirar a los ojos de aquella mujer que le hacía desear ser un hombre honrado y merecedor de su amor, pero ella se zafó a los dos segundos y retrocedió un paso, todavía airada. La decisión de Juan también reculó ante aquel rechazo, y se limitó a recordarle:

—Has dicho que querías pensarlo detenidamente, ¿no?

Elisa le sostuvo la mirada un instante, pero a él le pareció que tardaba una eternidad en responder.

—De acuerdo. Lo pensaré. Mañana, antes de las seis, te haré saber mi decisión. Ahora, es mejor que te vayas. Gracias por todo.

Y Juan guardó su declaración de amor y se marchó con la esperanza de no volver a ver aquel pergamino.

CAPÍTULO 15

La indecisión convivía con Elisa desde que ella pudiera recordar. A menudo, largas listas mentales de pros y contras precedían cada uno de sus pasos y aun así, le resultaba difícil inclinarse por una u otra de las opciones a elegir; entonces se dejaba llevar por la corriente que fluía a su alrededor y aconsejar por las personas que más quería. Elisa lo llamaba «prudencia», pero sabía que, en el fondo, había un componente elevado de miedo al fracaso.

En las contadas ocasiones en las que se había comportado de acuerdo a un impulso irrefrenable, como en el caso de sus enamoramientos, había acabado decepcionada y frustrada, por lo que prefería reprimir esos impulsos que nacían de las emociones intensas. Una de dichas emociones era la ira y, cuando Juan se hubo marchado, tuvo que respirar hondo varias veces para calmarse y no estampar su firma en aquel contrato. Estaba furiosa, extremadamente enojada con Catalina, con su madre, con su tía, con los gemelos Villanueva, con Marcos por haberla dejado a solas con Juan… Y sobre todo, consigo misma. Por haber sido una ingenua y por la facilidad con que su cuerpo respondía al contacto del pícaro. Había tenido que alejarse dos veces de él. Y tan solo por una leve caricia, ¡por el amor de Dios!

Si se casara con Juan, no faltaría pasión en su matrimonio, desde luego.

«La relación más larga que he tenido duró un par de meses, y porque nos veíamos poco.»

No faltaría durante las primeras semanas, rectificó.

Firmaría, era lo más conveniente. Pero esperaría a estar totalmente serena.

Aguardó a que Marcos regresara y le dejó en custodia el documento. Si se lo llevaba a casa y su madre lo descubría, sería capaz de destruirlo.

Al día siguiente, por la tarde, se presentó de nuevo en la residencia de su hermano sin haber dedicado un solo minuto a meditar su decisión. Una cosa era aceptar consejos y la otra, ceder a una vil artería. Tal vez si Catalina le hubiera sugerido que Juan era el mejor esposo que había podido encontrar en tan poco tiempo habría claudicado, pero no iba a aceptar una imposición. Había una diferencia entre ser dócil y permitir que la tomaran por boba. Elisa tenía su orgullo.

Poco quedaba ya de su enojo y, al entrar en la acogedora estancia, sonrió a Marcos, que no parecía muy contento cuando le preguntó:

—¿Vas a firmarlo?

—Era el plan inicial de Catalina, ¿no? Pues lo cumpliré.

—No te lo aconsejo.

—¿Perdona? —parpadeó Elisa, extrañada—. ¿No eras tú el que ayer me animaba a firmar?

—Sí, pero debo darte la razón en que hay cosas que es mejor pensarlas con calma. Y esta es una de ellas. Yo lo he hecho y me he dado cuenta de que no era un buen plan —declaró, muy serio—. Y si Catalina lo cambió, supongo que fue porque llegó a la misma conclusión.

—A mí me parece perfecto, no le veo ningún inconveniente. ¿Dónde está el contrato?

—Sobre el escritorio.

A Elisa le faltó tiempo para cruzar la estancia, hundir la pluma en el tintero y trazar su rúbrica.

¡Por fin terminaba aquel enrevesado asunto!

Sintió una extraña punzada en el pecho que atribuyó a la súbita relajación muscular. Tanta tensión acumulada durante semanas tenía que manifestarse de algún modo.

—Enhorabuena —la felicitó su hermano sin alegría alguna—. Ya eres una mujer casada. Y una delincuente.

—No seas dramático —desdeñó ella—. Seré víctima de una estafa, nada más.

—Todos lo seremos. Juan lo dejó muy claro. Y tendremos suerte si no nos convertimos en el hazmerreír de todo Madrid.

—Estás exagerando, Marcos.

—¿Tú crees? Ten por seguro que, en el mentidero, no se hablará de otra cosa durante días y harán preguntas. Papá y el tío Álvaro tendrán que inventarse una buena historia sobre ese prometido tuyo tan misterioso y que, en realidad, no existía.

—Les sobra ingenio a los dos para inventar cualquier cosa. Y, después de todo, ellos empezaron esto —adujo Elisa.

—Es cierto, pero tú podrías haberte negado.

—No me dieron tiempo para pensar —se justificó sin buscar excusas—. Y no imaginé que pudiera complicarse tanto.

Marcos soltó una risotada sarcástica.

—¿Con Catalina de por medio? Parece mentira que no la conozcas.

—Ya. Confié demasiado en ella —admitió, un tanto compungida, al tiempo que comprobaba que la tinta se hubiera secado.

—Y hay otra cuestión que no me gusta.

—Oh, vaya. ¿Vas a hostigarme mucho más? —Elisa confinó el arrepentimiento y, mientras enrollaba el pergamino, le recordó—: Porque hay que llevar esto a la taberna antes de las seis, y son casi las cinco.

—Precisamente a Juan me refería, Elisa. Lo has despreciado al firmar ese contrato, y no lo merece.

—Lo he librado de tener que cambiar su vida por completo —corrigió ella, ya con altanería. Comenzaba a fastidiarle que su hermano pequeño la aleccionara—. Y de un matrimonio que no desea. Eso es evidente, Marcos, o no se habría molestado en buscar un falsificador.

—¿Y si lo ha hecho únicamente para complacerte? ¿Porque cree, igual que tú, que no deseas este matrimonio?

—Entonces, está en lo cierto.

—No te entiendo, Elisa. Hay algo entre vosotros y te niegas a admitirlo. ¿Por qué? ¿Tan maravillosa te consideras, que ningún

hombre es suficiente para ti?

—¡Por supuesto que no!

—Quizá no —le concedió—. Quizá solo se trata de que eres una consentida y, ahora, como las cosas no han salido a tu antojo, prefieres cometer un delito que apechugar con las consecuencias de tus actos.

Le dolió la percepción que su hermano tenía de ella. ¿Una consentida? Tal vez un poco sí, tuvo que reconocer, y optó por no replicar y centrarse en lo que urgía. Le tendió el rollo de pergamino.

—¿Te importaría llevar el contrato a la taberna de la calle del Oso? Mientras tanto, me quedaré aquí, ensayando.

—Pues sí me importaría. No me apetece ser cómplice de una estafa como esta.

—Oh, Marcos, por favor… —suplicó Elisa con una expresión lastimera que ablandaría una piedra.

Su hermano tomó el documento con reticencia y le preguntó, suspicaz:

—¿De verdad has firmado pensando en lo que es mejor para Juan y no para ti?

—En parte sí. —Omitió contarle la encerrona de las tres mujeres —. Él no tiene la culpa de que yo haya sido tan egoísta.

La mirada de Marcos se tornó indagadora. Durante unos segundos, sus pupilas se clavaron en las de ella como si quisiera escudriñar en su interior. Luego, miró el rollo que había causado la pequeña discordia entre ambos, se acercó a la chimenea y lo lanzó al fuego.

—¡Marcos! —gritó Elisa, presa del pánico—. ¿Qué…?

El pergamino se retorcía y ennegrecía ante sus ojos, envuelto en las llamas que lo consumían. Su falso matrimonio se convertía en cenizas sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Sé que vas a odiarme por esto —oyó decir a su hermano—, pero creo que, con el tiempo, me lo agradecerás. Ni tu conciencia ni la mía soportarían el peso de una estafa cuyo único fin es concederte un capricho. Y ahora, si quieres que ensayemos…

Atónita, Elisa tardó un buen rato en reaccionar y no logró comprender la traición de Marcos. Tampoco pudo concentrarse en

los versos que debía memorizar y declamar, pues en su mente solo cabía una certeza: iba a tener que casarse con Juan Morales.

* * *

Tan confuso como ilusionado y con sus mejores galas —un sencillo jubón negro, pantalón del mismo color y su elegante capa casi nueva— Juan entró en la iglesia de San Ginés el 28 de enero, acompañado de Catalina y Julián. Y no porque lo hubieran arrastrado hasta allí en contra de su voluntad, sino porque nadie le había devuelto el contrato falso.

El viernes lo había esperado con angustiosa inquietud, incluso a partir de las seis de la tarde, pues pensó que cualquier imprevisto podría haber retrasado a Marcos. Estaba convencido de que sería el hermano quien le llevaría el documento firmado por Elisa. Cada minuto que pasaba mientras aguardaba en la taberna, su desconcierto aumentaba a la par que la esperanza y la ilusión. Cuando las campanas de la iglesia del barrio anunciaron la misa vespertina, a Juan le sonaron a música celestial. Dejó transcurrir una hora más, por si acaso, y finalmente, aún sin poderse creer que iba a casarse con la mujer que se había adueñado de su corazón, fue en busca del Robacapas y del Pillo para invitarlos a la boda. Si al volver a la taberna se encontraba con Marcos excusándose por el retraso, les diría a los chavales que estaba bromeando.

Cuando pisó de nuevo el local, y tras asegurarse de que nadie había preguntado por él, se sintió como si flotara en un sueño. En el mejor de sus sueños. Elisa sería su esposa antes de que el sol alcanzara el siguiente mediodía. Con euforia contenida, comunicó la noticia al tabernero y a su mujer, que lo regañó por no haberla avisado con tiempo, pero le prometió prepararle una tarta como regalo personal.

La primera que compartiría con mucho gusto con Elisa Villanueva, pensó Juan.

No pudo dormir en toda la noche, emocionado a la vez que asustado ante aquel paso que iba a dar hacia un cambio de vida radical. Un paso que lo acercaba a la mujer que amaba. Tendría que

dar muchos más para que ella correspondiera a sus sentimientos, pero no había nada en el mundo que deseara más.

Así pues, ahí estaba ese sábado: frente al altar de aquella antigua iglesia y junto al padre Nicolás, Álvaro Villanueva y Catalina de Velasco, simulando prestar atención a la conversación que sostenían. Solo captó que allí se había casado, a finales del siglo anterior, el ya fallecido Lope de Vega con su amada Isabel, a la que el prolífico dramaturgo llamaba Belisa en sus versos. Álvaro comentó que su hermano y Ana habían bautizado a Elisa con ese nombre por la similitud que guardaba con el anagrama elegido por el poeta para el de su esposa. Ese detalle curioso distrajo a Juan un par de minutos, pero no más. No podía apartar la vista de la puerta de la iglesia. Elisa entraría de un momento a otro del brazo de su padre y avanzaría hacia él por el pasillo entre los bancos de San Ginés, bajo la atenta mirada de la veintena de invitados que los ocupaban. Solo la familia, algunos miembros de la compañía teatral, el Pillo, el Robacapas y la mujer del tabernero presenciarían el inesperado enlace matrimonial. Teresa no estaba, pero a Juan no le importó.

En cambio, sí le habría gustado que su padre, Martín, siguiera vivo y pudiera verlo allí, ilusionado como un niño con zapatos nuevos y a punto de cambiar el rumbo de su vida.

Había decidido traspasar el negocio y buscar un empleo que fuese compatible con el de la taberna. Emprendería definitivamente el camino recto que su progenitor había tratado de inculcarle y del que él se alejó al sentirse solo y privado de todo lo que había conocido y adorado. Y eso incluía a aquella niña con la que llegó a encariñarse a pesar de que le hubiera fastidiado tres fiestas de aniversario.

Al parecer, iba a cumplirse aquel augurio ilógico de que, por haber nacido el mismo día, Elisa y él permanecerían siempre juntos.

Juan sonrió para sus adentros. Probablemente ninguna de aquellas personas que jugaron a ser adivinos imaginó que ese «juntos» significaría «unidos en santo matrimonio». Sin embargo, así sería a partir de hoy. Y él tenía la esperanza de que esa unión fuese completa, de cuerpo y alma. Haría todo lo posible por ganarse el corazón de Elisa, pues ella ya poseía el suyo.

Los minutos transcurrían: diez, quince, veinte… y la espera se le hizo aún más agónica que cualquiera de las anteriores que había sufrido desde que tenía uso de razón. La charla de los asistentes comenzó a convertirse en un susurro lleno de interrogantes. La dama Velasco parecía incómoda y el párroco justificaba la demora de la novia y se mostraba paciente.

Veinticinco… Treinta… Treinta y cinco…

La puerta de la iglesia se abrió y se hizo el silencio.

Los susurros se elevaron de nuevo hacia las bóvedas de piedra cuando los padres de la novia cruzaron el umbral…

Solos.

Sin Elisa.

En el rostro de Diego se leía el enojo y la vergüenza; en el de Ana, tristeza y disculpa. Sus ojos enrojecidos indicaban que había derramado una buena cantidad de lágrimas y que retenía algunas más. Juan dejó de respirar mientras la pareja se acercaba al altar con rapidez, y se fijó en que ella aferraba unos guantes de cabritilla de color crema bordados con hilo de oro.

—Lo siento mucho, Juanito. Lo siento… —pronunció la madre con voz ahogada al llegar a su lado.

—Lo hemos intentado de todas las maneras posibles —continuó el padre, desazonado—, pero se ha encerrado en su cuarto y no ha habido forma de…

—Estaba ya vestida —le interrumpió Ana—, yo la he ayudado. He ido a por los guantes y, cuando he vuelto a su habitación…

Juan deseó que la iglesia se derrumbara sobre su cabeza. Nunca hasta esa mañana había pensado que se casaría, pero lo que jamás, jamás había imaginado era que se hallaría frente a un altar, plantado con cara de idiota y sin una novia a la que desposar. Y, para mayor escarnio, estaba a punto de llorar.

CAPÍTULO 16

Después de que los padres de Elisa desistieran de hacerla entrar en razón y se marcharan hacia la iglesia de San Ginés, la casa quedó sumida en el silencio. Con la ventana cerrada de la alcoba, ni siquiera los sonidos procedentes de la calle llegaban a sus oídos. Sin embargo, en su cabeza, la voz de Juan se repetía sin cesar.

«Algunos sueños son tan difíciles de cumplir que es mejor abandonarlos.»

Elisa había abandonado uno de los suyos, uno que habría sido fácil de cumplir, pues el único obstáculo era su soltería. Bastaba con encontrar a un hombre que se aviniera a ser su casto esposo durante un breve y determinado período de tiempo. Una tarea sencilla que ella había complicado al pretender que ese tiempo fuese el resto de su vida. Que quisiera mantener en secreto sus efímeras y esporádicas aventuras amorosas había influido en esa pretensión, peor la razón principal era otra.

Durante tres semanas había creído que el camino hacia aquel sueño reciente de actuar en el Coliseo podía coincidir con el que tenía desde la adolescencia: gozar de un matrimonio fundamentado en el amor. Una gran equivocación. Al querer abarcar demasiado iba a convertir su mayor sueño en una quimera y arrastrar con ella a un hombre hacia una vida que no deseaba. Había tenido en sus manos la solución perfecta para todos, pero su hermano la había destruido sin piedad y ella se había rendido ante lo que parecía ser un destino ineludible.

Sin embargo, la rendición había durado solo unas pocas horas. Cuando la luna del viernes alcanzó el cenit y Elisa se acostó, con los nervios a flor de piel y un sentimiento de culpa mortificante, la noche le recordó que sí había un modo de eludir ese destino:

olvidarse de ser la primera actriz en pisar el escenario del Coliseo del Buen Retiro. Marcos lo consideraba un capricho, no un sueño, y tal vez lo fuera, se planteó. Un capricho de niña consentida.

Aún le dolía aquel calificativo, pero se dio cuenta de que no era tan desacertado. Tenía que admitir que, hasta el momento, había disfrutado de una vida sin grandes complicaciones. Los días fluían como el agua de un riachuelo en cuyo lecho solo hubiera guijarros y alguna piedra afilada que se podía esquivar sin demasiado esfuerzo. ¿Quizá porque su familia le apartaba las que constituían un verdadero obstáculo? Probablemente, y ella lo agradecía, por supuesto. No obstante, el hecho de no haberse enfrentado nunca a problemas graves le había infundido una falsa seguridad en sí misma que resultaba engañosa, pues alimentaba la creencia de que todo era tan sencillo como seguir el cauce del río. Y la realidad no era así.

Elisa había pasado más de media noche despierta intentando resolver el dilema de actuar o no actuar, hasta que consiguió arrinconar el egoísmo y ver con claridad meridiana que tenía que renunciar al papel de Julia Capelete. Una sola representación no influiría tanto en su futuro como actriz, ya que no sentía el anhelo de dejar la compañía de los Villanueva como le ocurría a su prima Luisa —Marcos también le había hecho pensar en eso— y, a una semana de la inauguración, el director de *Los bandos de Verona* aún estaba a tiempo de encontrar una sustituta para ella. Elisa la buscaría bajo las piedras, si hacía falta.

Así pues, resolvió que iría a la plaza de la Cebada en cuanto amaneciera y le pediría al Robacapas que le entregara a Juan una nota en la que le comunicaría lo ocurrido con el contrato y que no iba a presentarse en la iglesia. De ese modo, él tampoco acudiría. Ir a su casa y decírselo en persona habría sido más honesto y valiente, pero recordaba bien la advertencia del pícaro: «ni se te ocurra renunciar a esa comedia en el Coliseo». Discutirían y la entretendría hasta que llegaran Catalina y Julián para acompañarlo a San Ginés, con lo que no tendría escapatoria.

O peor: la persuadiría de seguir con la boda colmándola de besos y caricias, y ella sería incapaz de resistirse, perdería el norte y terminaría por ceder.

No. No podía correr ningún riesgo que encadenara a Juan de por vida. La boda no debía celebrarse. Abandonaba el sueño de actuar en el Coliseo.

Otro sueño, sin embargo, se apoderó de ella tras haber resuelto el dilema: el sueño tangible y real que se manifiesta con bostezos, pesadez de párpados y relajación total y absoluta del cuerpo. Elisa se quedó profundamente dormida y no despertó hasta que la voz de su madre pronunciando su nombre invadió la paz de su descanso.

Eran más de las nueve de la mañana. Tenía que asearse, desayunar y vestirse para el gran acontecimiento. No había tiempo para avisar a Juan aunque prescindiera de ingerir algo de comida. Ni siquiera había escrito la nota y no confiaba en nadie de la casa para entregársela. Además, su madre revoloteaba a su alrededor sin dejarla sola ni un minuto. ¡Oh, Señor! ¿Qué podía a hacer?

Su mente se bloqueó y una imagen patética se ancló en ella: un cariacontecido Juan se forzaba a avanzar hacia el carruaje de Catalina como si aquel vehículo fuera a transportarlo hasta el lugar de su ejecución. Incluso llegó a distinguir sus manos atadas y le oyó pedir clemencia a la dama y apelar al espíritu sensible de Julián para que no lo obligaran a entrar en la iglesia.

A las imágenes del calvario de Juan se sumó su propio miedo. Había oído hablar de los nervios que precedían a la ceremonia nupcial, pero lo que Elisa sentía se acercaba más al pánico que a la intranquilidad. Cuando se vio con el vestido de novia, de damasco dorado, tan rígido y ceñido en la parte alta que le costaba respirar y de falda tan amplia que no pasaría por la puerta de su habitación, supo lo que tenía que hacer. Y era exactamente eso: no pasar por aquella puerta. Entonces, su madre fue a por los guantes. ¡Por fin la dejaba sola! Y ella se apresuró a cerrar con llave.

Una hora después y con la casa todavía en silencio —¿por qué tardaban tanto en regresar?— no se arrepentía de su reacción impulsiva. Incluso se sentía orgullosa de que su anhelo de amar para siempre y ser amada por su esposo hubiera vencido al de triunfar en el Coliseo y ser aclamada por el público. Sin embargo, una cierta tristeza la rondaba porque no podía dejar de pensar en que había humillado a Juan.

La odiaría con todo su ser. Y con toda la razón del mundo. Aquellos pequeños fastidios de la infancia no serían nada comparados con haberlo plantado en el altar. Pero ya era tarde para rectificar y, en realidad, le había hecho un favor, ¿no? La humillación que Juan sintiera debatiría con el alivio de poder continuar con su vida y, en un par de días o tres, lo segundo se impondría a lo primero, se decía Elisa para sobreponerse a aquella tristeza que iba en aumento.

Al poco, oyó la puerta de la calle y se preparó para el alud de reproches que a buen seguro le caerían. Se levantó y abrió la de su alcoba. Cuanto antes se enfrentara al rapapolvo, antes se calmarían todos.

Su padre despotricaba mientras subía las escaleras. Su madre intentaba tranquilizarlo. Elisa se situó en el centro de la habitación, la barbilla en alto, la espalda erguida. No discutiría, pero tampoco quería mostrar debilidad. Estaba convencida de que había hecho lo mejor para Juan.

—Papá —comenzó, nada más verlo en el umbral—, sé que merezco…

—No digas nada —la atajó él apuntándola con el índice.

Obediente, calló. Su padre, con la mandíbula tensa, echó un vistazo rápido por el cuarto hasta localizar la llave. Se la agenció, salió de la habitación y el sonido del cerrojo resonó en los oídos de Elisa.

—¿Papá?

—¿No querías estar encerrada en tu cuarto hace un rato? —expresó con ironía tras la puerta—. Pues así te vas a quedar.

—¿Hasta cuándo? —preguntó ella, pasmada.

—Hasta que a mí me dé la real gana.

—Pero… —¿Qué significaba eso?—. ¿Mamá? ¡Mamá!

No hubo respuesta. La esperada bronca se había reducido al silencio más absoluto.

* * *

También el silencio envolvía a Juan en el interior del carruaje de la dama Velasco mientras lo acompañaban de vuelta a casa. Sin embargo, en el suyo propio se repetía un lamento fustigador: Elisa lo despreciaba.

La única mujer que había hecho vibrar su corazón había preferido renunciar a un sueño alcanzable a estar unida a él, aunque solo fuese sobre el papel. Dolía. Y dolía aún más la sospecha de que había querido mostrar ese desprecio a todos los que la rodeaban, pues había quedado más que patente al no presentarse en la iglesia. Una humillación que iba perdiendo fuerza ante el dolor y sobre todo, ante la incomprensión.

Miró los guantes de cabritilla que aferraba, los que ella no había llegado a estrenar, como si en esa prenda pudiera hallar la confirmación a su sospecha. Marcos le había contado lo ocurrido con el contrato falso y le había pedido perdón mil veces, por lo menos. En ningún momento imaginó que Elisa no se presentaría a la boda, le había dicho otras tantas. En la iglesia, todos le repetían:

—Habrán sido los nervios de última hora. No te preocupes.

Lo habían compadecido, algo que Juan aborrecía, y a punto estuvo de lanzar un puño contra el rostro de Julián Gallardo, sentado frente a él en el carruaje, cuando volvió a pronunciar esas mismas palabras, a las que añadió:

—Puede que Elisa ya se esté arrepintiendo de lo que ha hecho.

—Gracias por los ánimos —masculló, harto de oír mentiras.

Nervios, arrepentimiento… ¡Y un cuerno! No se trataba de eso. Ella lo despreciaba y punto.

—No pretendía animarte —replicó el hombre—. Simplemente confío en mi esposa. La he visto unir a más de una pareja por la que nadie apostaba un solo real y me extraña mucho que se haya equivocado contigo y Elisa.

Doña Catalina le dirigió una mirada amorosa a su marido y este le tomó la mano en un gesto de apoyo y cariño que Juan envidió. Jamás alcanzaría ese grado de comunión con la mujer que amaba. Lo había rozado unos minutos la mañana del lunes, cuando entrelazó los dedos de Elisa con los suyos y así los mantuvo mientras le daba placer, pero ella no estaba del todo lúcida aquel día, por

culpa del vino, y se había dejado llevar por un deseo que no controlaba. En realidad, aquello no tuvo nada que ver con el amor que percibía en la pareja sentada frente a él.

Juan acarició la piel de los guantes como si fuera la de su dueña, y el dolor de sus entrañas se intensificó. Flagelarse con un cilicio le causaría menos sufrimiento.

Le tendió la prenda a la dama.

—Tomad, prefiero no tenerlos a mi alcance.

—Debes quedártelos, Juanito, son…

—No —la cortó él—. Solo son un símbolo de lo que ya es un amargo recuerdo.

El cordón de la capa era algo distinto. Aquel insignificante trozo de seda lo acercaba a una Elisa atrevida, a la que se aventuraba en un barrio peligroso para conseguir lo que quería, la que lo llamaba «pedazo de bruto» sin temer un enfrentamiento y en defensa de un completo desconocido, la que lo había besado con pasión para abofetearlo después… En cambio, aquellos guantes solo evocaban la imagen de una mujer que lo había plantado en el altar.

Con las manos ya vacías, apoyó un codo en la ventanilla del carruaje y la sien en la yema de los dedos. Su mirada se perdió en las calles y en los edificios que iban dejando atrás, pero no les prestaba atención. Un solo pensamiento se abría paso entre todos los demás y, cuando ya cruzaban la plaza de la Cebada, se instaló, inamovible, en el centro de su mente.

—Me marcharé de Madrid —dijo más para sí mismo que para informar a doña Catalina y a su esposo.

—¿Por qué? —se alarmó la dama—. ¿Cuándo?

—Tan pronto como pueda. Si me quedo, los gemelos insistirán en que me asocie con ellos y les ayude con la gestión del teatro y con las tramoyas, lo que implicaría estar cerca de Elisa todos los días.

—Tal vez sea lo que os hace falta —indicó Catalina con una sonrisa cargada de intención—. Un poco más de contacto. En todos los sentidos.

Julián fue más empático con él.

—Te comprendo, Juan. Tener que reprimir la pasión y lo que uno siente por una mujer es insoportable.

—No le hagas caso, Juanito. Él jamás se ha reprimido nada.

—Cariño, no tienes ni idea de cuánto tuve que controlarme antes de casarnos.

—Oh, ¿te refieres a tus días de confinamiento? Ah, sí, quizá sí hubo alguna ocasión en la que te hice sufrir un poco —admitió con un guiño.

Julián se dirigió a él de nuevo.

—De todos modos, también te diré que el sufrimiento fue peor durante los días que pasé sin ver a Catalina, por lo que te aconsejo que hables con Elisa antes de marcharte de Madrid.

—Eso no haría más que estropearlo todo definitivamente —opinó Juan—. Ya me dijo en una ocasión que no quería nada de mí y está claro que así sigue siendo. Obligarla a mantener una conversación civilizada cuando estoy seguro de que no…

—¿Por qué tiene que ser civilizada? —lo interrumpió Catalina—. Discutid, gritaos, dejad que la pasión que lleváis dentro se exteriorice de algún modo. Será solo un pequeño avance, pero acabaréis dándome la razón. Me sentiré muy decepcionada contigo si no luchas por lo que quieres, Juanito.

—Lo que quiero es que Elisa sea feliz. Y no lo será si le impongo mi presencia. No. Debo respetar sus deseos aunque no coincidan con los míos —sentenció. Con gran alivio, vio que llegaban a la calle del Oso. La insistencia de Catalina hurgaba en la herida sangrante de su corazón y su aguante tenía un límite—. Por lo que a mí respecta, aquí termina mi relación con Elisa y con los Villanueva.

La dama compuso una sonrisa sesgada.

—Lo dudo. Escucha…

Juan se negaba a escuchar más

—Y también con vos. Perdonadme si os parezco grosero o desagradecido, pero mi mundo es muy distinto al vuestro y al de ella y, al igual que el agua y el aceite, tratar de mezclarlos sería un esfuerzo inútil. —El coche se detuvo—. Don Julián, ha sido un placer haberos conocido. Adiós, doña Catalina.

Abrió la portezuela y se apeó. La dama hizo amago de ir tras él, pero su esposo se lo impidió.

Juan entró en el portal y subió las escaleras con la misma agilidad de todos los días. Una vez en su casa, se sirvió un vaso de vino y, como todos los días, tomó un trago largo.

Le supo a rayos. Como todos los días.

El segundo sabría mejor, se dijo. El paladar se adaptaba pronto si no tenía elección. Sin embargo, cuando aquel caldo barato volvió a descender por su garganta, le supo aún peor. El regusto avinagrado y de uva pasada con que debían elaborarlo se acentuaba con el sabor amargo que el desprecio de Elisa le había dejado. No obstante, apuró el vaso y engulló el contenido de otro más. Ahogarse en aquel vino siempre sería mejor que la desesperanza de conquistar a la mujer que amaba.

Después de vaciar el cuarto, su memoria evocó de nuevo la mañana de su noveno cumpleaños:

—Dios nos ha obsequiado a todos con un regalo muy especial —le había dicho Diego Villanueva.

—Pero este regalo no es para mí —fue su respuesta.

Y, en efecto, no lo era. Lo supo entonces y el tiempo no había hecho más que corroborar esa certeza: Elisa nunca sería para él.

CAPÍTULO 17

—¿Hasta cuándo me vais a tener encerrada, padre? —preguntó Elisa el lunes por la mañana. El tono desafiante reflejaba su indignación.

Su padre ni se inmutó. Plantado en el umbral de la puerta mientras la criada depositaba una bandeja con el desayuno en la única mesa que había en la alcoba, la miró a ella en silencio y con extrema frialdad. No le hablaba desde el sábado, ni siquiera para darle los buenos días.

La criada tampoco abrió la boca ni alzó la vista del suelo. No solía ser locuaz, pero nunca había mostrado una actitud tan sumisa y descortés. Elisa se tragó la ira que la impelía a gritarles y a zarandearlos para que reaccionaran.

Desde la boda no celebrada, su padre había abierto esa puerta ocho veces para que la sirvienta entrara a dejarle la comida correspondiente a la hora del día o para retirar los platos vacíos; en esas las idas y venidas aprovechaba para sustituir la bacinilla ya usada por una limpia y reponer el agua de la jofaina. Siempre en el más absoluto mutismo.

Elisa se lo había tomado bastante bien durante el fin de semana, pues veía lógico que la castigaran por lo que hizo. El aislamiento era un correctivo que solía aplicarse a las mujeres, así que lo aceptó sin rechistar. Nunca lo habían puesto en práctica en su familia, pero, claro, tampoco ella o sus primas habían dado motivos para merecer un castigo tan severo. Y podía dar gracias a Dios por tener una familia que repudiaba la violencia, ya que había hijas y esposas que, por faltas mucho menos graves, recibían una paliza o los azotes de un cinturón.

Sin embargo, el lunes se levantó de mal humor. Había llorado durante casi toda la noche, presa de la tristeza por haber humillado

a Juan. También le causaba pesadumbre haber dejado escapar la oportunidad de ser reconocida en su oficio, aunque no tanta como esperaba. Su mayor aflicción se debía a que aquel confinamiento le impedía ir a ver al pícaro y explicarle el motivo de su innoble y censurable comportamiento. Dado que no se atrevía a pedir permiso para tal fin, pensó en solicitarlo para cumplir con su deber moral de disculparse ante el director de *Los bandos de Verona* y sus compañeros de reparto. Seguramente se lo concederían y, una vez en la calle, ya se las arreglaría para despistar a quien la acompañara —no contaba con que la dejaran ir sola— o persuadirle de acercarse a la taberna donde Juan trabajaba.

Impaciente, aguardó hasta media mañana, cuando pegó la oreja a la puerta con el fin de oír los pasos de su madre en el pasillo en dirección a la escalera. Antes de que se marchara a las habituales compras de los lunes, la abordaría. A diferencia de su padre, ella sí le hablaba muy de tanto en tanto.

—¡Mamá, espera! —la llamó en cuanto escuchó su acostumbrado caminar enérgico.

Y, a través de la puerta cerrada, formuló su petición.

—Tu padre y tu tío ya se han disculpado, no hace falta que salgas.

—Pero yo quiero dar la cara

—Demasiado tarde. Ellos la han dado por ti —repitió Ana en tono de reproche.

—No es justo, mamá. Siempre decís que hay que afrontar los errores y ahora que estoy dispuesta a afrontar el mío, no me lo permitís.

—Presentarse el sábado en la iglesia habría sido afrontar tu error, Elisa.

—No hice nada con Juan en aquel cuarto de la tienda de afeites, lo ju… —Se calló porque sí había hecho algo. Algo que todavía le calentaba la sangre cuando lo rememoraba.

—Será mejor que no jures —adivinó la mujer, y sus pasos se alejaron de la puerta junto con un comentario destinado a herir—: Tendrías que haber visto cómo se quedó Juanito cuando tu padre y yo aparecimos sin ti.

Lo imaginaba: petrificado, tenso como las cuerdas de un laúd y furioso por dentro, rugiendo como un volcán a punto de entrar en erupción. Luego, cuando el momento humillante pasara, respiraría aliviado, aunque disimularía ante los Villanueva.

Un par de horas después, a la vuelta de aquellas compras en las que su prima la había sustituido como acompañante de su madre, la joven Luisa se acercó a la puerta para interesarse por ella y Elisa le pidió que le contara con detalle lo ocurrido en San Ginés.

—No hay tiempo. Me he escapado de la sala porque tus padres están emperrados en que no hables con nadie y no me dejaban subir. Cuando se den cuenta de que… Pero lo intentaré. A ver, Juan llegó con Catalina y Julián ¡Estaba guapísimo! Me refiero a Juan —puntualizó—. Julián también, por supuesto. ¡Qué ojos tiene ese hombre! Y conserva una gallardía que…

—Luisa —la cortó ella, y repitió—: qué pasó en la iglesia.

—Ay, sí, perdona. Pues, Juan saludó a todos y mi padre le presentó a mi hermana pequeña, que es la única a la que no conocía aparte de al padre Nicolás. Al cura también se lo presentaron, por supuesto. Se quedaron junto al altar y no sabría decirte sobre qué conversaron porque…

—Eso me da igual —volvió a interrumpirla Elisa—. Ve al grano, por favor.

—Me has pedido que te lo contara con detalle, ¿no?

—Sáltate esa parte. ¿Qué pasó cuando Juan vio que yo no… no…? —Ni se atrevía a expresarlo.

—¿Que no ibas a aparecer? Se quedó blanco como los cirios que iluminaban al Cristo crucificado que hay en el centro del ábside.

—¿Blanco? —No era así como ella le había imaginado—. ¿No se enfadó?

—A mí no me lo pareció. Mas bien diría que estaba a punto de llorar, porque los ojos le brillaban.

—¿Me estás tomando el pelo, Luisa?

—No. Creo que se quedó muy triste, lo digo en serio. Y completamente pasmado. Como todos en la iglesia, naturalmente. Tu madre sí lloraba, la pobre. Estrujaba tus guantes y apenas podía hablar. Entonces, el padre Nicolás dijo: «Bueno, si no hay novia, no

hay boda» y yo, que te estaba insultando mentalmente… Perdona, pero es así —acotó—. Te llamé boba, estúpida, loca de remate… Incluso cruel. ¿Cómo pudiste hacerle eso? Fue un agravio terrible, Elisa. Tendrás que pensar en una manera de resarcirle, compensarlo con algo que le guste mucho, o no te lo perdonará jamás.

—Al contrario, creo que me lo agradecerá —rebatió ella—. Continúa, por favor.

—En fin, que vi una oportunidad de oro para mí y me ofrecí a sustituirte.

—¿Cómo dices?

—Me ofrecí a casarme con Juan. Ya sabes que a mí no me importa el amor.

—Sí, lo sé, pero… —Elisa se recuperó de la sorpresa inicial y sonrió—. Tú sí que estás loca, Luisa.

—Eso mismo dijo mi padre, y me hizo callar. Sin embargo, luego… ¡Uy! Alguien sube —advirtió—. Si me pillan aquí...

—¡Espera! Luego, ¿qué?

—Pues Catalina comentó que no era tan mala idea. Entonces, todos comenzaron a hablar a la vez y ella convenció a…

La voz de Diego Villanueva hizo retumbar las paredes.

—¡Luisa!

—¿Sí, tío Diego?

—Baja a la sala inmediatamente.

—¡Papá, por favor! —suplicó Elisa.

—Adiós, prima. ¡Resiste!

¿Resistir? ¿Resistir qué? ¿Acaso el aislamiento iba a durar muchos días más?

¿Y de qué había convencido Catalina a Álvaro? ¿De que Luisa se casara con Juan?

¡Oh, Señor Todopoderoso! Ese lunes estaba siendo el más horrible de toda su vida.

Notó que le faltaba el aire y abrió la ventana, pero el frío no aplacó la tremenda angustia que sentía. Horas después, oyó de nuevo los pasos de su madre y la llamó.

—¡Mamá! Luisa me ha insinuado que me sustituyó en la boda. Dime que no es cierto.

—¿Y qué más te da? Tú despreciaste a Juanito.

—Pero él no…

—Que duermas bien, cariño.

No lo había negado. ¡Ay, Dios! ¿Juan y Luisa? No, no. Imposible. Solo la estaban atormentando para que su castigo fuese aún más insoportable de lo que ya era.

Sin embargo, la duda convocó una pesadilla en la que el pícaro y la prima Luisa estaban felizmente unidos en matrimonio, y Elisa despertó en plena noche, con lágrimas en los ojos y una desolación que no recordaba haber sentido jamás. No pudo volver a conciliar el sueño. No cesaba de preguntarse qué diantre le ocurría y, hundida en la tristeza, solo halló una respuesta. Una que la dejó estupefacta y más abatida de lo que ya estaba, pues se resistía a creer que fuera posible: se había enamorado de Juan.

* * *

Ese último lunes de enero tampoco empezó demasiado bien para Juan. Cada vez que pensaba en que los padres de Elisa la habían encerrado en su habitación, aislada de todo, le entraban ganas de presentarse en la calle del Lobo y liarse a golpes con Diego Villanueva.

—Es una crueldad —le había dicho al hombre el domingo, cuando se presentó con su esposa en la trastienda para comunicárselo.

—Queremos que reflexione sobre lo que te hizo.

—Está muy afectada —añadió Ana— y sé que vendría a verte si le permitiéramos salir.

—Para pedirme disculpas, supongo —dedujo él—. Francamente, prefiero que no lo haga.

Poco más conversaron. Juan los invitó a irse con la excusa de que tenía mucho que hacer. Y lo tenía, desde luego, pero la razón principal era que no soportaba sus miradas compasivas y le enfurecía que hubiesen castigado a Elisa como si fuese una niña atolondrada e impulsiva en lugar de una mujer de veinticinco años que sabía lo que hacía. Y para torturarla aún más, la mantenían en

la ignorancia acerca de cómo habían solventado el asunto de la boda.

No iban a contarle nada hasta el miércoles, día en que pondrían fin al aislamiento para que ella pudiera continuar con los ensayos de la comedia de Rojas.

Eso era demencial, en opinión de Juan, por lo que ese lunes —otro que no sería tranquilo debido a que tendría que comenzar a organizar su marcha—, escribió una carta a Elisa. Había un modo de hacérsela llegar sin intermediarios y sin tener que hablar con ella. El confinamiento no representaba un obstáculo para un pícaro avezado en el saqueo de viviendas.

Iba a ser breve, una mera información sobre lo acontecido en San Ginés, pero su mano adquirió vida propia y, como si estuviera conectada al corazón en lugar de al cerebro, plasmó en el papel lo que había guardado dentro de sí con tanto celo.

Cuando se percató de lo que estaba revelando, la terminó lo mejor que supo y la firmó. Luego, y ya puesto a confesar, abrió la caja de sus recuerdos y, procurando no mirar la alianza de oro que también había guardado allí, sacó el cordón de seda azul.

Tenía que devolvérselo y sin embargo, se resistía a desprenderse de lo único que poseía de ella. Todavía olía ligeramente a jazmín.

Tras pensarlo detenidamente, optó por una solución intermedia y añadió una posdata.

No encontró sobres en la casa, así que lo metió todo en una faltriquera y se dirigió a la taberna. En la trastienda, se procuró uno, lo selló y guardó la carta en un cajón de la mesa que hacía las veces de escritorio. No podía llevarla a su destino hasta bien entrada la noche, por lo que apartó a Elisa de sus pensamientos y se concentró en sus tareas. Aparte de las habituales, mudarse de ciudad requería otras.

Calculó que en una semana como máximo podría dejar el negocio traspasado. Había hecho correr la voz de que se marchaba y ya se habían presentado dos pícaros que querían hacerse cargo de la compra-venta de objetos robados. Ninguno de los dos obtuvo su aprobación, pues buscaba a alguien que también lo sustituyera en su

trabajo en la taberna. Rezó por que apareciera la persona adecuada antes del próximo lunes.

El hombre que se presentó en la trastienda cuando el sol se ocultaba en el horizonte no estaba interesado en ser polidor sino mediador. Julián Gallardo le estrechó la mano y se acomodó frente a él.

—Mañana, Diego y Ana se irán temprano hacia el corral de comedias. Como el sábado es la inauguración del Coliseo no habrá representación, por lo que adelantan el estreno de la semana al jueves y necesitan aprovechar todas las horas posibles. Me han encargado la vigilancia de Elisa hasta que regresen —le notificó—. Al parecer, no se fían de nadie más. Aparte de mi esposa, por supuesto, pero la reina Isabel ha requerido su compañía durante el paseo matinal por sus jardines y ella ha delegado en mí toda la responsabilidad. Ambos seguimos opinando que deberías hablar con Elisa y he pensado que, si quisieras hacerlo, yo podría facilitarte mañana la entrada en la casa. Incluso en su habitación, ya que tendré la llave.

Juan sonrió con suficiencia.

—Fui ladrón, señor Gallardo, pocas cerraduras se me resisten. Y la de la puerta de una alcoba no tiene ningún secreto para mí. De hecho, voy a hacer una incursión esta noche en esa alcoba para dejarle a Elisa una carta que le he escrito —le confió.

—Ah, tu plan me parece mucho más interesante, sobre todo si ella se despierta mientras tú…

—Ese es el único problema —disintió él—. No querría asustarla. Su grito alertaría a sus padres.

—O ellos podrían pillarte antes de que llegaras a la habitación que te interesa.

—Eso no me preocupa. Conozco bien cada rincón de la casa. Pasé mucho tiempo allí cuando era niño y sabré dónde esconderme si percibo el más mínimo riesgo de que Ana o Diego me descubran.

—Aun así, si no pretendes nada más que dejarle esa carta, yo podría entregársela mañana en cuanto ellos se marcharan. En mano y sin que la criada lo viera, naturalmente. Prometo la máxima discreción.

Juan meditó unos segundos. Calcular la probabilidad de que Elisa se despertara era imposible. Por muy sigiloso que fuera al entrar y salir de la alcoba, debía tener en cuenta el factor suerte, y últimamente no parecía estar de su parte. Si daba la puñetera casualidad de que ella, por cualquier motivo, ni siquiera estuviese dormida en ese momento, oiría la puerta en cuanto la abriera y le reconocería nada más verlo. ¿Y qué haría él, entonces? ¿Besarla para acallar su grito?

«No debemos volver a besarnos.»

Aquellas palabras que permanecían en su memoria lo llevaron a concluir que debía aceptar el ofrecimiento de Julián Gallardo. Abrió el cajón del escritorio y sacó el sobre.

—De acuerdo. Confío en que cumpliréis vuestra promesa.

—Descuida. Mi esposa me mataría si interfiriera en su objetivo —arguyó con una sonrisa de complicidad—. Además, por mi propia experiencia, sé que expresar verbalmente ciertos sentimientos cuesta mucho más que plasmarlos en un papel, ya sea por escrito o dibujando, que es mi especialidad. Algún día te contaré cómo Catalina supo que yo… —Se guardó el sobre en la faltriquera—. En fin, no quiero entretenerte más.

Julián Gallardo se marchó y Juan presintió que la carta estaba en buenas manos.

* * *

Debía de tener los ojos enrojecidos de tanto llorar, pensó Elisa en la oscuridad del cubículo que formaba el dosel de su cama. No sabía qué hora era, había perdido la noción del tiempo desde que despertara de aquella pesadilla en la que su prima Luisa se había casado con Juan y que le había revelado una verdad terrible. Habría sido maravillosa si la hubiera descubierto unos días antes, pero ya era demasiado tarde.

Se enjugó una lágrima silenciosa que escapó cuando ya creía que no le quedaban, pues había derramado muchas. Acongojada, se incorporó y se recostó en el cabecero de madera renunciando definitivamente a dormir. Aunque se sentía exhausta, no podía

alcanzar la paz del sueño. La tristeza que la embargaba ofuscaba su mente, que se había anclado en un único pensamiento: estaba enamorada del hombre al que había plantado en el altar. Un hombre que no sentía por ella nada más que deseo y, con toda probabilidad, ya ni siquiera eso. La humillación lo habría apagado por completo.

Notó que nuevas lágrimas rodaban por sus mejillas y las dejó caer. No tenía fuerzas para secarlas. También le costaba respirar. Los gruesos cortinajes del dosel que impedían el paso de la luz y conservaban el calor del lecho durante las noches de invierno reducían la entrada de aire, pero no quiso descorrerlos. La casa había despertado ya y no tardarían en subirle el desayuno. Si su padre la veía con los ojos llorosos creería que el aislamiento había hecho mella en su ánimo y se sentiría satisfecho de que el castigo estuviera dando por fin resultados. Tal vez incluso la liberaría, y lo último que deseaba Elisa esa mañana era salir de su cuarto y enfrentarse al mundo. La aflicción ahogaba sus energías y mermaba su coraje.

Ni se inmutó cuando oyó la llave girar en la cerradura. Su padre y la criada no le hablaban, así que dio por sentado que le dejarían la bandeja y se marcharían.

Los sonidos confirmaron su suposición. Pasos, metal sobre madera, más pasos…

—Gracias, puede retirarse.

¿Era la voz de Julián?

La puerta se cerró.

—Buenos días, Elisa.

Un saludo alegre. Del esposo de Catalina. ¿Estaba soñando?, se preguntó, perpleja.

—Tus padres se han ido y me han nombrado responsable de tu custodia —informó en un tono dicharachero—. ¿Estás despierta?

—Creo… —Se pellizcó el brazo—. Creo que sí.

—Estupendo, porque te he traído algo.

Un débil haz de luz se proyectó sobre la colcha color salmón cuando el hombre apartó ligeramente una de las cortinas del dosel. Por el hueco apareció la otra mano de Julián con un sobre.

—¿Una carta? —se extrañó ella.

—No podrás leerla ahí dentro, está muy oscuro. —Lanzó la misiva sobre la cama y soltó la tela. La negrura engulló aquel sobre misterioso—. Pero te la dejo ahí. Ah, y cuando la hayas leído, guárdala donde no puedan encontrarla. Excepto mi esposa, nadie sabe que estoy haciendo de mensajero de Juan.

—¿Juan me ha escrito?

¡Ay, madre! No serían palabras bonitas, eso seguro.

—Iba a traértela él esta noche, colándose a escondidas en tu alcoba, pero me ofrecí a hacerlo yo con discreción para evitarle posibles contratiempos y aceptó. Tienes el desayuno en la mesa. Procuraré distraer a la criada para que te dé tiempo a leerla y a comer algo.

El cerrojo de la puerta sacó a Elisa de un nuevo estupor. ¿Colarse en su alcoba? ¿Cómo? ¿Por la ventana cerrada, a más de trece pies de distancia del suelo? Se pellizcó otra vez. ¡Au!

Sí, estaba despierta.

Abrió una cortina y la luz coloreó de rosa salmón una buena parte de la colcha. Elisa fijó sus pupilas en el sobre blanquecino sellado con lacre rojo sin atreverse a tocarlo. No era plano, contenía algo más que papel.

La curiosidad venció al temor y, con cautela, lo alcanzó y despegó el lacre.

Una letra pulcra y pequeña asomó por la abertura rectangular. Extrajo el pergamino doblado y con él, cayó sobre la colcha un cordón de seda azul.

Lo reconoció de inmediato. También se percató de que su longitud era considerablemente menor a la que debería tener. Lo habían cortado por la mitad. ¿Por qué? Miró la carta que temblaba entre sus dedos. Respiró hondo y la desplegó.

Querida Elisa:

Tus padres me han informado del castigo que te han impuesto y lo lamento de veras, pero no tendrás que sufrirlo mucho tiempo más. Mañana por la mañana te liberarán de este absurdo aislamiento y te revelarán lo que te han ocultado desde el sábado, aunque tú ya lo

sabrás, puesto que ese es el motivo de esta carta: decirte que estamos casados.

Los temblores cesaron. Elisa parpadeó para aclararse la vista y volvió a leer esa última frase. ¿Estaban casados? ¿Juan y ella? Boquiabierta y con el pulso atronando en sus oídos, continuó.

A pesar de tu ausencia, la boda se celebró. Por poderes. La joven Luisa ocupó tu lugar mientras sostenía tus guantes como símbolo de tu persona. El padre Nicolás pasó por alto todo el papeleo necesario para que el matrimonio fuese válido, pero supongo que, a día de hoy, tu padre, con la «inestimable» ayuda (dudo que tú la consideres estimable) de doña Catalina, ya habrá conseguido el poder notarial que autorizaba a tu prima a sustituirte y actuar en tu nombre. Sinceramente, todo me pareció muy irregular y yo estaba tan anonadado con el jaleo que se armó, que no hallé el modo ni el momento de oponerme a esa peculiar unión matrimonial.

Lo habían atrapado. Los Villanueva y la alcahueta aficionada de Catalina no le habían dado opción a Juan. En ese momento, Elisa comprendió que se hubiera quedado blanco, como dijo su prima. Un gemido sordo se le atascó en la garganta y sus ojos se humedecieron de nuevo. Los secó con dolorosa furia y enfocó el siguiente párrafo.

Imagino que la noticia te ha helado la sangre, pero no te preocupes demasiado. Puedes solicitar la revocación de ese poder cuando quieras. Tienes veinticinco años y se te considera legalmente mayor de edad. Así pues, disfruta de la representación del sábado en el Coliseo del Buen Retiro y, por mí, no te apresures a invalidar el matrimonio. Aprovecha las ventajas que te reporta ser una mujer casada. No voy a pedirte nada más que eso:

que goces de tu libertad. Yo me marcho de Madrid. No quiero imponerte mi presencia ni que te sientas obligada a ser mi esposa en ningún sentido.

¿Obligada? ¡Madre de Dios, si estaba deseando serlo! En todos los sentidos, cada día de su vida y en cualquier lugar al que él quisiera irse. Claro que Juan no lo sabía. Y se marchaba. Sus razones parecían altruistas, pero Elisa interpretó que se desentendía de ella como si hubiera cumplido una misión. Una misión que le habían impuesto, no cabía duda. Y esa carta corroboraba su convicción de que el alivio de poder librarse de ella eclipsaría la humillación sufrida. Juan le regalaba un sueño y luego, se esfumaba porque la aborrecía.

Desolada, retomó la lectura sin demasiado interés. ¿Qué importaba ya el resto de explicaciones?

Todavía no sé adónde iré, lo único que sé es que buscaré un trabajo honrado para que no te avergüences de mí. Me dijiste en una ocasión que no tengo alma de pícaro y puede que sea cierto. Ahora, desde luego, lo es, porque mi alma solo vive por ti. Tú eres la razón de que ansíe poner fin a un modo de vida que me ha llenado durante años, pero que pierde todo el sentido si me impide estar cerca de la mujer que amo.

Creo que me enamoré de ti en el mismo instante…

¿Qué? Releyó las palabras que acababan de impactar en su entendimiento, aturdido por la pesadumbre. ¿Juan la amaba?

Sí. Eso decían esas líneas que parecían escritas a toda prisa y que se apretujaban a partir de ahí, como si temieran quedarse sin papel antes de poder expresar todo lo que deseaban.

El pulso de Elisa se disparó. Saltó de la cama y corrió hacia ventana en busca de más luz. El sol que se elevaba en el cielo nítido de aquel último día de enero potenció el contraste entre la tinta y el

pergamino, dotando de realidad al sueño que había dado por perdido.

> *Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en que apareciste en aquel callejón, cuando aún no sabía quién eras y estabas a punto de tiritar, pero no fui consciente de ello hasta que te besé aquella tarde lluviosa en mi casa. Tu sabor, tu aroma, el tacto de tu piel… se metieron tan dentro de mí que ya no he sido capaz de percibir otros. Desde entonces, no he dejado de soñar con pasar el resto de mi vida contigo para intentar ganarme tu amor. Sé que es uno de esos sueños tan difíciles de cumplir que sería mejor abandonarlo, pero no lo haré. Mantendré la esperanza, aunque estemos lejos el uno del otro y aunque pongas fin a nuestro matrimonio. Incluso cuando encuentres a alguien a quien amar y yo no sea más que un curioso recuerdo en tu memoria, seguiré alimentando mi sueño para no volver a perderme en el camino. Tú eres la única razón que me hace desear ser mejor de lo que soy. Y si no llegara conquistar tu corazón, me gustaría, por lo menos, tener tu respeto.*

Las lágrimas volvían a anegar los ojos de Elisa cuando dio la vuelta al papel. Se llevó las yemas de los dedos a los labios para contener las emociones que clamaban por manifestarse de forma sonora. Si la criada la oía, subiría a ver qué le pasaba y ella no podría continuar leyendo.

Devoró el resto de la carta como si el pergamino fuera a desintegrarse en el próximo minuto.

> *Te preguntarás por qué he callado hasta ahora lo que siento por ti. Solo puedo darte una respuesta: tuve miedo. Sí, también a mí me suena extraño, pero así es. El hombre que nunca ha temido que lo apresaran por delinquir, el que se ofrece como palafrenero sin saber de*

caballos, el que se embarca en un navío con el único afán de conocer algo nuevo tiene miedo a ver el rechazo en los ojos de una mujer. En los tuyos. Los más bellos que Dios ha creado para celar un alma igualmente bella.

Puede que consideres esta carta como un ejemplo más de cobardía, ya que podría haber esperado a que terminara tu confinamiento para expresar todo esto de viva voz ante ti. Quizá lo sea, no lo negaré, pero prefiero pensar que es una manera de decirte que no te guardo rencor, que comprendo tu decisión mucho más de lo que imaginas y que no voy a pedirte nada que tú no quieras darme por voluntad propia, sin presiones de nadie.

Me estoy extendiendo demasiado, lo siento. Sé que estás muy ocupada con los ensayos y debes concentrarse en la obra, no en un montón de palabras escritas en un arrebato de osada sinceridad. En cuanto me haya mudado volveré a escribirte para que sepas dónde encontrarme por si necesitas mi ayuda. En cualquier momento, para lo que sea. Siempre estaré disponible para ti.

Mi corazón es tuyo.

Juan

P.D.: Me quedé con el cordón de tu capa. Sé que esta mitad no te servirá de nada, pero necesito una parte de ti para seguir respirando.

Oh, Dios. ¡Oh, Dios! Eso era mucho más de lo que nunca se había atrevido a soñar. Volvió a leer la carta de principio a fin, acariciando las líneas como si fueran joyas; cada palabra una gema que se engarzaba con otra para formar un valioso collar.

«Mi corazón es tuyo.»

Tenía que decirle a Juan que el de ella también le pertenecía a él, que no se marchara, que ya se había ganado su amor y, por

descontado, su respeto. Y quería decírselo ya. Quería lanzarse a sus brazos, besarlo hasta perder la cordura, entregarse sin reservas…

Quizá podría pedirle a Julián que le permitiera salir un par de horas sin que la criada se diera cuenta.

Subían la escalera. Oía sus pasos.

Dobló la carta, fue a por el cordón y el sobre, y lo ocultó todo en un cajón de la mesilla junto a la cama.

La llave.

Allí seguía la llave de la casa de Juan desde aquella tarde lluviosa que él citaba en su declaración de amor. Devolvérsela podría ser el pretexto para ir a verlo y corresponder a su confesión.

¿Un pretexto? Sonrió dichosa. No necesitaba ninguno. Bastaría con presentarse en la calle del Oso y…

«Tendrás que pensar en una manera de resarcirle, compensarlo con algo que le guste mucho, o no te lo perdonará jamás.»

Las palabras de su prima surgieron de súbito para empañar su alegría, pero las descartó por erróneas. Juan ya la había perdonado, no le guardaba rencor, decía en la carta. Sin embargo, regresaron con fuerza y llenaron su mente mientras la criada retiraba la bandeja, con el ceño fruncido al ver el desayuno intacto. Julián se plantó en el umbral de la puerta y la miró, interrogante. Ella esbozó una sonrisa y se contuvo de abrazarlo por haber sido el portador de tan maravillosa noticia. Tenía que disimular ante la fiel sirvienta de sus padres.

En cuanto sus guardianes se marcharon, concluyó que Luisa tenía razón. Debía compensar a Juan de algún modo y tenía que ser de un modo especial. No podía precipitarse. Lo pensaría con calma y, al día siguiente, cuando le levantaran el castigo…

De pronto, supo cómo resarcir al hombre que la había conquistado sin ser consciente de ello. A pesar de que apenas lo conocía, Elisa sabía muy bien qué era lo que más le gustaba a su amado esposo.

CAPÍTULO 18

Juan escuchaba a otro de los pícaros interesados en el negocio: el hijo descarriado de un noble. Tenía preparación para hacerse cargo de todo y predisposición a ayudar en la taberna, especialmente a las meretrices. Demasiada predisposición, a su modo de ver, pero era el mejor candidato que se había presentado hasta el momento y ya era viernes. Si cerraba el trato con él esa misma mañana contaría con el resto del día y con el fin de semana para ponerlo al corriente de las cuentas, enseñarle los entresijos de la compra-venta de piezas robadas y para que se familiarizara con las demás tareas que tendría que desempeñar. El próximo lunes —se había acostumbrado ya a que los lunes fuesen activos y algo insólitos— podría emprender el camino hacia el sur y comenzar otra etapa de su vida.

Tal vez se hiciera de nuevo a la mar.

Había recibido carta de Teresa en la que lo felicitaba por su casamiento con Elisa, se disculpaba por no haber asistido a la boda y le agradecía que hubiera contribuido a recuperar la amistad con Ana, pues creía que la había perdido para siempre. La costurera le había escrito pidiéndole mil perdones por los años de distanciamiento y ella le había respondido eximiéndola de toda culpa. Volvían a cartearse como si el tiempo no hubiese transcurrido. Teresa también le contaba que Ana le había ofrecido un trabajo en el corral de los Villanueva, pero que no podía aceptarlo. Enlazaba el motivo de su decisión con el que justificaba su ausencia en la iglesia de San Gines el día del enlace matrimonial, ya que era el mismo: acababa de casarse. Por tercera vez. Su nuevo esposo era francés, un capitán de navío mercante que hacía la ruta del Mediterráneo y tenían previsto partir a finales de la semana siguiente. Los preparativos para el viaje

y la adoración que le profesaba al capitán le habían impedido desplazarse a Madrid.

A Juan le atraía volver a navegar y se estaba planteando unirse a la travesía. No se alejaría demasiado de la península por si su esposa le necesitaba, aunque dudaba que ella lo requiriese para nada. Habían transcurrido tres días desde que Julián Gallardo le entregara aquella carta que comenzaba a arrepentirse de haber escrito. Elisa no había dado señales de vida, lo que significaba que seguía sin querer nada de él.

Pese a ello, y tal como le había asegurado, Juan no iba a perder la esperanza. Solo pondría unas leguas de por medio durante meses para poder sobrellevar con más ánimo el dolor de aquella indiferencia. Casi prefería que Elisa le hubiera escupido a la cara que no era más que un vil delincuente, escoria de la sociedad que no merecía más amor que el que él le había negado a su propio padre y a Teresa durante años. Y tendría razón. Prefería que lo acusara de ser un despreciable pícaro que sacaba provecho de la mentira y que pretendía engatusarla con unas palabras escritas que no debían de ser ciertas, si no había tenido agallas de pronunciarlas en voz alta y a su debido tiempo. En parte, también tendría razón en eso.

Juan quiso agarrarse a aquella explicación para comprender el silencio de Elisa: ella no se había tomado en serio la carta. Probablemente la había quemado y olvidado después de leerla. Y sin mencionarla a su familia, ya que tampoco los gemelos Villanueva se habían acercado a la taberna para alentarlo o desengañarlo del todo.

Quien sí acudió esa mañana fue, de nuevo, el esposo de la dama Velasco. Julian Gallardo irrumpió en la trastienda mientras Juan asesoraba al futuro polidor.

—Disculpa, sé que estás muy ocupado —dijo al entrar—. Serán solo un par de minutos, debo recoger a Catalina en palacio. ¿Cuándo te marchas de Madrid?

—El lunes, si nada me lo impide. O nadie —agregó, refiriéndose a Elisa.

La réplica de Julián evidenció que no tendría esa suerte.

—Bien, porque los Villanueva quieren que asistas a la representación de esta tarde en su corral de comedias.

—No puedo, hay mucho trabajo aquí.

—Y también hay alguien que puede sustituirte. —Saludó al joven pícaro con una inclinación de cabeza y volvió a dirigirse a él—. El tabernero me ha informado de ello y he negociado con el hombre para que te conceda el resto del día libre.

—¿Por qué? —inquirió Juan con recelo. Si los gemelos planeaban un encuentro con Elisa sin que ella lo supiera, sería un fiasco—. ¿Hay alguna razón específica por la que deba tomarme tantas horas libres?

—Mi esposa y yo vendremos a buscarte después de comer, pregúntale a ella.

Y Juan supo que no tenía escapatoria.

* * *

Elisa imaginaba su inminente encuentro con Juan mientras observaba, fascinada y junto a sus compañeros de reparto, el escenario en el que iba a actuar al día siguiente. Era el más grande que jamás había visto, su profundidad parecía no tener fin cuando la pared de fondo se abría y los jardines del Buen Retiro se integraban en la escena; tenía telón de boca, de un rojo intenso, y unas guías en el suelo por las que se deslizaban los bastidores pintados que constituían los decorados. La magnificencia del Coliseo era indiscutible. En unos minutos les permitirían ensayar allí y estaba deseando empezar.

Y terminar, porque lo que más deseaba era ver a Juan.

Aún tendría que esperar unas horas más, pero pronto se convertiría en su esposa en el sentido más completo de la palabra.

Había tenido que pedir ayuda a su madre para llevar a cabo el plan ideado, y esta había extendido la colaboración al resto de la familia, Catalina y Julián incluidos. Desde el martes, Elisa contaba los minutos que faltaban para el encuentro con su marido y se preguntaba por qué lo había aplazado tanto. La demora, que consideró su «pequeña venganza» personal contra el pícaro por haberle ocultado sus sentimientos cuando le ofreció el contrato falso,

le parecía ahora una sandez, un comportamiento tan infantil como el de él respecto a los pretendientes de Celestino.

Una discusión en el escenario la devolvió al Buen Retiro. El grupo de escenógrafos italianos al servicio de Felipe IV vociferaba y gesticulaba en el centro del tablado. Al poco, les comunicaron que una de las tramoyas no funcionaba como debía y que tardarían un rato en arreglarla. El ensayo comenzaría con una hora de retraso. A fin de entretener a la compañía teatral mientras se solventaba el problema con la compleja maquinaria que movía los decorados, el mayordomo mayor del rey y responsable de las representaciones en palacio los invitó a ver el interior del edificio.

Poca atención prestó Elisa a aquella especie de visita guida que los llevó primero al Salón de Baile para dirigirse después, por interminables y amplios corredores, al Salón de Reinos, el más grande y fastuoso del complejo palaciego. Su mente repasaba una y otra vez aquel plan que ya estaba en marcha y no dejaba espacio a la contemplación de tanto lujo.

En uno de aquellos corredores, le pareció ver a Claudia Maldonado a lo lejos. La joven avanzaba con paso rápido en sentido contrario al del grupo de cómicos y, a medida que se aproximaba, Elisa se percató de que andaba ensimismada, tanto como ella lo había estado hasta ese momento. O incluso más, ya que al cruzarse con el grupo, la dama pasó de largo sin mirarla siquiera. Elisa se separó de sus compañeros para ir al encuentro de Claudia.

—¡Oh! —exclamó la joven de ojos azules—. Qué susto me has dado.

—Perdona, no pretendía…

—No te apures. Iba pensando en mis cosas y… ¿Qué haces aquí? —se extrañó Claudia.

Elisa se lo explicó. También la informó de que se había casado con Juan y le dijo, emocionada, que él la amaba.

—¡Cuánto me alegro! Os deseo lo mejor a los dos. Al parecer, cierta historia que inventé no ha resultado tan ficticia —sonrió y, un segundo después, le envolvió las manos con las suyas y la sonrisa se tiñó de pesar—. Ay, Elisa, no sabes la suerte que tienes. En cambio, yo…

—¿Qué te ocurre?

—No puedo contártelo. Y tampoco podré verte actuar mañana. ¡Con la ilusión que me hacía!

—Vaya —lamentó Elisa—. ¿Por qué?

—Porque ha surgido un problema muy grave y… —suspiró con aflicción—. Discúlpame, pero llevo prisa y tu no debes alejarte de tu grupo. Disfruta mañana de la fiesta de inauguración y no preguntes por mí, ¿de acuerdo? ¡Que tengas mucho éxito!

Elisa la vio enfilar el corredor con más rapidez que antes y regresó junto a los cómicos con la incógnita de qué le habría sucedido a la joven dama de la reina.

Cuando terminó la visita y se transformó en Julia Capelete se olvidó de todo salvo de los versos que debía declamar y de que, al cabo de unas horas, iba a reencontrarse con Juan.

* * *

En el corral de Villanueva el espectáculo estaba a punto de finalizar. La compañía teatral al completo bailaba al son de guitarras y panderetas mientras la joven Luisa entonaba los versos satíricos de la mojiganga final y el público jaleaba y marcaba el ritmo con las palmas. En el aposento de la familia, Julián y su esposa comentaban a Diego lo mucho que se habían divertido y Juan, que no podía decir lo mismo, mantenía una pétrea sonrisa y se preguntaba qué diantre hacía allí.

Llevaba cuatro horas en una de las sillas de esparto, inquieto por el ardid que hubiera maquinado esta vez doña Catalina y pendiente de la puerta de aquel reservado, por si entraba Elisa. Daba por sentado que si lo habían presionado para que asistiera a la representación de esa tarde era porque tenían organizado, con toda su buena voluntad, un encuentro con ella. Sin embargo, aún no había aparecido. O bien guardaban la supuesta sorpresa para el momento en que terminara del espectáculo o bien su esposa no había caído en la trampa.

«Genial», se dijo con ironía, pues si Elisa había adivinado que él se hallaba en el aposento y no se presentaba podría considerarse un

nuevo plantón.

Juan no había prestado la más mínima atención al escenario. Si alguien le preguntara por el argumento de la obra que los comediantes acababan de interpretar no sabría responderle; ni siquiera recordaba el título ni el autor. A los nervios por lo que podría acontecer cuando Elisa apareciera en el aposento se había sumado una avalancha de recuerdos. Ver el espectáculo a través de la celosía traía a su memoria aquellas tardes de su infancia con la niña que ahora era su esposa y lo distraían —igual que antaño— de lo que tenía lugar en el tablado. El pasado se mezclaba con un posible futuro y le impedía disfrutar del presente como hacía el resto del público.

Y lo cierto era que, años atrás, se había divertido a menudo jugando con la pequeña Elisa desde que dejó de gatear y comenzó a pronunciar sus primeras palabras.

La mojiganga terminó y el corral de comedias estalló en aplausos y vítores. Juan se unió a las palmas por inercia y educación; con toda seguridad, la comedia era buena y la interpretación había sido impecable. Don Julián y doña Catalina felicitaron a Diego y él también lo hizo, naturalmente. Aún quedaban más felicitaciones —a Álvaro y a la compañía teatral—, por lo que continuó intranquilo y alerta mientras cruzaban el patio de mosqueteros hacia la puerta de entrada a los vestuarios. Allí coincidieron con Ana y la joyera, que justificó no haber asistido al espectáculo.

—Había mucho trabajo en la tienda. Lamento no haber podido llegar antes. Con la inauguración del Coliseo mañana hemos vendido más joyas de las que esperábamos.

—También Elisa ha estado muy atareada —informó la madre de la susodicha—. Me sabe fatal que no haya venido, Juanito.

—No importa —dijo él, y se alegró de que el intento de reunirlos hubiera fallado.

A partir de ese momento respiró tranquilo. No habría encerronas ni incómodos encuentros.

Los gemelos propusieron ir a tomar unos vinos para rematar el día y Juan aceptó; sin duda serían de mejor calidad que el caldo que tenía en su casa. Se despidió de las mujeres con la promesa de

encontrarse al día siguiente en la entrada del Coliseo, aunque no pensara cumplirla. Asistiría al festejo en los jardines del Buen Retiro, por supuesto, ya que necesitaba ver a Elisa una vez más y no quería perderse su actuación, pero se mezclaría con el pueblo llano para pasar desapercibido. De ese modo, se ahorraría dolorosas despedidas. O lo más probable: las súplicas de aquella familia por que se quedara en Madrid y le diera una oportunidad a su matrimonio.

Después de tres rondas de vino, los hermanos Villanueva y Julián se empecinaron en acompañarlo a casa. Él quiso hacer un alto en la taberna de la calle del Oso para comprobar que el joven sustituto estuviera realizando bien su trabajo. El tabernero y las chicas no tenían ninguna queja, por lo que continuaron camino hacia el portal del edificio.

Allí terminaba todo. Al menos, por un tiempo. Juan sabía que si volvía a ver a esos tres hombres o a sus esposas no sería antes del verano. Precisaría de varios meses para que su nueva vida alcanzara cierto grado de respetabilidad y no iba a regresar a la capital hasta que tuviera algo digno que ofrecer a Elisa.

La ya familiar opresión en el pecho ahogó la sensación de ligereza y de falsa alegría que los buenos vinos ingeridos le habían proporcionado. Juan ocultó el dolor a sus acompañantes y se obligó a sonreír cuando los instó a retirarse, cada uno a su casa.

Palmaditas en la espalda, palabras de ánimo que le auguraban una gran noche… Julián le guiñó un ojo.

Era obvio que el alcohol había afectado bastante a esos tres hombres, dedujo él. ¿Una gran noche? Iba a ser larga y solitaria, como muchas otras.

No, rectificó. Sería más larga y solitaria que otras. Saber que tenía una esposa a la que amaba y no poder demostrárselo compartiendo el lecho con ella lo vaciaba por dentro. La soledad que tanto había llegado a apreciar se había convertido en una pesada losa que amenazaba con aplastarlo y asfixiar sus esperanzas. Para que no cayera sobre él, se mantenía despierto en la oscuridad durante horas. Cada día transcurrido desde la boda sentía más próxima la

amenaza, pero confiaba en burlarla cuando se marchara de Madrid y se distanciara de los Villanueva.

Subió la escalera con paso cansino, metió la llave en la cerradura y, al primer giro, la puerta se desbloqueó. Todos sus sentidos se pusieron alerta. Él siempre cerraba con dos vueltas de llave, por lo que alguien había entrado en su casa. ¿Un ladrón? Más bien un ratero aficionado, se dijo, ya que allí apenas había objetos de valor.

Agarró el cuchillo que llevaba al cinto y abrió muy despacio y con sigilo. Por la rendija asomó una tenue luz. Sonrió para sus adentros; si el ladronzuelo seguía ahí, se iba a llevar una buena sorpresa.

Sin embargo, fue él quien se la llevó. Una sorpresa que lo dejó paralizado a dos pasos de la puerta: sobre la mesa de la cocina, tres velones junto a tres tartas las iluminaban con su llama oscilante. Una de las tartas estaba recubierta de chocolate, en otra brillaba el azúcar glaseado y lo que podría ser confitura, y la tercera parecía de hojaldre.

Se le hizo la boca agua y, al instante, recordó cierta conversación.

La voz de Catalina de Velasco sonó con toda claridad en su cabeza. «Elisa, le debes una tarta a este hombre.» «Tres», había concretado él.

¿Su esposa saldaba la deuda? ¿Qué sentido tenía? ¿Quizá para que no quedara entre ellos nada más que el contrato matrimonial? No, Elisa no haría algo así. Además, ella sola no podía haber preparado y traído esas tartas, y concluyó que debía de ser una especie de soborno de doña Catalina para que no se marchara todavía de la capital. Era fácil imaginar a la dama, a Ana y a la joyera transportando las tres bandejas hasta allí mientras él vaciaba copas de vino con los maridos respectivos. ¿Una gran noche? ¿Empachándose de dulce?

Qué sandez, por el amor de Dios.

Harto de argucias y ya con el convencimiento de que no se toparía con un ratero en la casa, enfundó el cuchillo, cerró la puerta y colgó la llave del gancho. Ahí estaba la otra, la que Elisa se llevó la tarde de la tormenta.

Un tanto enojado con ella por haberles prestado esa llave a las tres mujeres, se quitó la capa y la tiró con descuido sobre uno de los

fraileros. Miró de nuevo hacia la mesa de la cocina y el sabor amargo de la decepción le inundó el paladar. Por muy goloso que fuera no pensaba probar ni una de aquellas tartas. Las llevaría a la taberna al día siguiente, los clientes tendrían más postres para elegir. Aunque el aspecto no era tan presentable como el de las que preparaba la tabernera, debían de estar deliciosas.

Se preguntó cuándo las habían horneado y decorado, si la joyera había tenido tanto trabajo en la tienda y doña Catalina había pasado la mañana en palacio y la tarde en el corral de comedias.

«También Elisa ha estado muy atareada. Me sabe fatal que no haya venido.»

El pretexto de Ana lo sacudió al mismo tiempo que un conocido aroma: jazmín. Podía distinguirlo entre el del chocolate y el olor a cera derretida que flotaba en la atmósfera de la estancia. Elisa había estado allí.

Juan se acercó a la mesa y entonces, vio algo que ni sus mejores sueños habían llegado a perfilar: las dos mitades del cordón de seda azul unidas por un doble nudo, junto a la tarta central y sobre una nota.

> *«Tu sueño no es tan difícil de cumplir. ¿Estás disponible para mí... ahora?».*

¿Ahora? ¿Ella seguía en la casa? No había más habitaciones que el dormitorio, así que…

En un segundo se hallaba frente a la puerta de su alcoba y la abría de par en par.

Nadie.

Otro velón encendido sobre la mesita de noche, la colcha ligeramente arrugada, como si alguien se hubiera sentado en la cama…

Si Elisa lo había esperado allí, era obvio que se había arrepentido y marchado.

¿O era todo una especie de burla? ¿Había interpretado mal la nota?

—Mierda —masculló, entre la furia y la devastación.

—¿Juan?

La voz sonó tras la puerta y él se apresuró a descubrir a la mujer que ahí se ocultaba.

Elisa.

Su esposa vestía solo un sugerente camisón blanco de escote tan pronunciado que dejaba ver el nacimiento de sus pechos, cubiertos únicamente por un triángulo de encaje cuyo vértice rozaba el ombligo. El cabello suelto caía en suaves ondas a ambos lados de la incitadora pieza de tela semitransparente.

Se le hizo la boca agua. Otra vez. Jamás había tenido a su alcance un dulce más apetitoso. Tragó saliva ante aquella visión y volvió a tragar cuando se percató de que Elisa tenía un cuchillo en la mano.

—¿Qué haces con eso?

—Oh, no estaba segura de que fueras tú. Has entrado con tanto sigilo que he pensado que podría ser un ladrón y... —Miró el arma que sostenía, la tiró al suelo y le sonrió—. Pero ya veo que no.

Al instante, los labios de Elisa se posaban sobre los suyos y los brazos femeninos se enlazaban alrededor su cuello. Juan absorbió aquel delicado beso de bienvenida, temiendo que no fuera real, y envolvió el cuerpo de su esposa acariciándole la espalda con manos trémulas. Ella lo incitó a traspasar el límite de la delicadeza y el beso se tornó apasionado, delirante y sediento de amor. La espesa melena ondulada cosquilleaba en sus manos. Sintió los dedos de ella enterrarse en su cabello y, de pronto, el ferviente contacto de sus bocas terminó.

Sus miradas se encontraron, vacilantes, y Elisa lo interpeló.

—¿Por qué has tardado tanto en volver? Los gemelos tenían que entretenerte un rato, pero no hasta las diez de la noche.

—Si hubiera sabido que me esperabas, te aseguro que…

Las palabras dejaron de fluir al comprender el verdadero significado de esa «gran noche» augurada por sus dos acompañantes. Comenzaba a serlo, desde luego. Soltó la cintura que ceñía y, un tanto abochornado, expresó:

—Todos lo sabían. Sabían que tú estabas aquí.

—Preparar tartas es más laborioso de que lo que creía —adujo ella— y, aunque la criada y mi madre me han ayudado, hemos terminado más tarde de lo previsto. Necesitábamos tiempo para traerlas antes de que tú llegaras. Y para buscar la mitad del cordón que te quedaste —añadió y, con una sonrisa coqueta y un pestañeo, confesó—: He fisgoneado un poco entre tus cosas, espero que no te importe.

—¿Cómo va a importarme si eso significa lo que creo que significa? Dios… —cerró los ojos, sintiéndose como un idiota—. Y yo sufriendo en el corral de comedias, convencido de que doña Catalina nos había organizado otra encerrona.

—Esto ha sido idea mía, Juan. Quería hacer algo especial para ti. Después de leer tu carta...

—Elisa —la interrumpió él, enmarcándole el rostro con las manos —, ¿estás segura de querer dar una oportunidad a un hombre como yo?

—¿Te refieres a un goloso que no me guarda rencor por plantarlo en el altar, pero sí por tener que compartir unas tartas de cumpleaños?

—Sabes que no me refería a eso.

—Oh, entonces —compuso una expresión pensativa—, ¿querías decir a un hombre que me ama hasta el punto de estar dispuesto a renunciar a una vida que le apasiona con el único fin de ganarse mi respeto?

Juan retrocedió un paso. Parecía que ella no comprendía las implicaciones de aceptarlo tal como era. Tenía que explicárselo con claridad.

—Por mucho que cambie, no puedo borrar mi pasado, Elisa. Cuando la gente se entere de que tu marido ha sido… es —rectificó —un hampón, tu futuro como actriz se verá perjudicado y difícilmente podrás actuar en otra compañía que no sea la de tu familia.

—El único futuro que me importa es el que podamos construir juntos, tú y yo, desde este mismo instante —declaró ella—. Y cuando digo «este mismo instante» quiero decir…

Él volvió a cerrar los ojos. No podía creer en su suerte. El aroma a jazmín lo invadió a la vez que notó las manos de Elisa en su torso y escuchó de nuevo su voz.

—…ahora. Llevo cuatro días esperando mi noche de bodas. ¿Vas a hacerme esperar más?

Juan alzó los párpados y respondió:

—Ni un solo minuto.

CAPÍTULO 19

Elisa se sentía amada. Juan estaba logrando lo que ningún hombre había rozado siquiera. Sus manos la veneraban, sus labios eran seda ardiente sobre su piel. Besaron su boca, su cuello, los pechos, el vientre… Le hundió la lengua en el ombligo y ella curvó los dedos aferrándose a la colcha para contener el deseo de moverse. Su carne más íntima latía pidiendo ser llenada y él seguía completamente vestido salvo por el jubón.

No le importó. Su manera de tocarla, la devoción que mostraba en cada beso y el amor que transmitían sus caricias la hacían sentirse maravillosa, única y especial. Elisa supo que sería capaz de cometer cualquier locura para permanecer junto a ese hombre eternamente. Por fin comprendía lo que su madre y su tía le habían dicho sobre enamorarse de verdad. Un resumen demasiado simple, a su modo de ver, pues había mucho más: la necesidad de dar y poseer a la vez, el miedo a perder a quien se ama, el anhelo de ser la fuente de su dicha, el valor de enfrentarse a cualquier temor… Y aquel deseo sin medida que se encendía con una sola mirada y se elevaba hasta límites incontrolables cuando el cuerpo absorbía el amor del otro.

Ese límite alcanzó Elisa al notar la boca de Juan en sus labios secretos. Saboreaba lo que nadie había probado, lamía el centro de su feminidad mientras le sujetaba las caderas y ella no podía hacer más que jadear, arquearse y estrujar la raída tela que agarraba. El vertiginoso ascenso iba a culminar. Tenía que detenerlo o la noche de bodas sería frustrante para Juan.

—Basta —pidió a media voz y en tono de súplica—. Para, por favor. No puedo… —jadeó— aguantar más.

—De eso se trata —dijo él, dándole un respiro al hablar.

—Todavía no, así no. —Se incorporó y se alejó de aquella boca torturadora. Juntó las rodillas, las abrazó contra sus pechos para calmar el pálpito interior y respondió a la mirada interrogante del pícaro—. Si pierdo el control tan pronto no podré satisfacerte.

—Que estés aquí conmigo es suficiente satisfacción para mí, Elisa. —Se acomodó frente a ella y la acarició con la mirada—. Eres tan hermosa… No merezco una mujer como tú.

—Mereces una mejor que yo —contradijo ella, con visos de tristeza—. Una menos consentida y caprichosa, una que no se haya entregado a otros hombres. No fue solo uno, Juan.

—Si crees que eso cambiará lo que siento por ti, estás muy equivocada. No me importa cuántos te hayan seducido si ahora puedo tenerte solo para mí.

—Cuatro —concretó—. Y no duraron más que una noche. Supongo que fueron caprichos, aunque yo creía que me había enamorado de cada uno de ellos. Pero me bastó con unas horas de… lujuria para darme cuenta de que no era así.

—Qué idiotas fueron esos hombres que te dejaron escapar. —Tomó la mano de ella y depositó un beso en la palma—. Y qué suerte la mía —expresó con una pícara sonrisa—. Porque… —le besó la yema del pulgar— ¿sabes lo que eso significa para mí?

Un delicado y provocador beso en el índice estremeció a Elisa, que solo pudo negar con la cabeza y seguir sintiendo el calor de aquellos labios en sus dedos, uno a uno.

—Significa —besó el meñique—… que, aunque yo sea el quinto —el anular—, voy a ser el primero… —y el corazón— … en amarte.

Fue como si le hubiera besado ese órgano vital. Una lágrima escapó sin remedio y Elisa la enjugó al instante con la mano libre. Quiso decirle que ella también lo amaba, pero la emoción amenazaba con desbordarse a la vez que expandía el fuego que ardía en su interior. Se arrodilló sobre la arrugada colcha y tiró de la camisa de él, instándolo a quitársela.

—Te necesito ya, Juan. Has dicho que no me harías esperar.

—Tú me has pedido que parase —le recordó, divertido, y se deshizo de la prenda.

—Porque estaba a punto de…

La voz de Elisa se apagó al ver el torso masculino. Desnudo y a su alcance, no pudo resistir la tentación de acariciarlo. Notó que él contenía la respiración y continuó explorando, deleitándose con la dureza de la cincelada musculatura. El vello que cubría una parte de los pectorales le cosquilleó en la palma y ella resiguió la línea oscura que desaparecía bajo los pantalones. Topó con el nudo que los mantenía en su sitio y, al intentar deshacerlo, rozó la evidencia de la excitación masculina. Él se levantó y, en pocos segundos, se mostró en toda su desnudez.

A la altura de los ojos de Elisa y a la distancia de un brazo, quedó la pujante erección. Grande.

Como sus pies.

Expulsó de la mente la dichosa comparación y contempló el cuerpo de su esposo, que permanecía de pie junto a la cama como si esperara su permiso para volver a ella. Esbelto y torneado, exudaba fortaleza. Parecía modelado por un escultor. Salvo por la virilidad enhiesta, claro. Si alguna estatua luciera tales atributos, más de un hombre quedaría ridiculizado y aduciría que eran una invención del artista. Ese pensamiento la llevó de nuevo a enfocar la vista en aquella vara: ancha, larga, orgullosa y… viva. ¿Acababa de moverse?

Juan percibió asombro y duda en la expresión de su esposa. Sentada sobre los talones miraba fijamente su verga, que había dado un pequeño salto de alegría, y él creyó intuir el motivo de su preocupación.

—No temas, no te haré daño. Iré con cuidado aunque no sea tu primera vez. —Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. No soportaría verte sufrir ni siquiera un segundo.

—Me harás sufrir si sigues ahí de pie, mostrándome toda tu… grandeza en lugar de colmarme con ella.

Juan rio ante el apremio de la mujer. Él no tenía ninguna prisa.

—Entonces, cierra los ojos —le pidió mientras se encaramaba al lecho.

—Ni hablar. Quiero verte cuando…

La acalló con un beso lento y profundo al tiempo que atrapaba los muslos de ella entre los suyos y recorría con las manos la sinuosa

curva de las nalgas, una y otra vez. El anhelo de catarlas fue imperioso, pero se contuvo. Los dinos dedos de Elisa volvían a vagar por su torso, sus brazos, su espalda… El frenesí con que ella lo tocaba era tan embriagador que no quería negarse ese placer ni el de la boca que lo devoraba. Solo cuando la osadía de su esposa rebasó un límite inesperado y le rodeó el miembro, Juan decidió tomar el control y privarse de aquellos besos apasionados y de las incitadoras caricias.

Guio a Elisa hasta tumbarla boca abajo y la cubrió con su cuerpo. Ella intentó darse la vuelta y él le entrelazó los dedos con los suyos para impedírselo. Extrañada, lo miró por encima del hombro.

—¿Qué haces? Así no…

—Chist… —silenció la protesta rozando sus labios—. Es tu noche de bodas y quiero que sea inolvidable —musitó y le dio un mordisquito en el cuello—. Hay tiempo.

—¿Seguro? Noto tu… —vaciló y ronroneó cuando él le atrapó el lóbulo de la oreja con los dientes— …dureza en mi trasero y está muy…

—Aguantará —rio él, y comenzó a catar la tensa espalda femenina: la línea de la clavícula, la curva de los hombros, la hendidura de la columna… Besaba y mordisqueaba en sentido descendente y de un lado a otro—. Relájate, cariño.

—No puedo. Y has dicho que no soportarías verme sufrir.

—Dudo que estés sufriendo —dijo en tono burlón.

—Pues lo estoy.

Sin embargo, ella no hizo amago de moverse cuando él le soltó las manos para abarcar el redondeado trasero y tomarse unos segundos para observarlo.

—¿Por qué sufres? —inquirió mientras gozaba por anticipado de la cata de aquellas nalgas. Prietas y blanquecinas, parecían esperar con ansia el contacto de su boca.

—Porque te necesito ya.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde? —bromeó y besó la hendidura entre la carne pálida.

—¡Ahí no! —protestó Elisa al tiempo que alzaba la cabeza.

Él compuso una sonrisa traviesa.

Ella frunció el ceño.

—Juan, ¿estás jugando conmigo?

«No exactamente», pensó, pero resultaba de lo más tentador continuar el juego con su impaciente esposa.

—Recuerdo que te gustaba mucho jugar.

—Pero a ti no.

—A veces, sí. —Besó el centro de una nalga—. ¿Me necesitas aquí?

—No. Ya sabes dónde.

Juan besó la otra.

—¿Aquí?

—Oh, estás jugando conmigo —afirmó ella, y volvió a recostar la cabeza—. De acuerdo. Sigue.

Beso. Pregunta.

—Te acercas, pero… —Un suave bocado. Elisa dio un respingo—. Juan, no… no sé si este juego… —otro bocadito— servirá de algo.

—Lo descubrirás enseguida, cariño. —Mordisqueó la carne próxima a la entrepierna femenina. Ella gimió y cerró más los muslos —. ¿Es aquí donde me necesitas?

—Casi.

Un beso en el mismo centro, un toque de lengua…

—¿Aquí?

—Por Dios, sí.

Ella intentó darse la vuelta de nuevo. Juan le sujetó las caderas y las elevó lo justo para que asomara la sombra del vello protector. Manteniendo los muslos unidos, separó los labios íntimos con los pulgares y posó allí su boca.

—¿Mejor aquí?

—¡Sí! —respondió con desesperación. Volvió a moverse para cambiar de postura—. Pero deja que…

—Todavía no.

Juan comenzó a lamer la tierna abertura, presionó con la punta de la lengua y notó el pálpito de la excitación. La respiración de ella se tornó jadeante y le estimuló el apetito. El sabor salado de su esposa se convertía en un dulce exquisito que inundaba su paladar. Goloso por naturaleza, se recreó en aquel lugar del que manaría la

codiciada miel. Su calma contrastaba con la agitación de Elisa, que tan pronto alzaba el trasero para ofrecerle más como intentaba escapar de su boca.

—Juan, por favor. Ya veo que el juego servía de algo, pero… —Un soplo enfrió su carne íntima, que se contrajo al instante—. ¡Dios! Pero ahora…

—Aún no he terminado —la atajó él, y acarició con el pulgar la humedecida entrada a fin de relajarla—. ¿Me necesitas justo aquí?

—Ahora mismo.

Sopló de nuevo e introdujo el dedo, venciendo la resistencia de los músculos contraídos al tiempo que su lengua se aventuraba en busca del punto más sensible de la feminidad.

—¿Y aquí también?

—Santo cielo, termina ya o…

El ansia de su esposa lo enardecía y Juan estaba duro como una piedra, pero quería darle el placer máximo antes de poseerla por primera vez, prepararla para recibirlo y que la invasión no fuese tal, sino una agradable y deseada acogida, un abrazo cálido y húmedo. Aunque ella no fuera virgen tampoco era experimentada como las mujeres con las que él había estado y no podía quitarse de la cabeza la expresión de asombro y duda al ver su miembro erecto, así que desoyó la súplica y continuó, sin pensar ni por un momento que aquella ansia ocultara más temores que un posible dolor que estaba dispuesto a evitar.

* * *

Elisa no podía soportar más. Estaba a punto de estallar y se contenía con todas sus fuerzas a la espera de que él estuviera dentro de ella. ¿Cómo le daría satisfacción a su esposo si consumía todo su ardor con aquel juego? Era placer y tortura a la vez. Deseo y negación. Su cuerpo pedía y su mente prohibía. La boca de Juan no le daba tregua. Tampoco sus manos, que le mantenían la pelvis ligeramente alzada para tener un mejor acceso a su lugar más íntimo. Acariciaba su interior con un dedo, entrando y saliendo al mismo ritmo que los

toques de su lengua en el botón secreto. Elisa mordió la colcha en un desesperado intento de controlarse, arañó la tela, la estrujó…

Un sollozo escapó de su garganta cuando sintió que perdía el dominio de sí misma. Quiso apartarse de aquel tormento, pero él la retuvo y le elevó las caderas un poco más. Por unos segundos, le dio un respiro. Ella creyó que el juego por fin terminaba y, anhelando recibir a su esposo por primera vez y culminar juntos, separó los muslos para instarlo a adentrarse ya. Sin embargo, los labios de él volvieron a besar su inflamada perla y comenzaron a libar, acrecentando aquel ardor que el fugaz respiro había espoleado en vez de calmarlo. Y Elisa supo que, por más que luchara contra ese fuego, contra el delirio de sensaciones que su esposo le estaba provocando, no ganaría la partida.

En el instante en que su voluntad cedió, alcanzó la cima y se fundió con el cielo. Gritó y el mundo desapareció. Solo existía su cuerpo y la boca del hombre que absorbía sus jugos y le acariciaba la sensible carne con lentitud mientras ella se licuaba e intentaba descender de aquellas gloriosas alturas a las que él la había elevado. Creía conocerlas, creía haberlas visitado en cuatro ocasiones, pero acababa de descubrir que solo se había acercado, que entre el placer y el éxtasis había una gran diferencia.

¿Era el amor lo que convertía la complacencia en enajenado embeleso?

Olvidó la pregunta al notar que las lágrimas humedecían sus ojos. Unas eran fruto de la sublime liberación, del inmenso deleite que Juan le había regalado, pero otras nacían de la tristeza a causa de un temor muy concreto: sabía que su cuerpo, laxo y saciado, tardaría horas en revivir. Tendría que dar placer a su marido de otra forma, y su experiencia en esa materia era tan escasa que dudaba de conseguirlo.

Permaneció inmóvil, con el rostro enterrado en la vieja colcha y no quiso alzarlo cuando Juan se acostó a su lado. Lo hundió aún más en el colchón al sentir que los dedos de él le apartaban el cabello que lo ocultaba por completo y continuó inmóvil cuando la besó en el cuello, en la sien…

—Elisa, ¿estás llorando?

—No.

Sorber por la nariz la delató. Él comenzó a masajearle la nuca.

—Cariño, ¿qué te ocurre? ¿Te he hecho daño?

—Claro que no.

«Solo faltaría que se culpara por nada.»

Conmovida por la preocupación de Juan, se obligó a confesarle su problema. Se apoyó en los codos, se secó las húmedas mejillas y lo miró de soslayo. Tumbado sobre un costado, con un brazo doblado y la cabeza reposando en la palma de la mano. Elisa respiró hondo y comenzó:

—Es solo que ahora no sé si podré… —El pulso le latía con rapidez y retumbaba por todo su cuerpo. Volvió a tomar una bocanada de aire y a fijar las pupilas en la colcha—. Quería que nuestra noche de bodas fuera maravillosa para los dos. Había imaginado que yaceríamos juntos, y luego, ya satisfechos…

—¿Con una sola vez? —la interrumpió, en tono de mofa.

—Mi cuerpo no responde a una segunda en una misma noche, Juan —le reveló, apenada—. He intentado advertirte, pero no has querido escucharme y ahora no será igual de maravilloso para ti, porque… —Oyó un sonido extraño, como de risa ahogada, y alzó los ojos hacia el rostro del pícaro—. ¿Por qué te ríes?

—Porque eres adorable. Deliciosamente ingenua para algunas cosas y avispada para otras. Te consideras egoísta y en cambio, siempre intentas contentar a los que te rodean. —Tomó un mechón que resbalaba por el hombro de ella y lo fue enrollando en sus dedos—. Un día te muestras atrevida e impulsiva y al siguiente, prudente y cerebral. Me llamas «pedazo de bruto» y, una hora más tarde, me besas como si te fuera la vida en ello.

—Parece que estés describiendo a una persona majareta.

—No, solo un poco contradictoria, pero ¿quién no lo es? —Juan tiró con suavidad de la hebra sedosa al tiempo que se acercaba a Elisa. Rozó sus labios y musitó—: Hay tanta pasión en ti... —Le lamió fugazmente el labio superior—. ¿Una sola vez en una noche? Permíteme que lo ponga en duda.

Un beso calmo y sensual erizó la piel de Elisa que, obcecada en su falta de vigor, achacó aquella reacción al frío, aunque la cama aún

conservara el calor de la pasión. Se apartó de Juan y se frotó los brazos mientras le decía:

—No te hagas ilusiones. Lo sé por experiencia.

—¿Tu experiencia con esos cuatro hombres ciegos que no supieron ver tu belleza? —Soltó el mechón de cabello—. Cariño, que ninguno de ellos lograra despertar tu deseo más de una vez en una sola noche no significa que yo no pueda hacerlo.

—¿Estás alardeando de tu capacidad para seducir?

—En absoluto. Mis habilidades pueden ser de ayuda, por supuesto, pero mi arma secreta es otra.

Elisa enfocó la vista en la potente erección y comentó:

—Bueno, muy secreta no es.

Él soltó una carcajada. Se rodeó el miembro con la mano y lo miró como si fuera un amigo muy querido.

—Aunque esta sea muy útil, no es mi mejor arma.

—Ah, ¿no? —se extrañó ella, volviendo a centrar sus pupilas en el rostro del pícaro—. Entonces, ¿cuál es?

En los ojos de Juan destelló el fuego a la vez que una sensual ternura. Se inclinó hacia su mujer y le susurró al oído:

—Que te quiero con locura.

Elisa se estremeció de pies a cabeza y supo que el frío no era la causa. Su cuerpo despertaba de nuevo, su corazón repicaba y tuvo ganas de gritar de alegría, de besar a aquel hombre que en verdad poseía un arma poderosa para alentar su deseo. No se contuvo. Atrapó a Juan entre sus brazos y lo besó con avidez.

Un frenesí devorador se adueñó de ambos. Se amaron como si acechara el Apocalipsis y temieran no poder volver a entregarse el uno al otro nunca más. No hubo juegos esta vez, solo una danza acompasada en la que los dos guiaban, seducían y complacían, entregándose mutuamente y descubriendo una pasión distinta a cualquier otra que hubieran conocido. Se fundieron al mismo tiempo y sus almas se entrelazaron igual que las dos mitades del cordón de seda azul.

Plenamente colmada, Elisa se adormiló junto a su esposo y apenas fue consciente de que él la arropaba bajo las sábanas, pues siguió sintiendo el calor de la piel masculina junto a la suya.

Recostada en el sólido pectoral, la cadencia respiratoria de Juan la acunaba y se unía al latido calmo que vibraba en su mejilla. Una inmensa paz la inundaba y quiso permanecer siempre así, abrazada por el hombre del que se había enamorado.

Aún no comprendía cómo, cuándo ni por qué, pero sabía que su corazón le pertenecía a él. Aquella declaración escrita que tanto la había emocionado y que había leído un millón de veces cobraba ahora un sentido distinto, más profundo, más real, más completo y, por mucho que buscaba en su adormecida mente palabras que le transmitieran a Juan lo que sentía por él, no halló otras tan perfectas como aquellas cuatro con las que se había despedido por escrito. Así que, en ese estado entre el sueño y la vigilia, musitó:

—Mi corazón es tuyo.

—Por entero —reafirmó él, convencido de que su esposa simplemente repetía el cierre de su carta.

Todavía le costaba creer que Elisa le diera la oportunidad de ganarse su amor, de construir un futuro con ella arriesgándose a que el suyo como actriz se viera afectado. Iniciar una forma de vida honrada era prioritario, concluyó, y la manera más rápida sería aceptar la oferta de los gemelos Villanueva de asociarse con ellos. La había descartado, pero ahora que su matrimonio tenía posibilidades de consolidarse le resultaba muy atractiva. Tanto como la mujer que se acurrucaba junto a él y que en este momento, medio dormida, jugueteaba con el vello de su pecho.

La sangre de Juan corría veloz hacia la ingle y el deseo comenzó a manifestarse otra vez de forma visible. Quiso resistirse, dejar que su esposa continuara descansando y acariciándolo distraídamente, pero las espirales que los finos dedos dibujaban tomaron un camino descendente, rodearon su ombligo y continuaron hacia zona peligrosa.

Miró el rostro de Elisa. Tenía los ojos cerrados y una expresión de placidez. Parecía estar soñando con algo agradable y Juan se preguntó si él formaba parte de ese sueño, pues si aquellos gestos eran inconscientes estaban lejos de ser inocentes.

Dejó que la tentación lo venciera. Cubrió la mano juguetona y la acompañó hasta su erección. Ella ronroneó.

—Mmm… ¿Vuelves a estar…?

—Sí, cariño. Siempre disponible para ti —le recordó y agregó—: En todos los sentidos.

Elisa alzó a cabeza y encontró la mirada ardiente del pícaro. Parpadeó por el inesperado despertar, tanto de su mente como del cuerpo de su esposo y apartó la mano de la dureza aterciopelada.

—Pero si acabamos de hacer el amor.

—Calculo que ha pasado una hora. Y soy demasiado goloso para tener un dulce tan cerca —sonrió mientras acariciaba la curva del seno que reposaba en su torso— y contenerme de probarlo.

—Oh. —Elisa se apoyó sobre un codo. En su expresión se leía una especie de disculpa—. Juan, no sé si podré…

—¿Dudas otra vez?

Las negras pupilas descendieron hacia los turgentes atributos femeninos al tiempo que un pulgar trazaba el contorno del oscuro centro. Un delicioso pellizco lo erizó y el eco del placentero dolor se transmitió al instante al lugar más íntimo de la mujer.

Gratamente sorprendida por aquel latigazo incendiario, Elisa respondió:

—Creo que estás despejando mis dudas.

Y volvieron a dejarse llevar por el deseo, recreándose en explorar cada rincón de sus cuerpos y demorando el momento cumbre hasta el límite de su resistencia. La vela de la mesilla se fue consumiendo y la llama se extinguió en mitad de la noche, pero la de ellos se avivó de nuevo en la oscuridad y también con las primeras luces del amanecer.

Cuando Elisa, agotada, cayó dormida junto a su esposo, no le quedó ninguna duda de que el amor era la mejor arma para prender fuegos.

Ese mismo amor, en forma de tiernas caricias, la sacó de su profundo sueño, pero se sentía tan a gusto que simuló dormir y se preguntó hasta dónde llegarían. Paseaban por su brazo, desde el hombro hasta la muñeca, y deseó que tomaran un camino con más curvas, montes y valles. A fin de incitarlo a desviarse de aquella senda decorosa, movió una pierna y la acomodó entre las de él. El paseo se detuvo y la voz de Juan, grave y melosa, le advirtió:

—Cariño, van a dar las once.

La información horaria hizo que Elisa se incorporara de golpe.

—¡Ay, Dios! Tengo que estar a las doce en el Coliseo.

—Lo sé, por eso te he despertado. No quiero que llegues tarde al gran estreno.

—Gracias, gracias, gracias.

Le dio un beso rápido a su marido y fue directa a la jofaina. Soltó un gritito al tocar el agua helada y retiró la mano. Todo en su cuerpo se contrajo, los pezones se le erizaron y la mirada de Juan, que acababa de levantarse de la cama, se fijó en ellos. La de Elisa, en el arma poco secreta que apuntaba al techo. A la luz del día resultaba aún más impactante, pensó, y lamentó que él no la hubiera despertado antes. Se obligó a apartar las pupilas del hombre que se le acercaba e inspiró hondo, preparándose para resistir el gélido aseo.

—Elisa, espera. Calentaré un poco el agua.

Juan se llevó la jofaina y ella procedió a vestirse. Se puso las medias mientras lo escuchaba trastear en la cocina y volcar el agua en un cazo. Tenía la camisa en la mano en el momento en que él volvió a la habitación y comentó:

—Es una lástima que no haya tiempo para desayunar tranquilamente. Esas tartas son una tentación.

A ella le tentaba más la espléndida desnudez del pícaro.

—¿Cuánto tardará el agua en calentarse?

—Unos cinco minutos. Llegarás a las doce, no te preocupes —le aseguró tras abrir las puertas del armario.

—Pensándolo mejor, creo que un ligero retraso no tendría mucha importancia.

—Puedo esperar a que termine la fiesta —sonrió él, al tiempo que sacaba un jubón de brocado negro y lo dejaba sobre la cama—. En cuando me haya vestido, iré a la taberna y subiré algo que nos entretenga el estómago

—No es mi estómago lo que necesita entretenimiento, Juan. — Se acercó a su erecto esposo, lanzó la camisa junto al jubón y posó la punta del índice en la hendidura central del pecho masculino. Con tímida coquetería, resiguió las líneas de la musculatura mientras

sugería—: Tal vez, en quince minutos, podamos saciar otra clase de apetitos.

Él alzó las cejas y, en un tono de mofa retadora, inquirió:

—¿Acaso lo dudas?

—No, pero si prefieres las tartas… —dijo con un mohín lastimero.

—Disfrutaremos de ellas esta noche.

—¿No te importará compartirlas conmigo?

—En absoluto. —Acunó los pechos encumbrados y, acariciando las puntas con los pulgares, musitó—: Y se me ocurre un modo de compartir la de chocolate que ni te imaginas.

Las sábanas revueltas volvieron a acoger sus cuerpos, ávidos de amor y pertenencia. El agua alcanzó el punto de ebullición al mismo tiempo que ellos, comenzó a evaporarse y Elisa, finalmente, se aseó con agua fría.

CAPÍTULO 20

La inauguración del Coliseo fue un éxito rotundo. Elisa Villanueva brilló en el fastuoso escenario igual que las estrellas en el firmamento. Juan, rodeado de su familia política, sintió un orgullo indescriptible ante la ovación que el público le dedicó a su esposa al final de la representación y un anhelo desmedido de llevársela de allí cuando la mirada de ella encontró la suya entre la multitud. La espléndida sonrisa de la actriz y la dicha que expresaba su rostro mientras correspondía a los vítores y aplausos con elegantes saludos de agradecimiento se vistieron de terciopelo al localizarlo a él. La curva de sus labios se suavizó y sus ojos le hablaron de calidez. Juan se sintió abrigado por el cariño que Elisa le transmitía y deseó más que nunca su amor. Estaba camino de conquistarlo y tenía que ser paciente, pero ansiaba escuchar su voz diciéndole que lo amaba.

Quizá en unos meses, cuando tuvieran su propia casa —el lunes empezaría a buscar una para arrendar—, cuando ya trabajara en el corral de los Villanueva, cuando el día a día le permitiera avanzar en la conquista, llegaría el momento con el que tanto soñaba últimamente. Su esperanza era indestructible.

Sin embargo, a punto estuvo de hacerse añicos esa misma noche al regresar de la fiesta en los jardines del palacio. Elisa, agotada y feliz por haber cumplido su sueño de actuar en el Coliseo, se durmió en el coche que Juan alquiló para volver a la calle del Oso. Él no quiso despertarla al llegar a su destino y, tras apearse del vehículo, la tomó en brazos con mucho cuidado. Pero aún no había dado un paso cuando ella abrió los párpados, se envaró y protestó.

—Puedo caminar, Juan.

—Lo sé, pero es evidente que estás cansada y quiero que conserves las fuerzas que te quedan —sonrió con picardía—. Para

nuestra celebración privada.

—Oh. Las tartas, claro —mencionó ella con extraña indiferencia.

Él asintió, empujó el portalón con la espalda y subió nervioso la escalera, pues percibía rigidez en el cuerpo que sostenía y la mirada seria de su esposa no se apartaba de su rostro. Algo no iba bien.

Tuvo que soltar a Elisa para sacar la llave y abrir la puerta. Encendió una lámpara y ella entró en silencio en la casa. Juan se fijó en la lentitud con que se quitaba la capa y los guantes y en su mirada perdida, como si estuviera meditando sobre un asunto crucial. La expresión pensativa se mantuvo mientras se dirigía, también despacio, hacia la mesa de la cocina. Él la siguió, aunque a cierta distancia. Cada paso aumentaba su inquietud, pues la espalda que observaba estaba tiesa como una columna de mármol. La línea de botones dorados que cerraba el vestido de brocado azul y oro parecía una barrera en lugar de la tentación que debería ser.

¿Qué diantre le causaba aquella tirantez? ¿O era solo agotamiento?, se preguntó. Después de la obra, la actriz había sido presentada a sus majestades y asediada por un sinfín de cortesanos y por sus habituales admiradores. Seguro que estaba deseando acostarse y dormir en lugar de empezar a comer tartas, tal como él había sugerido.

Con el fin de paliar la tensión que impregnaba el ambiente, Juan le ofreció un aplazamiento de la celebración, pero intuía que no era eso lo que ocupaba la cabeza de su esposa, que se volvió, clavó sus ojos castaños en los de él y dijo:

—El lunes iré a solicitar la revocación del poder que firmó mi padre.

A Juan se le cayó el alma a los pies. El corazón dejó de latirle y su mente buscó, desesperada, una explicación a ese cambio de actitud en Elisa. ¿Dónde quedaba aquel futuro que quería construir con él? ¿Qué sentido tenía que ella se hubiera entregado con tanta pasión en su noche de bodas? ¿O esa misma mañana, cuando lo incitó a hacer el amor mientras el agua se calentaba? No podía ser una farsa. Por muy buena actriz que fuese, era imposible fingir aquel deseo.

¿O no?

Tal vez, para ella, también él había sido un capricho como aquellos cuatro hombres, pensó con desolación y rabia a la vez mientras se alejaba de su esposa para encender el brasero. La casa estaba helada, tanto como se había quedado él al comprender por qué Elisa pretendía invalidar el matrimonio: ya había triunfado en el Coliseo, ya no necesitaba un marido.

El próximo lunes iba a ser el más funesto de su vida, sin lugar a dudas.

Pero aún le quedaba un día para convencerla de cambiar de opinión. Y dos noches completas. Juan se aferró a la esperanza y sobre todo, a las posibles consecuencias de su pasión.

—¿Y si hemos concebido un hijo?

—Oh, lo tendremos, por supuesto —respondió ella, ilusionada.

Juan se quedó perplejo. Sabía que su esposa era un tanto contradictoria, pero esa ilusión…

—Elisa, no te comprendo. Pareces entusiasmada con la posibilidad de que seamos padres, tú y yo —recalcó—. En cambio, tienes la intención de deshacerte de mí la semana que viene.

—¡No! No quiero deshacerme de ti, solo… Ay, madre —murmuró, llevándose una mano a la frente y bajando la vista—. He empezado por el final. Es que… bueno, no sabía cómo decirte que… —Gesticulaba con las manos y tampoco sus pupilas paraban quietas —. Mira, no es normal que sea la mujer la que lo pregunte y temo que te ofendas si lo hago, o que te eches a reír, porque puede que te suene absurdo, pero…

—¿Preguntarme qué, Elisa? —la animó él, al verla tan insegura.

Ella inspiró profundamente, sus gestos inquietos cesaron y su mirada se detuvo en los ojos de él.

—Juan, ¿quieres casarte conmigo?

Más perplejidad.

—Ya estamos casados.

—Bueno, sí, pero te casaste con unos guantes —alegó—. Y aunque sea legal y hayamos tenido nuestra noche de bodas, aunque llevemos unas alianzas en el dedo y sepa que diste tu consentimiento porque me amas, yo aún no he dado el mío.

—Lo diste ayer al venir aquí, Elisa —indicó él, todavía anonadado —. Y me basta con que no invalides el matrimonio.

—Pero a mí no. Y comprendo que no quieras otra ceremonia nupcial con toda la parafernalia. Por eso he pensado en una más íntima, solo nosotros y los testigos. Y el cura, claro —acotó—. Juan, escucha, no me sentiré realmente casada contigo hasta que pronuncie mis votos matrimoniales ante Dios y junto a ti. Con todo mi amor.

Perplejidad multiplicada por mil.

—¿Amor?

—¿Por qué te extrañas tanto? Te lo dije anoche. Mi corazón es tuyo.

—Yo creí que…

—Oh, lo siento. Siento haberme apropiado de tus palabras —se disculpó ella al tiempo que salvaba la distancia que los separaba. Posó la palma de la mano en la mejilla de él y confesó—: No supe expresar mejor lo que siento por ti.

—¿Desde cuándo…? —La intensa emoción que inundó a Juan ahogó la pregunta—. No importa.

Rodeó con un brazo la cintura de su esposa —para él ya lo era— y se inclinó para besarla con toda la dicha que lo embargaba. Paladeó el amor que ella le ofrecía, sin presiones de nadie, hasta que sintió que le faltaba el aliento y la cabeza le daba vueltas, ebrio de pasión y de paz interior a la vez. Elisa lo amaba. A él. Tal como era. La vida le concedía un sueño, uno que se había negado a abandonar por muy difícil que le pareciera.

Despacio, puso fin al beso y apoyó la frente en la de aquella mujer que habitaba en su corazón. Cerró los ojos y, con voz ronca, expresó:

—¿Tienes idea de lo feliz que me haces?

—¿Aunque te pida pasar otra vez por el altar?

Él alzó los párpados y sonrió.

—Si tú estás a mi lado, lo soportaré.

—También tendrás que soportar otra noche de bodas.

—Un tremendo sacrificio al que estoy deseando someterme. De hecho, sugiero que lo adelantemos a esta misma noche.

Ella se apartó un poco y frunció el ceño.

—¿Y cuándo probaremos las tartas?

—Diría que ahora es un momento perfecto. —Tomó la mano de Elisa y la condujo hasta la mesa—. La de chocolate tendrá que esperar, la pondremos cerca del brasero para que la cobertura se vaya ablandando. —Colocó una silla junto a la fuente de calor y puso la tarta en el asiento—. Pero la de mermelada… —hundió el índice en la espesa capa anaranjada y lo acercó a los labios femeninos— puedes probarla ya.

—Oh, la vas a estropear —se quejó ella, un tanto apenada—. Con lo que me costó prepararla…

—Pruébala, cariño —insistió él.

Y Elisa la probó. Lamió una vez. Dos. Tres. Atrapó el dedo endulzado y apuró hasta el último resto de confitura. Su mirada, curiosa y expectante, era seducción pura e irresistible para Juan, que se adueñó de aquella boca golosa y provocadora y la besó con glotonería mientras desabotonaba a ciegas el vestido. Descubrió los hombros femeninos y la prenda cayó al suelo formando un círculo de brocado azul y dorado alrededor de la mujer, como si ella surgiera de un cielo repleto de estrellas. Le siguió la fina camisa interior mientras Elisa lo tentaba:

—¿Tú no vas a probarla?

Juan sonrió con intrigante picardía, volvió a birlar un poco de mermelada y untó una de las sensibles areolas, que se contrajo al contacto del frío manjar. Elisa emitió un sonido placentero y él apresó entre sus labios el brillante pico. Cató, chupó y mordisqueó, embebiéndose del sabor a fruta madura y a dulce pasión, y repitió en el otro seno hasta que ella, entre gemidos, objetó:

—Esto es injusto. Me encanta, pero temo que acabes con toda la confitura.

—Si te apetece, mi arma no secreta está disponible para ti —le ofreció él.

—Oh. ¿Es otro de tus juegos? —curioseó ella, suspicaz.

—Si quieres llamarlo así…

—¿Y… el chocolate también forma parte del juego?

—Por supuesto.

—Mmm… Entonces, creo que voy a esperar a que se ablande —sonrió Elisa, mirando la tarta junto al brasero. Al instante, lo miró a él, azorada—. Me refiero al chocolate, no a tu…

Juan soltó una carcajada.

—Tranquila, ya lo había entendido.

—Bien, pues… —Volvió a sonreír y en sus ojos chispeó una provocativa diversión—. ¿Continuamos jugando?

—Será un placer.

Y lo fue. En todos los sentidos.

EPÍLOGO

Dos semanas después…

En la contaduría del corral de Villanueva, Juan estaba anotando la recaudación del sábado cuando Álvaro entró con una enigmática sonrisa.

—Sabía que te encontraría aquí. ¿No descansas ni un momento? Podrías hacer esto el lunes.

—El lunes es el día libre de mi esposa y lo reservo para ella. Además, prefiero no estar presente mientras atiende a su horda de admiradores después del espectáculo.

—¿Celoso?

—Un poco —gruñó y dejó la pluma en el portaplumas—. Hoy hemos vuelto a llenar, a pesar de que había representación en el Coliseo abierta al público.

—Gracias a Elisa, sin duda. Por cierto, me ha dicho que no aceptará ninguna oferta de otra compañía para la próxima temporada. —Chasqueó la lengua—. Una lástima, porque tiene dos excelentes que aumentarían su fama. ¿Tú no podrías convencerla de…?

—No —lo cortó con rotundidad—. Es su decisión. Le gusta trabajar con la familia y no seré yo quien la empuje a cambiar.

—¿Y a ti? ¿Te gustaría cambiar de trabajo?

Juan lo miró con recelo. ¿Los Villanueva ya se habían cansado de él? ¿O acaso temían que los estafara de algún modo?

—Álvaro, hace una semana invertí parte de mis ahorros en este teatro y tengo proyectos para mejorar las tramoyas. Si el problema es que desconfiáis de mí…

—¡En absoluto! Y mi hermano está encantado con que lo hayas librado de llevar las cuentas. Queremos que continúes con nosotros, pero tus proyectos pueden esperar. Creo que te resultará más interesante la propuesta que voy a hacerte y que solo te ocupará un par de días a la semana.

—¿Qué propuesta? —inquirió, todavía suspicaz.

—Colaborar con los tramoyistas del Coliseo.

—¿En palacio? —rio Juan a modo de burla—. ¿Con un pasado de delincuencia?

—Que aún no ha llegado a oídos de la Corte. Esta mañana he ido a ver al mayordomo mayor del rey, porque me enteré de que había conflictos entre los escenógrafos italianos y los que se encargan de las tramoyas del nuevo teatro. Al parecer, la diferencia de idioma crea malentendidos entre ellos y discuten a menudo, por lo que se le ha ocurrido que un tramoyista que hablara italiano a la perfección sería de gran ayuda para evitar las disputas. Como tú estuviste años en Génova, le he sugerido que podrías ser ese hombre y quiere conocerte.

Perplejo y un tanto asustado, Juan se levantó y comenzó a andar por el reducido espacio de la contaduría.

—Álvaro, los ingenios que han construido para el Coliseo son muy complejos y yo llevo años alejado de las tramoyas. Aquí estoy volviendo a adaptarme a su manejo, pero mis conocimientos no están a la altura de lo que requiere ese teatro.

—Fuiste palafrenero sin saber de caballos y marinero sin haber pisado nunca un navío, Juanito —le recordó el actor.

—Aprendo rápido, sí, y no me gusta dejar pasar una oportunidad si puedo sacar provecho de ella, pero esto que me propones no sé qué puede reportar… —Entonces, se le ocurrió. Se detuvo y lo miró, entusiasmado—. Si veo cómo funciona esa nueva maquinaria, quizá podría construir algo parecido aquí.

—¡Una idea excelente! Qué raro que no se me haya ocurrido a mí —apostilló Álvaro, realmente extrañado—. Es cierto que el corral de Villanueva necesita una renovación. Piénsalo y, decidas lo que decidas, preséntate el lunes a las diez en el Buen Retiro.

Tenía que ser en lunes, se dijo Juan mientras veía a Álvaro salir de aquella estancia que se había convertido en su despacho. Su plan de pasar el día entero con Elisa se iba al garete. Pensaba disfrutarlo en la cama que habían estrenado la pasada noche, tres días después de mudarse a la casa que él había arrendado cerca del teatro. Y habría sido el primer lunes tranquilo —salvo en lo relativo al sexo, claro— desde que empezara el año. El anterior, aprovechando que ella no trabajaba, se habían casado en la iglesia de la plaza de la Cebada en una ceremonia menos íntima de la que ambos hubieran querido.

Habían pedido al tabernero y a su señora que fueran los testigos en la boda definitiva, y la mujer, emocionada, se lo había contado a las chicas de la taberna. De ahí, la noticia había corrido como la espuma y, cuando Juan y Elisa entraron en la iglesia, no cabía un alfiler. Medio barrio y todos los Villanueva ocupaban los viejos bancos y luego, ocuparon también los de la taberna de la calle del Oso para festejar así el acontecimiento.

Impaciente por contarle a su esposa la propuesta de Álvaro, fue en su busca. La divisó junto a la puerta de acceso a los vestuarios despidiéndose del Pillo y del Robacapas; Juan les dejaba ver el espectáculo desde el desván de las tramoyas, con él y con el encargado de las mismas, a cambio de que lo mantuviera informado acerca de la actividad semanal en lo que habían sido sus dominios. Ese sábado traían la noticia de que el Daciano ya no robaría más niños, pues habían hallado su cuerpo muy cerca del matadero, desangrado a causa de seis puñaladas. Nadie se preguntó quién había empuñado el cuchillo, pero parecía obra de algún rufián, y los pícaros sospechaban que el nuevo polidor estaba detrás de aquella muerte. Por lo visto, el joven noble descarriado se tomaba muy en serio su trabajo y protegía a los más pequeños del barrio igual que había hecho Juan.

También él se despidió de los dos muchachos cuando se los cruzó en el patio de mosqueteros y luego, continuó hacia la puerta donde Elisa seguía, ahora entretenida por su familia. En cuanto lo vio aproximarse, le sonrió y fue a su encuentro. Todos los Villanueva

pudieron ser testigos del largo beso que le dio bajo la tenue luz de las dos lámparas de aceite que quedaban encendidas.

Tras emprender el camino de vuelta a casa, Juan le contó la increíble propuesta.

—Ya lo sabía —lo sorprendió ella—. Yo misma presencié una de esas disputas y se lo comenté a mi padre y a mi tío. Antes de empezar el espectáculo de hoy, Álvaro me ha dicho que el mayordomo mayor del rey te recibirá el lunes. Y he pensado en acompañarte a palacio para preguntar por Claudia Maldonado. No he vuelto a verla desde aquel día del ensayo y me gustaría saber si ha solucionado su problema.

—Esa dama de compañía de la reina sabe lo que soy —cayó Juan en la cuenta—. Espero que no lo difunda. Si me aceptan en el Coliseo, seguro que me despiden en cuanto se enteren de que fui ladrón.

—Solo robabas capas, no creo que eso les importe demasiado.

Él carraspeó y confesó, vacilante:

—Ah… La verdad es que también asalté algunas casas cuando volví de Génova.

—Vaya, veo que aún me quedan muchas cosas por saber de ti —manifestó ella, arqueando las cejas—. ¿Por qué lo hiciste, si regresaste con dinero?

—Por lealtad al cherinol de Sevilla. Soy hábil con las ganzúas. Mi padre me enseñó a utilizarlas por si se perdía alguna llave del teatro. Ya sabes que hay varias, además de la que abre la puerta principal: para el guardarropía, el vestuario, la contaduría, la caja… En fin, la cuestión es que hice un mal uso de sus enseñanzas, lo admito, pero en ese momento, la gente del hampa era mi gente. Cuando el jefe, que conocía todas mis habilidades, me pidió que ayudara a los ladrones bajo su mando no lo pensé dos veces. Durante un tiempo me dediqué a abrir las puertas de las que no conseguían la llave.

—¡Oh! Es así como pensabas entrar en mi habitación para dejarme tu carta —dedujo Elisa—. Forzando la cerradura de la casa y de mi alcoba.

—Exacto. No podía subir por una cuerda hasta tu ventana, cualquiera que pasara por la calle me habría visto, ni disponía de

tiempo para birlarle las llaves a tu padre.

—También te habría descubierto haciéndolo.

—Te aseguro que no. Practiqué mucho para ascender a apóstol, que es como llaman los hampones al que roba llaves —le aclaró al tiempo que encajaba la suya en la puerta de su nuevo hogar.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Entraron y, mientras se despojaban de la capa y los guantes, Juan se lo explicó.

—Por asociación de ideas. El apóstol San Pedro es el que tiene las llaves de las puertas del Cielo, y las casas son el cielo de los ladrones. El mío lo fue durante un año.

—Y lo abandonaste para ser polidor.

—No me gustaba lo suficiente. —Juan enlazó la cintura de su esposa, le dio un beso dulce y musitó—: En cambio, el que tengo ahora…

—¿Te refieres a esta casa o a tus nuevas ocupaciones?

—Me refiero a ti, Elisa. Tú eres mi único cielo y lo serás siempre.

En los ojos de ella brilló la emoción. Posó una mano en la mejilla de él y afirmó:

—Pues no necesitas llaves para entrar en este cielo.

—Solo una: tu amor.

—Esa es una llave que no vas a perder jamás. —Le rodeó el cuello con los brazos, se arrimó a él y sonrió, coqueta—. Y por lo que noto, tu arma no secreta está deseando entrar.

—¿Acaso lo dudabas? —inquirió Juan con mirada traviesa.

—Solo dudo de si llegaremos a la cama.

—No hace falta. Aquí hay una mesa estupenda, una alfombra… Elige.

Y Elisa, presa de su habitual indecisión, optó por probarlo todo.

NOTA DE LA AUTORA

En la presentación en Barcelona de *Una farsa imprudente*, novela en la que Diego y Ana se conocen y, por supuesto, se enamoran, algunas de las lectoras asistentes sugirieron que Juanito, uno de los personajes secundarios, tuviera su propia historia de amor. Confieso que me sorprendió que aquel niño de diez años con comportamiento de pícaro llamara la atención hasta ese punto, pero lo que más me sorprendió fue la pareja que reclamaban para él: Elisa, una dulce criatura que asomaba en *La joya de mi deseo*, novela protagonizada por Álvaro y Luisa. La idea, que en un principio descarté por la diferencia de edad y porque ambos personajes seguían siendo niños en mi imaginación, encontró un hueco en mi mente y allí se instaló, en estado latente, para convertirse poco a poco en un reto: tenía que dejarlos crecer y asumir que nueve años de diferencia no son tantos, y aún menos para la época en la que se ambientaría la historia de amor entre Juanito y Elisa.

Me gustan los retos, sobre todo si enfrentarme a ellos e intentar superarlos conlleva la posibilidad de contentaros a vosotras, lectoras, ya que las historias que escribo y sus personajes no tendrían alma sin la vuestra. Es gracias a los lectores que un libro puede cobrar vida después de haber nacido en la imaginación de un escritor, y por eso considero *El regalo más dulce* como una forma de agradecimiento a todas y todos los que me habéis apoyado en mi andadura literaria y a quienes que en un futuro os intereséis por mis novelas.

Si has disfrutado conviviendo con Juan y Elisa y aún no conoces las historias de los gemelos Villanueva y sus esposas respectivas ni la de Catalina y Julián las encontrarás en Amazon, así como la de Claudia Maldonado y la de Enrique Díaz. En todas ellas, el romance y

la pasión se entrelazan con un misterio y con las pinceladas de humor que me gusta incluir en las historias que escribo. Y, si tengo la suerte de que estas novelas ya formen parte de tus lecturas y de tu biblioteca, permíteme que vuelva a darte las gracias por dedicar una parte de tu tiempo a hacer realidad mis sueños.

Solo me queda decirte que puedes escribirme por medio de cualquiera de mis redes sociales para darme tu opinión de esta novela. Estaré encantada de responderte. Y, si te apetece, también puedes dejar una reseña en Amazon para ayudarme a difundirla.

Instagram: @nuriallopiza

Threads: Nuria Llop

Facebook: Nuria Llop

Y te invito a explorar mis tableros de Pinterest, donde encontrarás imágenes que inspiran mis novelas en: @lloppiza

¿Te has quedado con la intriga de cuál es el problema grave que le ha surgido a Claudia Maldonado?

LEE EL COMIENZO DE…

El secreto de una dama

—Se lo suplico, padre, no quiero ser la amante del rey —repitió por tercera vez Claudia Maldonado, con la desesperación impresa en el rostro.

Gregorio Maldonado, III barón de Arraz, se mantuvo firme con las manos a la espalda y la fría mirada que le caracterizaba cuando el nivel de alcohol en sus venas era bajo.

—Lo que tú quieras no importa, lo sabes muy bien. Si Felipe IV, rey de España y Portugal —puntualizó inútilmente y con mucha pompa—¬¬, ha puesto los ojos en ti, tu deber es complacerle.

Sin réplica posible a tal mandato Claudia se dirigió a la mujer que permanecía callada a su lado y a la que consideraba como una madre.

—Por favor, tía Juana, haz que mi padre entre en razón. Siempre has censurado el comportamiento disoluto de nuestro monarca y a las mujeres que se entregan a él. ¿Vas a permitir que yo me convierta en una de esas mujeres?

—Cariño —intervino por fin Juana Díaz, aunque no como la joven esperaba—. Es obligación de una hija acatar las órdenes de su padre. En esta ocasión, nada puedo hacer por ti. Lo lamento.

Desolada y confusa, Claudia se dejó caer en una de las sillas del salón de su casa y cerró los ojos con fuerza en un intento por dominar el escozor que le provocaban las lágrimas que retenía. Las deslucidas paredes que años atrás estuvieron cubiertas de óleos y tapices parecían oprimirla igual que el rígido jubón que vestía, y el amplio espacio a su alrededor la ahogaba como si de una mazmorra

estrecha y oscura se tratara. Jamás había incumplido una orden de su padre, pero lo que ahora le exigía era totalmente inaceptable, a su modo de ver. Un escalofrío le recorrió la espalda y supo que la causa no eran las bajas temperaturas de aquellos primeros días de febrero de 1640, sino pensar en el aciago futuro que le esperaba.

El breve y aplastante silencio que se adueñó del aire fue interrumpido por el fuerte carraspeo del barón que ella tan bien conocía; su padre emitía ese desagradable sonido cuando algo le incomodaba o le disgustaba y, en el corazón de Claudia, brilló la remota esperanza de que el hombre tampoco aprobara el destino que trataba de imponerle y que únicamente insistiera para contentar al rey.

—No logro comprender tu reticencia, hija. No te estoy poniendo en manos de un anciano decrépito ni de un hombre de pocas luces. Felipe IV tiene poco más de treinta años y un porte gallardo. Es inteligente y sensible, como lo demuestra que se rodee de los mejores artistas del reino, y posee un gusto exquisito. Para mí, es un halago que te haya elegido entre todas las damas de la Corte —expresó con orgullo.

La remota esperanza de la joven se desvanecía y en su lugar crecían la furia y la decepción. El desconcierto se sumó a esas sensaciones al oír la siguiente afirmación de su padre:

—Y también debería serlo para ti: un halago y un privilegio.

—¿Un privilegio? —parpadeó, atónita—. Una desgracia, diría yo.

—¡Claudia! —bramó el barón—. ¿Cómo te atreves a despreciar así a nuestro rey?

—Perdone, padre, mediré mis palabras. Simplemente no veo cuál es el privilegio.

—Es obvio: serás agasajada con joyas y toda clase de regalos, gozarás de su favor y, en consecuencia, yo también.

—Entonces debería decir que es un privilegio para usted, porque me conoce lo suficiente como para saber que doy muy poco valor a las joyas y a los regalos si no van acompañados de algo más.

El barón alzó las cejas, desconcertado.

—¿De algo como qué?

—Aprecio, afecto, amor…

—Bah, el amor —desdeñó el hombre—. ¿Ya estamos otra vez con esas tonterías?

El enojo de Claudia aumentaba por momentos y arrinconaba la decepción. Quería gritar que el amor no era una tontería, enfrentarse a su padre y negarse rotundamente a ser la amante del rey; pero alzar la voz, discutir y desobedecer no formaban parte de su cuidada y estricta educación. Apretó los labios para reprimir ese impulso impropio de una dama y agradeció que su tía saliera en su defensa.

—Gregorio, tu hija acaba de cumplir los veintitrés años, es normal que piense en el amor y crea en él. Todavía está en edad casadera y teme, igual que yo, perder la posibilidad de encontrar un buen esposo cuando su… —dudó un segundo— relación con el monarca termine.

—No hay nada que temer, querida cuñada. Estoy convencido de que podré concertar un buen matrimonio para ella antes de que cumpla los veinticinco, porque esa relación no durará mucho más de un año. El rey es voluble en ese aspecto, todos lo sabemos.

—¿Qué buen matrimonio puedo conseguir si me convierto en una mujer sin honra? —planteó con toda la calma que pudo reunir, que no era mucha—. Ningún noble que se precie querrá casarse conmigo cuando el soberano se canse de mí.

—Claudia, cariño, no seas ilusa —sonrió Juana Díaz—. Más de uno pasará por alto ese detalle si aportas a cambio una dote que ahora no posees. No somos los únicos nobles del reino con las arcas vacías.

—Y ser la protegida del rey volverá a llenarlas —auguró, satisfecho, el barón.

—Sé que estamos prácticamente en la ruina, padre, pero…

El hombre no le permitió replicar.

—Si te hubieras esmerado en conseguir un esposo no te hallarías en esta situación. Llevas mucho tiempo viviendo en palacio como dama de la reina Isabel. A diario, tratas con nobles que podrían contribuir a aumentar mis ingresos, y aún estoy esperando que alguno te pida en matrimonio.

—Admito que en los cinco años que llevo en la Corte no me he esforzado mucho en llamar la atención de algún duque o marqués adinerado. —A decir verdad, no había hecho el más mínimo esfuerzo, pues ninguno había llamado la atención de ella—. Pero juro poner remedio a eso lo antes posible.

—No será necesario. Te someterás a los caprichos del rey y acudirás a él cuando así lo solicite —sentenció el barón—. No puedes elegir, Claudia. Has perdido ya mucho tiempo y no voy a permitir que desperdicies la gran oportunidad que se te presenta. ¡Cuántas jóvenes querrían estar en tu lugar, por el amor de Dios! —clamó al cielo mientras se dirigía hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y emitió de nuevo ese sonoro carraspeo. Con la vista fija en el suelo y cierto titubeo, añadió—: Juana, ¿puedes instruir a la niña en sus… deberes como… protegida del rey o tengo que buscar a una mujer con… experiencia en esas cuestiones?

—Descuida, ya me encargo yo de tu hija.

Los pasos del hombre se alejaron acompañados del llanto quedo de Claudia. Con las manos fuertemente unidas en el regazo y la cabeza gacha, trataba de asimilar aquel horrible futuro inmediato que le esperaba y que tan maravilloso le parecía a su padre. Notó en su espalda la suave caricia de la tía Juana y aquel gesto la reconfortó. Se enjugó las lágrimas con las puntas de los dedos e inspiró profundamente con el fin de impedir que continuaran oprimiendo su garganta y anegándole los ojos. Los mantuvo cerrados y acogió con gusto la oscuridad que invadía su mente al tiempo que se preguntaba por qué, ¿por qué a ella?

—Claudia, escúchame.

—No te molestes, tía. Ya… —tragó saliva— Ya sé lo que ocurre en un dormitorio entre un hombre y una mujer.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió con recelo Juana Díaz.

Ella fijó la mirada en sus dedos entrelazados y alzó un hombro simulando indiferencia.

—Entre las damas de la corte se comentan muchas cosas, y esa es una de ellas.

—Qué poca decencia. En fin... —se resignó. Se sentó a su lado y le pidió—: Mírame, por favor.

Claudia negó con la cabeza.

—No puedo. No puedo hacerlo, no tendré el valor de…

—Pues vas a necesitarlo. Tendrás que ser valiente si quieres salir de esto con dignidad y tu honra intacta.

Entonces sí la miró. Con una sonrisa triste y expresión compasiva al pensar en lo ingenua que era su tía si creía que una amante podía conservar la honra.

—Tu reputación se verá afectada —continuó la mujer—, pero ya hallaré el modo de restaurarla. Lo importante ahora es eludir tu deber.

Claudia pensó que no había oído bien.

—¿Cómo dices?

—Vas a tener que huir.

—¿Huir?

—Sí. Desaparecer de Madrid por un tiempo. Un par de meses bastarán para que el rey se encapriche de otra. —Tomó las manos de la joven entre las suyas—. Escucha: siento mucho no haberte defendido delante de tu padre, pero las dos sabemos que habría sido inútil iniciar una discusión. Era mejor dejarle creer que acatarías su mandato. De ese modo, seguirá vaciando botellas y jugándose lo poco que nos queda en partidas de cartas, y no estará pendiente de ti. Tendrás el camino libre para hacer lo que desees hasta que descubra tu desaparición. Cuando eso ocurra, ya procuraré que tarden en encontrarte.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—¡Oh, gracias, tía Juana! —Abrazó a la mujer con todas sus fuerzas. Notó que las lágrimas pugnaban de nuevo por brotar, pero esta vez no eran de tristeza sino de emoción, de la inmensa alegría que le había devuelto la esperanza—. Lo único que lamento es que tú no puedas acompañarme.

—Es evidente que no —confirmó Juana Díaz, poniendo fin al abrazo de forma un tanto brusca—. Y, por favor, recuerda que no es necesario mostrar tu agradecimiento de un modo tan efusivo. Una dama no debe abalanzarse sobre el prójimo y estrujarlo como si fuera una almohada.

Claudia sonrió. No solo por el reproche que tantas veces le hacía su tía, sino por la perspectiva de vivir una aventura, de salir de la Villa por primera vez en su vida y viajar. Seguramente sería un viaje corto, pero el hecho de que fuera secreto lo convertía en una excitante aventura similar a las que leía en las novelas de caballerías que tanto le gustaban. Quizá incluso encontrara a su gran amor soñado en ese viaje. Ilusionada, preguntó:

—¿Quién me acompañará?

—Nadie. Cuanta menos gente sepa de tu huida, mucho mejor. Te marcharás sola.

La expresión de Claudia mudó por completo. Su corazón empezó a latir con rapidez y en sus pulmones no entraba el aire. Miraba boquiabierta a su tía y no podía pronunciar palabra.

La mujer trató de calmarla.

—No te preocupes, serán solamente unas horas. Te dirigirás a Valdemoro, al convento de Santa Clara. La superiora fue una de mis amigas de la infancia y, si vas de mi parte, te dará refugio un par de noches sin pedirte explicaciones. Escribiré de inmediato a la abuela para informarla de la situación. Mi madre te acogerá encantada en su casa de Valdepeñas cuando sepa por qué has huido de la Villa —acotó con una sonrisa de ánimo—. Le diré dónde te escondes para que mande un criado a buscarte, y así harás el resto del camino acompañada.

Claudia asimiló al instante el plan expuesto y se sobrepuso a la mudez.

—¿Y por qué ir a Valdemoro? ¿Por qué no espero aquí al criado de la abuela?

—Porque no puedes arriesgarte a permanecer cuatro o cinco días más en Madrid, que es lo que tardaría en llegar quien viniera a buscarte, aunque enviáramos la carta con urgencia a través de un mensajero. Además, para que tu huida pase desapercibida lo ideal sería que partieras pasado mañana, durante la fiesta de inauguración del Coliseo del Buen Retiro. Casi todo Madrid estará allí y podrás escabullirte sin problemas.

El mayor temor de Claudia continuaba dificultándole la respiración y velando la alegría de poder burlar su destino como amante del rey.

—Pero nunca he ido sola a ningún sitio, ni siquiera a la vuelta de la esquina. Y está prohibido que una mujer soltera viaje sola en un coche de caballos —alegó—. Si la guardia me descubre…

—Toda la guardia estará mañana en el Buen Retiro —rebatió su tía—. Y no vas a marcharte en un coche. El cochero podría delatarte.

—Claro, tienes razón.

—Escúchame bien, Claudia: huirás sola y a caballo, sin nada más que lo que lleves puesto y lo que te quepa en unas alforjas.

—Ay, Dios —pronunció con un hilo de voz.

—Ya te he dicho que tendrías que ser valiente.

¿Valiente? Tendría que estar demente para embarcarse en tamaña locura, pensó Claudia. O beber hasta embriagarse por completo, como solía hacer su padre. Le costaba creer que la tía Juana la estuviera empujando a hacer algo tan peligroso y, por un momento, estuvo tentada de rechazar aquel plan de huida y sumarse a la lista de amantes de Felipe IV. Sin embargo, también pensó en ese gran amor que el cielo reservaba para ella y en las pocas probabilidades que tendría de vivirlo si su nombre se añadía a aquella lista, por lo que decidió seguir el plan de su tía. Con una pequeña modificación de la que no tenía por qué enterarse, sería perfecto.

CURIOSIDADES

Si te gusta la historia y quieres saber más sobre este teatro que mandó construir Felipe IV en el palacio del Buen Retiro, te cuento un poco en este post de mi blog:

El Coliseo del Buen Retiro

O quizá te interese más esa famosa joya que menciono en la novela:

La maldición de la Perla Peregrina

También podría gustarte este post sobre el origen de la tradición de soplar las velas de la tarta de cumpleaños.

Pide un deseo

GRACIAS por visitar mi blog

LIBROS DE ESTE AUTOR

UNA FARSA IMPRUDENTE

Diego Villanueva suplanta a su hermano gemelo en la compañía teatral en la que trabaja. Alguien ha intentado asesinarlo y Diego está dispuesto a descubrir al culpable. Ana Robles, la costurera de la compañía, pronto se da cuenta de que hay algo distinto en el actor del que está enamorada. Para poder continuar con su farsa, Diego tendrá que pactar con la desconfiada costurera. Sin embargo, no imagina que ese pacto le hará desear mucho más que un beso de la deliciosa Ana. ¿Cómo enamorar a una mujer que suspira día y noche por otro hombre?

LA JOYA DE MI DESEO

Luisa Estrada, propietaria de una joyería tras enviudar, se niega a volver a casarse para conservar el negocio. Álvaro Villanueva, un seductor galán de comedias, necesita dinero para fundar su propia compañía teatral. Las artimañas de una amiga común los conducirán a un matrimonio precipitado en el que Luisa impondrá ciertas normas de convivencia. Hasta que la desaparición de una valiosa perla legendaria se interpone en sus objetivos.

Novela galardonada con el premio Rosa Romantica's al Mejor Romance Histórico Nacional (2015)

LA DIOSA DE MI TORMENTO

Catalina de Velasco, una dama rebelde, se aventura en la noche de Madrid ocultando su identidad bajo máscaras y disfraces. Y no duda en utilizar su cuchillo para salvarle la vida a un desconocido. Pero no esperaba que ese hombre volviera a cruzarse en su camino ni que estuviera acusado de asesinato. La situación de Julián Gallardo es desesperada. Solo hay una mujer que puede demostrar su inocencia, pero ¿cómo encontrar a su salvadora, si no sabe quién es?

EL SECRETO DE UNA DAMA

Claudia Maldonado se niega a ser una de las amantes de Felipe IV. A fin de no ceder, huye de Madrid para ocultarse bajo una identidad falsa. Manuel Perea regresa de Italia tras años de destierro y con ansias de venganza contra el culpable de su condena. Pero una misteriosa invitada en su casa altera sus planes. Aunque Manuel no se fía de ella, acepta fingir ser su marido mientras convivan bajo el mismo techo, pues sospecha que Claudia oculta secretos que parecen estar relacionados con su injusto destierro. Sin embargo, ninguno de los dos imagina que la estrecha convivencia desatará su deseo.

LA MAGIA DEL CORAZÓN

La disoluta vida de Enrique Díaz está a punto de cambiar. Su hermana corre peligro y debe salvarla. Pero Enrique necesita la colaboración de cierta mujer que siempre le ha mostrado gran antipatía. Elena Herrera, marcada por las cicatrices de un incendio y cuidadora de los sobrinos de Enrique Díaz, no puede negarse a ayudarlo, aunque tema que descubra que está enamorada de él. Pronto se embarcan en una aventura que los atrapará en un extraño misterio que habla de… una baraja de plata con la marca del corazón.

LA LUZ DE LA PASIÓN

Lucía Garrido, una joven partera viuda, busca un esposo que le permita mantener su independencia y su oficio, y ve al candidato perfecto en Pablo Ribera, el hijo de su casera. Pero Pablo tiene un solo objetivo: averiguar quién lo delató a la Inquisición. Hasta que el plan de Lucía para convencerlo de casarse con ella pone evidencia que la joven guarda un secreto que podría ser muy importante para él.

UN MARQUÉS DE FÁBULA Y Otros Relatos

Cuatro relatos románticos en los que algunos personajes secundarios que las novelas que la componen la Trilogía de Oro se convierten en protagonistas de su propia historia de amor:

-El marqués de Monteseco necesita una esposa y una madre para su hija de un año recién cumplido. Cada noche, antes de acostar a la pequeña, Felipe le narra su infructuosa búsqueda como si de un cuento se tratara mientras la niñera de la bebé escucha a escondidas.

-Una dama revela sus más profundos sentimientos a quien no debe en "Secreto de confesión".

-Un viaje relámpago al futuro, donde ella encontrará al hombre de sus sueños. Pero ese atractivo galán solo existe en el siglo XXI. ¿O tal vez no? Descúbrelo en "Amor en la niebla"

-Él ha desistido en su intento de conquistar a la mujer de la que se ha enamorado, ya que ella no responde a sus cartas. Sin embargo, una nueva oportunidad surgirá en "Una sola palabra".

ACERCA DEL AUTOR

Nuria Llop



Licenciada en Historia del Arte por la universidad de Barcelona, me dedico doblaje de cine y televisión como actriz y adaptadora de guiones. Mi afición a la lectura, al cine y al teatro me llevó a aventurarme en la escritura de novela romántica hace ya algunos años. En ella vuelco mis dos pasiones: el amor y la historia. En mis ficciones también encontrarás algún que otro misterio y un toque de humor. También escribo comedia romántica contemporánea Carol Davis y últimamente me he aventurado en el cozy mystery